M. R. Velasco



Un Romance Oscuro de Enemigos a Amantes

DEUDA DE SANGRE

Un Romance Oscuro de Enemigos a Amantes

(Saga Amos de Madrid, Libro 1)

LEGAL & COPYRIGHT

Copyright © 2026 por M.R. Velasco Diseño de cubierta: *Midnight Muse Design* **Corrección y estilo:** *Protocolo Ibérico Editorial*

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, la grabación y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Nota de Ficción: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia para ambientar la trama. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, situaciones laborales actuales o locales comerciales existentes es pura coincidencia.

Advertencia de contenido: Esta novela aborda temas oscuros y complejos. La autora no condena ni aprueba las acciones de sus personajes, simplemente narra su historia.

Primera edición digital: Enero 2026

NOTA DE LA AUTORA

Querida lectora:

Antes de que cruces el umbral de esta historia, necesito que dejes tus prejuicios en la puerta. Madrid es una ciudad de luz, sí. De terrazas en La Latina, de paseos por el Retiro y de atardeceres violetas. Pero Madrid también tiene sótanos. También tiene despachos en la planta cincuenta donde el aire es tan fino que te mareas, y donde las decisiones que se toman no se firman con tinta, sino con vidas ajenas.

Alejandro Cortés nació en mi cabeza una noche de invierno, mirando las Cuatro Torres rasgar el cielo nocturno. Me pregunté: ¿qué tipo de monstruo tiene que vivir ahí arriba para sentirse dueño de todo lo que pisa? Alejandro no es el príncipe azul que te va a rescatar del dragón. Alejandro *es* el dragón. Y Natalia... Natalia no es la damisela en apuros. Ella es la única insensata que se atreve a entrar en la cueva con una cerilla en la mano.

Escribir *Deuda de Sangre* ha sido un viaje visceral. He querido explorar esa línea delgada, casi invisible, que separa el odio más puro del deseo más sucio. He querido hablar de cómo el poder corrompe, pero también de cómo la supervivencia nos obliga a convertirnos en versiones de nosotros mismos que nos aterrorizan.

Este libro está lleno de sombras. Hay manipulación. Hay dolor. Hay momentos en los que querrás gritarle a la protagonista y otros en los que querrás salvar al villano. Si buscas un romance dulce, cierra este libro ahora. No pasa nada. Pero si estás dispuesta a mancharte las manos, a sentir la adrenalina del peligro y a descubrir que, a veces, el amor no es lo que te salva, sino lo que te destruye para poder reconstruirte... entonces, bienvenida.

El ascensor está esperando. Planta cincuenta. No mires abajo.

Con toda mi pasión y oscuridad,

M.R. Velasco

A las que saben que el lobo feroz siempre es más divertido que el leñador.

Y a ti, por atreverte a jugar con fuego.

SOUNDTRACK

1. **High For This** – The Weeknd *(El tema de Alejandro)*
2. **Di Mi Nombre (Cap. 8: Éxtasis)** – Rosalía
3. **Do I Wanna Know?** – Arctic Monkeys
4. **Mala Mujer** – C. Tangana
5. **Earned It (Fifty Shades of Grey)** – The Weeknd
6. **Unholy** – Sam Smith, Kim Petras
7. **Streets** – Doja Cat
8. **Animals** – Maroon 5
9. **Despechá** – Rosalía *(El tema de Natalia)*
10. **Crazy in Love (Remix)** – Beyoncé
11. **Wicked Game** – Chris Isaak
12. **Glory Box** – Portishead
13. **Judas** – Lady Gaga
14. **Love On The Brain** – Rihanna
15. **Daddy Issues** – The Neighbourhood

"Quien controla el miedo de la gente, se convierte en el amo de sus almas."

— Nicolás Maquiavelo (El Príncipe)

"El dinero no compra la felicidad, pero compra el silencio. Y el silencio, querida, es lo más caro del mundo."

— Alejandro Cortés

ADVERTENCIA (TRIGGER WARNING)

LEA ATENTAMENTE ANTES DE CONTINUAR

Deuda de Sangre es una novela de **Romance Oscuro (Dark Romance)** dirigida exclusivamente a un público adulto (+18). Contiene escenas explícitas y temáticas complejas que pueden herir la sensibilidad de algunas personas.

Esta novela incluye:

- **Contenido Sexual Explícito:** Escenas de alto voltaje, *kinks*, lenguaje sucio y dinámicas de dominación/sumisión.
- **Dub-Con (Consentimiento Dudoso):** Situaciones donde el consentimiento se ve comprometido por chantaje, coacción o dinámicas de poder extremas.
- **Violencia y Amenazas:** Representación de violencia física moderada, uso de armas y amenazas contra la integridad física.
- **Temas Psicológicos:** *Gaslighting*, manipulación emocional, humillación y control obsesivo.
- **Lenguaje:** Uso frecuente de lenguaje soez y despectivo.

Se recomienda discreción y responsabilidad lectora. Protege tu salud mental.

PRÓLOGO

LA JAULA DE CRISTAL

POV: NATALIA VIDAL Torre de Cristal, Madrid. 23:45 h.

El silencio en la planta cincuenta no era normal. No era ese silencio pacífico de una biblioteca o de una iglesia vacía. Era un silencio depredador. Una entidad física, densa y cargada de electricidad estática, que presionaba contra mis tímpanos y me erizaba el vello de los brazos.

Mis dedos, enfundados en unos guantes de látex negro que me hacían sudar las manos, volaban sobre el teclado retroiluminado. El sonido de las teclas era ensordecedor en aquella inmensidad de sombras.

«Mierda, mierda, vamos...»

Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que noté el sabor metálico de la sangre inundando mi boca. Una gota de sudor frío recorrió mi columna vertebral, trazando una línea gélida bajo mi blusa de seda barata, un contraste brutal con el calor asfixiante que me subía por el cuello.

—Noventa por ciento... —susurré, mirando la barra de descarga en la pantalla.

El monitor proyectaba una luz azulada, clínica y fantasmagórica, sobre mi rostro. Ahí estaba. La carpeta *Proyecto Hades*. Los sobornos a la concejalía de urbanismo, las recalificaciones ilegales en la sierra norte, las transferencias a paraísos fiscales. Todo lo que necesitaba para destruir a Alejandro Cortés. Todo lo que necesitaba para ver a ese bastardo arrogante, al intocable "Rey del Ibex 35",

esposado y arrastrado por la Guardia Civil delante de las cámaras de televisión.

Sonreí. Fue una mueca nerviosa, triunfal, efímera.

Saqué el *pendrive* de mi bolsillo. Mis manos temblaban. El sonido del metal chocando contra el puerto USB resonó como un disparo de pistola en la quietud del despacho. Las paredes eran de cristal de suelo a techo. A mis pies, Madrid se extendía como un océano de asfalto y luces doradas, indiferente a mi pequeño crimen. La lluvia de noviembre golpeaba el vidrio reforzado, distorsionando los faros de los coches en el Paseo de la Castellana, convirtiéndolos en ríos de sangre y oro líquido.

Noventa y cinco por ciento.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas con una violencia animal. *Solo un minuto más.* Imaginé la cara de Cortés en la portada de todos los periódicos mañana. Imaginé su imperio de hormigón desmoronándose ladrillo a ladrillo. Imaginé su mirada altiva, esos ojos negros que parecían ver a través de la ropa y del alma, llenándose de miedo por primera vez en su maldita vida.

Noventa y nueve por ciento.

—Casi te tengo, hijo de puta —musité, con la adrenalina nublándome el juicio.

—Es de muy mala educación insultar al anfitrión, señorita Vidal. Especialmente cuando está robando su propiedad.

La voz surgió de la nada. O mejor dicho, surgió de las sombras más densas, en la esquina opuesta del despacho gigantesco. Era una voz profunda, aterciopelada, barítona y terriblemente tranquila.

Me helé.

Literalmente. Sentí cómo la sangre drenaba de mi cara, dejándome mareada, como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis tacones. Mis pulmones se olvidaron de cómo funcionar. El oxígeno se evaporó de la habitación.

Me giré lentamente, rogando a un Dios en el que no creía que fuera mi imaginación, una alucinación provocada por el estrés, la cafeína y la falta de sueño de las últimas cuarenta y ocho horas.

Pero no lo era.

Alejandro Cortés estaba allí.

Estaba sentado en un sillón de cuero italiano oscuro que la penumbra había ocultado a la perfección. No se había movido. Ni siquiera había respirado lo suficientemente fuerte como para que yo notara su presencia. Sostenía un vaso de cristal tallado en una mano, el líquido ámbar del whisky capturando el escaso reflejo de las luces de la ciudad.

Llevaba el traje puesto, un tres piezas negro impecable, aunque se había quitado la chaqueta y la corbata de seda gris colgaba deshecha alrededor de su cuello, dándole un aire de depredador relajado después de una cacería exitosa. Sus mangas de camisa blanca estaban remangadas hasta los codos, revelando unos antebrazos fuertes, venosos, cubiertos de vello oscuro y un reloj *Patek Philippe* que valía más que la casa de mis padres y mi vida juntas.

—Se... Señor Cortés —tartamudeé. Mi voz salió estrangulada, patética, irreconocible.

Él se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo largo, pausado, sin apartar sus ojos de mí ni un segundo. Eran negros, insondables, dos pozos de petróleo desprovistos de cualquier emoción humana reconocible. No había ira. No había sorpresa. Había... aburrimiento. Y algo más peligroso: curiosidad.

—Continúe, por favor —dijo, haciendo un gesto displicente con la mano que sostenía el vaso, invitándome a seguir—. No deje que mi presencia interrumpa su delito. Creo que la descarga se ha completado.

El pánico estalló en mi pecho como una granada. *Lo sabía.* Sabía que yo vendría. Me estaba esperando.

Me lancé hacia el ordenador para arrancar el *pendrive*, un acto reflejo de supervivencia, pero antes de que mis dedos pudieran rozar el metal, un sonido seco y mecánico resonó en la habitación, cortando el aire.

CLAC.

El cierre electromagnético de la puerta blindada del despacho. El sonido de mi sentencia.

Estaba atrapada. En una jaula de cristal a doscientos metros del suelo.

Alejandro se puso de pie. Se levantó con una gracia letal, despacio, desplegando su altura centímetro a centímetro —más de un metro noventa de pura intimidación— hasta que pareció ocupar todo el espacio, consumiendo todo el aire. Caminó hacia mí. Sus pasos sobre la alfombra persa no hacían ruido. Olía a *Tom Ford Oud Wood*, a tabaco caro y a peligro inminente. Un aroma embriagador, masculino y autoritario que me revolvió el estómago de una forma que no pude identificar.

Retrocedí instintivamente hasta que mi espalda chocó contra el frío cristal del ventanal. El choque térmico me hizo jadear. No tenía salida. Detrás de mí, la caída libre hacia la muerte. Delante de mí, el monstruo.

Él se detuvo a un paso de distancia. Lo suficientemente cerca para que yo sintiera el calor corporal que irradiaba su torso, lo

suficientemente cerca para ver las motas doradas y crueles en sus iris oscuros.

—¿De verdad creía que podía entrar en mi torre sin que yo le abriera la puerta, Natalia? —Su voz bajó una octava, convirtiéndose en un ronroneo vibrante que me erizó el vello de la nuca y envió una descarga eléctrica directa a mi entrepierna, traicionando mi miedo—. Llevo observándola desde que cruzó el vestíbulo. He visto cómo sobornaba al guardia de seguridad del turno de noche. He visto cómo hackeaba el sistema del ascensor. Ha sido... fascinante. Como ver a un ratón intentando resolver un laberinto diseñado para leones.

—Tengo las pruebas —espeté, intentando recuperar algo de dignidad, irguiendo la barbilla aunque mis piernas temblaban como gelatina—. Sé lo de los sobornos. Sé lo del concejal. Voy a hundirte, Cortés.

Alejandro soltó una carcajada corta, seca, carente de cualquier humor.

—¿Hundirme? —Se acercó más. Invadió mi espacio personal sin permiso. Puso una mano grande y caliente sobre el cristal, justo al lado de mi cabeza, acorralándome. Su cuerpo era un muro—. *Querida*, yo soy el océano. Usted es solo una piedra que tira alguien aburrido desde la orilla.

Levantó la otra mano y, con un movimiento tan rápido que mis ojos apenas lo registraron, me agarró la muñeca. Su agarre fue firme, de acero, pero no doloroso. Aún. Me quitó el *pendrive* de los dedos entumecidos. Su piel estaba ardiendo contra la mía.

—Esto —dijo, levantando la memoria USB ante mis ojos dilatados— no contiene pruebas de mis crímenes. Contiene un *malware* espejo que acabo de instalar en su portátil personal en el momento en que lo conectó a mi servidor. Ahora mismo, mi equipo de seguridad tiene acceso a todo. Sus correos, sus fotos, sus cuentas bancarias vacías,

sus chats privados... y el historial de navegación de ese hermano pequeño suyo, Javi, que tiene serios problemas con las apuestas deportivas *online*.

El mundo se detuvo. El suelo desapareció.

—¿Cómo... cómo sabes lo de Javi? —susurré, con la voz rota.

Alejandro inclinó la cabeza, rozando el lóbulo de mi oreja con su nariz. Su aliento olía a whisky de malta y menta. Era una caricia terrorífica.

—Lo sé todo, Natalia. Sé que su madre necesita una operación de cadera que la Seguridad Social retrasa seis meses y que no pueden pagar. Sé que su padre está a un aviso de embargo del banco para perder el piso familiar en Vallecas. Y sé que usted, Natalia Vidal, la periodista íntegra, la cruzada de la verdad, acaba de cometer tres delitos federales: espionaje industrial, allanamiento de morada y robo de datos confidenciales.

Se apartó un milímetro, lo justo para mirarme a los ojos. Su expresión se endureció. La máscara de playboy aburrido cayó, revelando al tiburón financiero. Al asesino con traje.

—Tengo dos opciones para usted. **Opción A:** Llamo a la Policía Nacional ahora mismo. Usted va a la cárcel de Soto del Real por cinco años. Su hermano pierde las rodillas a manos de sus acreedores rusos porque usted no estará ahí para salvarle el culo, y sus padres mueren en la miseria, avergonzados de tener una hija criminal.

Las lágrimas picaron en mis ojos, calientes y furiosas. No iba a llorar. Me negaba a llorar delante de él.

—Vete al infierno —siseé, con todo el veneno que pude reunir.

—Ya estamos en él, cielo. Y yo soy el gerente. —Sonrió, y fue una sonrisa cruel, llena de dientes perfectos y blancos—. **Opción B**...

Hizo una pausa dramática, calculada. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo con una lentitud insultante. Se detuvo en mi boca, bajó a mi cuello donde latía mi pulso desbocado, se demoró en mis pechos que subían y bajaban agitados por la respiración entrecortada, y finalmente volvieron a mis ojos. Fue una mirada posesiva. Una tasación. Como si estuviera en una subasta de ganado decidiendo si valía la pena comprarme.

—¿Opción B? —pregunté, odiándome por el hilo de esperanza patética en mi voz.

—Opción B: Usted trabaja para mí.

Parpadeé, confundida, aturdida por el giro de los acontecimientos.

—¿Qué? ¿Quieres que escriba tus notas de prensa? ¿Que limpie tu imagen?

—No —Alejandro negó con la cabeza, una chispa de diversión oscura brillando en sus ojos—. Quiero algo más... personal. Mi imagen pública está sufriendo. Los inversores americanos se ponen nerviosos con los rumores de mi falta de escrúpulos y mi soltería hedonista. Necesitan verme asentado. Humano. Vulnerable. *Enamorado*.

El horror comenzó a reptar por mi garganta como bilis.

—No... No puedes estar hablando en serio.

—Muy en serio. Usted será mi prometida. Vivirá en mi ático. Sonreirá a mi lado en las galas benéficas del Teatro Real. Me mirará con adoración absoluta cuando las cámaras estén encendidas. Y a cambio... yo pagaré las deudas de juego de su hermano, operaré a

su madre en la mejor clínica privada de Zúrich y no la enviaré a una celda de hormigón donde tendrá que compartir inodoro.

—Estás loco —negué con la cabeza, buscando aire desesperadamente—. Nunca. Jamás me prestaría a esa farsa. Me das asco. Eres todo lo que odio.

Alejandro dejó el vaso sobre una mesa de cristal cercana con un golpe seco y volvió a acercarse. Esta vez, no se detuvo. Pegó su cuerpo al mío, aplastándome contra el ventanal. Sentí la dureza de sus muslos, la firmeza de su pecho y la presión inconfundible de su erección contra mi cadera. No era sexual, era dominación pura. Era una demostración de fuerza.

Me agarró la barbilla con sus dedos largos y fuertes, obligándome a mirarlo hacia arriba. Su agarre fue firme, casi doloroso, marcando mi piel.

—El asco y el deseo son dos caras de la misma moneda, Natalia. Y usted huele a ambas cosas ahora mismo. Huela a miedo y a humedad.

Acercó su boca a la mía, sin llegar a besarme. Sus labios rozaron los míos, una promesa fantasma de destrucción y placer.

—Tiene diez segundos para decidir. Diez segundos antes de que coja ese teléfono y arruine su vida y la de su familia para siempre. Uno...

—Alejandro, por favor... —supliqué, mi voluntad quebrándose.

—Dos...

—No puedes hacerme esto. Soy una persona, no un objeto.

—Tres... Cuatro... —Su voz era implacable. No iba a parar. Era una máquina.

Miré sus ojos oscuros y vi mi propio reflejo atrapado en ellos. Vi mi futuro rompiéndose en mil pedazos. Pensé en mi madre cojeando. Pensé en Javi y en los matones. Pensé en mi libertad.

—Nueve...

—¡Acepto! —grité, cerrando los ojos con fuerza para no ver su triunfo. —¡Acepto, maldito seas!

El silencio volvió a caer sobre el despacho, pero ahora era diferente. Era pesado. Denso.

Sentí su pulgar acariciar mi labio inferior, un gesto extrañamente suave, casi tierno, que me aterrorizó más que su violencia anterior.

—Buena chica —susurró contra mi boca, su aliento mezclándose con el mío—. Ahora, abra los ojos.

Lo hice. Él sonreía. Pero ya no era la sonrisa del tiburón financiero. Era la sonrisa del diablo que acaba de conseguir un alma nueva y brillante para su colección.

—Bienvenida a la familia, futura señora Cortés. —Se apartó un paso y me miró con una intensidad que me quemó la ropa—. Empiece a desnudarse. Quiero ver qué he comprado.

CAPÍTULO 1

LA ADQUISICIÓN

POV: ALEJANDRO CORTÉS Torre de Cristal, Madrid. 23:55 h.

El miedo tiene un olor.

No es una metáfora poética de esas que escriben los novelistas mediocres que jamás han tenido una pistola apuntándoles a la cabeza o una cuenta bancaria con nueve ceros. Es una realidad biológica. El miedo huele a amoníaco, a sudor frío, a hormonas destiladas por la glándula suprarrenal cuando el cerebro reptiliano grita que la muerte es una posibilidad estadística inminente.

Y Natalia Vidal apestaba a él.

La observé desde mi posición, apoyado en el borde de mi escritorio de caoba maciza, con el vaso de *Macallan 25* descansando en mi mano. El líquido ámbar estaba tranquilo, sin una sola onda, reflejando mi propio control absoluto. Ella, en cambio, era un desastre de temblores y respiración errática.

—Empiece —ordené. Mi voz sonó baja, raspando el silencio hermético del despacho como una lija fina sobre terciopelo.

Ella tragó saliva. Pude seguir el movimiento convulsivo de su garganta, el pequeño salto de su nuez bajo esa piel pálida que parecía demasiado fina para contener la sangre que le golpeaba las venas. Sus ojos, de un marrón avellana que en circunstancias normales podría haber considerado vulgares, estaban ahora tan dilatados que el iris casi había desaparecido, devorado por la negrura de la pupila. Eran ojos de animal acorralado. Ojos que me odiaban con una pureza que me endureció la polla al instante.

Odio. Eso era bueno. El odio es una pasión sostenible. El amor se quema, el agradecimiento se olvida, pero el odio... el odio alimenta. El odio mantiene a la gente despierta por la noche, planeando, pensando en ti. Y yo necesitaba que Natalia Vidal no pensara en nadie más que en mí.

—¿Vas a... vas a mirarme? —preguntó, su voz un hilo roto.

Di un sorbo lento al whisky, dejando que el alcohol quemara agradablemente en mi garganta antes de responder.

—Ese es el punto, señorita Vidal. Yo soy el comprador. Usted es el activo. Nadie compra un coche sin mirar bajo el capó, y nadie adquiere una "prometida" —pronuncié la palabra con deliberada ironía— sin comprobar la mercancía.

Sus manos, aún enfundadas en esos ridículos guantes de látex negro de ladrona aficionada, se alzaron hacia el primer botón de su blusa. Era una prenda barata, poliéster imitando seda, probablemente de Zara o Mango. Una prenda de chica trabajadora que intenta parecer profesional mientras se ahoga en facturas.

Su dedo índice resbaló. El látex no le daba agarre sobre el pequeño botón de plástico. Lo intentó de nuevo, fallando. Un sollozo estrangulado escapó de sus labios.

—No tengo toda la noche —mentí. Tenía toda la noche. Tenía todo el tiempo del mundo para ver cómo se desmoronaba su moralidad burguesa frente a la necesidad pragmática de supervivencia.

—Mis manos... tiemblan —susurró, humillada.

—Entonces oblíguelas a parar. O lo haré yo.

La amenaza funcionó como un latigazo. Con un movimiento brusco, casi violento, arrancó el primer botón. El sonido de la tela

rasgándose fue mínimo, pero en el silencio de la planta cincuenta sonó como un trueno.

La piel de su clavícula quedó expuesta. Pálida. Salpicada de un rubor rojo irregular provocado por el estrés. Seguí el recorrido de mis ojos como si fuera un escáner térmico. Clavícula. El hueco de la garganta donde el pulso latía frenético. El nacimiento de sus senos.

Segundo botón. Tercer botón.

Natalia abrió la blusa. No llevaba sujetador de encaje negro ni nada diseñado para seducir. Llevaba un sujetador color carne, funcional, desgastado en los bordes. La realidad de la pobreza. Y, sin embargo, la visión de su pecho subiendo y bajando, luchando por aspirar el aire acondicionado reciclado de mi torre, me resultó más erótica que cualquier desfile de lencería de modelos anoréxicas que hubiera presenciado en Milán.

—La falda —indiqué con el vaso.

Ella cerró los ojos. Una lágrima solitaria, pesada y brillante, rodó por su mejilla izquierda. No la limpió. Simplemente, llevó las manos a la cremallera lateral de su falda de tubo.

El sonido de la cremallera bajando fue lento. *Zzzzzzip*.

La falda cayó al suelo, formando un charco oscuro alrededor de sus tobillos.

Quedó allí, en medio de mi despacho, vestida solo con su ropa interior color *nude* y esos absurdos guantes de látex. Parecía una muñeca rota. Una virgen sacrificada en el altar del capitalismo salvaje.

Me separé del escritorio y caminé hacia ella.

Natalia se tensó. Su cuerpo reaccionó a mi proximidad como si yo fuera radiactivo. Pude oler el cambio en su aroma: bajo el miedo, había un pico de almizcle. Excitación involuntaria. La biología traicionando a la razón. *Perfecto*.

Me detuve detrás de ella. No la toqué. Simplemente me coloqué a su espalda, mirando nuestro reflejo en el cristal del ventanal. Madrid brillaba al fondo, miles de luces indiferentes, y sobre ellas, nuestros fantasmas reflejados: el hombre de traje oscuro y la mujer semidesnuda.

—Mírese —susurré cerca de su oído. No necesité gritar. Mi voz resonó en sus huesos.

Ella negó con la cabeza, manteniendo los ojos cerrados.

—Abra los ojos, Natalia. Mire lo que vale su dignidad.

Ella los abrió. En el cristal, su mirada se encontró con la mía. Yo era una sombra detrás de ella, una oscuridad que la envolvía.

—¿Cree que disfruto esto? —pregunté, deslizando mi mano libre, la que no sostenía el vaso, hacia su brazo desnudo. Mis dedos estaban calientes; su piel, helada.

—Eres un sádico —respondió ella al reflejo.

—Soy un hombre de negocios. Y usted acaba de venderme su vida por el precio de una operación de cadera y unas deudas de juego. —Bajé la mano, trazando la línea de su brazo hasta llegar a su mano enguantada. Entrelacé mis dedos con los suyos. El contraste del látex frío contra mi piel fue una textura interesante—. Es barato, Natalia. Se ha vendido muy barata.

Ella intentó apartar la mano, pero apreté el agarre.

—Quíteselos.

—¿Qué?

—Los guantes. Me ofende que me toque con eso. Quiero piel.

Natalia usó su mano libre para tirar del látex, despegándolo de su piel sudorosa con un chasquido húmedo. Dejó caer los guantes al suelo, junto a su ropa. Ahora estaba desnuda de verdad. Sin barreras.

Agarré su mano desnuda y la llevé a mi pecho, justo sobre mi corazón. Podía sentir el latido rítmico, lento y potente de mi músculo cardíaco a través de la camisa y el chaleco.

—¿Siente eso? —pregunté.

Ella asintió, incapaz de hablar.

—No se acelera. No tengo remordimientos. No tengo dudas. —Solté su mano bruscamente, como si me aburriera—. Puede vestirse. Ya he visto suficiente.

Natalia parpadeó, confundida por el cambio de ritmo. Se giró hacia mí, cubriéndose instintivamente el pecho con los brazos cruzados.

—¿Ya... ya está?

Me terminé el whisky de un trago y dejé el vaso sobre la mesa con un golpe definitivo.

—¿Esperaba que la follara aquí mismo, sobre la alfombra? —Solté una risa corta—. No sea vulgar, Natalia. No toco lo que no ha sido desinfectado primero. Y usted... usted está llena de la suciedad de la calle, de la desesperación de Vallecas y de la moralidad barata de la clase media.

Caminé hacia mi silla de cuero y me senté, recuperando mi posición de poder detrás del escritorio. Saqué un documento del cajón. Lo

había tenido preparado desde hacía días. Siempre tengo un plan de contingencia. Siempre supe que alguien vendría a por la información; solo esperaba saber quién sería el idiota. Que fuera ella... una periodista con conexiones familiares trágicas... era un regalo del destino.

—Este es el contrato —dije, lanzando la carpeta de cuero negro sobre la superficie pulida de la mesa. Se deslizó hasta detenerse frente a ella—. Léalo. No le aconsejo que llame a un abogado, porque la cláusula 4 estipula que cualquier filtración de este acuerdo resultará en la ejecución inmediata de la "Opción A": cárcel y ruina.

Natalia se agachó para recoger su ropa. Sus movimientos eran torpes, rápidos. Se vistió con la urgencia de quien escapa de un incendio, metiendo los botones en los ojales equivocados. Cuando estuvo medianamente presentable, aunque con el pelo revuelto y la dignidad hecha jirones, se acercó a la mesa.

No tocó la carpeta. Me miró a mí.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Mañana a las nueve de la mañana. Un coche la recogerá en su domicilio. Tenga una maleta preparada. No traiga mucha ropa; todo lo que tiene es inadecuado para la mujer de Alejandro Cortés. Lo quemaremos y compraremos algo decente.

—¿Y mi familia?

—La transferencia para la clínica en Zúrich se realizará en el momento en que usted firme ese papel y suba al coche. La deuda de su hermano... —Hice una pausa, disfrutando del brillo de terror en sus ojos—. Digamos que he comprado su deuda. Ahora su hermano me debe el dinero a mí. Lo cual garantiza que usted se comportará. Si usted falla, su hermano paga. Con intereses.

Natalia palideció aún más, si es que eso era posible.

—Eres el diablo.

—Y usted es mi prometida. Sonría, cariño. Acaba de ganar la lotería, aunque se sienta como si hubiera perdido el alma.

Me giré hacia el ordenador, dándole la espalda, despidiéndola sin palabras. Escuché su respiración agitada durante unos segundos más. Esperaba un insulto, un grito, algo. Pero Natalia Vidal era inteligente. Sabía cuándo había perdido.

Escuché sus pasos rápidos hacia la puerta. El *clac* del cierre electromagnético liberándose. Y luego, el silencio.

Me quedé solo en la cima de Madrid.

Miré mi mano derecha. La mano que había tocado su piel. Aún conservaba una extraña calidez, un hormigueo fantasma.

Pulsé el intercomunicador.

—Salgado —llamé a mi jefe de seguridad, que esperaba en el vestíbulo.

—Sí, señor Cortés.

—La chica baja ahora. Asegúrese de que llegue a casa a salvo. Ponga vigilancia 24 horas en su portal. Si intenta ir a la policía, quiero saberlo antes de que marque el 091. Ah, y Salgado...

—¿Señor?

—Busque los antecedentes médicos de su padre. Quiero saber qué medicación toma. Vamos a necesitar tener controlada su salud. No quiero que se muera antes de la boda. Sería mala prensa.

—Entendido, señor.

Corté la comunicación.

Me levanté y volví al ventanal. Abajo, en la calle, vi salir una figura pequeña que corría hacia la boca de metro bajo la lluvia.

Natalia Vidal.

Mi problema. Mi solución. Mi obsesión.

Sonreí, y mi reflejo en el cristal me devolvió una mueca que habría asustado a mi propia madre. El juego había empezado. Y yo nunca, jamás, perdía.

CAPÍTULO 2

LA MUÑECA DE TRAPO

POV: NATALIA VIDAL Vallecas, Madrid. 07:30 h.

El amanecer en Vallecas no tenía nada de poético. No había rayos de sol dorados filtrándose por cortinas de seda, ni silencio respetuoso. El amanecer en mi barrio era un coro de persianas metálicas subiendo con estruendo, el rugido asmático de los autobuses de la EMT frenando en la avenida de la Albufera y el olor inconfundible a café quemado y tubo de escape que se colaba por las rendijas de mi ventana mal sellada.

Abrí los ojos y el techo desconchado de mi habitación me devolvió la mirada. Había una mancha de humedad en la esquina superior derecha que tenía forma de conejo. Llevaba allí tres años. Solía mirarla cuando no podía dormir, imaginando formas, soñando con futuros.

Hoy, la mancha era solo una mancha. Y mi futuro había dejado de existir hacía exactamente ocho horas.

Me incorporé en la cama, y una ola de náuseas me golpeó el estómago con la fuerza de un puñetazo. No era gripe. Era la realidad. Me llevé una mano a la boca, tragando saliva espesa, luchando contra el impulso de correr al baño y vomitar la bilis ácida que me quemaba la garganta.

—No ha sido un sueño —susurré. Mi voz sonó rasposa, ajena.

Miré mis manos. Parecían las mismas de siempre. Uñas cortas, un pequeño padrastro en el pulgar izquierdo, piel pálida. Pero no lo eran. Esas manos habían firmado un contrato con el diablo. Esas

manos habían tocado el escritorio de Alejandro Cortés mientras él decidía cuánto valía mi vida.

El teléfono móvil vibró sobre la mesilla de noche, un zumbido agresivo contra la madera barata.

Lo cogí como si fuera una granada sin anilla.

Un mensaje. Remitente desconocido.

«09:00 h. Sea puntual. Salgado le espera abajo. A.C.»

Y justo debajo, una notificación de la aplicación de mi banco. El icono verde brillaba con una inocencia obscena.

TRANSFERENCIA RECIBIDA: 45.000,00 €. CONCEPTO: ADELANTO SERVICIOS PROFESIONALES.

El aire se escapó de mis pulmones. Cuarenta y cinco mil euros. Más dinero del que mis padres habían visto junto en toda su vida. El precio de la cadera de mi madre. El precio de las rodillas de mi hermano. El precio de mi útero, de mi boca y de mi libertad.

Me levanté. Mis piernas parecían de plomo. Fui al armario y saqué mi vieja maleta de viaje, esa que tenía una rueda rota desde el viaje de fin de curso a Benidorm. Empecé a meter ropa al azar. Vaqueros desgastados, camisetas de algodón que habían perdido el color, un par de jerséis de lana que picaban.

—¿Qué haces?

La voz de Javi me hizo dar un salto. Estaba en el marco de la puerta, con el pelo revuelto, frotándose los ojos hinchados de sueño y —lo sabía, lo intuía— de resaca. Llevaba los calzoncillos y una camiseta de propaganda de una marca de cervezas.

Mi hermano. La razón por la que estaba vendiendo mi alma. Lo miré y, por una fracción de segundo, sentí un odio tan puro, tan negro, que me asusté. *Es por ti*, quise gritarle. *Todo esto es porque no sabes cuándo parar, imbécil.*

Pero tragué el veneno. Porque eso es lo que hacen las hermanas mayores. Tragan veneno para que los pequeños beban agua.

—Me voy —dije, doblando una sudadera con movimientos mecánicos.

Javi parpadeó, confundido. Entró en la habitación rascándose la barriga.

—¿Cómo que te vas? ¿De viaje? ¿Por el trabajo ese del periódico?

—No. Me mudo.

El silencio que siguió fue denso. Javi se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos. Su expresión cambió de somnolencia a sospecha.

—¿Te mudas? ¿Así, de repente? ¿A dónde? Mamá no sabe nada.

—Se lo diré ahora. —Cerré la maleta. La cremallera se atascó a medio camino. Tiré de ella con rabia, rompiéndome una uña, hasta que cerró—. Me voy a vivir con mi novio.

Javi soltó una carcajada incrédula.

—¿Qué novio, Nati? Si no sales con nadie desde hace dos años. Si te pasas la vida trabajando y cuidando de mamá. ¿Te has echado un novio imaginario?

Me giré hacia él. Mis ojos debían de estar inyectados en sangre, o quizás irradiaban la locura de las últimas horas, porque la sonrisa de Javi se borró al instante.

—Llevo viéndome con él unos meses. Es... complicado. Es una persona importante. Quiere que vivamos juntos. Ahora.

—¿Importante? —Javi frunció el ceño—. ¿Importante tipo "encargado del Mercadona" o importante tipo pasta?

—Importante tipo pasta. —Cogí mi bolso y me colgué la chaqueta—. Ha pagado la operación de mamá, Javi. La clínica de Zúrich ha llamado esta mañana. Tienen hueco para la semana que viene.

Javi se quedó blanco. Se apoyó en la pared como si le hubieran dado un golpe.

—¿Qué? Pero... eso cuesta una fortuna. Nati, ¿qué has hecho?

—Lo que hacía falta. —Me acerqué a él. Olía a tabaco rancio y a miedo. Le agarré de los hombros, clavándole los dedos—. Escúchame bien, Javier. Él también ha pagado tu deuda.

Los ojos de mi hermano se abrieron desmesuradamente. El terror puro cruzó su rostro, seguido de un alivio tan patético que me dieron ganas de abofetearle.

—¿Sabes...? ¿Sabes lo de los rusos?

—Lo sé todo. Y él también. Ahora le debes el dinero a él. Y créeme, Javi... —Bajé la voz, imitando inconscientemente el tono letal de Alejandro en el despacho—... no quieres fallarle a este hombre. Los rusos te romperían las piernas. Él te desollaría vivo.

—Nati, yo... lo siento, te juro que iba a recuperarlo, iba a...

—Cállate. —Le solté con asco—. Cuida de mamá. Yo vendré a verla antes de que se vaya a Suiza. Y borra esa mierda de aplicaciones de tu móvil o te juro por Dios que yo misma te denunciaré.

Salí al pasillo sin esperar su respuesta. Mi madre estaba en la cocina, intentando alcanzar la cafetera con gestos de dolor. La cadera la estaba matando. La vi, pequeña, encogida por el sufrimiento crónico, y supe que había tomado la decisión correcta.

Le mentí. Le dije que estaba enamorada. Le dije que Alejandro era maravilloso, un empresario que me valoraba. Le dije que el dinero no era un problema para él. Ella lloró. Lloró de alivio por la operación, pero había una sombra en su mirada, esa intuición de madre que sabe que las cosas demasiado buenas suelen esconder trampas mortales.

—Ten cuidado, hija —me susurró al abrazarme. Olía a Vicks VapoRub y a pan tostado—. Los hombres con tanto poder... a veces se olvidan de que las personas no son propiedades.

—Lo sé, mamá. Estaré bien.

No le dije "te quiero". No pude. Me sentía demasiado sucia.

Barrio de Salamanca, Madrid. 09:45 h.

El coche negro de cristales tintados —un Mercedes que costaba más que todo mi bloque de pisos— se detuvo frente a un edificio señorial en la calle Serrano. No había letreros, solo una portería de mármol negro y latón dorado que gritaba exclusividad y silencio.

Salgado, el jefe de seguridad que había conducido desde Vallecas sin decir una sola palabra, me abrió la puerta.

—Hemos llegado, señorita Vidal.

Salí al aire fresco de la mañana. Me sentía una intrusa. Mi ropa de Primark, mi maleta con la rueda rota, mi pelo recogido en una coleta desordenada... todo en mí desentonaba con la elegancia agresiva de

la "Milla de Oro" de Madrid. Las señoras que paseaban a sus perros de raza me miraban de reojo, oliendo mi pobreza, mi otredad.

Salgado cogió mi maleta con una facilidad insultante y me guio hacia el interior.

El ascensor era privado. No tenía botones, solo un lector de huellas que Salgado activó. La subida fue rápida, tan suave que apenas noté el movimiento, excepto por el ligero estallido en mis oídos debido al cambio de presión.

Las puertas se abrieron directamente al ático.

Entré, y el frío me golpeó.

No era frío de temperatura. El climatizador estaba perfecto, a unos constantes 21 grados. Era un frío estético. Todo era blanco, negro, gris y cristal. Suelos de mármol veteado que brillaban como espejos de agua. Muebles de diseño italiano que parecían esculturas incómodas más que lugares para descansar. No había fotos. No había plantas. No había vida.

Era un mausoleo. Un mausoleo con vistas de trescientos sesenta grados sobre Madrid.

—Deje la maleta ahí.

La voz de Alejandro vino desde el piso de arriba, de una barandilla de cristal que asomaba sobre el salón de doble altura.

Alcé la vista. Allí estaba. El Amo.

Llevaba ropa de deporte. Un pantalón de chándal gris de marca técnica y una camiseta negra ajustada que se pegaba a su torso como una segunda piel, evidenciando cada músculo, cada tendón trabajado. Estaba sudado. El pelo oscuro se le pegaba a la frente y tenía una toalla blanca alrededor del cuello.

Parecía humano. Y eso lo hacía más aterrador. Porque sabía que debajo de ese sudor y esa respiración agitada por el ejercicio, seguía siendo el monstruo de hielo de anoche.

Bajó las escaleras flotantes sin hacer ruido, con esa gracia depredadora que ya empezaba a odiar. Se detuvo a dos metros de mí. El olor a *Oud Wood* se mezclaba ahora con el aroma agrio y masculino de su sudor. Era... intenso. Primitivo. Mis fosas nasales se dilataron involuntariamente.

—Llega dos minutos tarde —dijo, mirando su reloj deportivo.

—El tráfico en la M-30 no entiende de sus horarios, señor Cortés —repliqué, soltando la maleta. La rueda rota golpeó el mármol con un *clac* patético.

Él arqueó una ceja.

—En mi mundo, el tráfico se anticipa. La próxima vez, saldrá diez minutos antes. Y deje de llamarme "señor Cortés". A partir de ahora soy Alejandro. O "amor", si hay gente delante.

—Prefiero Alejandro.

—Ya veremos. —Sus ojos bajaron a mi maleta. Hizo una mueca de disgusto absoluto—. ¿Eso es todo lo que ha traído?

—Es todo lo que tengo.

Alejandro se acercó a la maleta. Con un movimiento brusco, accionó la cremallera y la abrió de par en par allí mismo, en medio del salón inmaculado. Mi ropa interior gastada, mis vaqueros, mis camisetas... todo quedó expuesto como vísceras baratas sobre el mármol de Carrara.

Se agachó y cogió una de mis camisetas favoritas, una gris vieja de la Universidad Complutense. La sostuvo con dos dedos, como si

estuviera contaminada con ántrax.

—Basura.

—Esa camiseta es cómoda —protesté, dando un paso adelante.

Alejandro me lanzó una mirada que me congeló en el sitio.

—Usted ya no es una estudiante universitaria que cuenta céntimos para el café. Usted es la futura esposa del CEO de *Cortés Holdings*. Usted es una extensión de mi marca. Y mi marca no viste poliéster ni algodón desgastado.

Se levantó, todavía sosteniendo mi camiseta, y caminó hacia una chimenea de gas moderna empotrada en la pared de pizarra. Pulsó un botón en el mando a distancia y una llama azulada y perfecta cobró vida.

—No... —susurré, entendiendo lo que iba a hacer.

Alejandro lanzó la camiseta al fuego.

La tela prendió al instante. Vi cómo el logo de la universidad se ennegrecía y se curvaba bajo el calor, desapareciendo en cenizas.

—¡Estás loco! —grité, corriendo hacia la chimenea, pero él se interpuso en mi camino. Su pecho era un muro de hormigón.

—Es un símbolo, Natalia. —Su voz era tranquila, didáctica, como si le explicara física cuántica a un niño retrasado—. Para renacer, primero hay que quemar lo que fuimos. Esa chica de Vallecas, la que pide perdón por existir, la que viste ropa de segunda mano... esa chica se ha quedado fuera de este edificio.

Se giró hacia mi maleta abierta.

—Salgado —llamó, sin elevar la voz.

El jefe de seguridad apareció como un fantasma desde el ascensor.

—¿Señor?

—Queme todo esto. La maleta incluida. Que no quede ni un hilo.

—¡No! —Me lancé hacia mi maleta, intentando cerrarla, protegiendo mis pocas posesiones. Eran mi identidad. Eran yo. —¡Son mis cosas! ¡No tienes derecho!

Alejandro me agarró del brazo y me levantó como si no pesara nada. Me apartó de la maleta con un tirón seco, obligándome a chocar contra su cuerpo sudado. El contacto fue eléctrico. Repulsivo y magnético a la vez.

—Tengo todo el derecho —susurró contra mi cara, sus ojos negros taladrando los míos—. He comprado sus deudas. He comprado su tiempo. He comprado su imagen. Y por extensión, he comprado todo lo que usted trae a esta casa. Y decido que esto... —señaló mi ropa con desdén—... no es digno de usted.

Salgado, con una eficiencia robótica, cerró la maleta y se la llevó hacia el ascensor. Vi cómo desaparecía mi vida anterior. Sentí que me arrancaban la piel a tiras.

—Eres un hijo de puta controlador —escupí, temblando de rabia.

Alejandro no se inmutó. Al contrario, una pequeña sonrisa curvó la comisura de sus labios. Parecía... satisfecho.

—Bien. Mantenga ese fuego. Lo va a necesitar. —Me soltó el brazo, pero la marca de sus dedos quedó ardiendo en mi piel—. Vaya a la ducha. El baño principal está arriba, a la derecha. En el vestidor encontrará ropa adecuada que mi estilista ha comprado esta mañana. Tallas exactas.

—¿Cómo sabes mi talla?

—Se lo dije anoche, Natalia. Lo sé todo. —Me dio la espalda, caminando hacia la cocina—. Tiene treinta minutos. A las diez y media tenemos una reunión con mi equipo de relaciones públicas para coordinar la "historia de amor" que vamos a venderle a la prensa. No llegue tarde.

—¿Y si no quiero ducharme? ¿Y si quiero ir desnuda? —le desafié, estúpidamente.

Alejandro se detuvo. Giró la cabeza ligeramente sobre su hombro. Sus ojos brillaron con una advertencia oscura.

—Si baja desnuda, Natalia, asumiré que es una invitación. Y le aseguro que, si acepto esa invitación, no llegaremos a la reunión. Y usted no podrá caminar derecha durante una semana.

El aire se espesó. Mi corazón dio un vuelco doloroso contra mis costillas. La amenaza sexual flotó entre nosotros, densa, real, terrorífica.

—Treinta minutos —repitió.

Y siguió caminando.

Me quedé sola en medio del salón inmaculado, con mis vaqueros de Primark y el olor a mis propias pertenencias quemándose todavía en mi nariz. Miré hacia la escalera de cristal. Parecía una guillotina.

Apreté los puños hasta que mis uñas se clavaron en las palmas.

Sobrevive, me dije. *Solo sobrevive.*

Subí el primer escalón.

CAPÍTULO 3

EL ESCULTOR DE SOMBRAS

POV: ALEJANDRO CORTÉS Ático en Calle Serrano, Madrid. 10:15 h.

El vapor del agua caliente todavía flotaba en el aire del pasillo superior, un rastro húmedo y fantasmal que delataba que Natalia Vidal acababa de entrar en el baño. Me quedé un segundo inmóvil, escuchando el siseo de la ducha de alta presión golpeando el mármol. Imaginé el agua recorriendo su espalda, limpiando el rastro de Vallecas, el olor a miedo y esa obstinación barata que llevaba pegada a la piel como una costra.

No era deseo. O al menos, me dije a mí mismo que no lo era. Era la satisfacción del propietario que ve cómo se restaura una pieza de museo que ha sido descuidada durante décadas.

Bajé al salón. Salgado ya había retirado la maleta y las cenizas de la chimenea. El aire volvía a ser puro, estéril, perfecto. Me serví un expreso doble, negro como mi alma, y me senté frente a los monitores de mi despacho privado, el que estaba integrado en el salón tras una pared de cristal inteligente que ahora era opaca.

Tres clics. Las cámaras de seguridad del portal me mostraron a mi equipo de relaciones públicas y a la estilista esperando en la planta baja.

—Súbalos —ordené por el intercomunicador.

Cinco minutos después, la puerta del ascensor se abrió para dejar paso a Beatriz Luján y su séquito. Beatriz era la mejor en lo suyo: una mujer de cincuenta años con la piel tan estirada que parecía a punto de romperse y una capacidad para fabricar mentiras que la

mayoría de los políticos envidiarían. Detrás de ella, Marco, el estilista favorito de la jet set madrileña, un hombre que miraba el mundo como si fuera un error de composición cromática.

—Alejandro, querido —saludó Beatriz, dejando su bolso de Hermès sobre la mesa de cristal. Ni siquiera le ofrecí asiento—. Esto es... audaz. Una periodista. ¿En serio? Es como meter a un lobo a cuidar las ovejas, solo que en este caso el lobo es ella y tus ovejas son tus acciones en bolsa.

—Ella no es un lobo, Beatriz. Es un instrumento —respondí, saboreando el café amargo—. Y no está aquí para cuidar nada. Está aquí para ser la cara de mi redención. Los americanos quieren ver que tengo corazón. Le daremos un corazón de diseño.

—¿Dónde está la criatura? —preguntó Marco, jugueteando con una cinta métrica de cuero que llevaba al cuello—. Necesito ver el lienzo antes de decidir si usamos seda o si directamente la envolvemos en alambre de espino.

—Arriba. Se está despojando de su antigua piel.

En ese momento, el sonido de unos pasos vacilantes en la escalera de cristal atrajo todas las miradas.

Natalia apareció.

Llevaba el albornoz blanco del hotel, demasiado grande para su constitución menuda. Tenía el pelo mojado, peinado hacia atrás, dejando al descubierto la estructura ósea de su rostro. Sin el maquillaje barato y el escudo de su ropa vieja, parecía peligrosamente joven. Peligrosamente vulnerable. Pero sus ojos... sus ojos seguían siendo dos brasas de odio puro que me buscaban entre los presentes.

Marco soltó un suspiro dramático.

—Oh, Dios mío. Los pómulos son aceptables. Las cejas son un desastre, parecen dos orugas en plena guerra civil. Y esa piel... necesita hidratación urgente. ¿Bebe usted agua, querida, o solo sobrevive a base de rencor y café de gasolinera?

Natalia se detuvo en el último escalón, apretando el cinturón del albornoz con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Quiénes son estas personas, Alejandro? —Su voz tembló, pero la mantuvo firme. Pude ver el esfuerzo que le costaba no salir corriendo de vuelta al ascensor.

—Tu equipo de reconstrucción —dije, levantándome y caminando hacia ella. Me detuve a una distancia que la obligaba a mirar hacia arriba, exponiendo su cuello—. Beatriz se encargará de que cada palabra que salga de tu boca parezca un poema de amor. Marco se encargará de que parezcas una mujer que ha nacido en un palco del Teatro Real.

Marco se acercó a ella con la rapidez de una araña. Antes de que Natalia pudiera reaccionar, él ya le estaba tocando el pelo, girándole la cabeza con manos enguantadas en seda.

—El color es un castaño aburrido. Vamos a oscurecerlo. Un *espresso* profundo, casi negro, para que resalte la palidez de su piel. Y los labios... tiene una boca demasiado rebelde. Necesitamos suavizarla —dictaminó Marco.

—¡Suéltame! —Natalia apartó la mano de Marco con un manotazo.

Beatriz soltó una risita seca.

—Tiene carácter. Eso nos servirá para la narrativa de la "periodista indomable cautivada por el magnate". Pero tendrá que aprender a sentarse, Natalia. Y a mirar a Alejandro como si él hubiera inventado el sol.

—Prefiero mirar al sol hasta quedarme ciega antes que mirarlo a él con algo que no sea asco —espetó Natalia, clavando sus ojos en los míos.

Me acerqué un paso más. El olor a jabón neutro y piel húmeda emanaba de ella, una fragancia de inocencia perdida que me irritaba y me atraía en proporciones iguales. Puse mi mano en su nuca, justo donde el pelo mojado goteaba sobre el albornoz. Mis dedos se enterraron en su cabello, y tiré suavemente, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás.

Sus labios se abrieron en un jadeo silencioso.

—El asco es una emoción fuerte, Natalia —susurré, bajando la cabeza hasta que mis labios rozaron su oreja. Beatriz y Marco observaban la escena con el desapego de quien mira un documental sobre naturaleza salvaje—. Pero la prensa no distingue entre el asco y la intensidad sexual. Así que úsalo. Odíame todo lo que quieras bajo las sábanas, pero cuando las luces se enciendan, quiero que ese odio parezca hambre. ¿Entendido?

Ella intentó escupir algo, pero mi agarre en su nuca se tensó. No era dolor, era una advertencia. Una promesa de que el control no era algo que ella pudiera negociar.

—Marco —ordené, soltándola—, llévatela. Empieza por el vestidor. Quiero que esté lista para la sesión de fotos de las dos. Beatriz, quédate. Tenemos que retocar la historia de cómo nos conocimos.

—¡No voy a ir a ninguna parte con él! —gritó Natalia, retrocediendo hacia la escalera.

—Natalia —dije su nombre con una calma gélida que la detuvo en seco—. ¿Recuerda la transferencia bancaria de esta mañana? ¿Recuerda a su madre? ¿Recuerda las rodillas de Javi? Cada segundo que pierde siendo difícil es un segundo que me hace

cuestionar mi inversión. Y soy un hombre muy impaciente con los malos negocios.

Ella se quedó inmóvil. Pude ver cómo su espíritu luchaba, cómo la periodista que buscaba la verdad se retorcía bajo el peso de la hija que quería salvar a su familia. Ganó la hija. Siempre gana la hija en el Dark Romance de la vida real.

Bajó los hombros. La derrota la hizo parecer aún más pequeña.

—Vaya con él —repetí.

Marco la tomó del brazo, esta vez con más firmeza, y la condujo hacia la suite principal. Ella no volvió la vista atrás.

Me quedé a solas con Beatriz, que ya estaba desplegando una tableta con borradores de artículos.

—La historia oficial —comenzó Beatriz— es que ella te estaba investigando para un reportaje sobre la filantropía en el Ibex 35. Se conocieron en una gala, ella fue incisiva, tú fuiste... tú mismo. Un flechazo intelectual que derivó en pasión. "La mujer que no podía ser comprada encontró al hombre que no podía ser ignorado". Es cursi, pero a las revistas del corazón les encantará.

—Asegúrate de que no haya rastro de su trabajo real en los últimos dos años —dije, caminando hacia el ventanal—. Borra cualquier mención a sus artículos sobre corrupción inmobiliaria. A partir de ahora, Natalia Vidal es una columnista de estilo de vida que ha decidido dejar su carrera por amor.

—Hecho. ¿Y su familia? Vallecas no encaja en el cuadro.

—Su madre está en una clínica privada. Su hermano... —Sonreí para mis adentros—... su hermano está bajo mi protección personal. No darán problemas. Si lo hacen, desaparecerán de la narrativa.

Beatriz asintió. Para ella, las personas eran solo variables en una ecuación de imagen pública.

—Una cosa más, Alejandro. He visto cómo la miras. Ten cuidado. Esa chica no es como las modelos que sueles contratar para las fiestas en Ibiza. Tiene algo... roto dentro de ella que parece querer arreglarse contigo. Y los hombres como tú no arreglan cosas. Solo las poseen hasta que dejan de ser útiles.

—Yo no busco arreglar nada, Beatriz. Busco que el mundo crea que tengo algo que perder. Y Natalia Vidal va a ser la pérdida más hermosa que Madrid haya visto jamás.

Me quedé mirando hacia la Sierra de Guadarrama, sintiendo el pulso en mis sienes. A través de las paredes, podía oír el sonido distante de percheros moviéndose y la voz autoritaria de Marco dando instrucciones. Natalia estaba siendo transformada. Estaba siendo borrada.

Lo que saldría de ese vestidor en dos horas no sería la mujer que entró en mi despacho con guantes de látex. Sería una creación mía. Una criatura nacida de mi voluntad y su necesidad.

Sentí una punzada de algo que se parecía peligrosamente a la anticipación. No por la estrategia de marketing, sino por el momento en que volviera a tocarla. El contraste entre su piel fría y mis manos calientes. El momento en que sus ojos volvieran a encontrar los míos y ella se diera cuenta de que, por mucho que se vistiera de seda, seguía siendo mi cautiva.

El juego de sombras apenas acababa de empezar, y yo ya estaba ansioso por ver hasta dónde llegaría la oscuridad de Natalia antes de que ella se diera cuenta de que la luz nunca fue una opción.

CAPÍTULO 4

EL ESPEJO DE LOS OTROS

POV: NATALIA VIDAL Ático en Calle Serrano, Madrid. 13:20 h.

El espejo no me devolvía mi reflejo. Me devolvía un cadáver exquisito.

Me quedé inmóvil frente a la pared de cristal del vestidor, observando a la mujer que me miraba desde el otro lado. Marco había cumplido su amenaza. Mi cabello, antes de un castaño apagado y castigado por el sol de Vallecas, era ahora una cascada de obsidiana líquida. Brillaba con una intensidad casi sobrenatural bajo los focos LED, un *espresso* tan oscuro que hacía que mi piel pareciera cera de vela, blanca y translúcida.

Mis cejas, ahora perfectamente arqueadas y definidas, daban a mi rostro una expresión de altivez permanente que yo no sentía. Me habían despojado de mi suavidad. Me habían afilado.

—No te muevas, *tesoro* —siseó Marco detrás de mí.

Sentí el roce frío de sus dedos mientras aplicaba una última capa de labial. Era un color sangre seca, mate, que hacía que mi boca pareciera una herida abierta.

—Estás... impactante. Alejandro va a devorarte —murmuró con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Me obligaron a ponerme un vestido de seda de *Yves Saint Laurent*. Era de un verde esmeralda tan profundo que rozaba el negro. La tela era una trampa; se sentía como agua fría contra mi piel, pero pesaba lo suficiente como para recordarme que cada centímetro de

mi cuerpo estaba ahora bajo contrato. El escote era una uve pronunciada que llegaba casi hasta mi ombligo, mantenido en su sitio por nada más que la tensión de la tela y mi propio miedo a respirar demasiado profundo.

—Zapatos —ordenó Marco, señalando unos *stilettos* de aguja negros.

Me los calcé. Diez centímetros de tortura que cambiaron mi centro de gravedad. De repente, ya no era Natalia. Era una torre de cristal lista para romperse.

Salimos al salón principal. El equipo de fotografía ya había montado los paraguas de luz y los reflectores. Beatriz Luján hablaba por teléfono, gesticulando con una uña roja mientras marcaba el ritmo de la farsa. Pero mi mirada fue directa a él.

Alejandro estaba de pie junto al ventanal, de espaldas a la habitación. Se había cambiado. Llevaba un traje de corte italiano en color gris carbón, sin corbata, con los dos primeros botones de la camisa blanca desabrochados. Cuando escuchó el chasquido de mis tacones sobre el mármol, se giró.

El tiempo se dilató. Fue ese segundo eterno en el que el aire se espesa y los sonidos del mundo —el murmullo del equipo, el tráfico lejano de Serrano, mi propio pulso— se desvanecen.

Sus ojos negros recorrieron mi cuerpo. No fue una mirada de admiración. Fue una inspección técnica. Una tasación de activos. Recorrió mis tobillos, subió por la curva de mis caderas acentuada por la seda, se detuvo en el escote y finalmente ancló su mirada en mis ojos. Pude ver el momento exacto en que sus pupilas se dilataron. Una chispa de triunfo animal cruzó su rostro.

—Aceptable —dijo Alejandro. Su voz era un trueno bajo que me hizo vibrar el pecho.

—¿Aceptable? —Marco soltó una carcajada nerviosa—. Alejandro, es una obra maestra. He sacado a la reina de entre los escombros.

—A las posiciones, por favor —interrumpió el fotógrafo, un hombre flaco con gafas de pasta que me miraba como si fuera un bodegón de frutas—. Queremos intimidad. Queremos que Madrid crea que no podéis quitaros las manos de encima. Alejandro, ponte detrás de ella. Natalia, relaja los hombros. Pareces un gato a punto de saltar por la ventana.

Alejandro se movió. Su presencia física era un asalto sensorial. Cuando se colocó detrás de mí, sentí el calor de su torso emanando contra mi espalda desnuda. El vestido no tenía parte trasera, solo unas tiras finas de seda que cruzaban mi columna.

Sus manos se posaron en mi cintura.

Ahogué un jadeo. Sus dedos eran largos y fuertes, y apretaron la carne de mis caderas con una firmeza que bordeaba el dolor. Me obligó a pegarme a él. Pude sentir la dureza de sus muslos, el roce de la lana de su traje contra mi piel expuesta. Olía a *Oud*, a éxito y a algo más oscuro, algo que me recordaba a la lluvia ácida sobre el asfalto caliente.

—Mírame, Natalia —susurró cerca de mi oído. Su aliento rozó mi lóbulo, enviando una descarga eléctrica que me erizó el vello de la nuca—. Recuerda el contrato. Recuerda a Javi.

—Te odio —musité, apenas moviendo los labios para que el fotógrafo no lo notara.

—Lo sé. El odio le da a tus ojos un brillo que ninguna cámara puede ignorar. Úsalo. Imagina que me estás matando con la mirada mientras me dejas tocarte.

El fotógrafo empezó a disparar. El *flash* me cegaba rítmicamente. *Clic-clac. Clic-clac.* —Más cerca, más pasión —gritaba el fotógrafo—.

Alejandro, bésale el cuello. Natalia, echa la cabeza hacia atrás. Cierra los ojos. Disfruta de tu hombre.

Sentí los labios de Alejandro en la curva de mi cuello. No fue un beso. Fue una reclamación. Sus labios estaban calientes y secos, y la presión que ejerció fue lenta, deliberada. Su nariz rozó mi piel, inhalando mi aroma como si estuviera marcando su territorio.

Mis manos, por puro instinto de equilibrio, buscaron sus brazos. Sus bíceps estaban tensos bajo la tela de la camisa. Eran como cables de acero. Me aferré a él, mis uñas clavándose levemente en sus antebrazos. Mi cuerpo, traidor y estúpido, reaccionó a su proximidad con un espasmo de calor en el vientre. Odiaba que él pudiera hacerme sentir eso. Odiaba que mi biología no entendiera que este hombre era mi carcelero.

—Perfecto, eso es —decía el fotógrafo, excitado por la tensión que emanaba de nosotros—. Ahora, Alejandro, ponle la mano en la cara. Natalia, mírale a él. Olvida que estamos aquí.

Alejandro deslizó su mano desde mi cintura, subiendo por mi costado, rozando la curva lateral de mi pecho. Mi corazón martilleaba tan fuerte que estaba segura de que él podía sentirlo a través de su palma. Sus dedos largos se cerraron alrededor de mi mandíbula, obligándome a girar la cara hacia él.

Nuestras miradas se fundieron a escasos centímetros.

Vi las motas doradas en sus iris oscuros. Vi la sombra de la barba que empezaba a asomar en su mandíbula perfecta. Vi la arrogancia de un hombre que nunca ha escuchado la palabra "no". Pero también vi algo más. Una grieta. Una fracción de segundo en la que su máscara de control se tambaleó bajo la intensidad de nuestro contacto.

—Eres una mentirosa excelente, Natalia —susurró, su voz tan baja que solo yo podía oírla bajo el ruido del ventilador del estudio—. Si

no supiera que quieres verme muerto, juraría que te estás corriendo solo con tocarme.

La humillación me golpeó con más fuerza que su agarre. Intenté apartarme, pero él me sujetó con más fuerza, su pulgar presionando mi labio inferior, deformándolo, exponiendo la humedad interna de mi boca.

—No me toques —siseé, las lágrimas de rabia quemando mis ojos.

—Te tocaré cuando quiera y como quiera. He pagado por el privilegio —respondió él, sus ojos brillando con una luz sádica—. Ahora, sonríe. Tenemos una boda que anunciar.

La sesión continuó durante horas. Me movieron como a una muñeca. Me hicieron sentarme en su regazo mientras él me rodeaba con sus brazos protectores que se sentían como cadenas. Me hicieron reír falsamente mientras él me susurraba amenazas y cláusulas contractuales al oído.

Al final del día, mis pies sangraban por culpa de los zapatos y mi alma se sentía como si hubiera sido pasada por una trituradora de papel.

Cuando el equipo finalmente se marchó, el silencio del ático regresó con una violencia ensordecedora. Alejandro se sirvió un whisky, como siempre, y se sentó en el sofá de cuero blanco, observándome mientras yo intentaba desabrocharme los zapatos con dedos temblorosos.

—Mañana saldrán las fotos en *¡Hola!* y en la edición digital de *El Mundo* —dijo, su voz volviendo a ser la del CEO frío—. Beatriz ya ha redactado la entrevista. Solo tienes que aprenderte las respuestas. No improvises.

No respondí. Finalmente me quité los zapatos y caminé descalza hacia la escalera. El mármol estaba frío, un bálsamo para mis pies

doloridos.

—Natalia.

Me detuve en el primer escalón. No me giré.

—Mañana tenemos el primer evento real. Una cena benéfica en la Fundación Thyssen. Irán los verdaderos Amos de Madrid. Si cometes un error, si una sola persona sospecha que esto es una farsa, el pago a la clínica de tu madre se detendrá inmediatamente. ¿He sido claro?

—Cristalino —dije, con la voz vacía—. ¿Algo más, dueño?

Escuché el sonido del cristal chocando contra la mesa. Él se levantó. Sus pasos se acercaron a mí. Se detuvo justo detrás, pero esta vez no me tocó.

—Quítate ese vestido antes de dormir. No quiero que lo manches con tus lágrimas de autocompasión. Es una pieza de colección. Vale más que tu casa en Vallecas.

Subí las escaleras sin mirar atrás. Una vez en la habitación —mi nueva celda de lujo—, me cerré la puerta con llave. Me dejé caer contra la madera, deslizándome hasta el suelo.

Miré el vestido esmeralda. Miré mis manos limpias, mis uñas perfectas, mi piel tratada con cremas que costaban cientos de euros.

Me sentía como un objeto. Un objeto precioso, pulido y exhibido, pero sin vida.

Cerré los ojos y, por primera vez desde que entré en esa torre, dejé que el llanto me invadiera. No fue un llanto ruidoso. Fue un goteo constante, silencioso, que empapó la seda del vestido de *Yves Saint Laurent*.

Alejandro quería que quemara mi pasado. Pero mientras las lágrimas caían, supe que el fuego no solo estaba destruyendo a la chica de Vallecas. Estaba forjando algo nuevo. Algo que él no esperaba.

Si yo era su inversión, iba a asegurarme de que el precio a pagar fuera mucho más alto de lo que él jamás imaginó.

CAPÍTULO 5

LA MARCA DEL DUEÑO

POV: ALEJANDRO CORTÉS Fundación Colección Thyssen-Bornemisza, Madrid. 21:15 h.

El Paseo del Prado exhalaba ese frío húmedo de enero que se cuela por debajo de los abrigos de cachemira, pero dentro del Palacio de Villahermosa, el aire estaba saturado de un calor artificial: una mezcla embriagadora de calefacción central, perfumes de trescientos euros la onza y el inconfundível aroma del poder rancio.

Sentí el peso de Natalia en mi brazo.

No era un peso físico; ella apenas rozaba el suelo con sus tacones de aguja. Era un peso emocional. Podía sentir su resistencia vibrando a través de la manga de mi esmoquin de *Tom Ford*. Sus dedos, fríos como el mármol, estaban anclados en mi antebrazo con una rigidez que gritaba su deseo de salir corriendo hacia la oscuridad de la noche madrileña.

—Relájate —le susurré al oído, inclinándome lo justo para que pareciera un gesto de afecto privado ante los fotógrafos que se agolpaban en la entrada—. Estás demasiado tensa. Tus hombros parecen a punto de quebrarse y tu mandíbula está tan apretada que puedo oír cómo crujen tus dientes desde aquí.

—Es el asco, Alejandro —respondió ella sin mover un solo músculo facial, manteniendo esa sonrisa de escaparate que Beatriz le había obligado a practicar durante horas—. El asco me mantiene rígida.

—Úsalo a tu favor. Que piensen que eres una criatura etérea, intocable. El misterio vende más que la complacencia.

Entramos en el salón principal. Bajo las luces de las lámparas de araña, Natalia era, sencillamente, un incendio forestal en un campo de nieve. El vestido esmeralda que había sobrevivido a sus lágrimas anoche caía sobre su cuerpo como seda líquida, resaltando cada curva que yo ya conocía de memoria, aunque solo fuera a través de la lente de mi control. El collar de diamantes negros que le había obligado a ponerse —una pieza que pesaba lo suficiente como para recordarle quién era su dueño— brillaba contra su piel pálida.

—Alejandro, por fin —dijo una voz masculina, cargada de una familiaridad que detestaba.

Era Gonzalo Valdés. Heredero de una fortuna inmobiliaria construida sobre la corrupción de los años noventa y, posiblemente, el hombre más peligroso para mi estabilidad en este momento. Gonzalo no era un estratega; era un buitre. Olía la sangre a kilómetros.

Sus ojos, pequeños y astutos, no se dirigieron a mí. Se clavaron en Natalia. Recorrieron su escote con una lentitud que me provocó una punzada de algo oscuro y violento en la base del estómago. No era celos, me dije. Era protección de activos. Nadie mira lo que es mío con ese hambre.

—¿Y esta joya? —preguntó Gonzalo, dando un paso más hacia el espacio personal de Natalia—. No recuerdo haber visto este modelo en ninguna de tus fiestas, Alejandro. ¿De dónde la has sacado? ¿De una subasta privada en Ginebra?

Sentí que Natalia se tensaba aún más. Su pulso, que podía notar bajo mi mano en su cintura, se aceleró como el de un pájaro atrapado.

—Natalia Vidal —dije, estrechando mi agarre en su cadera, hundiendo mis dedos en la seda hasta sentir la firmeza de su hueso ilíaco—. Mi prometida. Natalia, este es Gonzalo Valdés. Intenta no dejar que sus modales de club de campo te aburran.

Gonzalo tomó la mano de Natalia antes de que ella pudiera retirarla. Se la llevó a los labios, pero no besó el aire. Sus labios rozaron sus nudillos desnudos.

—Natalia... un nombre precioso para una mujer exquisita —murmuró Gonzalo, manteniendo su mirada fija en ella—. Tienes una mirada fascinante. Pareces... asustada. O quizás solo aburrida de la compañía de Alejandro. Él siempre ha sido un hombre de negocios, nunca un hombre de placer.

—Natalia es periodista, Gonzalo —intervine, mi voz bajando a ese tono de advertencia que solía preceder a una ejecución financiera—. Sabe distinguir perfectamente entre un hombre de negocios y un buitre que vive de las sobras de su padre.

Gonzalo se rió, pero sus ojos permanecieron fríos.

—Periodista, ¿eh? Fascinante. Me encantaría que me hicieras una entrevista algún día, Natalia. Tengo muchos secretos que un hombre como Alejandro preferiría mantener enterrados en el hormigón de sus torres.

—Ella no acepta trabajos de caridad, Gonzalo —replicó Natalia.

Me sorprendió. No fue una respuesta de guion. Fue un destello de la Natalia de Vallecas, la que no se dejaba amedrentar por los trajes caros. Miró a Gonzalo con un desprecio tan genuino que el hombre parpadeó, desconcertado.

—Vaya —dijo Gonzalo, recuperando la compostura—. Tiene espinas. Me gusta.

—Vámonos, Alejandro —dijo Natalia, girándose hacia mí. Sus ojos me suplicaban que la sacara de allí antes de que el aire se volviera irrespirable.

Caminamos hacia el otro extremo del salón, cerca de un cuadro de *Caravaggio* que parecía resumir nuestra situación: sombras profundas y una luz violenta y artificial. Me detuve y le quité una copa de champán a un camarero que pasaba, ofreciéndosela a ella.

—Bien hecho —susurré—. Esa respuesta ha sido perfecta.

—No lo he hecho por ti —espetó ella, bebiendo un sorbo largo de champán que le devolvió algo de color a las mejillas—. Ese hombre es un cerdo. Me miraba como si fuera un pedazo de carne en un mostrador.

—Exactamente como te miro yo, Natalia. La diferencia es que yo he pagado por el mostrador entero.

Ella me miró con una rabia renovada.

—Eres un monstruo.

—Soy el monstruo que te protege de monstruos peores como Gonzalo. Recuérdalo cuando sientas ganas de rebelarte.

La cena transcurrió como un desfile de hipocresía. Natalia se sentó a mi derecha, rodeada de ministros, banqueros y sus esposas enjoyadas. Observé cómo navegaba la conversación. Era inteligente, demasiado inteligente para su propio bien. Sabía cuándo callar, cuándo sonreír y cuándo lanzar una frase mordaz que dejaba a sus interlocutores preguntándose si los había insultado o halagado.

Pero a mitad del segundo plato, sentí que algo andaba mal.

Natalia dejó de comer. Sus manos volvieron a su regazo y su respiración se volvió pesada. Miró hacia la entrada del salón comedor y su rostro se tornó grisáceo.

Seguí su mirada.

Allí, junto a la puerta, hablando con uno de los guardias de seguridad del museo, había un hombre joven con una chaqueta de cuero desgastada y el pelo sucio. Desentonaba tanto en ese entorno como una rata en un quirófano.

Javi. El hermano.

—¿Qué hace él aquí? —siseó Natalia, su voz cargada de un pánico ciego.

Sentí una oleada de furia helada. Había dado órdenes estrictas de que nadie se acercara a ella. Salgado estaba fuera, pero Javi debía de haber encontrado una forma de burlar la seguridad externa o, más probablemente, Gonzalo Valdés lo había traído para causar una escena.

—No te muevas —ordené, mi mano apretando su muslo por debajo de la mesa con una fuerza que sabía que dejaría marca—. Si te levantas ahora, destruyes todo.

—Van a echarlo. Van a pegarle —susurró ella, sus ojos llenándose de lágrimas—. Alejandro, por favor, haz algo.

—Quédate aquí. Sonríe. Habla con la mujer del Ministro de Fomento sobre su estúpida fundación de perros abandonados. Si te levantas, Natalia, te juro que mañana tu hermano estará en una celda antes del amanecer.

Me levanté con la calma fingida de un depredador que no tiene prisa. Hice una seña a Salgado, que apareció en un rincón como una sombra.

Salí del salón comedor y me dirigí hacia Javi. El chico me vio venir y su expresión cambió de la bravuconada al terror puro. Intentó retroceder, pero Salgado ya estaba detrás de él, bloqueando su salida.

Lo arrastramos a un pasillo lateral, lejos de la vista de los invitados, bajo la mirada impasible de una estatua neoclásica.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —le pregunté, agarrándolo por la solapa de su chaqueta mugrienta y estampándolo contra la pared de piedra.

—Yo... solo quería ver a mi hermana —balbuceó Javi, el olor a alcohol barato emanando de sus poros—. Ella no responde al móvil. Creía que la tenías secuestrada... yo...

—Escúchame bien, pequeño parásito —dije, acercando mi cara a la suya hasta que pudo ver el abismo en mis ojos—. Tu hermana está salvando tu miserable vida. Cada segundo que pasas aquí, cada vez que abres tu boca llena de vicio, estás apretando la soga alrededor de su cuello.

—Ella me dijo que estabas pagando...

—Estoy pagando tu silencio y tu desaparición. Salgado te va a meter en un coche ahora mismo. Te va a llevar a un hotel a las afueras de Madrid. Mañana saldrás hacia un centro de rehabilitación en Galicia. Si pones un pie fuera de ese centro antes de que yo lo ordene, o si vuelves a intentar contactar con Natalia, le diré a los rusos exactamente dónde estás. Y te aseguro que no serán tan amables como yo.

Javi empezó a temblar. Era un chico débil, una sombra de la fuerza de Natalia.

—Por favor... no me mates.

—No voy a matarte yo. No quiero manchar mi esmoquin con tu sangre barata. —Lo solté como si fuera basura—. Llevátelo, Salgado. Asegúrate de que no tenga acceso a ningún teléfono.

Volví al salón comedor. Mi pulso era constante, pero mi mente estaba trabajando a mil por hora. Gonzalo Valdés estaba observando la puerta. Cuando entré solo, sus labios se curvaron en una sonrisa de triunfo. Él sabía quién era ese chico. Él lo había traído. El juego se estaba volviendo sucio antes de lo previsto.

Me senté al lado de Natalia. Ella me miró con una intensidad desesperada.

—¿Está bien? —preguntó en un susurro.

—Está a salvo. Se va a rehabilitación mañana. Es lo que acordamos —mentí parcialmente para mantenerla bajo control—. Pero Gonzalo sabe quién es, Natalia. Ha intentado tendernos una trampa.

Sentí su mano buscar la mía bajo la mesa. No fue un gesto de amor, sino de puro terror compartido. Sus dedos se entrelazaron con los míos, buscando anclaje en la única fuerza que podía protegerla en ese nido de víboras.

—Estamos juntos en esto ahora —dijo ella, con una nota de resignación que me gustó demasiado—. No porque quiera, sino porque no tengo otra opción.

—Esa es la única forma en que las alianzas funcionan en este mundo, Natalia. Por necesidad, no por elección.

Apreté su mano. Por primera vez, no sentí que estaba tocando un activo. Sentí que estaba tocando un arma cargada. Y esa noche, mientras los Amos de Madrid brindaban por el arte y el dinero, supe que Natalia Vidal iba a ser mucho más que una cara bonita en una revista. Iba a ser el catalizador de mi destrucción o de mi victoria absoluta.

Y, por el momento, no me importaba cuál de las dos fuera, siempre que ella estuviera a mi lado cuando el mundo ardiera.

CAPÍTULO 6

LA JAULA DE ORO Y SILENCIO

POV: NATALIA VIDAL Mercedes-Maybach S-Class. Paseo de la Castellana, Madrid. 23:45 h.

El silencio dentro del coche no era paz. Era una mordaza.

El interior del Mercedes olía a cuero nuevo, a esa fragancia aséptica y cara que parece diseñada para borrar cualquier rastro de humanidad. Fuera, Madrid pasaba como un borrón de luces de neón y faros bajo la lluvia incesante, pero dentro, el aire estaba estancado, denso, cargado con la electricidad estática de lo que acababa de suceder.

Miré mis manos, descansando sobre el regazo. Los nudillos estaban blancos. La seda verde esmeralda del vestido *Yves Saint Laurent* se arrugaba bajo mis dedos, una pequeña rebelión de la tela contra la tensión de mi cuerpo.

A mi lado, Alejandro Cortés era una estatua de hielo y oscuridad.

No me miraba. Tenía la vista fija en la tableta iluminada que sostenía con una mano, desplazando gráficos bursátiles o correos electrónicos que probablemente decidían el destino de cientos de familias, con la misma indiferencia con la que alguien lee el menú de un restaurante de comida rápida. Su perfil era duro, cortante contra las sombras del coche. La mandíbula tensa, la nariz recta, esas pestañas oscuras que ocultaban unos ojos que había visto convertirse en abismos hacía solo una hora.

—¿A dónde lo han llevado? —Mi voz rompió el silencio como un cristal al caer al suelo. Sonó pequeña, rota.

Alejandro no levantó la vista de la pantalla. Su dedo índice se deslizó sobre el cristal, ampliando una columna de números rojos.

—A un lugar donde no puede hacer daño. Ni a ti, ni a mí, ni a sí mismo.

—Quiero saber el nombre del sitio, Alejandro. Es mi hermano. Tengo derecho a saber si lo has mandado a un centro médico o a un agujero en medio de la nada.

Esta vez, sí se giró.

El movimiento fue lento, deliberado. Dejó la tableta sobre el asiento de cuero beige que nos separaba. Sus ojos captaron el reflejo de las farolas naranjas de la Castellana, dándole un aspecto demoníaco, casi sobrenatural.

—Tus derechos, Natalia, son los que figuran en el contrato que firmaste ayer —dijo, su voz suave y aterciopelada, contrastando brutalmente con la crueldad de sus palabras—. Y la cláusula de confidencialidad sobre la ubicación de mis activos de seguridad es muy estricta. Javi es ahora un activo de seguridad.

—Es una persona —siseé, sintiendo cómo las lágrimas de impotencia me quemaban la garganta—. Es un niño estúpido que ha cometido errores, no un "activo".

—Es un yonqui del juego que casi revienta nuestra primera aparición pública por desesperación. —Alejandro se inclinó hacia mí. El espacio en el coche se redujo drásticamente. Su aroma a *Oud Wood* y almizcle invadió mis fosas nasales, anulando mi capacidad de pensar con claridad—. ¿Crees que Gonzalo Valdés lo trajo para que se tomaran un café? Lo trajo para que te viera. Para que tú te derrumbaras. Para que montaras un espectáculo llorando y gritando, y mañana la prensa titulara: *"La prometida inestable de Cortés: escándalo en el Thyssen"*.

Me quedé callada. Sabía que tenía razón. Odiaba que tuviera razón. Odiaba que su lógica fría y sociópata tuviera más sentido que mi pánico emocional.

—Le salvé el culo, Natalia. Y te salvé el tuyo. Deberías estar dándome las gracias, no interrogándome.

Me giré hacia la ventanilla, pegando la frente al cristal frío. El vaho de mi respiración empañó la vista de la Plaza de Colón.

—Gracias —susurré con veneno—. Gracias por secuestrar a mi hermano.

Sentí su mano sobre mi muslo.

Me estremecí. No pude evitarlo. Su palma era grande, caliente, pesada. A través de la fina seda del vestido, podía sentir cada uno de sus dedos marcando mi piel. No apretó. Solo la dejó allí, un recordatorio físico de su posesión. Un ancla.

—De nada, *tesoro*.

El resto del viaje fue un tormento silencioso. Su mano no se movió de mi pierna. Yo no me atreví a apartarla. Estaba demasiado cansada, demasiado vacía. Mis pies, embutidos en los *stilettos* de diez centímetros, palpitaban con un dolor agudo, rítmico, que subía por mis pantorrillas.

Cuando el coche se detuvo en el garaje privado del edificio en Serrano, Salgado nos abrió la puerta. El jefe de seguridad evitó mi mirada. Quizás sentía lástima. O quizás solo era otro robot programado por Alejandro.

Subimos en el ascensor en silencio. Alejandro aflojó el nudo de su pajarita negra, deshaciéndola con un gesto cansado que, por un segundo, lo hizo parecer humano. Vi el movimiento de los tendones de su cuello, la sombra de barba que empezaba a oscurecer su piel.

Era devastadoramente atractivo. Y eso me hacía odiarlo aún más. ¿Cómo podía el envase ser tan perfecto cuando el contenido era tan venenoso?

Las puertas se abrieron al ático.

La oscuridad nos recibió. Solo las luces de la ciudad entraban por los ventanales de suelo a techo, pintando el suelo de mármol con sombras alargadas y espectrales.

Me quité los zapatos allí mismo, en la entrada. El alivio fue tan intenso que casi gemí. Mis pies tocaron el suelo frío y sentí que recuperaba una fracción de mi voluntad.

—Voy a dormir —dije, caminando hacia la escalera, cojeando ligeramente.

—Espera.

Me detuve. No me giré.

—¿Qué?

—Date la vuelta.

Cerré los ojos, respirando hondo. Me giré despacio. Alejandro estaba de pie junto a la isla de la cocina, sirviéndose un vaso de agua. Dejó la jarra y caminó hacia mí.

—El collar —dijo, señalando mi cuello.

Me llevé la mano a la garganta. Los diamantes negros. La correa más cara del mundo.

—Puedo quitármelo yo sola.

—El cierre es complicado. Y no quiero que lo rompas. Vale más que la vida de tu hermano.

La crueldad gratuita de la comparación me hizo daño, pero no le di el gusto de reaccionar. Me di la vuelta, apartando mi pelo negro —ese pelo que ya no sentía mío— hacia un lado, exponiendo mi nuca.

Sentí sus pasos acercarse. Sentí el calor de su cuerpo a milímetros de mi espalda. Su respiración agitó los cabellos sueltos en mi nuca.

Sus dedos, fríos por el vaso de agua, rozaron mi piel caliente. Me estremecí violentamente.

—Tienes la piel de gallina —murmuró. Su voz estaba tan cerca que vibró en mi columna vertebral—. ¿Tienes frío, Natalia? ¿O es miedo?

—Es asco —repetí mi mantra. Mi escudo.

—Mentirosa.

Sus dedos jugaron con el cierre del collar, pero se tomaron su tiempo. Rozaron la base de mi cuello, trazaron la línea de mis vértebras. Fue un toque clínico, pero cargado de una intimidad perversa. Estaba en su casa, semidesnuda, vulnerable, y él estaba detrás de mí, controlando mi respiración con la suya.

Clic.

El peso de los diamantes desapareció de mi cuello.

Alejandro retiró el collar, pero no se apartó. Su mano libre se posó en mi cintura desnuda, en el hueco que dejaba la espalda descubierta del vestido. Su pulgar trazó círculos lentos, hipnóticos, sobre mi piel.

—Lo hiciste bien esta noche —dijo, su voz ronca—. Cuando te enfrentaste a Gonzalo. Tenías fuego en los ojos. Me gusta ese fuego.

—No soy tu espectáculo, Alejandro.

—Eres exactamente eso. Eres mi espectáculo. Y esta noche, has brillado.

Giró mi cuerpo para que quedara frente a él. El collar colgaba de su mano, brillando como estrellas muertas. Me miró a los ojos, y en la penumbra, sus pupilas eran dos agujeros negros que amenazaban con tragarme entera.

Bajó la mirada a mis pies descalzos. Vio las marcas rojas, las pequeñas ampollas que empezaban a formarse en mis talones.

Frunció el ceño.

—Estás sangrando.

Miré hacia abajo. Una pequeña mancha de sangre había manchado el mármol inmaculado.

—Los zapatos me quedan pequeños —mentí. Eran mi talla, pero eran instrumentos de tortura.

—Siéntate.

—¿Qué?

—Que te sientes. Allí. —Señaló uno de los sillones de diseño bajo el ventanal.

—No necesito que...

—Natalia. —Su tono no admitía réplica. Era el tono que usaba para ordenar la quema de ciudades o la compra de empresas—. Siéntate.

Obedecí. No porque quisiera, sino porque mis pies palpitaban y luchar contra él requería una energía que ya no tenía. Me dejé caer en el sillón de cuero blanco, estirando las piernas.

Alejandro desapareció por el pasillo y volvió un minuto después con un botiquín de primeros auxilios. Se quitó la chaqueta del esmoquin y la tiró sobre el sofá con descuido. Se remangó la camisa blanca, dejando al descubierto esos antebrazos venosos que me fascinaban y aterraban.

Se arrodilló ante mí.

El Gran Alejandro Cortés, el Amo de Madrid, arrodillado a los pies de una chica de Vallecas.

La imagen era tan absurda, tan poderosa, que me dejó sin aliento.

Abrió el botiquín y sacó unas toallitas desinfectantes y tiritas.

—Dame el pie derecho.

—Puedo hacerlo yo...

Me agarró el tobillo. Su mano era grande, abarcando casi toda la articulación. Su agarre fue firme pero sorprendentemente delicado. Levantó mi pie y lo colocó sobre su rodilla cubierta por el pantalón de traje.

Empezó a limpiar la sangre de mi talón con la toallita. El alcohol escoció, y siseé de dolor, intentando retirar el pie.

—Quieta —ordenó, sin levantar la vista. Estaba concentrado en la herida como si fuera una operación a corazón abierto—. Si te mueves, dolerá más.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, mi voz temblando por la confusión. Hace una hora amenazaba a mi hermano. Ahora curaba mis heridas—. Tienes servicio de limpieza para quitar la sangre del suelo. No necesitas... tocarme.

Alejandro se detuvo. Levantó la vista. Sus ojos se clavaron en los míos desde abajo, una posición de sumisión física que contradecía su dominio absoluto.

—No puedo vender un caballo que cojea, Natalia.

La respuesta fue un bofetón de realidad. Por supuesto. Era pragmatismo. Era negocio.

—Eres despreciable.

—Soy eficiente. —Volvió a su tarea. Secó la herida con una gasa y aplicó una tirita con una precisión quirúrgica—. Mañana tendrás masajista a las ocho. Marco traerá zapatos más cómodos para el día a día. Pero por la noche, volverás a usar los tacones. La belleza duele, *querida*. Y el poder exige sacrificio.

Terminó con el pie derecho y cogió el izquierdo. Repitió el proceso en silencio. Yo me quedé mirándole la parte superior de la cabeza, su cabello oscuro y perfecto, el olor de su colonia mezclándose con el olor antiséptico del alcohol.

Había algo extrañamente íntimo en verle así. Arrodillado. Cuidándome. Aunque sus palabras fueran veneno, sus manos eran... cuidadosas. No me hizo daño. Ni una sola vez.

Cuando terminó, dejó mi pie suavemente en el suelo. Cerró el botiquín y se puso de pie, recuperando toda su altura y su aura de intocable.

Me miró desde arriba. Yo me sentí pequeña, encogida en el sillón, con mi vestido de miles de euros y mis tiritas de farmacia.

—Vete a la cama —dijo. Su voz había perdido algo de su filo. Sonaba cansado—. Mañana es un día largo. Tenemos que ir a ver las obras del nuevo rascacielos en Chamartín. La prensa estará allí. Necesito

que lleves el casco de obra y sonrías como si la arquitectura fuera tu pasión oculta.

—¿Javi estará bien? —pregunté, una última vez. Necesitaba escucharlo.

Alejandro suspiró. Se pasó una mano por el pelo, desordenándolo ligeramente.

—Estará bien, Natalia. El centro de Galicia es el mejor de Europa. Tiene vistas al mar, terapeutas suizos y muros de tres metros. Se curará. O al menos, dejará de ser un lastre para ti.

—Él es mi familia. Nunca será un lastre.

—La familia es el mayor lastre de todos. Lo aprenderás con el tiempo.

Se dio la vuelta y caminó hacia la cocina, dejándome sola con esa frase flotando en el aire como una sentencia. *La familia es el mayor lastre.* ¿Qué significaba eso? ¿Qué familia tenía él? Los artículos de prensa decían que era huérfano, un hombre hecho a sí mismo. Pero la amargura en su voz sugería fantasmas.

Me levanté, probando mis pies vendados. Dolían menos.

Caminé hacia la escalera. Antes de subir, miré hacia la cocina. Alejandro estaba de espaldas, bebiendo otro vaso de agua, mirando a la nada. Parecía solitario. Parecía... humano.

Sacudí la cabeza. *No caigas en eso, Natalia*, me dije. *Es el diablo. Te ha comprado. Te ha chantajeado. Ha secuestrado a tu hermano.*

Pero mientras subía los escalones de cristal hacia mi habitación vacía, no pude evitar notar que la piel de mi tobillo, allí donde él la había sujetado, todavía ardía. Y no era por el roce de los zapatos.

Era por él.

Y eso me aterrorizó más que cualquier amenaza.

CAPÍTULO 7

ACERO Y VÉRTIGO

POV: ALEJANDRO CORTÉS Obras de la Torre Titán. Distrito de Chamartín, Madrid. 10:00 h.

El hormigón fresco tiene un olor particular. Es un aroma mineral, húmedo y alcalino que se te mete en la garganta y se asienta en los pulmones como polvo de huesos. Para la mayoría de la gente, es suciedad. Para mí, es el olor del dinero creciendo.

Ajusté el nudo de mi corbata —hoy azul marino, proyectando confianza corporativa— y observé la estructura esquelética de la Torre Titán. Treinta plantas de acero y vacío que se alzaban hacia el cielo gris de Madrid como una aguja hipodérmica lista para inyectar modernidad en la vieja piel de la ciudad.

A mi lado, Natalia Vidal parecía un error de cálculo en medio de aquel caos industrial.

Llevaba unos pantalones negros de sastre, botines planos (gracias a mi intervención, sus pies vendados no habrían soportado los tacones aquí) y una gabardina color camel de *Burberry* que Marco le había puesto esa mañana. El viento racheado de la zona norte le azotaba el pelo, pegando los mechones oscuros a su cara pálida. Se abrazaba a sí misma, no por el frío, sino por esa barrera defensiva que había erigido desde que la saqué de Vallecas.

—Póngase esto —dije, extendiéndole un casco de obra blanco con el logo de *Cortés Holdings* y un chaleco reflectante.

Ella lo cogió con renuencia. Sus manos, finas y cuidadas, parecían ridículas sosteniendo el plástico duro.

—Me siento disfrazada —murmuró, luchando con la correa del casco bajo la barbilla.

—La seguridad no es un disfraz, Natalia. Es un requisito. Y si una piedra de dos centímetros cae desde la planta veinte, le abrirá el cráneo como si fuera una granada madura. No quiero limpiar sus sesos del pavimento antes de la boda. Sería... engorroso.

Ella me lanzó esa mirada de odio puro que empezaba a serme adictiva.

—Eres encantador, Alejandro. Deberías escribir tarjetas de felicitación.

—Soy realista. —Me acerqué y le abroché el casco, mis dedos rozando la piel suave de su cuello. Sentí su pulso saltar. Miedo. Siempre miedo. —¿Lista para sonreír? Los buitres están esperando.

Señalé hacia la entrada del perímetro de seguridad. Una jauría de fotógrafos y periodistas económicos se agolpaba tras las vallas. Beatriz Luján ya estaba allí, pastoreándolos como un perro ovejero con traje de chaqueta, asegurándose de que las cámaras apuntaran en la dirección correcta: hacia nosotros.

—Lista —dijo Natalia, componiendo su máscara. La transformación fue fascinante. En un segundo, la chica asustada desapareció y fue reemplazada por la "Prometida del Año". Enderezó la espalda, relajó la mandíbula y curvó los labios en una sonrisa tímida pero devota.

Caminamos hacia ellos. El barro del suelo crujía bajo mis zapatos italianos y sus botines de diseño.

—¡Señor Cortés! ¡Señorita Vidal! —Los gritos empezaron de inmediato.

—¡Alejandro! ¿Es cierto que la Torre Titán será el edificio residencial más alto de Europa?

—¡Natalia! ¿Cómo llevas los preparativos de la boda? ¿Ya tienes vestido?

Puse una mano en la espalda de Natalia, marcando territorio, guiándola a través del asalto. Sentí el calor de su cuerpo a través de la gabardina. Estaba tensa como una cuerda de violín, pero no flaqueó.

—Estamos muy emocionados —dije a los micrófonos, mi voz proyectándose con esa autoridad natural que había perfeccionado en las salas de juntas—. La Torre Titán no es solo un edificio. Es el futuro de Madrid. Y tener a Natalia a mi lado para ver cómo este sueño cobra vida... bueno, eso lo hace aún más especial.

Miré a Natalia. Ella me devolvió la mirada con una adoración tan perfectamente falsificada que, por un segundo, sentí una punzada de irritación. ¿Cómo podía mentir tan bien? ¿Qué más podía fingir? ¿Fingiría el placer con la misma maestría si la llevara a mi cama?

—Alejandro es un visionario —dijo ella, su voz suave captada por las grabadoras—. Me ha enseñado a ver la belleza en la estructura, no solo en la fachada.

Buena chica. Beatriz debía haberle escrito esa línea.

—Vamos a subir —anuncié, cortando el circo mediático—. Queremos inspeccionar el vertido de hormigón en la planta quince.

Los periodistas se quedaron atrás, retenidos por Salgado y su equipo. Nosotros nos dirigimos hacia el montacargas exterior.

No era un ascensor de lujo. Era una jaula de metal abierta, pegada al lateral del edificio, que subía mediante un sistema de cremallera y piñón. El viento aullaba a través de la rejilla del suelo.

Natalia se detuvo al ver la cabina precaria.

—¿Tenemos que subir en eso?

—Es la única forma de llegar arriba, a menos que prefiera subir quince pisos de escaleras de hormigón sin barandilla.

Entré primero y le tendí la mano. Ella dudó. Miró hacia arriba, hacia la estructura inmensa que se perdía en las nubes bajas, y luego miró mi mano. Tragó saliva y entrelazó sus dedos con los míos. Su mano estaba helada.

Tiré de ella hacia el interior de la jaula. El operario cerró la verja metálica con un *clanc* rotundo y accionó la palanca.

El motor rugió y el suelo se sacudió bajo nuestros pies. Empezamos a subir.

Madrid comenzó a encogerse. Los coches se convirtieron en juguetes, las personas en hormigas. El viento aumentaba con cada metro de ascenso, colándose por los huecos del montacargas, agitando la gabardina de Natalia y desordenando mi pelo.

Ella se pegó a la pared posterior de la jaula, cerrando los ojos. Estaba pálida.

—Tengo vértigo —confesó, su voz apenas audible sobre el ruido de los engranajes.

Me acerqué a ella. En ese espacio reducido, suspendidos a cincuenta metros del suelo, la intimidad era forzada y brutal.

—No mires abajo —le ordené, poniendo mis manos a ambos lados de su cabeza, atrapándola contra la rejilla—. Mírame a mí.

Ella abrió los ojos. Eran dos pozos de pánico.

—Se mueve mucho. ¿Es seguro?

—Es una máquina, Natalia. Funciona o se rompe. Como todo en esta vida. —Me incliné más, invadiendo su espacio hasta que nuestras narices casi se tocaron. Podía oler su perfume floral, algo delicado que contrastaba violentamente con el olor a grasa industrial y ozono —. Yo estoy aquí. No voy a dejar que te caigas.

—Tú eres quien me empuja —susurró ella.

—Yo soy quien te sostiene. Hay una diferencia.

El montacargas se detuvo con una sacudida brusca en la planta quince. El operario abrió la verja.

—Planta quince, señor Cortés. Tengan cuidado con los cables sueltos en el sector norte.

Salimos a la estructura.

Aquí arriba, el edificio era un esqueleto desnudo. No había paredes exteriores, solo pilares de hormigón masivos y el abismo a pocos metros de nuestros pies. El viento rugía con libertad, silbando entre las vigas de acero. El ruido de los martillos neumáticos y las grúas era ensordecedor.

—Quédate cerca de mí —le grité sobre el estruendo.

Natalia asintió, agarrándose la solapa de la gabardina. Caminamos por la losa de hormigón. Los obreros se detenían para mirarnos, saludando con respeto temeroso. Sabían quién firmaba sus cheques.

—Aquí irá el ático dúplex —expliqué, señalando un espacio vacío que daba al skyline de las Cuatro Torres—. Se venderá por doce millones de euros.

—Es solo aire —dijo Natalia, mirando el horizonte—. Vendes aire caro.

—Vendo exclusividad. Vendo la sensación de estar por encima de los demás. Exactamente lo que sientes ahora, aunque te aterre admitirlo.

De repente, un grito rompió el ritmo monótono de la obra.

—¡CUIDADO! ¡LA GRÚA!

El sonido fue instintivo, un chirrido metálico agudo que me heló la sangre. Miré hacia arriba.

Una carga de palets de ladrillo se balanceaba peligrosamente sobre nosotros, suspendida de la grúa torre. Una racha de viento fuerte había hecho oscilar el cable, y la eslinga de sujeción parecía haber cedido.

Uno de los palets se soltó.

El tiempo se fracturó. Vi el bloque de madera y ladrillos caer en cámara lenta. No venía directo a nosotros, pero iba a impactar a escasos metros, y la explosión de escombros sería metralla pura.

No pensé. No analicé. No calculé el ROI de la acción.

Me lancé sobre Natalia.

—¡ABAJO!

La agarré por la cintura y la tiré al suelo de hormigón sucio, cubriendo su cuerpo con el mío, protegiendo su cabeza con mis brazos.

El impacto fue brutal.

CRAAACK-BOOM.

El suelo tembló bajo nosotros. Sentí una lluvia de polvo, gravilla y fragmentos de cerámica golpeando mi espalda y mi casco. El ruido

fue ensordecedor, seguido inmediatamente por una nube de polvo gris que nos envolvió por completo, asfixiando la luz.

Me quedé inmóvil un segundo, esperando a ver si caía algo más. Mi respiración era un rugido en mis oídos. Mi corazón golpeaba contra las costillas de Natalia, que estaba aplastada bajo mi peso.

—¿Estás bien? —gruñí, levantando la cabeza ligeramente.

Natalia tosía, con los ojos cerrados, la cara manchada de polvo gris. Abrió los ojos y me miró. Estaba aterrorizada, temblando violentamente.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Una carga suelta. —Me incorporé sobre los codos, sin quitarme de encima de ella, creando un refugio con mi cuerpo—. No te muevas.

Miré a mi alrededor. A tres metros de nosotros, una pila de ladrillos destrozados humeaba polvo. Si hubiéramos estado dos pasos más a la izquierda...

La furia me invadió. Una furia roja, caliente, asesina.

Me levanté de un salto y tiré de Natalia hacia arriba, sacudiéndola para comprobar que no tenía huesos rotos.

—¿Te ha dado algo? ¿Te duele algo? —La revisé con manos frenéticas, tocando sus brazos, sus hombros, su espalda. Mis manos estaban sucias de polvo, manchando su gabardina impecable.

—Estoy... estoy bien. Solo el golpe al caer —balbuceó ella, todavía en shock.

Me giré hacia el capataz de la obra, que corría hacia nosotros con la cara blanca como el papel.

—¡Señor Cortés! ¡Dios mío, lo siento, el viento...!

Lo agarré por el chaleco reflectante y lo empujé contra un pilar de hormigón. Mi autocontrol, ese que valía millones en la bolsa, se evaporó.

—¡¿Lo sientes?! —rugí. Mi voz resonó en toda la planta, silenciando los martillos—. ¡Casi la matas! ¡Eres un incompetente de mierda! ¡Despide al operador de la grúa ahora mismo! ¡Quiero a todo el equipo de seguridad en mi despacho en una hora! ¡Si ella tiene un solo rasguño, te juro que te enterraré en los cimientos de este maldito edificio!

—Alejandro... —La voz de Natalia sonó detrás de mí, débil.

Solté al capataz, que cayó al suelo temblando. Me giré hacia ella.

Natalia me miraba con ojos enormes. No miraba al edificio, ni a los ladrillos. Me miraba a mí. Estaba viendo al monstruo perder los papeles.

Me acerqué a ella, respirando agitadamente. El polvo nos cubría a los dos, unificándonos en una capa gris. Le quité el casco con un movimiento brusco, tirándolo al suelo. Su pelo se derramó sobre sus hombros.

—Te dije que era peligroso —dije, mi voz bajando a un susurro ronco, cargado de adrenalina—. Te dije que te quedaras cerca.

—Estaba cerca —respondió ella, desafiante a pesar del temblor de sus labios—. Estaba contigo.

La miré. Realmente la miré. Tenía una mancha de suciedad en la mejilla. Sus labios estaban entreabiertos. Estaba viva. Y la idea de que pudiera haber dejado de estarlo hace diez segundos me provocó un terror que no había sentido nunca. No por la inversión. No por la prensa. Por *ella*.

Y eso me enfureció más que la incompetencia del capataz.

La agarré por la nuca, mis dedos enredándose en su pelo sucio de polvo, y tiré de ella hacia mí. No la besé. Pegué mi frente a la suya con fuerza, cerrando los ojos. Respiré su aire.

—Eres un problema, Natalia Vidal —gruñí contra su piel—. Eres un maldito problema de seguridad.

—Entonces déjame ir —susurró ella, sus manos aferrándose a las solapas de mi traje arruinado.

—Jamás.

Abrí los ojos y me aparté. La conexión se rompió, pero la electricidad quedó allí, crepitando entre nosotros.

—Salgado —llamé por el auricular, recuperando mi frialdad a marchas forzadas—. Sácanos de aquí. Y llama a un médico para que la revise en el coche.

—Sí, señor.

Guié a Natalia de vuelta al montacargas. Esta vez, ella no protestó por la jaula. Se pegó a mi costado, temblando. Y yo pasé mi brazo alrededor de sus hombros, atrayéndola contra mi pecho duro y sucio.

Mientras descendíamos, viendo cómo Madrid volvía a su tamaño normal, me di cuenta de algo aterrador: cuando vi caer los ladrillos, no pensé en el contrato. No pensé en Javi. Solo pensé en que si ella se rompía, yo iba a quemar el mundo entero para vengar los pedazos.

Y eso... eso era una debilidad que mis enemigos, especialmente Gonzalo Valdés, no podían descubrir jamás.

Pero Natalia... Natalia lo había sentido. Podía notarlo en la forma en que su cuerpo se amoldaba al mío bajo el abrigo sucio. Había visto

la grieta en mi armadura. Y ahora, el juego había cambiado de verdad. Ya no era solo una cautiva. Era la única persona que me había visto tener miedo.

CAPÍTULO 8

POLVO Y PÓLVORA

POV: NATALIA VIDAL Ático en Calle Serrano, Madrid. 11:45 h.

La adrenalina es una droga sucia.

Te dicen que te da fuerza, que agudiza tus sentidos para sobrevivir, pero nadie te habla de la bajada. Nadie te advierte de ese momento en el que el cortisol se retira y te deja temblando, con frío en los huesos y unas ganas irracionales de llorar o de follar, solo para confirmar que sigues viva.

El ascensor se abrió con ese siseo neumático que ya empezaba a odiar.

Alejandro y yo entramos en el ático como dos espectros surgidos de un derrumbe. El contraste era obsceno. El mármol blanco del suelo, inmaculado y brillante, parecía retroceder ante nuestra presencia. Estábamos cubiertos de una capa fina de polvo de hormigón gris. Estaba en mi pelo, en mis pestañas, incrustado en la gabardina *Burberry* de tres mil euros que ahora parecía un trapo viejo.

Alejandro, a mi lado, era una visión de destrucción controlada. Su traje gris carbón estaba arruinado, rasgado en el codo izquierdo y manchado de cal y suciedad. Su pelo oscuro, habitualmente peinado con precisión milimétrica, estaba revuelto y opaco por el polvo.

Pero lo que más me aterraba no era la suciedad. Era la energía que vibraba en él.

No había dicho una palabra en todo el trayecto desde Chamartín. Había despachado al médico en el coche con un gruñido después de

que este confirmara que yo solo tenía contusiones superficiales. Había ignorado tres llamadas de Beatriz Luján. Su silencio no era vacío; era el silencio de un reactor nuclear recalentándose.

—Salgado —dijo Alejandro, sin girarse hacia el jefe de seguridad que esperaba junto al ascensor—. Nadie entra. Nadie llama. Si el Papa de Roma viene a verme, le dices que estoy ocupado.

—Entendido, señor.

Las puertas del ascensor se cerraron, dejándonos solos en la inmensidad silenciosa del apartamento.

Me abracé a mí misma, sintiendo cómo el polvo arenoso crujía bajo mis dedos sobre la tela de la gabardina. Mis piernas, que habían aguantado firmes durante el viaje, decidieron rendirse. Di un paso vacilante hacia el sofá, pero las rodillas me fallaron.

No llegué a tocar el suelo.

Un brazo de acero me rodeó la cintura antes de que pudiera caer. Alejandro me sostuvo contra su costado con una fuerza que me cortó la respiración.

—Te tengo —gruñó cerca de mi oído.

Su voz era ronca, rasposa. Olía a *Oud*, a sudor ácido y a ese olor metálico del miedo que habíamos compartido bajo la lluvia de ladrillos.

Me giré en sus brazos, intentando encontrar estabilidad, y cometí el error de mirarlo a los ojos.

El abismo me devolvió la mirada. Sus pupilas estaban dilatadas, devorando el iris oscuro. Había una ferocidad en su expresión que me hizo retroceder instintivamente, pero su brazo en mi espalda me mantuvo anclada a él.

—Me has salvado —susurré. Las palabras salieron sin mi permiso, una confesión aturdida—. Podrías haberte apartado. Podrías haber dejado que...

—Cállate.

No fue una orden fría de negocios. Fue una súplica violenta.

Alejandro me soltó la cintura y, con un movimiento brusco, acunó mi cara entre sus manos sucias. Sus pulgares trazaron mis pómulos, limpiando el polvo gris, dejando estelas de piel limpia que ardían bajo su tacto.

—No vuelvas a decir eso —siseó, acercando su rostro al mío hasta que nuestras respiraciones se mezclaron—. No vuelvas a insinuar que te dejaría morir. He invertido demasiado en ti.

—Es solo un contrato —repliqué, mi voz temblando. Necesitaba creer que era solo eso. Necesitaba poner barreras—. Soy un activo. Lo dijiste tú.

—A la mierda el contrato.

La blasfemia sonó impactante en su boca culta.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, Alejandro estrelló su boca contra la mía.

No fue un beso de película. No hubo música de violines ni suavidad romántica. Fue un choque. Un impacto de dos trenes a toda velocidad. Sus labios eran duros, exigentes, castigadores. Sabían a polvo, a café amargo y a desesperación.

Me quedé rígida un segundo, paralizada por el shock. Debería empujarlo. Debería morderle. Debería odiarle. Él era el hombre que había secuestrado a mi hermano, el hombre que me había comprado.

Pero mi cuerpo no entendía de moralidad. Mi cuerpo solo entendía que hace treinta minutos casi muero aplastada, y que este hombre era la única razón por la que seguía respirando.

Mis manos subieron por su pecho, aferrándose a las solapas de su chaqueta rota. Abrí la boca, y él invadió mi espacio con una lengua caliente y dominante que barrió cualquier resistencia lógica. Gemí. El sonido se perdió en su garganta.

El beso se volvió frenético. Alejandro me empujó hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la pared fría del pasillo. Su cuerpo, duro y pesado, me aplastó, inmovilizándome. Sentí la hebilla de su cinturón clavándose en mi vientre, la presión inequívoca de su erección contra mi cadera.

No era solo sexo. Era una exorcización. Estábamos borrando el miedo con furia.

Sus manos bajaron desde mi cara hasta mi cuello, y luego hasta los botones de la gabardina. Los arrancó. Literalmente. Escuché el sonido de los botones de diseño rebotando contra el mármol del suelo, *clac, clac, clac*. Abrió la prenda y metió las manos debajo, buscando mi piel a través de la blusa fina.

Sus manos estaban ásperas por el polvo, y el roce contra mi piel sensible fue electrizante.

—Estás viva —murmuró contra mi boca, mordiendo mi labio inferior —. Estás viva, joder.

—Alejandro... —Jadeé su nombre. Sonó como una plegaria.

Me levantó. Me rodeó los muslos con sus brazos y me alzó como si no pesara nada. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura por puro instinto, buscando más fricción, más contacto. Necesitaba sentir algo que no fuera terror.

Caminó conmigo en brazos hacia el baño principal, sin romper el beso, devorándome la boca como si quisiera consumirme el aire.

Entramos en el baño. Era una sala enorme de mármol negro y grifería dorada, con una ducha de lluvia que parecía una jaula de cristal en el centro. Alejandro me dejó sobre la encimera del lavabo, apartando frascos de colonia que cayeron al suelo con estrépito. No le importó.

Se apartó un centímetro. Lo justo para mirarme.

Nuestros pechos subían y bajaban al unísono, buscando oxígeno. Teníamos la cara manchada de polvo, los labios rojos e hinchados por la violencia del beso. Parecíamos dos supervivientes de una guerra nuclear que acababan de encontrarse entre las ruinas.

—Dúchate —dijo. Su voz era un gruñido gutural.

—¿Qué? —Parpadeé, confundida por la interrupción brusca. Mi cuerpo gritaba por más. Mi piel ardía donde él me había tocado.

—Dúchate conmigo. Ahora. Necesito quitarte esta mierda de encima. Necesito ver que no hay sangre.

No esperó mi respuesta. Se giró y abrió el grifo de la ducha. El agua empezó a caer en cascada, llenando la habitación de vapor instantáneo.

Alejandro se quitó la chaqueta y la tiró al suelo empapado. Se desabrochó la camisa, revelando un torso bronceado y musculoso, cubierto de vello oscuro y... moratones.

Me llevé la mano a la boca.

—Estás herido —dije, señalando un hematoma enorme, de un color púrpura y negro, que florecía en su costado izquierdo, justo sobre las costillas. Donde me había protegido al caer.

—No es nada.

—Alejandro, eso tiene mala pinta.

—Entra en la ducha, Natalia.

Me ayudó a bajar de la encimera. Mis piernas temblaban tanto que tuve que apoyarme en él. Me quitó la gabardina arruinada, dejándola caer sobre el charco de ropa cara en el suelo. Luego, con manos que temblaban ligeramente —por primera vez vi temblar al gran Cortés—, me desabrochó la blusa.

Esta vez no hubo violencia. Hubo una eficiencia clínica. Me desnudó capa a capa, hasta que quedé expuesta bajo la luz cruda del baño. Me sentí vulnerable, sí, pero no avergonzada. Él también se despojó del resto de su ropa: los pantalones, los zapatos, los calcetines.

Entramos bajo el agua.

El chorro caliente nos golpeó, arrastrando el polvo gris en regueros sucios que corrían por nuestros cuerpos y se arremolinaban en el desagüe. El agua se volvió turbia a nuestros pies.

Alejandro cogió una esponja negra y jabón. Empezó a lavarme.

No fue erótico en el sentido tradicional. Fue posesivo. Frotó mis brazos, mi cuello, mis pechos, mi vientre. Frotó con fuerza, como si quisiera borrar la memoria del accidente de mi piel. Como si quisiera limpiarme de la muerte que me había rozado.

Me quedé quieta, dejando que me manipulara, cerrando los ojos bajo el agua caliente.

—Te cubriste con tu cuerpo —dije en voz baja, casi inaudible bajo el ruido del agua—. Los ladrillos te golpearon a ti.

Alejandro detuvo la esponja en mi espalda. Apoyó la frente en mi hombro mojado. Sentí su respiración caliente contra mi piel fría.

—Instinto —murmuró.

—No mientas. Eres un hombre de cálculo. Nunca haces nada por instinto.

Él levantó la cabeza y me giró para que lo mirara. El agua corría por su cara, pegando las pestañas a sus pómulos afilados.

—¿Quieres la verdad? —preguntó. Sus ojos brillaban con una intensidad peligrosa.

—Sí.

—La verdad es que en el momento en que vi caer esa carga, mi cerebro dejó de calcular beneficios. La verdad es que la idea de que ese mundo gris y feo te aplastara me pareció... inaceptable. —Me agarró la barbilla, inclinando mi cara hacia arriba—. Tú eres mía, Natalia. Mía para atormentar. Mía para usar. Mía para destruir si hace falta. Pero del destino... no. El destino no tiene derecho a tocarte. Solo yo.

La declaración fue tan retorcida, tan posesiva y oscura, que debería haberme hecho salir corriendo. Pero en ese baño lleno de vapor, con la adrenalina todavía pulsando en mis venas, sonó como una promesa de seguridad.

Una seguridad tóxica, sí. Pero seguridad al fin y al cabo.

Levanté mi mano y, con una suavidad que me sorprendió, toqué el hematoma en su costado. Él siseó, tensando los músculos abdominales.

—Te duele.

—Me recuerda que gané —dijo él, cubriendo mi mano con la suya y presionándola contra su piel herida—. Gané al destino hoy. Te tengo aquí. Entera.

Bajó la cabeza y me besó de nuevo. Esta vez fue un beso lento, húmedo, profundo. Un beso que sabía a jabón y a victoria. Sentí su erección presionando contra mi vientre, dura como el acero, pero él no intentó ir más lejos.

Se apartó bruscamente, cerrando el grifo. El silencio volvió a caer sobre nosotros, solo roto por el goteo residual de la ducha y nuestras respiraciones agitadas.

Alejandro salió de la cabina de cristal, cogió una toalla grande y me envolvió en ella con brusquedad.

—Sécate. Vístete. Y pide la cena. Tengo que hacer unas llamadas para asegurarme de que el capataz de la obra no vuelva a trabajar en este continente.

—Alejandro...

—No —me cortó, dándome la espalda mientras se enrollaba otra toalla en la cintura—. No digas nada, Natalia. Lo que ha pasado aquí... el beso... es el efecto secundario del trauma. No te confundas. No te hagas ideas románticas. Mañana volveremos a ser el dueño y la empleada.

Caminó hacia la puerta del baño, cojeando ligeramente por el golpe en el costado que intentaba ocultar.

—El hielo —dije antes de que saliera—. Ponte hielo en el costado. O se te inflamará.

Se detuvo en el marco de la puerta. No se giró.

—Buenas noches, Natalia.

Salió.

Me quedé sola en el baño, goteando sobre el mármol, con la toalla apretada contra mi pecho. Me toqué los labios. Todavía sentía la presión de su boca, el sabor de su desesperación.

Se mentía a sí mismo. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos cuando pensaba que yo iba a morir. Lo había sentido en la forma en que me lavaba, como si fuera de porcelana sagrada.

No era solo un contrato. Ya no.

Y por primera vez, tuve miedo de verdad. No de que él me hiciera daño físico, sino de algo mucho peor. Tuve miedo de que, si seguía protegiéndome así, si seguía poniendo su cuerpo entre el mundo y yo... podría llegar a olvidar que se suponía que debía odiarle.

Me miré en el espejo empañado. Pasé la mano por el cristal para ver mi reflejo.

La mujer que me miraba tenía los ojos brillantes, la piel sonrojada y la boca hinchada por los besos del diablo. Y lo peor de todo: no parecía una víctima.

Parecía una mujer que acababa de descubrir que le gustaba el fuego.

CAPÍTULO 9

EL FRÍO BAJO LA PIEL

POV: ALEJANDRO CORTÉS Ático en Calle Serrano, Madrid. 06:30 h.

El dolor es un viejo amigo. Un recordatorio constante de que la carne es débil, falible y, en última instancia, perecedera.

Abrí los ojos antes de que sonara la alarma. El primer aliento fue un error de cálculo; mis costillas protestaron con una punzada aguda, caliente y metálica, que me hizo apretar los dientes en la oscuridad de mi dormitorio. Me giré despacio, deslizándome fuera de las sábanas de algodón egipcio de mil hilos, y caminé hacia el espejo del baño.

Encendí la luz del halo LED. La imagen que me devolvió el cristal no era la del CEO intocable de *Cortés Holdings*. Era la de un luchador callejero después de una mala noche.

El hematoma en mi costado izquierdo había florecido durante la noche. Ayer era un púrpura discreto; hoy era una galaxia de negro, azul y amarillo bilioso que se extendía desde la cadera hasta la axila. Toqué el centro de la contusión. La piel estaba caliente, tensa.

—Joder —siseé, apoyando las manos en el lavabo y bajando la cabeza.

No me dolía el golpe. Me dolía el recuerdo.

Cerré los ojos y, traicioneramente, mi mente reprodujo la cinta de ayer en alta definición. El sonido de los ladrillos cayendo. El peso de Natalia bajo mi cuerpo. El polvo gris en sus pestañas. Y luego... la ducha.

El beso.

Maldije en voz baja. Había sido un error táctico monumental. Besar al activo. Tocarla no para poseerla o intimidarla, sino para... *sentirla*. Había perdido el control. Durante esos minutos bajo el agua caliente, no fui Alejandro Cortés, el tiburón del Ibex 35. Fui un hombre aterrorizado por la idea de perder algo que ni siquiera era suyo.

—Debilidad —susurré al espejo. Mi voz sonó ajena, cargada de autodesprecio.

Abrí el botiquín, saqué dos analgésicos fuertes y me los tragué en seco, sin agua. Necesitaba entumecerme. Necesitaba volver a ser el hielo.

Me duché con agua fría. Helada. Dejé que el chorro congelado golpeara mi piel hasta que el hematoma dejó de arder y mis pensamientos lujuriosos sobre la boca de Natalia se ahogaron en tiritona.

Salí del baño, me vestí con la precisión de un verdugo que se prepara para el trabajo: traje azul marino de *Brioni*, camisa blanca almidonada, gemelos de plata, zapatos Oxford negros. Me peiné hacia atrás, engominando cada cabello hasta que no quedó ni rastro del caos de ayer.

Consulté mi reloj. Las siete de la mañana.

Saqué el móvil y marqué un número rápido.

—Vanessa —dije en cuanto descolgaron—. Te necesito en el ático a las ocho. Trae los contratos de la fusión con *PetroVar* y café. Del bueno. El de esta casa sabe a culpa.

—Señor Cortés, son las siete... —La voz de mi asistente personal sonó ronca, dormida.

—A las ocho, Vanessa. Y ponte ese vestido rojo que usaste en la junta de accionistas del mes pasado. Hoy tenemos público.

Colgué antes de que pudiera responder.

Bajé a la cocina. El ático estaba en silencio, bañado por la luz grisácea de un amanecer nublado. Todo estaba limpio. El servicio nocturno había eliminado cualquier rastro de polvo de obra o ropa sucia. Era como si el accidente nunca hubiera ocurrido. Perfecto.

Me serví un café y me senté en la isla, abriendo mi portátil. Me sumergí en los números, en las columnas de Excel que siempre obedecían, que nunca discutían, que nunca me miraban con ojos de ciervo asustado.

A las siete y media, escuché pasos en la escalera.

Natalia.

No levanté la vista de la pantalla. La sentí acercarse. Su aroma —ese maldito olor a jabón y piel limpia que se me había quedado grabado en el cerebro— llegó antes que ella.

—Buenos días —dijo. Su voz era cautelosa, suave.

Seguí tecleando.

—Hay café en la jarra —respondí sin mirarla. Mi tono fue plano, desprovisto de cualquier inflexión humana.

Silencio. Escuché el tintineo de una taza, el sonido del líquido cayendo. Ella se movió por la cocina, rodeando la isla hasta quedar frente a mí.

Levanté la vista entonces.

Llevaba uno de los conjuntos que Marco había elegido: unos pantalones de seda beige y una blusa blanca sencilla. Iba descalza.

Su pelo oscuro caía suelto sobre sus hombros. Parecía... doméstica. Y eso me irritó más que si hubiera bajado con un cuchillo entre los dientes.

Me miró, buscando algún rastro del hombre que ayer la había lavado con devoción bajo la ducha. Buscando al hombre que le había protegido la cabeza con sus propias manos.

No lo encontró. Me aseguré de que solo encontrara un muro.

—¿Cómo está tu costado? —preguntó, señalando mi torso con un gesto vago.

—Funcional.

Ella frunció el ceño, confundida por mi frialdad.

—Alejandro, ayer...

—Ayer fue un día inusual, Natalia —la corté, cerrando el portátil con un golpe seco—. Hubo un fallo de seguridad. La adrenalina provoca reacciones químicas irracionales. Confusión. No le des más importancia de la que tiene.

Su rostro cayó. Vi cómo la esperanza —o lo que fuera esa luz estúpida en sus ojos— se apagaba, reemplazada por la cautela.

—¿Reacciones irracionales? —repitió, tensando la mandíbula—. ¿Así llamas a besarme como si te fuera la vida en ello?

—Lo llamo un error, Natalia. Un desliz. No volverá a ocurrir. —Me puse de pie, imponiendo mi altura, obligándola a echar la cabeza hacia atrás—. Tú eres una empleada. Muy bien pagada, pero una empleada al fin y al cabo. Tu trabajo es sonreír a las cámaras, no jugar a las casitas conmigo.

Ella dio un paso atrás, como si la hubiera abofeteado.

—Eres increíble. Eres... bipolar.

—Soy tu jefe. Y por cierto —miré su atuendo con desdén—, cámbiate. Vas demasiado informal. Hoy tengo reuniones aquí y no quiero que parezcas la chica de la limpieza.

Antes de que pudiera responderme con el veneno que veía acumularse en su boca, el timbre del ascensor sonó.

Las puertas se abrieron y entró Vanessa.

Mi asistente era todo lo que Natalia no era: voluptuosa, rubia, artificial y dispuesta. Llevaba el vestido rojo que le había pedido, un diseño que se pegaba a sus curvas como pintura fresca, y unos tacones que resonaron con autoridad sobre el mármol.

—Buenos días, señor Cortés —dijo Vanessa, con esa sonrisa profesional que bordeaba la invitación sexual. Traía una bandeja con cafés de *Starbucks* y una carpeta de cuero.

—Vanessa. Llegas puntual. Me gusta.

Caminé hacia ella, ignorando a Natalia. Vanessa me tendió un café. Al cogerlo, dejé que mis dedos rozaran los suyos un segundo más de lo necesario.

—Gracias, señor. —Vanessa miró por encima de mi hombro y vio a Natalia. Su sonrisa se afiló—. Oh, hola. Tú debes de ser... la prometida. He leído sobre ti.

—Natalia, ella es Vanessa, mi asistente personal y mano derecha —presenté, disfrutando perversamente de la tensión—. Vanessa gestiona mi vida real. Tú gestionas la ficción. Espero que podáis coordinaros.

Natalia miró a Vanessa, luego a mí, y finalmente soltó una risa seca, incrédula.

—Entiendo —dijo Natalia—. Necesitas traer refuerzos para proteger tu ego. ¿El accidente te asustó tanto, Alejandro?

—Vanessa, vamos al despacho —ordené, ignorando el dardo de Natalia—. Tenemos que revisar las cláusulas de *PetroVar*. Y necesito que me reajustes la agenda para la cena de esta noche.

—Por supuesto, señor. —Vanessa me siguió, lanzándole una última mirada de superioridad a Natalia.

Entramos en mi despacho acristalado. Pulsé el botón para opacar los cristales, pero me detuve justo antes de que se volvieran negros. Miré a Natalia una última vez. Estaba sola en la cocina, con su taza de café en la mano, pequeña y furiosa.

El cristal se oscureció, borrándola de mi vista.

—¿De verdad se va a casar con ella? —preguntó Vanessa, dejando los papeles sobre mi mesa y sentándose en el borde, cruzando las piernas de manera que el vestido rojo subió peligrosamente.

—Es un contrato, Vanessa. Nada más.

—Parece... poca cosa. Muy poquita cosa para un hombre como usted. —Se inclinó hacia mí, invadiendo mi espacio—. Si necesitaba una esposa trofeo, sabe que yo habría actuado mejor. Y sin necesidad de contratos.

La miré. Vanessa era hermosa. Objetivamente perfecta. Habíamos tenido algo puramente físico hacía dos años, antes de que ella decidiera que el poder era el mejor afrodisíaco y se convirtiera en mi mejor empleada.

—Trabaja, Vanessa —dije, sentándome en mi silla de cuero. El dolor en mis costillas palpitó—. Y mantén las distancias. Hoy no estoy de humor.

Pasaron dos horas. Trabajamos. Revisamos contratos. Oí a Vanessa reírse de mis comentarios secos, intentando recuperar la vieja dinámica. Pero yo no estaba allí. Mi mente estaba al otro lado del cristal opaco, preguntándose qué estaría haciendo Natalia. ¿Estaría llorando? ¿Estaría planeando mi asesinato?

A las diez y media, el intercomunicador de la puerta principal sonó.

—Señor Cortés —la voz de Salgado—. Ha llegado un paquete. Mensajería urgente.

—¿Para quién?

—Para la señorita Vidal.

Me tensé.

—Súbelo. Inmediatamente.

Desactive la opacidad del cristal. Vi a Natalia sentada en el sofá, leyendo un libro con los auriculares puestos. Cuando Salgado entró con una caja mediana envuelta en papel marrón, ella levantó la vista.

Salí del despacho, seguido por Vanessa.

—¿Es para mí? —preguntó Natalia, levantándose.

—Espera —ordené, adelantándome a ella.

Llegué a la caja antes que ella. No tenía remitente. Solo una etiqueta impresa: *Para Natalia Vidal. Urgente.*

—Alejandro, es mi correo...

—Salgado, escanea esto.

El jefe de seguridad pasó un detector portátil sobre la caja.

—Limpio de explosivos, señor. Orgánico. Parece... flores.

—Ábrelo tú.

Salgado cortó la cinta adhesiva con una navaja y abrió las solapas de cartón.

Un olor dulce y podrido llenó el salón al instante.

Me acerqué y miré dentro.

No eran rosas muertas. Eso habría sido poético.

Era una corona de flores. De esas que se envían a los tanatorios. Claveles blancos y lirios, pero estaban marchitos, marrones en los bordes, exudando ese olor dulzón de la decadencia.

Y en el centro de la corona, una cinta morada con letras doradas: *«MIS MÁS SENTIDAS CONDOLENCIAS POR TU LIBERTAD. G.V.»*

Gonzalo Valdés.

Natalia se tapó la boca con la mano, retrocediendo un paso.

—¿Qué es esto?

Metí la mano en la caja, ignorando la repulsión, y saqué un sobre negro que estaba debajo de las flores podridas. Lo abrí.

Dentro había una fotografía.

Era una foto tomada con teleobjetivo. Se veía la obra de la Torre Titán. Se veía el momento exacto en que los ladrillos caían. Se veía mi cuerpo cubriendo el de Natalia en el suelo. Pero alguien había dibujado con rotulador rojo una diana sobre mi espalda.

Y al reverso de la foto, una sola frase escrita a mano: *«El héroe siempre muere al final. ¿Estás segura de que quieres estar en la*

línea de fuego, Natalia?»

La sangre me hirvió. El dolor de las costillas desapareció, sustituido por una furia fría y letal. Gonzalo nos había estado vigilando. Había visto el accidente. Y ahora estaba usando mi momento de debilidad, mi "heroísmo", para amenazarla a ella.

Vanessa se acercó por detrás, mirando por encima de mi hombro.

—Dios mío... eso es una amenaza directa.

Arrugué la foto en mi puño.

Me giré hacia Natalia. Estaba blanca como el papel, temblando.

—Salgado —dije, mi voz tranquila, la calma antes del huracán—. Llama al equipo de limpieza. Tira esta mierda. Y quiero que dobles la guardia en el perímetro. Quiero un hombre en la puerta de la habitación de Natalia las 24 horas.

—Alejandro... —Natalia dio un paso hacia mí. Sus ojos buscaban respuestas, buscaban protección.

Pero yo no podía dársela. No ahora. Si le daba protección, le daba la razón a Gonzalo. Si le mostraba que me importaba, la convertía en un blanco aún mayor.

—Vanessa —dije, girándome hacia mi asistente—. Cancela las reuniones de la tarde. Tú y yo vamos a salir. Tengo que visitar a un viejo amigo.

—¿Me vas a dejar aquí? —preguntó Natalia, incrédula—. ¿Después de recibir esto?

La miré. Endurecí mi corazón hasta convertirlo en piedra.

—Estás más segura aquí dentro, rodeada de mis hombres, que conmigo fuera. Y francamente, Natalia, ahora mismo no tengo

tiempo para aguantar tus crisis de nervios. Quédate en tu habitación. Y no abras esa maldita puerta a nadie que no sea yo.

—¡Eres un cobarde! —me gritó mientras caminaba hacia el ascensor con Vanessa—. ¡Te da miedo admitir que esto es real!

Entré en el ascensor. Vanessa entró conmigo, lanzándole una mirada de lástima a Natalia.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó Vanessa cuando las puertas se cerraron, ocultando a Natalia de mi vista.

Me ajusté los gemelos, mirando mi reflejo distorsionado en el metal de la puerta.

—Vamos a hacerle una visita a Gonzalo Valdés. Y Vanessa...

—¿Sí?

—Si vuelves a mirar a Natalia con esa superioridad, te despido.

El ascensor bajó hacia el garaje. Mi costado ardía. La foto arrugada quemaba en mi bolsillo. Gonzalo quería guerra. Gonzalo quería jugar con mi "debilidad".

Bien. Iba a demostrarle que incluso herido, un lobo sigue siendo más letal que un buitre.

CAPÍTULO 10

EL ARQUITECTO DE MI RUINA

POV: NATALIA VIDAL Ático en Calle Serrano, Madrid. 14:30 h.

El sonido de las puertas del ascensor cerrándose fue definitivo. Un *clanc* metálico y sordo que resonó en el salón vacío como la tapa de un ataúd.

Me quedé allí, de pie en medio del mármol inmaculado, con el eco de la última frase de Alejandro flotando en el aire. *No abras esa maldita puerta a nadie que no sea yo.* Y luego se había ido. Se había marchado con esa mujer, Vanessa, la de los labios rojos y la mirada de superioridad, dejándome encerrada con el olor a flores podridas y una amenaza de muerte sobre la mesa.

—Cobarde —susurré al aire vacío.

Mis manos temblaban. No por el miedo a Gonzalo Valdés, sino por la rabia. Una rabia líquida y caliente que me subía por la garganta. Alejandro me había tratado como a una muñeca de porcelana: bonita para mirar, fácil de romper y, en última instancia, incapaz de entender el mundo de los adultos.

Caminé hacia el ventanal. Abajo, Madrid seguía su curso. La lluvia gris difuminaba los contornos de los edificios, convirtiendo la ciudad en una acuarela triste. Me sentía desconectada. Como si estuviera en una pecera mirando el océano.

Me giré hacia la puerta principal. Necesitaba aire. Necesitaba salir de este mausoleo de diseño italiano.

Fui hacia el ascensor y pulsé el botón de llamada.

Nada. La luz no se encendió.

Pulsé de nuevo, con más fuerza. Nada.

—Está bloqueado, señorita Vidal.

Me di la vuelta sobresaltada. Salgado, el jefe de seguridad, estaba de pie junto a la entrada de la cocina. No le había oído llegar. Se movía con el sigilo de un depredador entrenado.

—Desbloquéelo —exigí, cruzándome de brazos para ocultar que mis manos seguían temblando.

—No puedo hacerlo. El señor Cortés ha activado el protocolo de cierre perimetral. El ascensor solo responde a su huella biométrica o a una anulación de emergencia que solo él posee.

—¿Me está diciendo que estoy prisionera?

—Le estoy diciendo que está segura. —Salgado mantuvo su expresión impasible, pero vi un destello de algo parecido a la lástima en sus ojos grises—. Hay hombres armados en el vestíbulo y en la escalera de servicio. Nadie entra. Nadie sale. Es por su bien.

—¿Por mi bien? —Solté una risa histérica—. Me ha llegado una corona de flores fúnebre a mi propia casa, Salgado. ¿Cree que encerrarme aquí va a detener a quien la envió?

—El señor Cortés se está encargando de eso ahora mismo. Le sugiero que descanse. La cocinera vendrá a las tres a prepararle algo ligero.

Salgado hizo una leve inclinación de cabeza y se retiró hacia la zona de servicio, dejándome sola de nuevo.

Prisionera.

Me dejé caer en el sofá de cuero blanco, el mismo donde Alejandro me había curado los pies la noche anterior. Miré la mesa de centro. Ya no estaba la caja con las flores. El servicio de limpieza había sido eficiente, borrando cualquier rastro de la amenaza.

Pero no podían borrar la sensación de que algo no encajaba.

«El héroe siempre muere al final», decía la nota. Y Alejandro había reaccionado no con miedo, sino con furia. Una furia personal. Como si esperara ese golpe.

Miré hacia el despacho.

La pared de cristal inteligente seguía opaca, negra como la boca de un lobo. Alejandro había salido con tanta prisa, con tanta ira, que dudaba que hubiera tenido tiempo de activar todos los protocolos de seguridad internos. Él era meticuloso, sí, pero la mención de Gonzalo Valdés lo había desquiciado.

Me levanté. Mis pies descalzos no hacían ruido sobre el mármol. El dolor de las ampollas era un latido sordo, lejano.

Caminé hacia el despacho.

El panel de control estaba junto a la puerta de cristal. Normalmente, requería un código. Pero la luz del teclado estaba en verde. *Acceso Abierto*.

Mi corazón dio un vuelco. Se había olvidado de bloquearlo. O quizás, en su arrogancia, pensaba que yo era demasiado estúpida o demasiado obediente para atreverme a entrar en su santuario.

Empujé la puerta de cristal. Se deslizó suavemente.

Entré.

El despacho olía a él. Era una concentración pura de *Oud Wood*, café negro y electricidad. Era un espacio masculino, oscuro, dominado por una mesa de roble macizo que parecía un altar. Detrás, las vistas de Madrid eran espectaculares, pero las cortinas estaban echadas, sumiendo la habitación en una penumbra monástica.

Mis ojos recorrieron el lugar. Estanterías llenas de libros de economía, arquitectura y filosofía. Nada de ficción. Nada de escapismo. Todo era funcional, todo era conocimiento aplicable al poder.

Me acerqué al escritorio.

El portátil no estaba. Se lo había llevado. Maldije en voz baja. Mi esperanza de encontrar correos o agendas digitales se esfumó.

Pero Alejandro era un hombre analógico en ciertos aspectos. Lo había notado en la forma en que le gustaba firmar con pluma estilográfica, en cómo prefería los relojes mecánicos a los digitales.

Empecé a abrir los cajones.

El primero: bolígrafos *Montblanc*, papel con membrete, cargadores. El segundo: carpetas de proyectos actuales. *Torre Titán*. *Complejo Azca*. Nada interesante.

El tercer cajón estaba cerrado con llave.

Tiré del tirador de bronce. No cedió.

Miré alrededor. ¿Dónde guardaría la llave un hombre como él? No debajo de la alfombra, ni en una maceta falsa. Alejandro era un hombre de hábitos. Recordé la noche anterior, cuando se quitó el reloj y los gemelos al llegar. Los había dejado en una pequeña bandeja de cuero vacía-bolsillos sobre una credenza lateral.

Fui hacia la credenza. Allí estaba la bandeja. Vacía.

Suspiré, frustrada.

Pero entonces vi algo. En la estantería detrás del escritorio, había una fila de libros antiguos, primeras ediciones encuadernadas en piel. Uno de ellos sobresalía milimétricamente. *El Príncipe*, de Maquiavelo.

Era un cliché. Era tan obvio que casi resultaba insultante. Pero Alejandro era un hombre que vivía según esos clichés de poder.

Saqué el libro. No era una caja fuerte camuflada, era un libro real. Pero al moverlo, vi que detrás, en el fondo oscuro de la estantería, había una pequeña llave plateada pegada con cinta adhesiva a la madera. Casi invisible.

Mis dedos temblaron al despegarla.

Volví al escritorio. Metí la llave en la cerradura del tercer cajón. Giró con un *clic* suave y satisfactorio que resonó como un disparo en el silencio de la habitación.

Abrí el cajón.

No había dinero. No había armas.

Había carpetas. Carpetas de cartón manila, antiguas, desgastadas por el uso.

La primera estaba etiquetada con una caligrafía angulosa y agresiva: **VALDÉS**.

La abrí. Fotos. Muchas fotos. Fotos de Gonzalo Valdés saliendo de prostíbulos. Fotos de su padre, el patriarca, cenando con políticos corruptos. Extractos bancarios de cuentas en Panamá. Era un arsenal de chantaje. Alejandro llevaba años recopilando suciedad sobre ellos. Eso explicaba el odio.

Cerré esa carpeta. Eso no me concernía directamente. Era guerra de millonarios.

Pero debajo de esa carpeta, había otra. Más fina. Más reciente.

La etiqueta decía: **PROYECTO: LÁZARO**.

Fruncí el ceño. *Lázaro*. El que se levantó de entre los muertos.

Abrí la carpeta.

La primera hoja era una fotografía.

Se me cortó la respiración. El aire salió de mis pulmones en un silbido doloroso.

Era yo.

Pero no era una foto de la gala de anoche. Ni de la sesión de fotos.

Era una foto mía saliendo de la facultad de Periodismo hace tres años. Llevaba el pelo en una coleta, una mochila llena de parches y me reía con una compañera.

Pasé la página.

Otra foto. Yo comprando el pan en Vallecas. Otra. Yo discutiendo con Javi en la puerta de un salón de juegos. La fecha de la foto era de hace seis meses.

El terror empezó a reptar por mi espalda, frío y viscoso. Alejandro no me había investigado *después* de que yo entrara en su despacho. Me había estado vigilando desde hacía meses. Años, quizás.

Pasé las páginas frenéticamente, mis manos sudando sobre el papel.

Había informes médicos. El diagnóstico de cadera de mi madre, fechado el mismo día en que se lo dieron en la Seguridad Social.

Había informes escolares de Javi. Sus notas, sus expulsiones.

Y luego... los recibos.

Me detuve. El mundo empezó a dar vueltas.

Eran recibos de transferencias bancarias. Préstamos.

Prestamista: Inversiones Fénix S.L. Prestatario: Javier Vidal. Concepto: Crédito personal.

Miré el sello de la empresa prestamista. *Inversiones Fénix*. Me sonaba. Busqué en los papeles adjuntos. Había un organigrama de empresas pantalla. En la cima de la pirámide, conectada por líneas de puntos que atravesaban paraísos fiscales, estaba la empresa matriz.

CORTÉS HOLDINGS.

Se me cayó la carpeta de las manos. Los papeles se desparramaron por el suelo de madera como hojas muertas.

—No... —gemí, llevándome las manos a la boca.

Alejandro no había comprado la deuda de Javi para salvarle. Alejandro *era* el dueño de la deuda desde el principio.

Él había prestado el dinero a mi hermano a través de empresas fantasma. Él había alimentado su adicción. Él había dejado que los intereses subieran hasta que fueran impagables. Él había esperado pacientemente a que la soga se apretara alrededor de mi cuello hasta que yo no tuviera más opción que buscar una salida desesperada.

Mi intento de chantaje... mi entrada en su despacho... no fue mi idea. Fue la única puerta que él había dejado abierta en el laberinto que había construido para mí.

Me había estado esperando.

No fui yo quien lo cazó a él. Fui la rata que corrió directa a la trampa porque el gato había puesto el queso exactamente donde sabía que lo encontraría.

—¿Por qué? —pregunté a la habitación vacía, sintiendo cómo las lágrimas de traición me quemaban los ojos.

¿Por qué yo? ¿Por qué una periodista insignificante de Vallecas? ¿Qué tenía yo que ver con su guerra contra los Valdés?

Me agaché para recoger los papeles, intentando encontrar una respuesta. Mis manos tropezaron con un último documento, uno que se había deslizado debajo del escritorio.

Era un recorte de periódico antiguo. Amarillento. De hacía veinte años.

TRAGEDIA EN LA CONSTRUCCIÓN. EL ARQUITECTO MATEO VIDAL SE SUICIDA TRAS EL DERRUMBE DEL EDIFICIO CORTÉS.

Mateo Vidal. Mi padre.

Me quedé congelada. Mi padre no había muerto de un infarto como mi madre siempre me había dicho. Mi padre se había suicidado. Y el edificio que se derrumbó... el edificio que arruinó su vida y su reputación... era un edificio de la familia Cortés. Del padre de Alejandro.

Las piezas del puzle encajaron con un sonido atronador en mi mente.

Alejandro no me quería por mi talento. No me quería por mi belleza. Ni siquiera me quería para limpiar su imagen.

Me quería porque soy la hija del hombre que su familia destruyó. O quizás... la hija del hombre que destruyó a la suya.

Escuché un ruido fuera. El ascensor.

Clanc.

Se había desbloqueado.

Me levanté de un salto, con el corazón martilleando contra mis costillas como un pájaro enloquecido. Metí los papeles en la carpeta de cualquier manera. La cerré. La metí en el cajón y giré la llave. Pegué la llave de nuevo detrás del libro con dedos torpes y sudorosos.

Salí del despacho justo cuando las puertas del ascensor se abrían en el salón.

Alejandro entró.

Venía solo. Sin chaqueta. Con la camisa manchada de sangre en los puños y el pelo revuelto. Su cara era una máscara de tormenta.

Me vio de pie junto a la puerta de su despacho. Se detuvo en seco. Sus ojos negros bajaron a mis manos, que yo escondía tras la espalda para ocultar el temblor. Luego subieron a mi cara, escaneando mi culpa.

—Te dije que no salieras de tu habitación —dijo. Su voz era baja, peligrosa.

—Tenía sed —mentí. Mi voz sonó demasiado aguda.

Alejandro caminó hacia mí. Lento. Depredador.

—¿Has entrado ahí? —Señaló el despacho con la barbilla.

—No. Estaba cerrado.

Él se detuvo a un paso de mí. Olía a violencia. Olía a sangre fresca que no era suya.

—Mientes, Natalia. —Levantó la mano y me acarició la mejilla. Su pulgar rozó mi labio inferior, que temblaba—. Tienes los ojos de alguien que acaba de ver un fantasma.

—Solo estoy asustada por la corona de flores —insistí, retrocediendo hasta chocar contra la pared de cristal.

Alejandro sonrió. Pero no fue una sonrisa amable. Fue la sonrisa del lobo que sabe que Caperucita ya no tiene dónde correr.

—Espero que sea eso, *tesoro*. Porque si descubro que has estado escarbando en mi pasado... descubrirás que los fantasmas de esta casa muerden.

Se inclinó y me besó en la frente. Un beso frío. Un beso de Judas.

—Vete a cambiar. Esta noche cenamos fuera. Vamos a celebrar.

—¿Qué celebramos? —pregunté, sintiendo náuseas.

—Celebramos que Gonzalo Valdés ha tenido un... accidente. Y que tú y yo estamos un paso más cerca de la eternidad.

Me aparté de él y corrí hacia las escaleras. No miré atrás.

Subí a mi habitación y cerré con llave. Me apoyé contra la puerta, deslizándome hasta el suelo, abrazando mis rodillas.

Todo era mentira. El contrato. El romance. La deuda.

Era una venganza. Una venganza que había empezado hace veinte años con la muerte de mi padre. Y yo... yo estaba durmiendo con el enemigo.

Pero ahora lo sabía.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. La chica asustada de Vallecas murió en ese despacho. La mujer que se levantó del suelo tenía los ojos secos y el corazón frío.

Si Alejandro Cortés quería jugar con fantasmas, yo me convertiría en el más aterrador de todos. Él creía que yo era su peón. No sabía que acababa de convertir a su reina en su asesina.

CAPÍTULO 11

EL SILENCIO DE LA NIEVE

POV: ALEJANDRO CORTÉS Club Privado "La Cripta", Barrio de las Letras, Madrid. 20:15 h.

La sangre ajena es difícil de limpiar. Se mete en los pliegues de la piel, bajo las uñas, en las líneas de la vida de la palma de la mano, como si quisiera quedarse allí para testificar contra ti.

Me encontraba en el baño privado del club, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, frotándome los nudillos con un cepillo de cerdas duras. El jabón industrial, rosa y con olor a almendras químicas, se teñía de un rojo pálido al caer al desagüe de porcelana antigua.

Gonzalo Valdés no volvería a enviar flores a nadie en una temporada.

No lo había matado. La muerte es demasiado definitiva, demasiado fácil. La muerte acaba con el sufrimiento, y yo necesitaba que Gonzalo sufriera. Necesitaba que cada vez que respirara, le dolieran las costillas. Necesitaba que cada vez que intentara sonreír, recordara el sabor de su propia dentadura rota. Le había dejado un mensaje muy claro grabado en la carne: *Natalia Vidal es intocable.*

Me miré en el espejo.

Mis ojos brillaban. Era el brillo de la dopamina post-violencia. Esa claridad mental absoluta que solo se consigue después de romper algo con tus propias manos. El dolor en mi costado izquierdo, donde los ladrillos de la obra me habían golpeado por la mañana, se había convertido en un latido sordo, una música de fondo que me mantenía alerta.

Me sequé las manos con una toalla de hilo. Me ajusté los gemelos de plata. Me puse la chaqueta de repuesto que Salgado siempre guardaba en el coche.

Volvía a ser Alejandro Cortés. El CEO. El filántropo. El novio perfecto.

Salí al callejón trasero donde el Maybach esperaba con el motor en marcha. La lluvia había parado, dejando Madrid cubierta de una pátina húmeda y negra que reflejaba las luces como un espejo sucio.

—A casa, Salgado —ordené al entrar en el coche.

—¿El señor Valdés...? —preguntó Salgado, mirándome por el retrovisor.

—El señor Valdés ha tenido un desafortunado accidente en las escaleras. Se recuperará. Eventualmente.

Salgado asintió y arrancó.

El trayecto hacia Serrano fue un bálsamo. Me sentía poderoso. Había neutralizado la amenaza externa. Ahora solo me quedaba gestionar la amenaza interna: Natalia.

Recordé su cara de terror en el ático, su insistencia en que había entrado en mi despacho. Sabía que mentía sobre la razón —tenía sed, dijo—, pero mis sistemas de seguridad indicaban que no había logrado acceder a ningún archivo digital. La llave física del cajón estaba demasiado bien escondida para que una aficionada la encontrara en diez minutos.

Era paranoia. Miedo.

Llegamos al edificio. Subí en el ascensor privado, anticipando la escena que me encontraría. Probablemente estaría llorando. O encerrada en su habitación, negándose a salir. Tendría que ser firme.

Tendría que usar esa mezcla de autoridad y seducción que parecía cortocircuitar su cerebro lógico.

Las puertas se abrieron.

El ático estaba en penumbra, iluminado solo por las luces indirectas del suelo y el resplandor de la ciudad.

Y allí estaba ella.

No estaba llorando. No estaba escondida.

Natalia estaba de pie junto al ventanal, dándome la espalda. Llevaba el vestido que Marco había dejado para la cena de esta noche. Un vestido de terciopelo azul noche, tan oscuro que parecía negro, con un escote en la espalda que bajaba hasta la curva de su cintura.

Se giró al oír el ascensor.

Me detuve en seco. La imagen me golpeó el plexo solar con más fuerza que cualquier puñetazo de Gonzalo.

Estaba... perfecta.

El pelo oscuro caía en ondas suaves sobre un hombro. El maquillaje era impecable, destacando sus ojos avellana que ahora parecían oro líquido. Pero lo que me desconcertó no fue su belleza. Fue su postura.

No había hombros encogidos. No había temblor en las manos. Estaba erguida, con una copa de vino tinto en la mano, mirándome con una calma gélida que no había visto antes.

—Llegas tarde —dijo. Su voz era suave, sin rastro de las lágrimas de la tarde.

Caminé hacia ella, invadiendo su espacio por costumbre, esperando que retrocediera.

No lo hizo. Se mantuvo firme, sosteniendo mi mirada.

—Tuve que solucionar un asunto —respondí, deteniéndome a un paso de ella. Mi mirada bajó a sus manos. Sus uñas estaban pintadas de un rojo oscuro, casi negro—. ¿Has bebido?

—Es un *Vega Sicilia*. Estaba en el decantador. Supuse que no te importaría que tu prometida se sirviera una copa para calmar los nervios.

—¿Sigues nerviosa?

Natalia dio un paso hacia mí. El aroma de su perfume, mezclado con el vino, me envolvió.

—Ya no. —Levantó la mano libre y, con una audacia que me dejó paralizado, tocó la solapa de mi chaqueta. Sus dedos bajaron hasta mi mano derecha. La mano con la que había golpeado a Gonzalo—. ¿Está hecho?

Miré sus dedos finos sobre mis nudillos enrojecidos e hinchados. Ella sabía lo que había ido a hacer. Y no parecía horrorizada. Parecía... curiosa.

—Está hecho —confirmé, mi voz ronca—. No volverá a molestarte.

Natalia asintió lentamente. Sus ojos bajaron a mis manos, examinando la violencia implícita en la piel magullada.

—¿Te duele? —preguntó.

—No.

—Mientes. —Levantó la vista de nuevo. Había algo nuevo en sus ojos. Una oscuridad que reflejaba la mía. No era el miedo de la presa. Era la cautela del observador que estudia a un animal peligroso—. Siempre mientes, Alejandro. Dices que no te duele el

costado, pero cojeas. Dices que no te duelen las manos, pero tienes los nudillos en carne viva.

—El dolor es irrelevante cuando se obtiene un resultado.

—¿Y cuál es el resultado? —Ella ladeó la cabeza—. ¿Soy libre?

Solté una risa corta y seca.

—Nadie es libre, Natalia. Pero estás segura.

Ella sonrió. Fue una sonrisa pequeña, triste y extrañamente fría.

—Segura. En una jaula de cristal con un perro guardián que muerde. —Dejó la copa sobre la mesa auxiliar—. Tengo hambre, Alejandro. Me prometiste una cena de celebración.

La miré, intentando descifrar este cambio. ¿Era resignación? ¿Era el síndrome de Estocolmo echando raíces finalmente? ¿O simplemente había aceptado la realidad de que su vida anterior había ardido y esta era la única que le quedaba?

—Vamos —dije, ofreciéndole mi brazo.

Ella lo tomó. Su piel no estaba fría esta vez. Estaba tibia. Viva.

Bajamos al coche. El viaje hasta el restaurante *Horcher*, uno de los clásicos inmortales de Madrid frente al Retiro, fue diferente al anterior. No hubo silencio tenso. Natalia miraba por la ventana, comentando la arquitectura de los edificios que pasábamos, haciéndome preguntas sobre mis propiedades.

—Ese edificio de ahí —señaló el antiguo Palacio de Comunicaciones —. ¿También querrías comprarlo si pudieras?

—Es público. No está a la venta.

—Todo está a la venta para ti, ¿no? Solo es cuestión de encontrar la divisa correcta. Dinero, miedo, deudas familiares...

Me giré para mirarla. Su tono había sido conversacional, ligero, pero las palabras eran cuchillos.

—Es así como funciona el mundo, Natalia. Yo no escribí las reglas. Solo aprendí a jugar mejor que nadie.

—Ya veo. —Ella se recostó en el asiento de cuero, observándome en la penumbra—. Eres un jugador excelente. Me pregunto qué pasa cuando pierdes una partida.

—Yo nunca pierdo.

—Aún —susurró ella.

Llegamos a *Horcher*. El maître nos recibió con reverencias. Nos dieron la mejor mesa, en un rincón reservado, con cubertería de plata pesada y manteles de lino que costaban más que el sueldo mensual de un obrero.

Pedimos. *Consomé Don Víctor* y ciervo asado. Platos de caza. Apropiado.

Durante la cena, Natalia comió. Comió con apetito, cortando la carne con precisión, bebiendo el vino tinto. Me observaba constantemente. Antes, sus miradas eran esquivas. Ahora eran directas, analíticas. Me sentía... expuesto.

—Háblame de tu padre —dijo de repente, mientras el camarero retiraba los platos.

Me tensé. La copa de vino se detuvo a medio camino de mi boca.

—¿Por qué quieres saber de él?

—Porque tú sabes todo sobre el mío —respondió con una naturalidad pasmosa. No pestañeó—. Sabes que murió de un infarto. Sabes que dejó deudas. Es justo que yo sepa algo del hombre que creó el imperio que ahora me viste de seda.

Mentira. Ella sabía que yo sabía. Pero ella estaba actuando.

—Mi padre era un hombre duro —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. Construyó *Cortés Holdings* desde cero. Creía en el hormigón más que en las personas.

—¿Te quería?

La pregunta fue un disparo a quemarropa.

—Me educó. El amor es un concepto burgués que no tenía cabida en nuestra casa. Me enseñó a ser fuerte. A no depender de nadie. A eliminar las debilidades antes de que los enemigos pudieran explotarlas.

—Como has hecho con Gonzalo —apuntó ella.

—Exacto.

Natalia apoyó la barbilla en su mano, mirándome con esa curiosidad nueva y peligrosa.

—Debe ser muy solitario. Vivir pensando que todo el mundo es una amenaza o un activo. Sin confiar en nadie. Sin... sentir nada real.

—La soledad es el precio de la cima, Natalia. Y en cuanto a sentir... —Alargué la mano y cubrí la suya sobre el mantel blanco. Su piel estaba suave. No la retiró—. Siento cosas. Siento el poder. Siento el éxito. Te siento a ti.

Ella no apartó la mano. Al contrario, giró la palma y entrelazó sus dedos con los míos. Un gesto de intimidad que me dejó sin aire por

un segundo.

—¿Me sientes a mí, Alejandro? —preguntó en un susurro—. ¿O sientes la posesión de mí?

—¿Hay alguna diferencia?

Ella me miró largo y tendido. Sus ojos brillaron con una tristeza insondable que no supe interpretar.

—Para ti, supongo que no.

La cena terminó. Pagué la cuenta astronómica sin mirarla.

Volvimos al ático. La tensión en el coche había cambiado de nuevo. Ya no era intelectual. Era física. El roce de su vestido de terciopelo contra mi pierna. El olor de su perfume saturando el aire. La forma en que ella respiraba, un poco más rápido de lo normal.

Subimos en el ascensor. Al entrar en el apartamento, me dirigí a la cocina para servirme un whisky. Necesitaba calmar el picor bajo mi piel. La presencia de Natalia, esta nueva Natalia que no huía, me estaba desestabilizando.

—Alejandro.

Me giré.

Ella estaba en el centro del salón. Se había quitado los zapatos. Parecía pequeña y a la vez inmensa en ese espacio vacío.

Llevó las manos a la parte trasera de su cuello.

—No puedo desabrocharme el vestido —dijo. Su voz era neutra—. El cierre se ha atascado.

Me quedé inmóvil, con el vaso en la mano.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Estoy pidiendo que resuelvas un problema logístico. Eres bueno en eso, ¿no?

Dejé el vaso. Caminé hacia ella. El sonido de mis pasos sobre el mármol marcaba el ritmo de mi propio pulso acelerado.

Me detuve a su espalda. Ella apartó el pelo, exponiendo su nuca y esa línea de columna vertebral que parecía tan frágil. Su piel era pálida, luminosa bajo la luz de la luna que entraba por el ventanal.

Toqué la cremallera invisible. No estaba atascada. Bajaba perfectamente.

Ella sabía que no estaba atascada.

Bajé la cremallera despacio. Muy despacio. El sonido *zzzzzip* rasgó el silencio. La tela de terciopelo se abrió, revelando su espalda desnuda, la curva de su cintura, la lencería negra de encaje que llevaba debajo.

Puse mis manos sobre sus hombros desnudos. Estaba ardiendo.

—No estaba atascada, Natalia —susurré al oído.

Ella echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra mi pecho. Cerró los ojos.

—Lo sé.

—¿Qué estás haciendo? —Mi voz era un gruñido. Mi control pendía de un hilo.

—Sobrevivir —susurró ella.

Se giró en mis brazos. El vestido cayó al suelo, dejándola en ropa interior y medias negras.

Me miró. Y por primera vez, no vi odio. Vi determinación. Vi a una mujer que había decidido dejar de ser la víctima para convertirse en algo más. No sabía qué era ese "algo más", pero me excitaba hasta la locura.

Puso sus manos en mi pecho, sobre la camisa blanca.

—Me has quitado mi casa —dijo suavemente—. Me has quitado a mi hermano. Me has quitado mi nombre. Me has quitado mi pasado. —Sus manos subieron hasta mi cuello, desabrochando mi corbata—. Si vas a quedártelo todo, Alejandro... tómalo todo de una vez. Deja de jugar a ser el caballero protector. Sé el monstruo que eres.

La provocación rompió el dique.

La agarré por la cintura y la levanté, estampándola contra la pared más cercana. Ella jadeó, pero no de miedo. Enredó sus piernas en mi cintura.

La besé con hambre, con desesperación, con la furia de un hombre que cree haber conquistado una ciudad, sin saber que la ciudad le ha abierto las puertas solo para quemarlo desde dentro.

Esa noche, en el suelo del salón, bajo la mirada indiferente de Madrid, hice mía a Natalia Vidal. O eso creí.

Gimió mi nombre. Clavó sus uñas en mi espalda, reabriendo mis heridas, marcándome. Y mientras me perdía en ella, en su calor, en su entrega fingida o real —ya no me importaba—, pensé que había ganado.

Pensé que la había roto y reconstruido a mi imagen.

No vi la frialdad en sus ojos cuando, en el clímax, ella me miró y no vio a su amante, sino a su objetivo.

Dormí profundamente por primera vez en años, con su cuerpo pegado al mío.

No sabía que estaba durmiendo con mi verdugo.

CAPÍTULO 12

EL SABOR DE LA CENIZA

POV: NATALIA VIDAL Ático en Calle Serrano, Madrid. 08:15 h.

El diablo duerme boca abajo.

Lo descubrí esa mañana, con la luz grisácea de un martes lluvioso filtrándose a través de las cortinas automáticas que alguien —probablemente el sistema domótico— había entreabierto. Alejandro Cortés yacía a mi lado, ocupando tres cuartas partes de la cama *King Size*, con un brazo pesado y musculoso cruzado sobre mi cintura, manteniéndome anclada al colchón incluso en la inconsciencia.

No se movía. Su respiración era profunda, rítmica, carente de esa tensión eléctrica que lo definía cuando estaba despierto. Con la cara hundida en la almohada y el pelo oscuro revuelto cayéndole sobre la frente, parecía insultantemente joven. Insultantemente humano.

Me quedé inmóvil, mirando el techo.

Mi cuerpo era un mapa de sensaciones contradictorias. Me dolían los muslos por el esfuerzo. Sentía una sensibilidad abrasiva en los pechos, donde su barba había raspado mi piel la noche anterior. Y entre las piernas, un latido sordo, una mezcla de dolor y plenitud que me revolvía el estómago.

El olor a sexo era denso. Almizcle, sudor seco, *Oud Wood* y la acidez de mis propios fluidos. Era un olor primitivo que llenaba la habitación inmaculada, manchando su perfección estéril.

«Te has acostado con él», susurró mi conciencia. *«Te has acostado con el hombre que arruinó a tu padre y secuestró a tu hermano»*.

Cerré los ojos, luchando contra las náuseas. No había sido una violación. Había sido una rendición. O peor: una estrategia que se me había ido de las manos. Había querido manipularlo, seducirlo para bajar sus defensas, pero en algún momento entre el salón y esta cama, me había olvidado de por qué lo hacía. Había gemido su nombre. Había arqueado la espalda buscando más.

—Mierda —susurré, llevándome una mano a la frente.

El brazo de Alejandro se tensó sobre mi cintura.

Me congelé.

—¿Te arrepientes?

Su voz era ronca, pastosa por el sueño, vibrando directamente contra mis costillas.

Abrí los ojos y giré la cabeza. Él ya estaba mirándome. Sus ojos negros estaban entreabiertos, pero lúcidos. No había esa confusión somnolienta de los primeros segundos del despertar. Alejandro Cortés pasaba de cero a cien en un parpadeo.

—No sé de qué hablas —mentí, intentando apartarme.

Él no me dejó. Apretó su agarre, arrastrándome hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra su pecho desnudo. Enterró la cara en mi cuello, inhalando profundamente. Su aliento caliente me provocó un escalofrío traicionero.

—Hueles a mí —murmuró, con una satisfacción posesiva que me dio ganas de arañarle la cara—. Hueles a propiedad.

—Huelo a error, Alejandro. —Conseguí soltarme de su abrazo y me senté en el borde de la cama, dándole la espalda. Busqué con la mirada algo con lo que cubrirme. Mi ropa interior estaba tirada en el salón. Estaba desnuda. Expuesta.

Sentí el colchón hundirse cuando él se incorporó. Su mano, grande y callosa, se posó en mi columna vertebral, trazando cada vértebra desde la nuca hasta la base de la espalda.

—No fue un error. Fue inevitable. —Su mano se detuvo en mi hombro, apretando suavemente—. Deja de luchar, Natalia. Es agotador. Has visto que no soy el monstruo que crees. Anoche... anoche fuimos solo un hombre y una mujer.

Me levanté de un salto, envolviéndome en la sábana de seda como si fuera una armadura romana. Me giré para enfrentarlo.

Alejandro estaba sentado en la cama, con la sábana cubriéndole solo hasta la cintura. Su torso estaba marcado. Vi los arañazos rojos que mis uñas habían dejado en sus hombros. Vi el hematoma en su costado, ahora de un color negro violáceo. Era un dios de la guerra descansando tras la batalla.

—¿Que no eres un monstruo? —pregunté, mi voz temblando por la rabia contenida—. Tienes a mi hermano encerrado en un centro desconocido. Me has chantajeado. Y anoche... anoche te aprovechaste de que yo estaba vulnerable y asustada por esa maldita corona de flores.

Alejandro suspiró, pasándose una mano por el pelo. La máscara de frialdad empezó a descender sobre sus rasgos, borrando la intimidad de la mañana.

—Tú viniste a mí, Natalia. Tú me pediste que te bajara la cremallera. Tú me besaste. No reescribas la historia para salvar tu conciencia moral. Te gustó. Te gustó follar con el monstruo.

La crudeza de sus palabras fue como una bofetada.

—Vete al infierno.

—Ya estamos en él. —Se levantó de la cama, completamente desnudo, sin una pizca de vergüenza. Caminó hacia el baño con la arrogancia de quien es dueño de cada centímetro cúbico de aire que respira—. Me voy a duchar. Tenemos un día largo. Vanessa vendrá a las diez para repasar la agenda de la semana. Quiero que estés vestida y presentable. Nada de caras largas.

—¿Vanessa? —El nombre salió de mi boca con más veneno del que pretendía—. ¿Vas a traer a tu amante a desayunar otra vez?

Alejandro se detuvo en el umbral del baño. Giró la cabeza y me dedicó una sonrisa torcida, casi divertida.

—¿Celosa, *tesoro*? Vanessa es mi empleada. Igual que tú. La diferencia es que ella sabe cuál es su lugar y tú todavía estás intentando encontrar el tuyo.

Entró en el baño y cerró la puerta.

Unos segundos después, oí el sonido del agua.

Me quedé sola en la habitación, temblando de furia y humillación. *Empleada.* Esa era la palabra clave. Él creía que me había puesto en mi sitio. Creía que el sexo de anoche había sido mi firma final en el contrato de sumisión.

Miré a mi alrededor.

Su mesilla de noche.

Allí estaba.

Su teléfono móvil. Un iPhone último modelo, negro, sin funda. Y su reloj, el *Patek Philippe* de oro blanco. Y su cartera de piel de cocodrilo.

Alejandro Cortés, el hombre más paranoico de Madrid, había dejado sus pertenencias personales expuestas. ¿Por qué? Porque se sentía seguro. Porque creía que me había conquistado. Porque pensaba que yo estaba demasiado ocupada lidiando con mis emociones femeninas como para ser una amenaza táctica.

Error.

Me acerqué a la mesilla con pasos silenciosos, el corazón martilleando en mi garganta tan fuerte que temí que pudiera oírlo a través de la puerta del baño.

Cogí el móvil.

La pantalla se iluminó. *Bloqueado por Face ID*.

Mierda. Por supuesto.

Intenté el código. 0000. Error. 1234. Error. La fecha de nacimiento de su padre (la había visto en la Wikipedia). Error.

«Queda un intento antes del bloqueo temporal», advirtió la pantalla.

Lo dejé sobre la mesa con manos temblorosas. No podía arriesgarme. Si lo bloqueaba, él lo sabría.

Miré la cartera. La abrí. Tarjetas de crédito negras de titanio (*Centurion*, *Coutts*). DNI. Unos dos mil euros en efectivo en billetes de quinientos. Nada útil. Nada que me diera una salida.

El sonido del agua cesó.

Me aparté de la mesilla como si quemara y corrí hacia mi vestidor. Me encerré allí justo cuando oí la puerta del baño abrirse.

—Natalia —llamó Alejandro desde el dormitorio—. ¿Café?

—No quiero nada de ti —grité a través de la puerta, mientras me ponía unas bragas limpias con manos torpes.

—Como quieras. Salgo en veinte minutos.

Veinte minutos.

Me vestí con lo primero que encontré: unos pantalones negros y un jersey de cuello alto que ocultaba las marcas que él había dejado en mi cuello. Me cepillé el pelo con violencia, intentando borrar la imagen de nosotros dos en esa cama.

Cuando salí, Alejandro ya estaba vestido. Impecable. Traje gris claro, corbata azul cobalto. Olía a jabón y a menta. El hematoma y los arañazos estaban ocultos bajo la seda y la lana italiana.

Se acercó a mí y me besó en la frente. Un beso de propietario.

—Pórtate bien. Salgado se queda en la puerta. Si necesitas algo, pídeselo. Pero no intentes salir. La amenaza de Gonzalo sigue activa.

—¿Y tú? ¿No estás en peligro ahí fuera?

—Yo soy el peligro, Natalia.

Se marchó.

Escuché el *clanc* del ascensor. Luego, el silencio.

Me quedé sola. Otra vez.

Pero esta vez, la soledad se sentía diferente. La soledad era una oportunidad.

Esperé diez minutos. Quince. Me aseguré de que había salido del edificio. Me asomé al ventanal y vi el Maybach negro incorporarse al tráfico de Serrano.

Bien.

Fui a la cocina. La cocinera y la chica de la limpieza, una mujer ecuatoriana llamada Rosa, estaban allí. Rosa estaba pasando la mopa por el salón, tarareando una canción bajito.

Rosa.

La había observado los últimos dos días. Era joven, quizás de mi edad. Siempre llevaba el móvil en el bolsillo trasero de su uniforme, con los auriculares colgando. Alejandro prohibía al servicio usar el teléfono durante las horas de trabajo, pero Rosa aprovechaba cuando él no estaba para mandar audios de WhatsApp a su familia.

Me acerqué a ella.

—Buenos días, Rosa.

La chica dio un salto y se quitó un auricular rápidamente.

—¡Ay! Perdón, señora Natalia. No la vi. ¿Desea que limpie la habitación principal ya?

—No, todavía no. —Forcé una sonrisa. Me sentía sucia, manipuladora. Iba a usar a esta chica igual que Alejandro me usaba a mí. Pero era supervivencia—. Rosa, ¿podrías hacerme un favor? Se me ha caído un pendiente debajo del sofá del despacho. Me duele mucho la espalda por... bueno, por el accidente de ayer. ¿Podrías mirar tú?

—Claro, señora. Faltaría más.

Rosa dejó la mopa y entró en el despacho. Dejó su carrito de limpieza en el pasillo. Y encima del carrito, entre los botes de limpiacristales y las bayetas de microfibra, estaba su teléfono móvil.

Un Samsung barato con la pantalla resquebrajada.

Miré hacia el despacho. Rosa estaba arrodillada, buscando el pendiente imaginario.

—No lo veo, señora... —gritó desde dentro.

—Busca bien, al fondo, cerca de la cortina.

Me abalancé sobre el carrito. Cogí el móvil.

Estaba bloqueado con patrón.

Maldije mentalmente. *Piensa, Natalia. Piensa.* Había visto a Rosa desbloquearlo ayer. Una L. Una simple L desde la esquina superior izquierda a la inferior derecha.

Deslicé el dedo.

El teléfono se abrió.

El fondo de pantalla era una foto de un bebé regordete. Se me encogió el corazón, pero ignoré la culpa.

Fui a Contactos. No. Fui al navegador. Abrí una pestaña de incógnito.

Mis dedos volaban sobre el teclado táctil, manchado de grasa y maquillaje.

Entré en mi correo personal. No el del trabajo, que seguramente Alejandro tenía monitorizado, sino mi vieja cuenta de *Gmail* que usaba para suscribirme a *newsletters* y compras online. La que tenía una contraseña de 24 caracteres que cambiaba cada mes.

Accediendo...

La barra de carga parecía tardar una eternidad.

Bandeja de entrada (145 no leídos).

Redacté un correo nuevo. Solo texto plano. Sin asuntos sospechosos.

Para: *lucas_h4ck@protonmail.com* **Asunto:** Receta de la abuela

Lucas, Soy N. Estoy viva. Situación código Rojo. Necesito que investigues "Inversiones Fénix S.L." y su relación con Mateo Vidal (año 2004). También busca conexión entre Alejandro Cortés y Javier Vidal (deuda juego actual). Estoy atrapada en Serrano 92, ático. No respondas a este correo. Monitorizan todo. Solo busca la información y guárdala en la "caja muerta" digital que usábamos en la facultad. Si no sabes de mí en 48 horas, filtra la carpeta "Hades". N.

Pulsé enviar.

Enviando...

—Señora, de verdad que no está aquí.

La voz de Rosa sonó mucho más cerca. Se estaba levantando.

—Sigue buscando, por favor, es de diamantes, mi prometido me matará si lo pierdo —grité, con el pánico estrangulándome la voz.

Mensaje enviado.

Borré el correo de la bandeja de enviados. Cerré la sesión. Cerré la pestaña de incógnito. Borré el historial de navegación de los últimos quince minutos.

Dejé el móvil en el carrito, exactamente en la misma posición, justo cuando Rosa salía del despacho, sacudiéndose las rodillas.

—Lo siento mucho, señora Natalia. He mirado por todas partes. Quizás se lo tragó la aspiradora ayer.

Solté el aire que había estado conteniendo. Mis rodillas temblaban tanto que tuve que apoyarme en la pared.

—Gracias, Rosa. Quizás... quizás lo dejé en el baño. No te preocupes.

La chica me miró con preocupación.

—Está usted muy pálida. ¿Quiere un vaso de agua?

—No. Estoy bien. Solo... necesito tumbarme.

Volví a mi habitación. Me encerré.

Me miré las manos. Estaban sudadas. Me sentía como una criminal. Había invadido la privacidad de una chica inocente, había puesto en riesgo su trabajo si Alejandro descubría que habían usado su móvil.

Pero el mensaje había salido.

Lucas era el mejor hacker que conocía. Un paranoico de la ciberseguridad que vivía en un sótano en Lavapiés. Si alguien podía encontrar la conexión entre la muerte de mi padre y el imperio de Cortés, era él.

Me tumbé en la cama. En el lado que aún olía a Alejandro.

Aspiré su aroma en la almohada, odiándome por ello.

Había dado el primer paso. Había dejado de ser la víctima pasiva.

Pero entonces, un pensamiento intrusivo me heló la sangre.

Alejandro era un obseso del control. ¿Y si tenía micrófonos en la casa? ¿Y si había escuchado mi conversación con Rosa? ¿Y si tenía un software que detectaba picos de tráfico de datos en cualquier dispositivo dentro del ático, incluso los que no eran suyos?

Miré a la cámara de seguridad camuflada en el detector de humos del techo. El piloto rojo parpadeaba lentamente. Como un ojo.

Clic. Clic. Clic.

Me giré hacia la puerta. Alguien estaba intentando abrirla.

—¿Natalia? —era la voz de Salgado—. El señor Cortés llama por el teléfono fijo. Quiere hablar con usted. Ahora.

Se me heló el estómago.

¿Lo sabía? ¿Tan rápido?

Me levanté, alisé mi ropa y abrí la puerta. Salgado me tendió un teléfono inalámbrico. Su cara era inescrutable.

—Diga —contesté. Mi voz sonó culpable hasta en mis propios oídos.

—Hola, cariño.

La voz de Alejandro al otro lado de la línea era suave, aterciopelada. Demasiado suave.

—Hola.

—Me he olvidado de decirte algo antes de irme. —Hizo una pausa. El silencio duró tres latidos de corazón—. Rosa, la chica de la limpieza... despídela.

El mundo se detuvo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque ha pasado demasiado tiempo en el despacho sin limpiar nada. Y no me gusta que el servicio se distraiga. Salgado se encargará de liquidar su contrato hoy mismo.

No lo sabía. No sabía lo del móvil. Solo había visto por las cámaras que Rosa estaba en el despacho "perdiendo el tiempo".

Pero mi alivio duró un segundo antes de ser aplastado por la culpa. Iba a despedir a una mujer inocente por mi culpa. Por mi mentira del pendiente.

—No... Alejandro, no la despidas. Fue culpa mía. Yo le pedí que buscara un pendiente que creí haber perdido. Ella solo me estaba ayudando.

—¿Un pendiente?

—Sí. Uno de los pequeños. Ya lo he encontrado. Estaba en el baño. Por favor, no la eches. Es buena trabajadora.

Silencio al otro lado de la línea. Podía imaginarlo en su coche, tamborileando con los dedos sobre su rodilla, decidiendo el destino de una persona como quien decide qué corbata ponerse.

—Está bien. Si es importante para ti, se queda. Pero Natalia...

—¿Sí?

—Deja de perder cosas. La próxima vez, puede que no seas capaz de recuperarlas.

Colgó.

Le devolví el teléfono a Salgado. Mis manos temblaban violentamente.

Había salvado a Rosa. Pero la advertencia había sido clara. Alejandro lo veía todo. Lo controlaba todo.

Me senté en el borde de la cama y esperé. Ahora dependía de Lucas. El reloj de arena había empezado a correr, y yo estaba atrapada dentro del cristal.

CAPÍTULO 13

EL PESO DE LOS MUERTOS

POV: ALEJANDRO CORTÉS Cementerio de La Almudena, Madrid. 11:00 h.

Los cementerios son las únicas ciudades honestas. Aquí, el silencio no es una pausa en la negociación; es el contrato final. Aquí, el mármol no se utiliza para impresionar a los accionistas, sino para aplastar los huesos de hombres que creyeron ser dioses.

Caminé por la avenida principal bajo un cielo que amenazaba con romperse otra vez. Mis zapatos de piel italiana crujían sobre la grava húmeda, un sonido rítmico y solitario que resonaba entre los panteones de la vieja aristocracia madrileña.

Salgado me esperaba en el coche, a cincuenta metros. Esta visita la hacía solo. Siempre solo.

Llegué al panteón de la familia Cortés. Era una estructura austera de granito negro, sin ángeles llorosos ni cruces ornamentadas. Mi padre odiaba la ostentación religiosa. *"Dios es para los que no tienen seguro de vida, Alejandro"*, solía decirme mientras se servía el tercer whisky de la noche.

Me detuve frente a la puerta de hierro forjado. Saqué una llave antigua, oxidada, que guardaba en el bolsillo interior de mi chaqueta, junto a mi corazón blindado.

Entré.

El aire dentro estaba viciado, frío y cargado con el olor dulce y repugnante de las flores secas que nadie había cambiado en años.

No permitía que el servicio del cementerio entrara aquí. Era mi deuda. Mi penitencia.

Me acerqué a la lápida central.

HÉCTOR CORTÉS *1960 - 2006*

Veinte años.

Pasé la mano enguantada en piel por las letras grabadas.

—La tengo, papá —susurré. Mi voz rebotó en las paredes de piedra, sonando distorsionada, espectral—. Tengo a la hija de Vidal.

Cerré los ojos y, de repente, no estaba en el cementerio. Estaba en el despacho de mi padre, en la antigua sede de la Castellana. Tenía diez años. Olía a pólvora y a desesperación. Vi el cuerpo de mi padre desplomado sobre el escritorio de caoba. Vi el revólver en su mano inerte. Vi la mancha oscura que se extendía por los planos del "Edificio Europa", el proyecto que se había derrumbado matando a tres obreros y sepultando el apellido Cortés en la infamia.

Y vi la carta. La carta de renuncia del arquitecto jefe, Mateo Vidal, echándole toda la culpa a mi padre por el uso de materiales baratos. Una mentira. Una maldita mentira para salvar su propio pellejo y cobrar el seguro. Mateo Vidal se suicidó meses después, sí, pero el daño ya estaba hecho. Mi padre no pudo soportar la vergüenza. No pudo soportar la ruina.

Me dejó solo en un mundo de tiburones con una deuda millonaria y un apellido manchado de sangre.

Abrí los ojos. El granito negro me devolvió la mirada, impasible.

—Ella está pagando —dije a la tumba—. Cada céntimo. Cada lágrima. Se ha convertido en mi propiedad, igual que tú te convertiste en la víctima de su padre.

Pero mientras pronunciaba las palabras, una imagen intrusiva se coló en mi mente. Natalia en la ducha, con el agua corriendo por su cara, mirándome no con odio, sino con... ¿comprensión? Natalia durmiendo en mi cama esta mañana, con su cuerpo cálido pegado al mío.

El hematoma en mi costado palpitó, recordándome que ayer casi muero por salvarla.

—No es debilidad —le aseguré al fantasma de mi padre—. Es inversión. Necesito que esté entera para destruirla despacio.

De repente, una luz blanca estalló detrás de mis ojos.

No fue una metáfora. Fue un destello físico, agudo, cegador. Un rayo que partió mi cráneo en dos, desde la nuca hasta la sien derecha.

El mundo se inclinó.

Me agarré al borde de la tumba para no caer. Las náuseas me golpearon con la fuerza de un maremoto.

Migraña.

No una cefalea tensional cualquiera. Una de *mis* migrañas. Las que me dejaban ciego, las que me hacían vomitar, las que me recordaban que, por mucho poder que acumulara, mi propio cerebro era un campo minado defectuoso.

—Mierda... ahora no —gemí, apretando los dientes hasta que la mandíbula me crujió.

Tanteé en mi bolsillo con manos temblorosas. Saqué el pastillero de plata. Mis dedos, habitualmente precisos como los de un cirujano, eran torpes, inútiles. Se me cayó al suelo.

Las pastillas azules rodaron por el granito sucio. *Sumatriptán*. Mi salvación química.

Me dejé caer de rodillas. El traje de *Brioni* de tres mil euros se arrastró por el polvo de los muertos. No me importó. El dolor era un taladro incandescente perforándome el ojo derecho.

Busqué una pastilla a tientas. La encontré. Me la metí en la boca seca y la tragué sin agua, sintiendo el sabor amargo rasparme la garganta.

Me quedé allí, arrodillado, respirando entrecortadamente, esperando a que la química hiciera efecto. El gran Alejandro Cortés, el Amo de Madrid, reducido a un animal tembloroso a los pies de su padre muerto.

Si mis enemigos me vieran ahora... Si Gonzalo Valdés me viera... Si *Natalia* me viera...

La imagen de Natalia mirándome con lástima fue peor que el dolor físico.

—Levántate —me ordené a mí mismo.

Me costó cinco minutos. Cinco minutos eternos en los que el dolor retrocedió lentamente, replegándose como una marea tóxica, dejándome mareado y con una sensibilidad a la luz insoportable.

Recogí el pastillero. Me sacudí el polvo de las rodillas. Me ajusté la corbata.

Salí del panteón. Me puse las gafas de sol oscuras, aunque el día estaba nublado. Necesitaba ocultar mis ojos, que seguramente estarían inyectados en sangre.

Caminé hacia el coche. Salgado, al verme, salió inmediatamente y me abrió la puerta trasera. Me miró la cara pálida, las gafas oscuras,

y no dijo nada. Él sabía lo de las migrañas. Era el único que lo sabía.

—A la oficina de los abogados —ordené con voz ronca al entrar en el refugio oscuro del Maybach—. Y dame agua.

Salgado me pasó una botella de *Voss* fría. Bebí con avidez, limpiando el sabor amargo de la pastilla y de la muerte.

Bufete "Garrigues & Asociados", Paseo de la Castellana. 13:00 h.

La sala de reuniones era un cubo de cristal suspendido sobre la ciudad, similar a mi despacho, pero con menos alma.

Frente a mí, tres abogados con trajes grises y caras de no haber dormido en una década revisaban los documentos de *Inversiones Fénix*.

—La estructura es sólida, señor Cortés —dijo el socio principal, un hombre calvo llamado Romero—. La deuda de Javier Vidal está blindada. Legalmente, usted es el acreedor final a través de tres sociedades pantalla en Delaware y Luxemburgo. Si la señorita Vidal incumple el contrato prenupcial, podemos ejecutar el embargo de los bienes de su madre y solicitar pena de prisión para el hermano por fraude fiscal mañana mismo.

Asentí, frotándome la sien derecha donde el fantasma de la migraña aún pulsaba.

—¿Y el rastro? —pregunté.

—Inexistente. A menos que alguien tenga acceso a los servidores de la Hacienda suiza, nadie puede vincular *Inversiones Fénix* con *Cortés Holdings*.

—Bien.

—Hay un asunto más, señor. —Romero deslizó una carpeta azul hacia mí—. La policía ha cerrado la investigación sobre el "accidente" del señor Gonzalo Valdés. Han aceptado la versión de la caída por las escaleras en el club. Nadie va a hacer preguntas. Pero...

—¿Pero qué?

—Los Valdés están moviendo capital. Mucho capital. Están liquidando activos en el sector hotelero. Necesitan liquidez rápida.

Sonreí. Una sonrisa fría, sin humor.

—Están preparando un contraataque. Gonzalo quiere guerra. Y para la guerra hace falta dinero.

—¿Qué hacemos, señor? ¿Bloqueamos sus cuentas? ¿Lanzamos una OPA hostil?

—No. —Me puse de pie, sintiendo que el mareo había desaparecido casi por completo. Volvía a tener el control—. Dejemos que se armen. Quiero que se sientan confiados. Quiero que gasten hasta el último euro intentando derribarme. Y cuando crean que me tienen acorralado... entonces les quitaré el suelo bajo los pies.

Salí del bufete con la sensación de triunfo que siempre me daba aplastar a mis rivales en teoría. Pero hoy, había un vacío extraño en mi estómago.

Subí al coche.

—¿A casa, señor? —preguntó Salgado.

Miré el reloj. Las dos de la tarde. Natalia estaría allí. Encerrada. Esperando.

Pensé en la llamada de esta mañana. *No la despidas.* Me había suplicado por la chica de la limpieza. Natalia Vidal, la mujer que me

odiaba, se preocupaba por una empleada que apenas conocía. Esa empatía era su debilidad. Y yo podía usarla.

Pero también era... intrigante. En mi mundo, la empatía era un defecto de fábrica. En ella, parecía una fuerza motriz.

—No. Lévame a *Suárez*.

Salgado me miró por el retrovisor, sorprendido. *Joyería Suárez*.

—¿Va a comprar un regalo, señor?

—Voy a comprar un collar, Salgado. No un regalo. Un collar. Los animales domésticos necesitan llevar placa.

Joyería Suárez, Calle Serrano. 14:45 h.

La dependienta, una mujer elegante que olía a nardos, me mostró la bandeja de terciopelo negro.

—Es una pieza única, señor Cortés. Zafiros de Ceilán y diamantes talla brillante. El diseño está inspirado en las constelaciones. Muy romántico.

Miré el collar. Era hermoso. Frío. Azul como los ojos de Natalia cuando lloraba. Azul como el moratón en mi costado.

—Me lo llevo.

—¿Desea que lo envolvamos para regalo?

—No. Solo la caja. Quiero que se vea lo que es en cuanto la abra.

Pagué con la tarjeta negra, sin preguntar el precio. Cincuenta mil euros. Calderilla. El precio de un coche. El precio de la dignidad de una mujer.

Salí a la calle. La lluvia había vuelto a empezar, fina y persistente.

Subí al coche. Puse la caja de terciopelo en el asiento a mi lado. La miré durante todo el trayecto hasta el ático.

¿Por qué lo hacía? ¿Era realmente para marcarla, como me decía a mí mismo? ¿O era una disculpa silenciosa por haberla follado con rabia y haberla dejado sola con una amenaza de muerte?

«El héroe siempre muere al final», decía la nota de Gonzalo.

No soy un héroe, pensé, tocándome el costado dolorido. Soy el villano de esta historia. Y los villanos no piden perdón. Los villanos compran joyas y esperan que el brillo ciegue a sus víctimas lo suficiente para que no vean el cuchillo.

Llegamos al edificio.

El ascensor subió en silencio. Me miré en el espejo de metal pulido. Estaba pálido. Las ojeras eran visibles a pesar de la ducha fría. La migraña me había dejado huella.

Tendría que ocultarlo. Natalia era observadora. Si veía debilidad, atacaría. Y después de lo de anoche... después de sentir cómo su cuerpo se abría para mí... no estaba seguro de tener las defensas necesarias para resistir un ataque emocional.

Las puertas se abrieron.

Entré en el ático.

Estaba en silencio. Demasiado silencio.

—¿Natalia? —llamé.

Nadie respondió.

Caminé hacia el salón. Estaba vacío. Fui a la cocina. Vacía.

El pánico, irracional y agudo, me mordió el estómago. ¿Había salido? ¿Salgado había fallado? ¿Gonzalo...?

Subí las escaleras de dos en dos, ignorando el dolor de mis costillas.

Llegué a la puerta de su habitación. Estaba cerrada.

Probé el pomo. Cerrado con llave.

—Natalia —golpeé la madera con el puño—. Abre.

Silencio.

—¡Natalia! —Grité, la paciencia evaporándose. —¡Si no abres esta puerta en tres segundos, la derribo!

Oí un ruido al otro lado. Pasos lentos. El *clic* del cerrojo.

La puerta se abrió.

Natalia estaba allí. Llevaba el mismo conjunto de la mañana, pero estaba descalza. Tenía el pelo suelto, un poco revuelto. Sus ojos estaban rojos e hinchados. Había estado llorando. O durmiendo.

O tramando algo.

Me miró de arriba abajo, deteniéndose un segundo en mi cara pálida.

—¿Qué pasa? —preguntó, con voz neutra—. ¿Se ha caído otro edificio?

El alivio de verla allí, segura, fue tan intenso que casi me mareé de nuevo. Entré en la habitación, obligándola a retroceder.

—Te llamé. No contestaste.

—Estaba dormida. ¿Está prohibido dormir en el contrato?

Cerré la puerta detrás de mí. La habitación estaba en penumbra. Olía a ella. A su perfume floral y a encierro.

Saqué la caja de terciopelo del bolsillo de mi chaqueta.

—Toma.

Se la tendí.

Natalia miró la caja como si fuera una bomba. No hizo ademán de cogerla.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Ella suspiró, exasperada, y cogió la caja. La abrió. Los zafiros brillaron en la oscuridad, capturando la poca luz que entraba por la ventana.

Se quedó mirando las joyas sin expresión. No hubo el grito de alegría que hubiera dado Vanessa. No hubo la codicia que hubiera mostrado cualquier otra mujer de mi círculo.

—Es bonito —dijo, cerrando la caja con un golpe seco—. ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Es por el sexo de anoche? ¿O es por haber salvado a tu empleada?

—Es para la cena de esta noche —mentí. O dije una verdad a medias—. Combina con tus ojos.

—Mis ojos son marrones, Alejandro. Esto es azul.

—Tus ojos cambian cuando estás enfadada. Se vuelven oscuros. Fríos. Como esto.

Me acerqué a ella. Le quité la caja de las manos, la dejé sobre la cama y saqué el collar.

—Date la vuelta.

Ella obedeció, con esa sumisión tensa que me volvía loco. Apartó el pelo.

Coloqué el collar alrededor de su cuello. El metal frío contra su piel caliente. Cerré el broche. Mis dedos rozaron su nuca, y sentí su estremecimiento.

—Te queda perfecto —murmuré, apoyando la barbilla en su hombro, mirando nuestro reflejo en el espejo del armario. El collar parecía un grillete de lujo.

—Pesa —dijo ella, mirando su reflejo con tristeza.

—El valor siempre pesa.

La giré para mirarla de frente. Estábamos cerca. Demasiado cerca. Podía ver el rastro de sus lágrimas secas. Podía ver el pulso acelerado en su garganta, justo debajo de los diamantes.

—¿Estás bien? —pregunté, rompiendo mi propia regla de no mostrar interés.

Ella me miró a los ojos. Y por un segundo, vi algo más que odio. Vi miedo. Pero no miedo a mí. Miedo *por* mí.

—Estás pálido, Alejandro. Tienes las pupilas contraídas. Te tiembla la mano izquierda.

Me separé de ella bruscamente, como si me hubiera quemado.

—Ha sido un día largo. Prepárate. Cenamos en casa. He pedido que suban comida del restaurante japonés de abajo. No tengo ganas de ver gente.

Caminé hacia la puerta, necesitando escapar de su escrutinio clínico.

—Alejandro.

Me detuve con la mano en el pomo.

—¿Tú mataste a mi padre?

La pregunta flotó en el aire, densa, tóxica, absoluta.

Me giré despacio. Mi corazón, ese músculo traicionero, se saltó un latido.

—¿Qué?

Natalia estaba de pie junto a la cama, acariciando los zafiros de su cuello. Me miraba con una intensidad que podría haber cortado el acero.

—He tenido mucho tiempo para pensar hoy. Encerrada aquí. Mi padre se suicidó por culpa de tu familia. Tú me odias. Me compraste. ¿Es esto una venganza? ¿Soy yo el último clavo en el ataúd de Mateo Vidal?

Podría haberle mentido. Podría haberle dicho que estaba loca.

Pero estaba demasiado cansado. La migraña seguía ahí, agazapada en mi córtex visual.

—Tu padre destruyó al mío —dije, la verdad saliendo como bilis—. Él escribió la carta que apretó el gatillo. Así que sí, Natalia. Esto es una venganza. Pero no te equivoques... tú no eres el clavo. Tú eres el martillo.

Salí de la habitación y cerré la puerta.

Me apoyé contra la pared del pasillo, cerrando los ojos, respirando el aire frío y estéril de mi ático.

Ya estaba dicho. La guerra estaba declarada abiertamente. Ya no había máscaras de romance ni contratos de negocios.

Ahora éramos solo dos hijos huérfanos intentando matarnos el uno al otro con los fantasmas de nuestros padres mirando desde la oscuridad.

Y lo peor de todo... lo peor era que, incluso sabiendo que ella era el enemigo, lo único que quería hacer era volver a entrar en esa habitación, arrancarle ese collar de zafiros y follarla hasta que se le olvidara su apellido.

CAPÍTULO 14

VERDADES CRUDAS

POV: NATALIA VIDAL Ático en Calle Serrano, Madrid. 20:30 h.

El collar de zafiros pesaba más de lo que la física debería permitir.

Me miré en el espejo de cuerpo entero del vestidor. El vestido de terciopelo azul noche se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel, absorbiendo la luz, mientras que las piedras preciosas en mi garganta brillaban con una frialdad casi radiactiva. Alejandro tenía razón. Parecía un grillete. Un collar de perro diseñado por un joyero sádico para una perra de concurso.

—Una venganza —susurré a mi reflejo.

La palabra tenía un sabor metálico en mi lengua.

Durante años, creí que la desgracia de mi familia era producto de la mala suerte, de la debilidad de mi padre, de la economía. Pero no. Tenía nombre y apellido. Tenía rostro. Y ese rostro estaba ahora mismo en el piso de abajo, esperando para cenar conmigo.

Llamaron a la puerta.

—Señora —era la voz de Rosa—. El señor Cortés la espera en el comedor. La cena ha llegado.

Mi corazón dio un salto. Rosa.

Abrí la puerta. La chica estaba allí, con su uniforme impecable y una expresión de ansiedad leve. Alejandro casi la despide por mi culpa.

La culpa me pinchó el estómago, pero la necesidad de saber era más fuerte.

—Gracias, Rosa. —Me acerqué a ella, bajando la voz—. ¿Tienes... tienes tu teléfono?

Rosa abrió los ojos como platos, dando un paso atrás.

—Señora, por favor... El señor Cortés fue muy claro. Si me ve con el móvil otra vez...

—No te verá. —Le agarré la mano. La sentí temblar—. Solo necesito cinco segundos. Por favor. Es de vida o muerte. Te prometo que te compensaré. Te pagaré el doble de lo que ganas aquí cuando todo esto acabe.

La chica dudó. Miró hacia el pasillo, hacia la cámara del techo.

—En el baño de servicio no hay cámaras —susurró ella, sacando el terminal con la pantalla rota de su delantal—. Rápido, por Dios.

Me metí en mi baño, cerrando la puerta pero sin echar el pestillo para no levantar sospechas. Mis dedos volaban sobre la pantalla grasienta.

Navegador. Pestaña de incógnito. *ProtonMail*. Acceder.

Cargando...

La barra azul avanzaba con una lentitud exasperante. Mi respiración era errática. Si Alejandro entraba ahora... si el software de seguridad detectaba la conexión...

Bandeja de entrada (1).

Lucas había respondido.

Abrí el correo. Sin asunto.

«N, He rascado la superficie de Inversiones Fénix. Es una caja de Pandora. Alejandro la compró hace cinco años, pero el historial de la deuda de tu padre (Mateo Vidal) es anterior. Encontré una vieja denuncia policial archivada en 2005. Tu padre denunció amenazas de muerte. La denuncia fue retirada dos días antes de que escribiera la carta de renuncia culpando a Héctor Cortés. Dato clave: La cuenta que pagaba los "honorarios extra" a tu padre venía de una sociedad llamada "Desarrollos Valdés". Alejandro cree que tu padre hundió al suyo. Pero los papeles sugieren que a tu padre le pusieron una pistola en la cabeza para que firmara esa carta. El enemigo de tu enemigo no es tu amigo. Es el que apretó el gatillo original. Sigo buscando. Ten cuidado con el Lobo. L.»

Se me cayó el teléfono de las manos. Lo atrapé en el aire antes de que golpeara el suelo.

Desarrollos Valdés.

La familia de Gonzalo.

Mi padre no fue el verdugo. Fue una víctima. Igual que el padre de Alejandro. Los Valdés manipularon a Mateo Vidal para destruir a la competencia (los Cortés) y quedarse con el mercado. Y ahora, veinte años después, los hijos de las víctimas se estaban destrozando entre sí mientras los verdaderos culpables seguían cenando en el Club de Campo.

Alejandro no lo sabía.

Él había construido su vida, su odio y su venganza sobre una mentira. Me odiaba por algo que mi padre fue obligado a hacer.

Borré el correo. Borré el historial.

Salí del baño. Rosa me esperaba, pálida.

—Toma. —Le devolví el móvil y metí un billete de cincuenta euros que había encontrado en el bolsillo de un pantalón viejo en su mano —. Gracias. No ha pasado nada.

Rosa asintió y desapareció por el pasillo de servicio.

Me quedé sola en el pasillo.

Tenía una bomba nuclear en mis manos. Podía destruir la realidad de Alejandro con una sola frase. Podía decirle que su "justicia" era una farsa.

Pero, ¿me creería? ¿Creería a la hija del hombre que odia, o pensaría que es otra manipulación?

Respiré hondo, alisé el terciopelo de mi vestido y toqué los zafiros fríos.

—Vamos a cenar con el diablo —murmuré.

Comedor Principal. 20:45 h.

La escena parecía sacada de una película de terror psicológico minimalista.

La mesa de comedor, una losa de mármol negro de tres metros de largo, estaba puesta solo para dos en un extremo. La iluminación era tenue, demasiado tenue. Alejandro había bajado las luces al mínimo, dejando el ambiente en una penumbra casi total.

Él estaba sentado en la cabecera.

Llevaba el mismo traje que por la tarde, pero se había quitado la corbata y desabrochado los dos primeros botones de la camisa. Su postura era rígida. Tenía los codos apoyados en la mesa y se frotaba las sienes con movimientos circulares lentos.

Llevaba gafas de sol. De noche. En su propia casa.

Me acerqué. El sonido de mis pasos descalzos (me había negado a ponerme los tacones de nuevo) fue absorbido por la alfombra.

—¿Alejandro?

Él levantó la cabeza. O al menos, giró las lentes oscuras hacia mí.

—Siéntate —dijo. Su voz era un rasguño. Ronca, débil, carente de su autoridad habitual.

Me senté a su derecha.

Sobre la mesa había bandejas de pizarra negra con sushi. Cortes precisos de atún rojo, salmón, pez mantequilla. *Sashimi* que brillaba bajo la escasa luz. Comida fría. Cruda. Perfecta para dos cadáveres emocionales.

—¿Por qué llevas gafas de sol? —pregunté, desdoblando la servilleta de lino.

—Tengo... sensibilidad a la luz. —Cogió los palillos. Su mano temblaba. Vi cómo los palillos de madera lacada chocaban entre sí con un pequeño *clic-clic* incontrolable—. Come. Es del *Kabuki*. Te gusta el japonés, ¿no? Lo leí en tu perfil de Facebook de 2018.

—Me gusta. —Cogí un trozo de *maki*. El arroz estaba en su punto, pero me supo a ceniza—. ¿Estás bien? Estás temblando.

—Estoy perfectamente. —Intentó coger una pieza de *nigiri* de salmón. Sus dedos fallaron. El sushi cayó sobre la mesa, manchando el mantel impoluto de soja.

Alejandro soltó una maldición ahogada y dejó caer los palillos. Se llevó las manos a la cara, cubriéndose los ojos, incluso con las gafas puestas.

—Joder...

—Es una migraña, ¿verdad? —deduje. Había visto a mi madre tenerlas. El dolor paralizante, las náuseas, la fotofobia.

—No es asunto tuyo. —Su respiración se aceleró. Estaba sufriendo. Realmente sufriendo—. Vete a tu habitación. No quiero que me veas así.

—¿Así cómo? ¿Humano?

—Débil —escupió la palabra como si fuera veneno.

Me levanté.

—Siéntate, Natalia. Es una orden.

—Tus órdenes no funcionan cuando no puedes ni sostener unos palillos, Alejandro.

Caminé hacia él. Su guardaespaldas, Salgado, no estaba en la habitación. Estábamos solos. Podría haberle hecho daño. Podría haberle tirado el vino encima o clavado el tenedor en su mano. Podría haber usado este momento para vengarme por Javi, por el chantaje, por todo.

Pero la información de Lucas ardía en mi mente. *El enemigo de tu enemigo no es tu amigo.* Pero Alejandro y yo... quizás teníamos el mismo enemigo.

Me detuve a su lado. Olía a sudor frío y a analgésicos químicos.

—¿Has tomado algo?

—Triptanes. No... no están funcionando.

—Necesitas oscuridad total. Y hielo.

—Necesito que me dejes en paz.

Alargué la mano y, con suavidad, le quité las gafas de sol.

Él intentó apartarse, pero estaba demasiado mareado.

Cuando vi sus ojos, se me cortó la respiración. Estaban inyectados en sangre, rojos, lagrimosos. La pupila derecha estaba contraída al máximo, un punto negro de dolor puro. Tenía ojeras profundas, amoratadas.

No veía al monstruo del Ibex 35. Veía a un hombre torturado por su propia biología.

—Levántate —dije, suavemente.

—No puedo... el suelo se mueve.

—Apóyate en mí.

—No me toques. Te mancharé. Soy... tóxico.

—Ya me has manchado, Alejandro. Un poco más no importa.

Le pasé el brazo por la cintura y tiré de él. Pesaba mucho. Era puro músculo muerto. Él se resistió un segundo, su orgullo luchando contra su agonía, pero el dolor ganó. Se dejó levantar, apoyando gran parte de su peso en mi hombro.

—Si le cuentas esto a alguien... —murmuró cerca de mi oído, arrastrando las palabras—... te mataré.

—Guarda las amenazas para cuando puedas caminar en línea recta.

Lo guié fuera del comedor, hacia las escaleras. Subir fue una odisea. Cada paso le hacía sisear de dolor. Yo aguantaba su peso, sintiendo el calor febril que emanaba de su cuerpo a través de la camisa.

Llegamos a su habitación.

Era la primera vez que entraba.

Era enorme. Minimalista. Gris y negra. La cama era un campo de batalla deshecho. Las cortinas estaban cerradas herméticamente, sumiendo la estancia en una oscuridad absoluta.

Lo llevé hasta la cama. Él se dejó caer, sentándose en el borde, con la cabeza entre las manos.

—La luz... la luz del pasillo... —gimió.

Fui a la puerta y la cerré, dejándonos en tinieblas. Solo se veía el perfil de los muebles gracias a la luz residual de la ciudad que se filtraba por las rendijas mínimas de las persianas.

Volví a su lado.

—Túmbate.

Me obedeció. Alejandro Cortés obedeciéndome. El mundo estaba al revés.

Le quité los zapatos. Le desabroché el cinturón. Él no protestó. Estaba concentrado en respirar, en no vomitar.

—¿Dónde tienes el hielo? —pregunté.

—Baño... minibar.

Fui al baño. Saqué una bolsa de gel frío del pequeño congelador que tenía allí (un hombre preparado para su dolor, pensé). La envolví en una toalla de mano pequeña.

Volví a la cama.

Me senté a su lado, en el colchón. Él estaba encogido en posición fetal, abrazándose las costillas.

—Date la vuelta. Boca arriba.

Se giró lentamente. Puse la bolsa de hielo en su frente y sobre sus ojos.

Él soltó un suspiro largo, un sonido que estaba a medio camino entre el gemido y el alivio.

—Frío...

—Cállate y respira.

Me quedé allí, sentada en la oscuridad, con mi mano sujetando el hielo sobre los ojos del hombre que me había secuestrado.

El silencio se alargó. Podía oír su respiración volviéndose más lenta, menos agónica.

—¿Por qué? —preguntó después de diez minutos. Su voz sonaba más clara, aunque seguía siendo un susurro en la oscuridad.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me ayudas? Deberías estar disfrutando. Deberías estar robando mi cartera o... o clavándome un cuchillo.

Miré su perfil en la sombra. La línea dura de su mandíbula, ahora relajada.

—Quizás porque sé lo que es el dolor —dije, pensando en mi padre, en mi madre—. O quizás porque si te mueres de un derrame cerebral, nadie sabrá dónde está mi hermano.

Él soltó una risa débil, sin humor.

—Pragmática. Me gusta.

—Alejandro... —Dudé. Era el momento. Estaba vulnerable. Las barreras habían caído—. La carpeta que tienes en el despacho. La de mi padre.

Sentí cómo se tensaba bajo mi mano.

—No hables de eso. No ahora. Me explota la cabeza.

—Dijiste que él escribió la carta. Que culpó a tu padre.

—La escribió. La firmó. La envió a la prensa. Hundió las acciones de *Cortés* en veinticuatro horas. Mi padre se pegó un tiro en ese mismo despacho porque no podía mirar a la cara a los inversores.

—¿Y si no fue culpa suya?

Alejandro se quitó el hielo de los ojos con un movimiento brusco. Me miró en la oscuridad. Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra y brillaban.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Y si lo obligaron? ¿Y si alguien más quería hundir a tu padre y usó al mío como peón?

—Eso es absurdo. Vidal era un cobarde. Lo hizo para salvarse.

—Los cobardes son fáciles de manipular, Alejandro. Tú lo sabes mejor que nadie. Me estás manipulando a mí.

Él se incorporó un poco, apoyándose en los codos. La bolsa de hielo cayó al suelo.

—¿Estás intentando reescribir la historia para que tu padre no sea el villano? Es patético, Natalia.

—Estoy intentando entender por qué los Valdés están tan involucrados en esto. Gonzalo te envió esa foto. Su familia tiene historia con la tuya. ¿No es mucha coincidencia que el mayor beneficiario de la caída de *Cortés Holdings* hace veinte años fuera *Desarrollos Valdés*?

Alejandro se quedó callado. El silencio fue espeso, pesado. Podía oír los engranajes de su mente analítica intentando trabajar a través del dolor.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, su voz volviéndose peligrosa—. ¿Cómo sabes quién se benefició?

Mierda. Había hablado demasiado.

—Soy periodista, Alejandro. Investigo. Es lo que hago. Leí los archivos de la época antes de... antes de que me trajeras aquí.

Él me miró fijamente. No sabía si me creía.

De repente, levantó la mano y me tocó el collar. Sus dedos fríos rozaron los zafiros y mi piel caliente.

—Eres peligrosa —murmuró—. Haces preguntas que nadie ha hecho en dos décadas.

—Alguien tiene que hacerlas. Tú estás demasiado cegado por tu venganza para ver el panorama completo.

Alejandro tiró del collar suavemente, obligándome a inclinarme hacia él. Nuestros rostros quedaron a centímetros. Olía a menta y a dolor.

—Si tienes razón... —su voz bajó a un registro letal—... si tienes razón y mi padre murió por una conspiración de los Valdés, y no por la incompetencia de Vidal... entonces Madrid va a arder. Y no quedará piedra sobre piedra.

—Lo sé.

—Pero si te equivocas... si estás jugando conmigo para salvar la memoria de tu padre... te destruiré, Natalia. Y esta vez no será un contrato. Será personal.

—Me arriesgaré.

Me miró los labios. Yo miré los suyos. La tensión en la habitación cambió. El dolor y la sospecha se mezclaron con esa atracción oscura, inevitable, que siempre surgía entre nosotros en la oscuridad.

—Quédate —dijo. No fue una orden. Fue una necesidad.

—Alejandro...

—No voy a tocarte. Me duele hasta el pelo. Pero no quiero estar solo. Los fantasmas... —cerró los ojos un segundo—... los fantasmas son más ruidosos cuando tengo migraña.

Dudé. Mi mente gritaba *¡Vete!*. Pero mi cuerpo, traidor, se acomodó en el colchón.

Me quité los zapatos. Me tumbé a su lado, encima de la colcha, manteniendo una distancia de seguridad de diez centímetros.

—Solo hasta que te duermas —dije.

—Bien.

Se tumbó de nuevo. Cerró los ojos. Su respiración se fue acompasando poco a poco.

Me quedé mirando el techo oscuro, escuchando la lluvia golpear el ventanal.

Estaba acostada con el enemigo. Pero por primera vez, tenía la sensación de que el enemigo no estaba en esta cama, sino fuera, en algún lugar de la Castellana, riéndose de cómo nos destrozábamos el uno al otro.

Si Lucas encontraba la prueba definitiva... Alejandro Cortés dejaría de ser mi carcelero para convertirse en mi arma. Y Dios ayudara a quien se pusiera en nuestro camino.

CAPÍTULO 15

EL TEATRO DE LOS LOBOS

POV: ALEJANDRO CORTÉS Ático en Calle Serrano, Madrid. 09:00 h.

El silencio después del dolor es el sonido más fuerte del mundo.

Abrí los ojos y lo primero que noté fue la ausencia del taladro en mi sien derecha. La migraña se había retirado, dejando tras de sí esa extraña claridad de cristal, esa ligereza cerebral que te hace sentir como si flotaras unos centímetros por encima del suelo. Era el *postdromo*, la calma después de la tormenta eléctrica neuronal.

Lo segundo que noté fue el peso en el colchón a mi lado.

Giré la cabeza lentamente.

Natalia estaba allí.

No se había marchado a su habitación. Se había quedado dormida encima de la colcha gris, vestida con su ropa del día anterior, hecha un ovillo en el borde de la cama, manteniendo esa ridícula distancia de seguridad que había establecido anoche. Su pelo oscuro estaba desparramado sobre mi almohada, una mancha de tinta en la blancura del algodón.

Me incorporé, apoyándome en los codos, y la observé.

Dormía con el ceño fruncido, como si incluso en sueños estuviera debatiendo o peleando. Tenía una mano cerca de su cara, con los dedos ligeramente curvados, defensivos.

Recordé su voz en la oscuridad. *«¿Y si lo obligaron? ¿Y si alguien más quería hundir a tu padre?»*

Sus palabras eran ácido. Corrosivas. Intentaban disolver los cimientos de odio sobre los que yo había construido mi vida durante veinte años. Si Natalia tenía razón, si Mateo Vidal fue una víctima y no un verdugo, entonces yo no era el justiciero que creía ser. Era un monstruo que estaba torturando a la hija de un hombre inocente.

Y eso era inaceptable.

Me levanté de la cama sin hacer ruido. Mi cuerpo estaba rígido, pero funcional. Fui al baño, me duché con agua tibia para quitarme el sudor frío de la noche y me vestí. No elegí un traje de oficina. Elegí un traje negro, corte *slim*, camisa blanca sin corbata. Hoy no iba a gestionar inversiones. Hoy iba a cazar fantasmas.

Salí del dormitorio sin despertarla. La dejé allí, durmiendo con el enemigo, ajena a que su teoría acababa de poner en marcha una maquinaria que no se podría detener.

Bajé al despacho. Esta vez, cerré la puerta con el cerrojo manual y activé el inhibidor de frecuencias. Si Natalia tenía razón sobre los Valdés, no podía confiar en que mi ático fuera seguro. Gonzalo era un parásito, pero su padre... su padre, Elías Valdés, era un tiburón de la vieja escuela. De los que ponían micrófonos en los floreros.

Saqué un teléfono desechable de la caja fuerte. Uno que Salgado me renovaba cada mes.

Marqué un número que no estaba en mis contactos, un número que me sabía de memoria desde que tenía veintidós años.

Tres tonos.

—Diga —respondió una voz ronca, castigada por el ducados y el brandy.

—Soy yo, Santos.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Se oyó el rasguido de un mechero.

—Alejandro. Hacía tiempo. Pensé que ya solo te codeabas con abogados de bufetes internacionales.

Santos era un excomisario de la Brigada de Información. Uno de los hombres de confianza de mi padre. El hombre que limpiaba los desastres que no salían en prensa.

—Necesito que abras una tumba, Santos. Metafóricamente.

—¿Qué tumba?

—El caso del derrumbe del 2006.

—Eso está cerrado y enterrado, chico. Fue suicidio. Vidal escribió la carta, tu padre se pegó un tiro. Fin de la historia.

—Quiero que busques en los archivos policiales originales. Los que no llegaron al juzgado. —Me pasé la mano por el pelo, sintiendo la tensión volver a mi cuello—. Estoy buscando una denuncia. Una denuncia por amenazas que Mateo Vidal pudo haber puesto días antes de morir. Y quiero saber si hay alguna conexión financiera entre Vidal y *Desarrollos Valdés* en esa época.

El silencio de Santos fue elocuente.

—Te estás metiendo en terreno pantanoso, Alejandro. Elías Valdés está viejo, pero sigue teniendo amigos en las cloacas del Estado.

—¿Lo harás o tengo que buscar a otro?

—Lo haré. Por tu padre. Pero te va a costar caro. Y no hablo de dinero.

—El dinero no es problema. Quiero resultados en 24 horas.

Colgué. Destruí la tarjeta SIM y la tiré a la trituradora de papel.

Me quedé mirando por el ventanal. Madrid amanecía gris, indiferente. Si Natalia tenía razón... si los Valdés habían orquestado la caída de mi familia... entonces lo que le había hecho a Gonzalo ayer en el baño del club no era suficiente. Tendría que arrancarles la piel a tiras, despacio.

Pero primero, tenía que estar seguro. Y tenía que mantener a Natalia cerca. Ella era el catalizador. Ella era la pieza que había hecho saltar el tablero.

Escuché pasos en la escalera.

Desbloqueé la puerta del despacho y salí al salón.

Natalia bajaba las escaleras. Estaba despeinada, con los ojos hinchados de sueño, pero alerta. Se detuvo a mitad de camino al verme.

—Te has levantado —dijo. Fue una afirmación, no una pregunta. Me escaneó buscando signos de la migraña.

—Tengo una empresa que dirigir, Natalia. El mundo no se detiene porque me duela la cabeza.

Caminé hacia la cocina y me serví un café. Ella me siguió, cautelosa.

—¿Estás mejor? —insistió.

—Estoy operativo. —Me giré hacia ella, apoyando la cadera en la encimera de mármol—. Gracias por... la asistencia logística de anoche.

—¿Asistencia logística? —Ella soltó una risa incrédula—. Te puse hielo en la cabeza mientras gemías de dolor, Alejandro. Eso es un

poco más que logística.

—No te acostumbres. La debilidad es temporal. El contrato es permanente.

Vi cómo se tensaba su mandíbula. Bien. Necesitaba que me odiara un poco. Necesitaba esa chispa en sus ojos. La lástima de anoche me hacía sentir patético. El odio me hacía sentir vivo.

—Esta noche salimos —anuncié, bebiendo un sorbo de café negro.

—¿Otra vez? ¿No tuviste suficiente con la amenaza de muerte de ayer?

—Precisamente por eso. Si nos escondemos, Gonzalo gana. Si desaparecemos, confirmamos que su amenaza ha funcionado. —Dejé la taza sobre la encimera con un golpe suave—. Vamos al Teatro Real. Estreno de *Tosca*. Tengo el palco principal reservado desde hace meses.

—¿Ópera? —Natalia me miró como si estuviera loco—. ¿Quieres ir a sentarte tres horas en un sitio público, a oscuras, con un hombre que quiere matarte suelto por ahí?

—Gonzalo no hará nada en el Teatro Real. Hay demasiados testigos, demasiada seguridad y, sobre todo, demasiada clase. Los Valdés matan en callejones o con accidentes de tráfico, no bajo los frescos del foyer. Además... —Me acerqué a ella, invadiendo su espacio personal hasta que pude oler su piel tibia de sueño—... quiero que te vean. Quiero que vean el collar de zafiros. Quiero que vean que sigues siendo mía y que no tienes miedo.

—Yo sí tengo miedo, Alejandro.

—Entonces actúa. Eres buena en eso. Finge que eres la reina de Madrid hasta que te lo creas.

—¿Y tú? —Me miró a los ojos, desafiante—. ¿Tú vas a fingir que no estás investigando lo que te dije anoche?

Me quedé inmóvil un segundo. Ella era lista. Demasiado lista.

—Yo nunca actúo sin pruebas, Natalia. Y hasta ahora, lo único que tengo son las conjeturas de una hija que quiere limpiar el nombre de su padre suicida.

—Eres un cobarde —susurró.

—Soy prudente. —Le acaricié la mejilla con el pulgar, un gesto posesivo y frío—. Prepárate. Marco vendrá a las cinco para peinarte. Quiero que vayas de rojo. Rojo sangre. Que destaque sobre el azul de los zafiros.

—¿Rojo? —Ella frunció el ceño—. Es demasiado agresivo.

—Exacto. Es una declaración de guerra.

Teatro Real, Plaza de Oriente. 19:45 h.

El vestíbulo del Teatro Real era un hervidero de terciopelo, joyas antiguas y apellidos compuestos. El aire olía a perfumes caros y a la humedad de los abrigos de piel mojados por la lluvia.

Cuando entramos, el murmullo de las conversaciones se detuvo un instante.

Natalia era un impacto visual. El vestido rojo de *Valentino* que había elegido era una columna de seda escarlata, de manga larga y cuello alto por delante, pero con una espalda descubierta que bajaba peligrosamente hasta el nacimiento de sus glúteos. El collar de zafiros descansaba sobre la tela roja como una herida abierta. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, severo, que dejaba su cara expuesta.

Estaba pálida, pero mantenía la cabeza alta. Mi mano en su cintura era lo único que la mantenía anclada al suelo.

—Sonríe —le susurré al oído mientras los flashes de los fotógrafos oficiales estallaban—. No con los ojos. Solo con la boca. Una sonrisa de Mona Lisa aburrida.

Ella curvó los labios ligeramente. Perfecta.

Caminamos hacia la escalinata principal. Saludé con asentimientos secos a banqueros, políticos y socialites. Todos miraban a Natalia. Todos miraban los zafiros. Todos sabían el precio de lo que llevaba al cuello.

—Alejandro, qué sorpresa verte después de lo de... ayer.

La voz vino de nuestra izquierda.

Me giré despacio.

Gonzalo Valdés estaba allí. Apoyado en una columna de mármol, sosteniendo una copa de champán.

No estaba ileso. Su labio inferior estaba partido e hinchado. Tenía un corte visible sobre la ceja izquierda, mal disimulado con maquillaje, y llevaba gafas de sol oscuras, probablemente para ocultar un ojo morado. Cojeaba visiblemente al separarse de la columna.

Natalia se tensó bajo mi mano. Apreté mis dedos en su cintura, transmitiéndole una orden silenciosa: *Ni se te ocurra retroceder.*

—Gonzalo —dije, con una sonrisa de depredador—. Veo que tuviste un accidente doméstico. Las escaleras son traicioneras cuando uno bebe más de la cuenta.

Gonzalo apretó la mandíbula. Su odio era palpable, una onda de calor que emanaba de su cuerpo maltrecho.

—Sí. Un resbalón desafortunado. —Su mirada se desvió hacia Natalia. Se detuvo en el collar—. Veo que has sacado la artillería pesada, Cortés. Esos zafiros... ¿eran de tu madre? Ah, no, espera. Tu madre tuvo que vender todas sus joyas antes de morir en aquel sanatorio de mala muerte, ¿verdad?

Sentí cómo la furia me subía por la garganta, ácida y caliente. Gonzalo estaba jugando sucio, mentando a mi madre.

Pero antes de que pudiera responder, Natalia dio un paso adelante. Se soltó de mi agarre.

—Señor Valdés —dijo, con una voz cristalina que cortó el aire—. Esos zafiros son nuevos. Alejandro los compró ayer. Dijo que necesitaba algo que brillara tanto como su éxito... y que eclipsara la decadencia de sus competidores. —Le dedicó una mirada que recorrió sus heridas—. Y viendo su estado actual, creo que ha acertado. Usted parece... apagado.

Gonzalo se quedó mudo un segundo. No esperaba que la "muñeca" mordiera. Algunos invitados cercanos soltaron risitas disimuladas.

—Ten cuidado, niña —siseó Gonzalo, bajando la voz—. No sabes con quién te estás metiendo. Los accesorios como tú suelen romperse cuando los hombres jugamos.

—No soy un accesorio, Gonzalo —respondió ella, inclinándose hacia él—. Soy la mujer que va a estar de pie aplaudiendo cuando caiga el telón. Usted debería preocuparse más por no tropezar otra vez. La próxima caída podría ser fatal.

Le ofreció una sonrisa dulce, devastadora, y se giró hacia mí, tomándome del brazo.

—Vamos, cariño. La ópera va a empezar. Y odio llegar tarde.

Me quedé mirándola un segundo, atónito.

Esta no era la chica asustada de Vallecas. Esta no era la periodista ética. Esta era una mujer que había aprendido a usar el veneno.

La guié hacia nuestro palco.

—Me has sorprendido —admití cuando entramos en la privacidad del palco, cerrando la cortina de terciopelo rojo tras nosotros.

Natalia se dejó caer en la silla, temblando ligeramente. La adrenalina estaba bajando.

—Lo odio —susurró—. Odio cómo te mira. Odio cómo me mira a mí. Huele a podrido.

—Lo has destrozado ahí fuera. Ha sido... impresionante.

—No lo hice por ti. Lo hice porque mencionó a tu madre. —Me miró a los ojos en la penumbra del teatro—. Nadie debería usar a los muertos para herir a los vivos. Es sucio.

Me senté a su lado. La orquesta empezó a afinar los instrumentos. El sonido caótico de las cuerdas y los vientos llenó el aire.

—Mi madre no murió en un sanatorio de mala muerte —dije, mirando al escenario—. Murió en una clínica privada en Suiza. La mejor. Pero murió sola. Porque yo estaba demasiado ocupado reconstruyendo la empresa que mi padre hundió.

Natalia extendió la mano y, en la oscuridad, buscó la mía. Sus dedos fríos se entrelazaron con los míos sobre el reposabrazos de terciopelo.

—No estabas reconstruyendo la empresa, Alejandro. Estabas construyendo tu armadura.

No respondí. La música de *Tosca* comenzó. Los acordes dramáticos de Puccini resonaron en el teatro.

Miré hacia el palco de enfrente, al otro lado del abismo del patio de butacas.

Allí estaba Gonzalo. Y no estaba solo.

A su lado, en la sombra, había un hombre mayor. Pelo blanco, postura rígida, un bastón con empuñadura de plata.

Elías Valdés. El Patriarca.

El viejo había salido de su retiro.

Me incliné hacia Natalia, mi boca rozando su oído.

—No mires ahora, pero tenemos compañía. El padre de Gonzalo está enfrente.

Natalia se tensó, pero no giró la cabeza.

—¿El que supuestamente amenazó a mi padre?

—El mismo.

—Entonces es verdad —susurró ella—. Si ha venido, es porque tiene miedo. Has tocado un nervio, Alejandro. O quizás... quizás yo toqué el nervio con mis preguntas.

Apreté su mano.

—Vamos a averiguarlo.

Durante el primer acto, sentí la mirada de Elías Valdés clavada en nosotros como un rifle de francotirador. No miraba la ópera. Nos miraba a nosotros. Específicamente, miraba a Natalia.

En el descanso, un acomodador llamó a la puerta de nuestro palco.

—Señor Cortés —dijo, entregándome una nota doblada—. Del señor Valdés.

Abrí el papel. Era una tarjeta de visita antigua, color crema.

Escrito con una pluma estilográfica de trazo grueso:

«La niña se parece a su padre. Esperemos que no tenga el mismo final. Hablemos. En el bar del segundo piso. Solo tú.»

Le pasé la nota a Natalia. Ella la leyó y palideció, destacando aún más contra el rojo de su vestido.

—Te está amenazando. Y confirma que conocía a mi padre. "La niña se parece a su padre".

—Voy a ir.

—No. Es una trampa. Gonzalo estará allí.

—Gonzalo es un perro rabioso, pero Elías es el dueño. Necesito escuchar lo que tiene que decir. —Me levanté, abrochándome la chaqueta—. Quédate aquí. Salgado está en la puerta. No te muevas.

—Alejandro...

Me giré. Ella me miraba con angustia real.

—Ten cuidado. Por favor.

Me incliné y la besé. Fue un beso rápido, duro, posesivo. Un beso de despedida antes de la batalla.

—Siempre tengo cuidado, *tesoro*. Soy yo el que muerde.

Salí del palco y caminé hacia el bar del segundo piso. El teatro estaba lleno de gente bebiendo cava y comiendo canapés, ajenos a que, entre ellos, se estaba decidiendo el destino de dos dinastías.

Entré en el bar.

Elías Valdés estaba sentado en una mesa del rincón, solo. Gonzalo no estaba.

El viejo me vio llegar. Sonrió. Sus dientes eran amarillos, como los de un lobo viejo.

—Alejandro. Has crecido. Te pareces a Héctor. Tienes su misma arrogancia suicida.

Me senté frente a él, sin pedir nada.

—Elías. Pensé que estabas muerto. O en una residencia jugando al dominó.

—Estoy retirado, no muerto. Pero mis inversiones... esas siempre están vivas. Y tú estás atacando mis inversiones, chico.

—Estoy recuperando lo que es mío.

—¿Tuyo? —Elías soltó una carcajada seca—. Nada es tuyo. Ni siquiera esa chica que exhibes como un trofeo. La hija de Mateo Vidal... qué ironía poética. ¿Sabe ella que su padre era un ludópata que vendió a tu padre por cien mil euros para pagar sus deudas?

Me quedé inmóvil.

—¿De qué hablas?

—Ah, no lo sabes. —Elías se inclinó hacia adelante, apoyándose en su bastón—. Mateo no fue amenazado, Alejandro. Mateo fue *comprado*. Tenía deudas de juego. Enormes. Vino a mí pidiendo ayuda. Yo le ofrecí un trato: la carta de renuncia culpando a Héctor a cambio de limpiar su deuda. Él aceptó. Tu padre se pegó un tiro por culpa de un cobarde codicioso, no de una víctima.

Mi mente se tambaleó. ¿Era verdad? ¿O era otra manipulación? Natalia creía que su padre fue obligado. Elías decía que fue sobornado.

—Mientes.

—¿Miento? —Elías sacó un sobre de su bolsillo interior. Lo deslizó por la mesa—. Aquí tienes la copia del cheque. Firmado por mí. Endosado por Mateo Vidal. Fecha: dos días antes del suicidio de tu padre.

Miré el sobre. No lo toqué.

—¿Por qué me das esto?

—Porque quiero que entiendas que esa chica... esa Natalia... lleva la traición en la sangre. Es hija de su padre. Te venderá, Alejandro. En cuanto tenga la oportunidad. Ya está haciendo preguntas. Ya está escarbando. Deshazte de ella antes de que termine el trabajo que su padre empezó.

Elías se levantó trabajosamente.

—Piénsalo. Tienes la prueba ahí. Ella no es una víctima. Es el enemigo.

Se fue, dejándome solo con el sobre y el ruido de las copas de cristal chocando a mi alrededor.

Abrí el sobre.

Ahí estaba. Un cheque bancario antiguo. *Desarrollos Valdés*. A la orden de *Mateo Vidal*. Cien mil euros. Y la firma de Mateo en el reverso.

Si esto era real... Natalia estaba equivocada. Su padre no fue un mártir. Fue un mercenario. Y ella... ella estaba defendiendo la

memoria de un hombre que destruyó al mío por dinero.

La duda se clavó en mi pecho como una astilla infectada.

Volví al palco. La ópera había recomenzado. *Tosca* cantaba *"Vissi d'arte"* (Viví para el arte, viví para el amor).

Entré. Natalia se giró rápidamente, buscándome en la oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

Me senté a su lado. Guardé el sobre en mi bolsillo, sintiendo cómo quemaba contra mi piel.

La miré. Tan hermosa. Tan apasionada defendiendo a su padre.

¿Sabía ella la verdad? ¿Sabía que su padre era un vendido? ¿O era ella también una víctima de la mentira de Mateo?

O peor... ¿estaba ella jugando el mismo juego que su padre?

—Nada —mentí, mi voz fría como el hielo—. Amenazas de viejo. Nada importante.

Pero mientras ella volvía a mirar al escenario, yo no miré la ópera. La miré a ella. Y por primera vez en días, no vi a la mujer que me había puesto hielo en la frente. Vi a la hija del traidor.

Y la paranoia, mi vieja amiga, volvió a sentarse en mi regazo, susurrándome que el amor es solo una debilidad esperando ser explotada.

CAPÍTULO 16

EL VALS DE LOS CRISTALES ROTOS

POV: NATALIA VIDAL Mercedes-Maybach S-Class. Trayecto Teatro Real - Calle Serrano. 23:15 h.

El silencio de Alejandro no era vacío. Era ruido blanco. Un zumbido de estática agresiva que llenaba el habitáculo del coche, asfixiando el aire acondicionado y haciendo que respirar fuera un acto consciente y laborioso.

Miré por la ventanilla empañada. Madrid era un borrón de luces amarillas y asfalto mojado, una ciudad que seguía viva mientras la mía se desmoronaba en el asiento de cuero beige.

Desde que volvió de esa reunión en el bar del teatro, Alejandro no me había mirado. Ni una sola vez. Se había sentado en el palco, rígido como una estatua de granito, con la mandíbula tan apretada que temí que se le rompieran los dientes. No aplaudió al final de *Tosca*. No me ofreció el brazo al salir. Caminó delante de mí, abriéndose paso entre la multitud con una violencia contenida que hizo que la gente se apartara instintivamente.

Ahora, en el coche, se había quitado la pajarita y la tenía enrollada en el puño, estrujando la seda negra hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Alejandro —susurré. Mi voz sonó patética en la oscuridad—. ¿Qué te dijo?

Silencio. Ni siquiera parpadeó. Seguía mirando al frente, a la mampara que nos separaba de Salgado, como si quisiera atravesarla con la mirada.

—Por favor. Me estás asustando.

—Deberías estar asustada —respondió al fin. Su voz era un glaciar. Fría, lenta, desprovista de cualquier emoción humana—. Pero no de mí. Deberías estar asustada de tu propia sangre.

—¿Qué significa eso?

—Significa que la manzana nunca cae lejos del árbol podrido, Natalia.

Se giró hacia la ventanilla, terminando la conversación con un muro de indiferencia.

El resto del viaje fue una tortura. Mis manos sudaban sobre la seda roja de mi vestido *Valentino*. El collar de zafiros, que horas antes parecía un regalo de tregua, ahora se sentía como una soga apretándose con cada kilómetro que nos acercaba al ático.

Llegamos.

Alejandro salió del coche antes de que Salgado pudiera abrirle la puerta. No me esperó. Subió al ascensor privado y tuve que correr, con mis tacones de aguja resbalando en el mármol del portal, para entrar antes de que las puertas se cerraran.

Subimos en silencio. Él miraba los números digitales cambiar. 10... 20... 30...

Cuando las puertas se abrieron en la planta cincuenta, Alejandro salió como un huracán. Se quitó la chaqueta del esmoquin y la tiró al suelo del recibidor, sin importarle que fuera una prenda de tres mil euros. Caminó directo a la barra del bar en el salón.

—¿Vas a beber? —pregunté, quedándome en el umbral, abrazándome a mí misma para protegerme del frío repentino del apartamento.

—Voy a celebrar —dijo, descorchando una botella de whisky *Hibiki* sin molestarse en usar un vaso. Bebió directamente de la botella. Un trago largo, suicida.

—¿Qué celebramos? —Di un paso cauteloso hacia él.

Alejandro dejó la botella sobre la barra con un golpe seco que hizo vibrar el cristal. Se giró. Sus ojos estaban inyectados en sangre, brillantes por el alcohol y la furia. Me miró con un desprecio tan visceral que sentí ganas de vomitar.

—Celebramos que por fin entiendo el chiste, Natalia. —Se rió. Una risa oscura, rota—. Durante días he pensado que eras diferente. Que eras una víctima. Que tu padre fue un pobre arquitecto presionado por los poderes fácticos. Casi... casi me convences. Casi siento lástima por ti.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un papel arrugado.

—Pero resulta que la puta codicia es hereditaria.

Me lanzó el papel.

El papel revoloteó en el aire y cayó a mis pies, sobre el mármol blanco.

Me agaché para recogerlo. Mis dedos temblaban tanto que me costó agarrar el borde.

Lo desdoblé.

Era una fotocopia de alta calidad. Un cheque bancario. Antiguo. El logo de *Banco Santander* estaba desfasado.

Páguese a la orden de: MATEO VIDAL. Suma: CIEN MIL EUROS. Librado por: DESARROLLOS VALDÉS S.A. Fecha: 14 de Octubre de

2006.

Leí la fecha tres veces. 14 de Octubre.

Dos días antes de que mi padre publicara la carta renunciando a la obra. Dos días antes de que el padre de Alejandro se pegara un tiro.

Y detrás, la firma de mi padre. Esa firma picuda y nerviosa que yo había visto tantas veces en mis boletines de notas del colegio.

El mundo se inclinó.

—No... —susurré.

—Sí —siseó Alejandro, acercándose a mí. Sus pasos eran pesados, depredadores—. Cien mil euros. Ese fue el precio de mi padre. Ese fue el precio de nuestro apellido. Tu padre no fue amenazado, Natalia. Tu padre fue comprado. Se vendió a los Valdés para pagar sus deudas de juego, y nos tiró a los leones para salvarse el culo.

—¡Es mentira! —Grité, levantando la vista. Las lágrimas me nublaban la visión—. ¡Lucas... mi contacto... me dijo que había una denuncia! ¡Que lo amenazaron!

—¿Una denuncia? —Alejandro me arrancó el papel de las manos—. ¿Dónde está esa denuncia? Yo no veo ninguna denuncia. Veo un cheque cobrado. Veo dinero en la cuenta de tu padre. Veo la realidad, no las fantasías de una hija que no quiere aceptar que su héroe era una rata.

—¡Elías Valdés te dio esto! —Le señalé el papel—. ¡Es su palabra contra la lógica! ¡Claro que te da esto ahora, quiere separarnos! ¿No lo ves? ¡Te está manipulando igual que manipularon a nuestros padres!

Alejandro me agarró por los brazos. Sus dedos se clavaron en mi carne desnuda con fuerza, haciéndome daño. Me sacudió.

—¡No me hables de manipulación! —rugió en mi cara. Olía a whisky y a tabaco—. ¡Tú eres la manipuladora! ¡Tú me hiciste dudar! ¡Tú me pusiste hielo en la cabeza y me miraste con esos ojos de ciervo degollado para que bajara la guardia! ¿Qué querías, eh? ¿Ganar tiempo? ¿Sacar información para venderla también a los Valdés? ¿Cuánto valgo yo, Natalia? ¿Más de cien mil?

—¡Suéltame! —Luché contra él, golpeándole el pecho con los puños —. ¡Yo no soy mi padre! ¡Y mi padre no era una rata! ¡Si cobró ese dinero fue porque no tenía opción!

—¡Siempre hay opción! —Alejandro me empujó.

Tropecé con mis propios tacones. Caí hacia atrás. Mi espalda chocó contra el borde del sofá de cuero, y terminé en el suelo, con el vestido rojo desparramado a mi alrededor como un charco de sangre.

Me quedé allí, jadeando, mirándole.

Alejandro estaba de pie sobre mí, con el pecho agitado. Se pasó una mano por el pelo, desordenándolo. Parecía un loco. Parecía destruido.

—Tienes la misma sangre —murmuró, mirándome con asco—. Sangre sucia. Sangre de traidores. Y yo la he metido en mi cama.

Se dio la vuelta y caminó hacia la barra. Cogió la botella de *Hibiki* de nuevo.

—Vete a tu habitación —dijo, dándome la espalda—. Ciérrala con llave. Y no salgas. Porque si te veo la cara otra vez esta noche, Natalia... no respondo de mí.

—Alejandro... —Intenté levantarme. Me dolía el tobillo.

—¡VETE! —El grito fue tan fuerte que resonó en el techo alto del ático.

Lanzó la botella contra la pared opuesta. El cristal estalló en mil pedazos, rociando el salón de alcohol y esquirlas brillantes.

Me levanté a duras penas, cogiendo mis zapatos en la mano, y corrí.

Corrí hacia las escaleras, con el sonido de su respiración furiosa persiguiéndome. Subí los escalones de cristal de dos en dos, resbalando, sollozando.

Entré en mi habitación y cerré de un portazo. Eché el pestillo. Puse una silla bajo el pomo.

Me dejé caer al suelo, temblando incontrolablemente.

El cheque. La firma de mi padre.

Lucas había dicho que había una denuncia retirada. Alejandro tenía un cheque cobrado.

Las dos cosas podían ser verdad.

Mi padre podía haber sido amenazado *y* comprado. O amenazado para que aceptara el dinero y así incriminarse para siempre, sin posibilidad de retractarse. Los Valdés no solo querían destruir a los Cortés; querían asegurarse de que su herramienta (mi padre) nunca pudiera hablar. Lo habían atado con el dinero.

Alejandro no lo entendía. Para él, el dinero era voluntad. Si cobraste, quisiste.

Pero yo conocía el miedo. Conocía el tipo de miedo que te hace firmar cualquier cosa, aceptar cualquier cosa, solo para que dejen de amenazar a tu familia.

Yo misma había firmado un contrato con Alejandro por ese mismo miedo.

—Somos iguales, papá —susurré al vacío—. Los dos nos vendimos al diablo para salvar a los nuestros.

Me quité el collar de zafiros. Me quemaba la piel. Lo tiré al suelo, lejos de mí.

Me arrastré hasta la cama, pero no subí. Me quedé en la alfombra, hecha un ovillo, escuchando los ruidos del piso de abajo.

Oía pasos pesados. Oía cristales rompiéndose. Oía a Alejandro rugiendo de dolor y furia, destrozando su propio palacio porque no podía soportar el dolor de la traición.

Quería bajar. Quería abrazarlo y decirle que los dos éramos víctimas. Quería decirle que Elías Valdés estaba ganando porque nos estaba dividiendo.

Pero recordé su mirada. Ese asco profundo.

Alejandro Cortés ya no veía a Natalia. Veía a la hija del traidor. Y a los traidores, en su mundo, se les ejecuta.

Saqué el móvil de Rosa (que había escondido bajo el colchón, un riesgo estúpido que ahora agradecía) y miré la pantalla. Sin señal.

Alejandro había activado el inhibidor de frecuencias en toda la casa.

Estaba aislada. Encerrada con una bestia herida y borracha.

Me abracé las rodillas y miré a la puerta bloqueada.

Esta noche no iba a dormir. Esta noche iba a vigilar. Porque si Alejandro decidía subir esas escaleras... no vendría a besarme. Vendría a cobrar la deuda de sangre que mi padre dejó impagada.

Y yo no tenía con qué pagar.

CAPÍTULO 17

LA BESTIA EN EL LABERINTO

POV: ALEJANDRO CORTÉS Ático en Calle Serrano, Madrid. 10:45 h.

La luz del día era un insulto.

Entraba por los ventanales de suelo a techo sin filtro, cruda y blanca, apuñalándome los párpados antes incluso de que pudiera abrirlos. Gemí, llevándome una mano a la cara. Mi piel estaba pegajosa, cubierta de una capa de sudor frío y alcohol seco.

El olor fue lo primero que me golpeó.

No olía a mi casa. No olía a *Oud Wood*, ni a limpieza clínica, ni a dinero. Olía a destilería quemada. Olía a vómito contenido y a desesperación.

Abrí los ojos. El techo del salón giró vertiginosamente hacia la izquierda antes de estabilizarse. Estaba tirado en el suelo, sobre la alfombra de seda persa que ahora estaba manchada de *Hibiki* de treinta años y salpicada de esquirlas de cristal que brillaban como diamantes malditos.

Me incorporé. El dolor en mi costado izquierdo —el recuerdo de los ladrillos— se unió al martilleo sordo en mis sienes. Mi cuerpo era un mapa de agonía, pero mi mente, traicionera y cruel, se encendió al instante.

El cheque. La traición. Natalia.

Me puse de pie tambaleándome. Mis pies descalzos pisaron un trozo de vidrio. El dolor agudo fue clarificador. Sangré sobre la alfombra,

pero no me importó.

Miré hacia la barra. La botella rota. Los vasos volcados. La escena de mi colapso.

—Salgado —llamé. Mi voz era un graznido, una lija pasando por una tubería oxidada.

Nadie respondió.

El silencio del ático era absoluto. Pero no era el silencio de la soledad; era el silencio del vacío. Faltaba algo. Faltaba la electricidad estática que la presencia de Natalia generaba en el aire.

Subí las escaleras.

Cada peldaño era un esfuerzo titánico. Me agarré a la barandilla de cristal, dejando huellas de sudor en la superficie impoluta.

Llegué al pasillo de la planta superior.

—Natalia —llamé de nuevo. Más fuerte. Con un borde de advertencia—. Abre la puerta. Se acabó el drama. Tenemos que hablar.

Silencio.

Me acerqué a la puerta de su habitación. Estaba cerrada.

—Natalia, no estoy para juegos. —Giré el pomo. Bloqueado. Por supuesto. Había puesto el pestillo y probablemente la silla.

La ira, caliente y familiar, empezó a desplazar a la resaca. ¿Creía que podía esconderse de mí en mi propia casa? ¿Creía que una puerta de madera podía detener lo que estaba por venir?

—Voy a contar hasta tres —dije, apoyando la frente contra la madera—. Uno... Dos...

Nada. Ni el sonido de su respiración, ni el crujido de la cama, ni un sollozo. Nada.

—Tres.

Retrocedí un paso y lancé una patada contra la cerradura. La madera crujió, pero aguantó. Era madera maciza, no cartón piedra. Maldije. El impacto envió una descarga de dolor a mi cadera herida.

Retrocedí más. Cogí impulso. Y volví a golpear.

CRAACK.

El marco cedió. La puerta se abrió de golpe, golpeando la pared interior con violencia.

Entré en la habitación como un toro herido, buscando pelea, buscando su cara aterrorizada, buscando la satisfacción de verla acorralada.

Me detuve en el centro de la estancia.

La cama estaba hecha.

No "hecha" como cuando alguien se levanta. Estaba *intacta*. La colcha estaba estirada, las almohadas mullidas. Nadie había dormido allí.

Mis ojos recorrieron la habitación frenéticamente.

El armario estaba abierto. Su ropa —la ropa que Marco había traído, los vestidos de *Valentino*, las blusas de seda— seguía allí.

Pero faltaba algo.

Miré hacia la mesilla de noche.

Sobre la superficie lacada en negro, descansaba una caja de terciopelo abierta.

El collar de zafiros.

Brillaba bajo la luz de la mañana, azul y frío. Y debajo del collar, una hoja de papel arrancada de una libreta.

Me acerqué. Mis manos temblaban, no por el alcohol, sino por una sensación nueva, terrorífica, que se abría paso en mi pecho: el pánico.

Leí la nota. Tres palabras escritas con su caligrafía redonda y firme:

«NO SOY ÉL.»

No soy él. No soy mi padre.

Arrugué el papel en mi puño.

—¡SALGADO! —El grito me desgarró la garganta. Resonó por todo el ático, bajó por el hueco de la escalera y se estrelló contra las paredes de cristal—. ¡SALGADO, MUEVE TU CULO AQUÍ AHORA MISMO!

Oí pasos apresurados en la planta de abajo. El ascensor se activó.

Bajé las escaleras saltando los escalones, ignorando el dolor, ignorando la sangre de mi pie.

Salgado salió del ascensor con la cara pálida, la pistola a medio desenfundar, pensando que nos estaban atacando.

—¿Señor? ¿Qué ocurre?

—¿Dónde está ella? —Lo agarré por las solapas de su traje negro y lo empujé contra la pared del vestíbulo. —¿Dónde cojones está Natalia?

Salgado parpadeó, confundido.

—En... en su habitación, señor. La vi subir anoche después de la discusión. Puse a Ramírez en la puerta del pasillo hasta las seis de la mañana. Luego hice el relevo. Nadie ha salido.

—¡Su habitación está vacía! —Le solté y señalé hacia arriba—. ¡La cama está sin tocar! ¡No está!

Salgado sacó su tablet de seguridad con manos rápidas.

—Imposible, señor. El perímetro no se ha roto. Las alarmas de las ventanas están activas. El ascensor requiere huella biométrica.

—¡Pues revisa las putas cámaras! ¡Ahora!

Fuimos al cuarto de seguridad, un pequeño búnker detrás de la cocina. Salgado tecleó frenéticamente. Las pantallas se iluminaron con el mosaico de grabaciones de las últimas doce horas.

—Aquí —señaló Salgado—. 23:45 h. Usted discute con ella. Ella sube corriendo. Ramírez toma posición en el pasillo.

Vimos la grabación. Natalia entra en su cuarto. Cierra la puerta. Ramírez se queda de pie, como una estatua, mirando el móvil de vez en cuando.

—Avanza —ordené.

El tiempo corrió en la pantalla. 01:00. 02:00. 03:00. Nada. La puerta no se abre.

—¿Ves? —dijo Salgado, aliviado—. No ha salido. Tiene que estar dentro, quizás en el baño, o en el vestidor, escondida...

—He mirado en el baño. He mirado en el vestidor. No está. —Me acerqué a la pantalla, entrecerrando los ojos—. Espera. Retrocede. A las 06:15 h.

Salgado rebobinó.

En la pantalla, vimos a Ramírez bostezar y estirarse. Entonces, la puerta de servicio —la que conecta la cocina con el pasillo de las habitaciones— se abre.

Aparece Rosa, la chica de la limpieza.

Lleva el carrito de la ropa sucia. Un contenedor de lona grande con ruedas.

—¿Qué hace la chica de la limpieza a esa hora? —pregunté, sintiendo un frío glacial en la nuca.

—Es su horario, señor. Viene a recoger la lencería para lavarla antes de que usted se levante. Es el protocolo que usted mismo estableció para no cruzarse con el servicio.

En la pantalla, Rosa empuja el carrito por el pasillo. Ramírez ni la mira. Ella se detiene frente a la puerta de Natalia. Llama suavemente. Espera. Saca una llave maestra de su bolsillo.

—¿Tiene llave? —gruñí.

—Para limpiar, señor.

Rosa entra en la habitación con el carrito vacío. La puerta se cierra.

Pasan diez minutos.

La puerta se abre de nuevo. Rosa sale empujando el carrito. Pero ahora el carrito pesa. Se ve en la tensión de sus brazos. Las ruedas se hunden ligeramente en la alfombra. El carrito está lleno de sábanas amontonadas hasta arriba.

—Ahí —señalé la pantalla, golpeando el cristal con el dedo—. ¡Ahí!

Rosa empuja el carrito hacia el ascensor de servicio, el montacargas que se usa para la basura y los suministros. Ese ascensor no requiere huella biométrica para bajar, solo un código de servicio.

La vemos entrar en el ascensor. Las puertas se cierran.

Me giré hacia Salgado.

—Se ha ido en la ropa sucia. —La incredulidad se mezcló con una furia tan negra que vi puntos blancos—. Se ha escapado en un maldito carrito de lavandería, debajo de mis sábanas de algodón egipcio, mientras yo dormía la mona en el suelo.

Salgado estaba lívido.

—Señor... es mi fallo. Yo...

—Cállate. —Le di la espalda, pensando a mil por hora—. ¿A dónde va ese montacargas?

—Al sótano 2. Zona de carga y descarga. Salida a la calle Claudio Coello.

—Rastrea el móvil de Natalia.

Salgado tecleó.

—Señal activa... en el ático.

—Lo ha dejado aquí. Por supuesto. —Me pasé las manos por la cara, frotándome los ojos—. Rastrea a la chica. Rosa. Quiero su dirección, su teléfono, sus antecedentes, todo. Y manda un equipo al sótano 2. Quiero saber si hay cámaras exteriores.

—Sí, señor.

Salí del cuarto de seguridad y volví al salón. El sol iluminaba mi derrota.

Se había ido.

Natalia Vidal, la chica asustada que temblaba cuando le levantaba la voz, había orquestado una fuga de una fortaleza de alta seguridad bajo las narices del mejor equipo de Madrid.

Y lo había hecho con la ayuda de la chica de la limpieza a la que yo había perdonado ayer.

Me reí. Fue una carcajada seca, dolorosa, que me raspó la garganta.

—Bien jugado, Natalia —dije al aire—. Bien jugado.

Pero la risa murió rápido. Porque ahora estaba suelta en Madrid. Y tenía el cheque. Tenía la información sobre mi padre. Y, lo que era peor, creía que yo era el enemigo absoluto.

Si iba a la policía, era el fin. Si iba a la prensa, era el fin. Si iba a los Valdés...

La imagen de Natalia entregándole mis secretos a Gonzalo Valdés, buscando protección en los brazos de ese cerdo, me provocó una náusea violenta.

—Salgado —grité desde el salón.

El jefe de seguridad apareció corriendo.

—Tenemos la dirección de Rosa. Vive en Usera. He mandado al equipo Alpha.

—No. Voy yo. —Me dirigí hacia las escaleras para ir a vestirme—. Prepara el coche. Y activa el *Protocolo Cero*.

Salgado se quedó helado.

—¿El Protocolo Cero, señor? Eso implica... recursos ilegales. Rastreo de satélite en mercado negro, soborno a la policía municipal para

acceder a las cámaras de tráfico...

—Hazlo. —Me detuve en el primer escalón y me giré. Mis ojos debían de dar miedo, porque Salgado retrocedió un paso—. Quiero saber dónde está cada coche, cada taxi y cada autobús que ha pasado por Claudio Coello entre las seis y las siete de la mañana. Quiero su cara en todos los dispositivos de tu red.

—¿Y si la encontramos? ¿La traemos de vuelta?

—La traéis de vuelta. Ilesa. Pero atada. —Apreté los dientes—. Se acabó la amabilidad. Se acabaron los collares de zafiros. Cuando la encuentre, la voy a encadenar a la cama y no volverá a ver la luz del sol hasta que yo decida que ha aprendido la lección.

Subí a mi habitación. Me vestí en dos minutos. Vaqueros negros, camiseta negra, chaqueta de cuero. Me puse la pistolera sobaquera que guardaba en la caja fuerte. Una *Glock 19*. No pensaba usarla contra ella, pero si alguien se interponía en mi camino —Gonzalo, Elías, o el mismísimo Rey de España—, no dudaría.

Antes de salir, miré la nota en la mesilla una última vez.

«NO SOY ÉL.»

—Espero que tengas razón, Natalia —susurré, guardando el papel en mi bolsillo—. Porque si eres como él, si me has traicionado con los Valdés... entonces no tendré piedad.

Bajé al garaje. El Maybach estaba listo, pero cogí las llaves del *Aston Martin* negro. Necesitaba velocidad. Necesitaba conducir yo mismo. Necesitaba sentir el motor rugiendo bajo mis manos para no gritar.

Arranqué el coche. El motor V12 cobró vida con un rugido que hizo temblar las paredes del garaje.

La caza había comenzado.

Y Madrid se le iba a quedar muy pequeño a Natalia Vidal.

CAPÍTULO 18

RATAS DE CIUDAD

POV: NATALIA VIDAL Calle del Amparo, Barrio de Lavapiés, Madrid. 11:30 h.

La libertad olía a orina, curry barato y humedad rancia.

Me ajusté la chaqueta de chándal gris, tres tallas demasiado grande, que Rosa me había prestado —o mejor dicho, robado— del cuarto de objetos perdidos del servicio. Bajo la tela sintética y áspera, mi piel todavía recordaba la seda de las sábanas de Alejandro. Era una memoria fantasma, un picor en la epidermis que me hacía sentir desollada viva.

Caminé pegada a las paredes desconchadas, bajando la cabeza cada vez que me cruzaba con alguien.

Mis pies, embutidos en unas zapatillas deportivas blancas desgastadas que me hacían daño en los talones (donde Alejandro me había curado las ampollas con una ternura que ahora parecía una alucinación), golpeaban el asfalto sucio con un ritmo frenético.

Alejandro me está buscando.

No era una sospecha. Era una certeza biológica. Podía sentir su mirada en mi nuca, como el calor de un láser antes del disparo. Un hombre como él no acepta la pérdida. Un hombre que derriba edificios y quiebra empresas con una llamada telefónica no se encoge de hombros cuando su "propiedad" desaparece en un carrito de ropa sucia.

Me detuve en una esquina, respirando agitadamente. El aire frío de la mañana me quemaba los pulmones.

Madrid, mi Madrid, me parecía ahora un escenario hostil. Cada coche negro de cristales tintados hacía que se me parara el corazón. Cada sirena de policía me hacía temblar las rodillas. Alejandro tenía el dinero para comprar ojos en cada esquina. Tenía el "Protocolo Cero", o como demonios llamara a su red de vigilancia divina.

Miré el móvil de Rosa. 15% de batería.

—Mierda —susurré.

Había llegado a Lavapiés haciendo transbordos absurdos en el metro, evitando las cámaras, bajando la cabeza, mezclándome con la masa de trabajadores matutinos. Me sentía invisible con esta ropa de indigente, pero la paranoia me gritaba que mi cara estaba brillando con luces de neón.

Llegué al número 24. Un edificio antiguo, con la fachada llena de grafitis y un portal de madera que había visto días mejores.

Toqué el timbre. No había nombres, solo pegatinas medio arrancadas.

3º Izq.

Esperé.

El zumbido del telefonillo sonó.

—¿Quién? —una voz distorsionada, desconfiada.

—Soy N. —Dije a la rejilla oxidada—. Traigo la receta de la abuela.

El zumbido eléctrico de la puerta abriéndose fue el sonido más dulce que había oído en cuarenta y ocho horas.

Subí las escaleras. El edificio olía a lejía y a comida frita. Los escalones de madera crujían bajo mi peso, delatando mi posición. En

el ático de Alejandro, el mármol absorbía el sonido. Aquí, la pobreza era ruidosa.

Lucas abrió la puerta antes de que yo llamara.

Era tal y como lo recordaba de la facultad: pálido como un vampiro, con ojeras moradas bajo unas gafas de montura gruesa, y vestido con una camiseta negra que rezaba *"I eat RAM for breakfast"*.

Me miró de arriba abajo. Miró mi chándal sucio, mi pelo revuelto, mis ojos de loca.

—Joder, Nati —murmuró, haciéndose a un lado—. Pareces una fugitiva de una película de serie B. Pasa. Rápido.

Entré en su santuario.

El apartamento era un caos tecnológico. Monitores apilados, torres de ordenadores destripadas con las tripas de cables colgando, cajas de pizza vacías y latas de *Monster* acumuladas en torres precarias. Las persianas estaban bajadas, creando una noche artificial iluminada solo por el brillo azul de las pantallas.

El calor de los procesadores hacía que la habitación estuviera a unos sofocantes veinticinco grados.

—¿Te han seguido? —preguntó Lucas, cerrando la puerta y echando tres cerrojos diferentes.

—No lo creo. Cambié de línea de metro tres veces. Usé la salida de servicio de un Mercadona para cruzar de calle. Hice todo lo que me enseñaste.

—Bien. Porque si Alejandro Cortés sabe dónde vivo, ya puedo ir reservando nicho en la Almudena. —Lucas se dejó caer en su silla ergonómica, que crujió en protesta—. ¿Tienes el móvil?

Le entregué el Samsung roto de Rosa.

—Dámelo. Voy a quitarle la batería y meterlo en una jaula de Faraday. Por si acaso.

Lo hizo con movimientos rápidos y nerviosos. Luego se giró hacia mí.

—Siéntate. Quita esa caja de cables de la silla. ¿Quieres agua? ¿Café? Tengo Red Bull caliente.

—Quiero la verdad, Lucas. —Me senté, ignorando el desorden—. El correo que me enviaste. Lo del cheque.

Lucas suspiró y se frotó la cara.

—Sabía que vendrías por eso.

Se giró hacia su monitor principal y tecleó una contraseña kilométrica.

—Mira esto.

Me acerqué. En la pantalla había documentos escaneados, extractos bancarios borrosos y recortes de prensa digitalizados.

—Alejandro me enseñó una copia del cheque anoche —dije, sintiendo cómo se me cerraba la garganta—. Cien mil euros. De *Desarrollos Valdés* a mi padre. Firmado dos días antes de su muerte. Me dijo que mi padre se vendió. Que traicionó a los Cortés por dinero.

Lucas asintió, masticando una uña.

—El cheque existe, Nati. Eso es innegable. La transferencia se hizo. El dinero salió de una cuenta en Suiza vinculada a Elías Valdés y entró en una cuenta a nombre de Mateo Vidal en Andorra.

—Entonces... ¿es verdad? —Sentí que el mundo se me caía encima. La poca esperanza que me quedaba se disolvió—. ¿Mi padre era un corrupto?

—Espera. No corras. —Lucas amplió una imagen en la pantalla. Era un análisis caligráfico digital—. Mira la firma.

Miré la firma de mi padre en el reverso del cheque.

—Es suya. La reconozco.

—Es suya... pero mira el trazo final de la "l". —Lucas señaló un punto microscópico donde la tinta se acumulaba—. Hay una vacilación. Un temblor. Y mira la presión. Es irregular.

—Estaba nervioso. Iba a traicionar a su jefe.

—O... estaba aterrorizado. —Lucas abrió otra ventana—. Pero eso no es lo más importante. Lo importante es esto.

Señaló una fecha en el extracto bancario de Andorra.

FECHA VALOR: 16 de Octubre de 2006.

—¿Y qué? —pregunté, confundida.

—Tu padre se suicidó —dijo Lucas con suavidad, mirándome a los ojos— el 15 de Octubre.

El silencio cayó sobre la habitación, solo roto por el zumbido constante de los ventiladores de los ordenadores.

—¿Qué?

—El dinero entró en la cuenta de tu padre un día *después* de su muerte.

Mi cerebro tardó unos segundos en procesar la información.

—Pero... el cheque estaba firmado el 14.

—Exacto. El cheque se firmó el 14. Pero no se cobró hasta el 16. ¿Quién cobra un cheque de un hombre muerto en un banco de Andorra?

—No lo sé... ¿mi madre?

—Tu madre estaba en el hospital sedada, Nati. Lo comprobé.

—Entonces...

—Entonces alguien más tenía acceso a esa cuenta. Alguien que quería que pareciera que tu padre había cobrado el soborno. Alguien que necesitaba dejar un rastro de papel para que, si alguna vez se investigaba, Mateo Vidal quedara como el culpable y los Valdés como... bueno, como los corruptores, pero alejados de la causa de la muerte.

Lucas se levantó y empezó a caminar por la habitación pequeña.

—Mi teoría es esta: Tu padre no aceptó el dinero. Lo obligaron a firmar el cheque y la carta de renuncia el día 14. Probablemente bajo amenaza física. Pero algo salió mal. Quizás tu padre iba a arrepentirse. Quizás iba a ir a la policía (de ahí la denuncia retirada). Así que lo "suicidaron" el 15. Y el 16, los Valdés —o quien trabajara para ellos— movieron el dinero para cerrar el círculo y asegurarse de que la culpa recayera sobre el muerto.

Me llevé las manos a la boca.

—Lo mataron. —No fue una pregunta. Fue una afirmación que encajaba en todas las piezas rotas de mi vida—. No se tiró por la ventana. Lo empujaron.

—Es lo más probable. Y usaron el cheque para destruir su reputación póstuma y asegurarse de que nadie, ni siquiera su familia, hiciera

preguntas. Porque, ¿quién va a investigar la muerte de un traidor cobarde?

Me levanté, sintiendo una oleada de frío y calor simultáneos.

Alejandro no lo sabía.

Alejandro había vivido veinte años odiando a un hombre que había sido asesinado por los mismos monstruos que arruinaron a su familia.

Alejandro tenía razón en su odio, pero se equivocaba de objetivo.

Yo no era la hija del traidor. Era la hija de la primera víctima.

—Tengo que decírselo —dije, girándome hacia la puerta.

—¡Quieta! —Lucas se interpuso en mi camino—. ¿Estás loca? Alejandro Cortés te está cazando. Si vuelves ahora, no te va a escuchar. Te va a encerrar en un sótano. O peor, pensará que esto es otra manipulación tuya. Necesitas pruebas físicas. Necesitas algo más que mi análisis de fechas.

—¿Qué pruebas?

—Necesitamos encontrar quién movió el dinero el día 16. Si conseguimos vincular esa operación con Gonzalo Valdés o con alguno de sus sicarios... entonces tendrás algo con lo que negociar. O con lo que destruir a los Valdés tú misma.

—¿Cómo hacemos eso?

—Necesito tiempo. Necesito entrar en los servidores del banco andorrano. Es difícil, pero no imposible. Dame 24 horas.

—No tengo 24 horas, Lucas. Alejandro tiene recursos ilimitados. Va a encontrar a Rosa. Va a encontrar este sitio.

—Entonces tenemos que movernos. No puedes quedarte aquí.

En ese momento, un sonido agudo atravesó el aire.

BIP-BIP-BIP.

Lucas palideció. Se giró hacia uno de sus monitores. Una luz roja parpadeaba en un mapa de Madrid.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué pasa?

—El móvil de Rosa.

—Le quitaste la batería. Lo metiste en la jaula de Faraday.

—Sí, pero... —Lucas tecleó frenéticamente—. ¡Maldita sea! Alejandro no está rastreando el GPS del móvil. Está rastreando el *IMEI* a través de las antenas de repetición locales. En el momento en que entraste en el edificio, antes de que yo apagara el teléfono, la señal rebotó en la antena de la Plaza de Lavapiés.

—¿Qué significa eso?

Lucas me miró con terror.

—Significa que sabe que estás en un radio de cien metros de esta plaza. Y conociendo a Cortés... ya debe haber cerrado el perímetro.

Un ruido sordo vino de la calle. Un frenazo. Portazos.

Me asomé con cuidado por una rendija de la persiana.

Abajo, en la calle estrecha y llena de grafitis, dos coches negros acababan de bloquear el tráfico. Hombres con trajes oscuros salían de los vehículos. Se movían con coordinación militar.

Y entonces lo vi.

El *Aston Martin* negro.

Alejandro salió del lado del conductor.

Llevaba una chaqueta de cuero negra sobre una camiseta oscura. Gafas de sol. Su postura era tensión pura. Miraba hacia los edificios, escaneando las ventanas como un halcón buscando un ratón en la hierba.

Tenía una pistola en la sobaquera, apenas visible bajo la chaqueta.

—Está aquí —susurré, sintiendo cómo se me doblaban las rodillas.

—¿Cortés?

—Sí. Y no viene a hablar. Viene a matar.

Lucas empezó a meter discos duros en una mochila.

—Tenemos que salir por la azotea. Hay un paso hacia el edificio contiguo. Podemos bajar por la escalera de incendios del otro lado y salir a Tirso de Molina.

—No llegaremos. —Miré a Alejandro abajo. Estaba dando órdenes a Salgado. Señalaba nuestro portal. Sabía. De alguna manera, sabía que era este edificio. Quizás por el consumo eléctrico anormal de los servidores de Lucas.

—¡Nati, muévete!

—Lucas... vete tú. Llévate la información. Sigue investigando.

—¿Qué? ¡No te voy a dejar aquí!

Me giré hacia mi amigo. Le puse las manos en los hombros.

—Si nos coge a los dos, se acabó. Él destruirá las pruebas. Me encerrará y nunca sabremos la verdad. Pero si tú escapas... si tú consigues las pruebas del banco... entonces tendré una oportunidad.

—Te va a destrozar, Nati. Mírale. —Lucas señaló la ventana—. Parece el puto Terminator.

—Lo sé. Pero yo sé algo que él no sabe. Sé que mi padre era inocente. Y sé que, en el fondo, Alejandro todavía tiene una debilidad.

—¿Cuál?

—Yo.

Un golpe brutal sacudió la puerta del edificio abajo. Estaban reventando el portal.

—¡Vete! —Grité, empujando a Lucas hacia la ventana trasera que daba a la escalera de incendios—. ¡Corre! ¡Encuentra el nombre del que cobró el cheque!

Lucas me miró una última vez, con los ojos llenos de lágrimas y miedo. Asintió. Se colgó la mochila y saltó por la ventana hacia el tejado vecino.

Me quedé sola en el apartamento.

El ruido de botas pesadas subiendo las escaleras de madera resonó como tambores de guerra.

Uno... dos... tres pisos.

No intenté esconderme. No tenía sentido.

Me senté en la silla ergonómica de Lucas, en medio del caos de cables y pantallas, de cara a la puerta. Crucé las piernas. Alisé mi chándal sucio como si fuera un vestido de alta costura.

Respiré hondo. El aire olía a *Monster* y a miedo.

BUM.

La puerta del apartamento saltó por los aires. Astillas de madera volaron por la habitación.

Hombres armados entraron apuntando con armas cortas. Me iluminaron con linternas tácticas, cegándome.

—¡LIMPIO! —gritó uno. —¡OBJETIVO LOCALIZADO!

Se apartaron.

Alejandro entró.

Caminó sobre los restos de la puerta. Se quitó las gafas de sol. Sus ojos se clavaron en los míos.

No había humanidad en ellos. Solo un vacío negro y una furia tan fría que hizo que la temperatura de la habitación bajara diez grados.

Caminó hacia mí despacio. Disfrutando del momento. Saboreando la captura.

Se detuvo a medio metro de la silla.

Me miró desde arriba. Yo sostuve su mirada, aunque por dentro estaba gritando.

—Hola, Alejandro —dije. Mi voz no tembló. Fue el mayor logro de mi vida.

Él no respondió.

Me agarró del cuello de la sudadera y me levantó de la silla con un tirón violento, acercando mi cara a la suya hasta que nuestras narices chocaron.

—Te dije... —susurró, y su voz era el sonido de un hueso rompiéndose—... que si te ibas, te encadenaría.

—Hazlo —le desafié—. Encadéname. Pero eso no cambiará la verdad.

Alejandro sonrió. Una sonrisa terrorífica.

—La verdad, *tesoro*, es lo que yo decido que sea.

Me giró bruscamente y me empujó hacia Salgado.

—Llevadla al coche. Y quemad este puto edificio. Quiero que no quede ni el polvo.

Mientras me arrastraban escaleras abajo, oí el sonido de cosas rompiéndose en el apartamento de Lucas.

No miré atrás.

Volvía a la jaula. Pero esta vez, volvía con un arma secreta escondida en mi mente.

El juego había cambiado. Ya no era la presa. Era el Caballo de Troya.

CAPÍTULO 19

EL REY DE LAS CENIZAS

POV: ALEJANDRO CORTÉS Finca "La Fortaleza", Sierra de Guadarrama, Madrid. 13:45 h.

El silencio en la montaña es diferente al de la ciudad. En Madrid, el silencio es una pausa entre ruidos. Aquí, en la cara norte de la Sierra de Guadarrama, el silencio es una presencia geológica. Pesa toneladas. Aplasta los tímpanos y te obliga a escuchar el bombeo sucio de tu propia sangre.

El *Aston Martin* devoró la grava del camino privado con un crujido violento. Frené delante de la casa principal: un cubo de hormigón armado y cristal blindado incrustado en la roca viva, diseñado por un arquitecto suizo que entendía la paranoia mejor que la estética.

No había servicio aquí. No había Rosa. No había testigos. Solo Salgado en el coche de escolta, que se detuvo a cincuenta metros, bloqueando la entrada.

Apagué el motor. El V12 se calló, dejando paso al sonido del viento golpeando los pinos.

Me giré hacia el asiento del copiloto.

Natalia estaba allí. Esposada con las manos a la espalda. Llevaba el cinturón de seguridad puesto, una ironía que no se me escapaba: protegía su vida mientras planeaba destruir la mía. Miraba por la ventana con esa expresión vacía y desafiante que me estaba volviendo loco.

—Baja —ordené.

Ella no se movió.

Salí del coche, rodeé el capó sintiendo el frío de la sierra atravesar mi chaqueta de cuero, y abrí su puerta.

—He dicho que bajes.

—He oído lo que has dicho, Alejandro. Pero como tengo las manos atadas, me resulta un poco difícil mantener el equilibrio.

La agarré del brazo y tiré de ella. Salió a trompicones, casi cayendo sobre la grava. La sostuve contra mi pecho un segundo, lo suficiente para oler el aroma de ese tugurio de Lavapiés impregnado en su ropa: sudor ajeno, humedad, electricidad estática.

El olor de otro hombre.

La bilis me subió a la garganta. La empujé hacia la puerta blindada de la casa.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Natalia. No tiene vistas a la Castellana, pero tiene la ventaja de que nadie puede oírte gritar.

Entramos.

El interior estaba a diez grados. El sistema de calefacción estaba en modo de espera. El aire olía a cerrado, a polvo estéril y a piedra fría. No encendí las luces. La luz gris del día nublado era suficiente para ver las sombras alargadas de los muebles cubiertos con sábanas blancas. Parecían fantasmas.

La llevé directamente al sótano.

—¿Dónde me llevas? —preguntó. Su voz tembló por primera vez.

—Al único lugar donde no puedes escapar. Al único lugar donde no puedes vender mis secretos a los Valdés.

Bajamos una escalera de caracol de metal. Mis botas resonaban con estruendo. Sus zapatillas desgastadas apenas hacían ruido.

Abrí la puerta de la habitación de seguridad. No era una mazmorra medieval, pero tampoco era una suite del *Ritz*. Paredes de hormigón visto, una cama individual anclada al suelo, un inodoro de acero inoxidable en una esquina y una mesa de metal. Sin ventanas. Solo un sistema de ventilación que zumbaba suavemente.

La empujé dentro.

Natalia se giró, respirando agitadamente. Sus ojos recorrieron la habitación y volvieron a mí, llenos de pánico real.

—Esto es un zulo.

—Es una habitación de pánico. Diseñada para proteger a los ocupantes de amenazas externas. —Cerré la puerta detrás de mí, dejándonos encerrados en ese cubo de hormigón—. O para proteger al mundo de los ocupantes.

Me acerqué a ella.

—Date la vuelta.

—No.

—Natalia... —Le agarré el hombro y la giré por la fuerza.

Metí la llave en las esposas y las solté. Ella se frotó las muñecas inmediatamente, donde el metal había dejado marcas rojas en su piel pálida.

—Siéntate en la cama.

Ella obedeció, sentándose en el borde del colchón duro. Me miró desde abajo, con el pelo revuelto cayéndole sobre la cara.

—¿Quién era él? —pregunté. Mi voz sonó tranquila, demasiado tranquila. La calma antes de la ejecución.

—¿Quién?

—El tipo de Lavapiés. El que salió corriendo por la ventana como una rata. —Me quité la chaqueta de cuero y la tiré sobre la mesa metálica. Me acerqué más, invadiendo su espacio—. ¿Quién es? ¿Tu amante? ¿Tu contacto con los Valdés?

Natalia soltó una risa incrédula.

—¿Mi amante? ¿En serio, Alejandro? ¿Eso es lo único que te preocupa? ¿Tu ego herido?

—Me preocupa saber a quién le has entregado información sobre mi familia. Me preocupa saber cuánto tiempo llevas riéndote de mí. —La agarré de la barbilla, obligándola a mirarme—. ¿Te acostaste con él? ¿Te folló entre esos cables y cajas de pizza? ¿Le contaste cómo gimo cuando me corro, igual que me lo contaste a mí anoche?

—¡Eres repugnante! —Natalia me apartó la mano de un manotazo—. ¡No es mi amante! ¡Es un amigo! ¡Un hacker que me está ayudando a descubrir la verdad que tú te niegas a ver!

—¡La verdad ya la tengo! —Grité, perdiendo el control. Saqué el papel arrugado de mi bolsillo. La copia del cheque—. ¡Cien mil euros! ¡Esa es la puta verdad! ¡Tu padre nos vendió!

—¡Mira la fecha, imbécil!

El grito de Natalia resonó en las paredes de hormigón, dejándome sordo por un segundo.

Se puso de pie, enfrentándose a mí. Era pequeña, frágil, pero en ese momento parecía medir tres metros. Estaba ardiendo de rabia.

—¡Mira la maldita fecha del cobro! —gritó, señalando el papel que yo apretaba en mi puño—. ¡Deja de ser un niño herido por un minuto y compórtate como el CEO analítico que dices ser!

Me quedé paralizado por su intensidad.

—¿Qué fecha?

—La fecha de valor. El día que el dinero entró en la cuenta. —Natalia dio un paso hacia mí, sin miedo—. Lucas entró en los servidores del banco andorrano. Vio el movimiento. El cheque se firmó el 14 de octubre. Mi padre murió el 15. El dinero se cobró el 16.

Mi cerebro se detuvo.

El 16.

—Eso es imposible —murmuré—. Solo el titular de la cuenta puede cobrar un cheque nominativo en persona o endosarlo.

—Exacto. —Natalia me clavó el dedo en el pecho, sobre mi corazón blindado—. ¿Cómo pudo mi padre cobrar cien mil euros un día después de estar muerto?

—Alguien más lo cobró... —La lógica empezó a abrirse paso a través de la niebla roja de mi ira.

—Alguien que quería que pareciera un soborno. Alguien que necesitaba un chivo expiatorio muerto para tapar el asesinato de tu padre... y el del mío.

Retrocedí un paso. Me senté en la mesa metálica, sintiendo que las piernas me fallaban.

Desdoblé el papel arrugado.

Ahí estaba la fecha de emisión: 14 de Octubre de 2006.

Pero no tenía el extracto bancario. Solo tenía la copia del cheque que Elías me había dado.

—Elías no me dio el extracto —dije en voz baja—. Solo me dio el cheque.

—Por supuesto que no te lo dio. Porque el extracto demuestra que es un montaje. —Natalia se acercó, su voz bajando de volumen, volviéndose urgente—. Alejandro, piénsalo. Elías Valdés te dio esa copia anoche. Justo cuando yo empecé a hacer preguntas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué esperar veinte años?

—Para separarnos.

—Para que me mataras. O para que me encerraras aquí y tiraras la llave. Porque soy la única que está conectando los puntos.

Me pasé las manos por la cara. El dolor de cabeza amenazaba con volver.

Si lo que decía era cierto...

Si Mateo Vidal no cobró ese dinero voluntariamente...

Entonces mi padre no se suicidó por vergüenza. Mi padre fue acorralado por una mentira fabricada por los Valdés. Y yo... yo había pasado dos décadas odiando al hombre equivocado. Y torturando a su hija.

Miré a Natalia.

Estaba allí de pie, con su chándal sucio y sus zapatillas baratas, temblando de frío y de miedo, pero manteniéndome la mirada.

—¿Tienes pruebas? —pregunté. Necesitaba aferrarme a algo tangible.

—Lucas las tiene. Tiene los logs del banco. Iba a dármelos, pero llegaste tú con tu ejército y tus pistolas. —Su voz se rompió—. Tuve que decirle que huyera. Tuve que elegir entre salvar las pruebas o salvarte a ti de cometer un error irreparable.

—¿Me salvaste a mí? —Solté una risa amarga—. Me has traicionado. Te escapaste.

—Me escapé para buscar la verdad, Alejandro. Porque tú estabas demasiado ciego, demasiado borracho de odio para escucharme. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Te curé la migraña. Me acosté contigo. ¿De verdad crees que si fuera una espía de los Valdés habría hecho eso? ¿Crees que me habría quedado a tu lado en el teatro mientras Gonzalo te insultaba?

La verdad me golpeó como un martillo físico.

Recordé su mano en mi frente. Recordé cómo se enfrentó a Gonzalo. Recordé su cuerpo contra el mío anoche.

No era una actriz tan buena. Nadie lo era.

Me levanté de la mesa. Me sentía sucio. Más sucio que cuando me desperté en el vómito.

Caminé hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunté Natalia, con pánico en la voz—. ¡No me dejes aquí encerrada!

—Necesito pensar. Necesito verificar esto.

—¡No puedes verificarlo sin Lucas! ¡Y Lucas está escondido porque tú quemaste su casa!

Me detuve con la mano en el pomo de acero.

—Encontraré a Lucas. Si lo que dices es verdad, Natalia... te juro que te pediré perdón de rodillas.

—No quiero tu perdón —escupió ella—. Quiero mi libertad. Y quiero la cabeza de Elías Valdés en una bandeja.

Abrí la puerta y salí.

Cerré la puerta de seguridad desde fuera. Escuché el sonido de los cerrojos automáticos sellando la habitación. Escuché a Natalia golpear el metal con los puños.

—¡ALEJANDRO! ¡ABRE! ¡NO ME DEJES AQUÍ!

Subí las escaleras de caracol como un autómata. Salí al salón principal de la casa. La luz gris seguía allí, indiferente.

Saqué mi teléfono satelital.

Marqué el número de Santos, mi contacto en la policía.

—Diga.

—Santos. El encargo de ayer.

—Estoy en ello, Alejandro. He encontrado algo interesante en los archivos físicos del juzgado de guardia de 2006.

Se me heló la sangre.

—¿Qué?

—Hubo una denuncia. Mateo Vidal denunció coacciones el día 12 de octubre. Dijo que dos hombres le habían abordado a la salida del colegio de su hija. Le dijeron que si no firmaba unos papeles, la niña tendría un accidente.

La niña. Natalia.

—¿Qué pasó con la denuncia?

—Se retiró el día 14. El mismo día que firmó el cheque y la carta.

Cerré los ojos.

El 12 de octubre de 2006. Natalia tenía... ¿cuántos? ¿Cinco años? ¿Seis?

Habían amenazado a una niña de seis años para obligar a su padre a destruir al mío.

Y yo... yo acababa de encadenar a esa misma niña, ahora mujer, en un sótano de hormigón, acusándola de traición.

El teléfono se me resbaló de la mano y cayó al suelo.

Me dejé caer de rodillas sobre la alfombra polvorienta de la casa de seguridad.

No era un monstruo. Era un idiota. Un idiota útil en manos de Elías Valdés.

El rugido que salió de mi garganta no fue humano. Fue un aullido de dolor, de vergüenza y de una furia tan absoluta que sentí que podría partir la montaña por la mitad.

Había roto a la única persona que había intentado salvarme.

Me levanté. Tenía que sacarla de ahí. Tenía que sacarla del zulo y... no sabía qué. No sabía cómo mirarla a la cara.

Corrí hacia el sótano.

Bajé las escaleras tropezando.

Llegué a la puerta de seguridad. Tecleé el código con manos temblorosas.

La puerta se abrió.

Natalia estaba sentada en la cama, con las rodillas abrazadas contra el pecho, llorando en silencio. Levantó la vista cuando entré.

Me vio. Vio mi cara descompuesta. Vio que ya no era el Amo.

—Lo sabías —susurró ella.

—Acabo de hablar con Santos —dije, mi voz rota—. Amenazaron con matarte. Cuando tenías seis años. Por eso firmó.

Natalia cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre sus rodillas. Un sollozo desgarrador sacudió su cuerpo pequeño.

Entré en la habitación. Me arrodillé delante de ella. No me atreví a tocarla.

—Perdóname —dije. La palabra me supo a ceniza—. Perdóname, Natalia.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos estaban rojos, hinchados, pero había un fuego en ellos que no se había apagado.

—Sácame de aquí —dijo—. Sácame de aquí, Alejandro. Y dame un arma. Porque voy a matar a Elías Valdés.

La miré. Y en ese momento, supe que estaba irremediablemente perdido. No estaba enamorado de ella. Era devoción. Era la certeza absoluta de que quemaría el mundo entero para darle lo que pedía.

—Lo mataremos juntos —prometí, extendiendo mi mano hacia ella.

Ella miró mi mano. La mano que la había esposado. La mano que la había acariciado.

Dudó un segundo eterno.

Y luego, la tomó.

Su agarre fue fuerte. Frío. Mortal.

—Juntos —repitió ella.

Y así, en un sótano en medio de la nada, se selló el verdadero pacto. No con tinta y abogados, sino con culpa y sangre. La bestia y su reina habían dejado de pelear entre ellos para girarse hacia el verdadero enemigo.

Y Elías Valdés no sabía lo que se le venía encima.

CAPÍTULO 20

PÓLVORA Y HIELO

POV: NATALIA VIDAL Finca "La Fortaleza", Sierra de Guadarrama. 07:00 h.

El amanecer en la sierra no trajo luz, trajo una claridad gris y afilada que cortaba como un cuchillo.

Me desperté en la habitación de invitados de la planta superior. Alejandro me había sacado del zulo de hormigón anoche, llevándome en brazos escaleras arriba como si fuera una baja de guerra. No habíamos hablado. No había habido disculpas lacrimógenas ni promesas vacías. Solo un silencio denso, cargado de una culpa compartida que pesaba más que las cadenas.

Me incorporé. Mi cuerpo protestó. Tenía agujetas en las piernas de correr por Lavapiés y un dolor sordo en las muñecas donde las esposas me habían marcado la piel.

Miré a los pies de la cama.

Había ropa doblada. No era un vestido de *Valentino* ni lencería de seda.

Eran unos pantalones cargo negros, una camiseta térmica gris, botas de montaña y un jersey de lana gruesa. Ropa táctica. Ropa para sobrevivir, no para exhibir.

Me vestí rápido. La lana picaba un poco, recordándome que la comodidad había quedado atrás en la calle Serrano. Me lavé la cara con agua helada, mirándome en el espejo. Mis ojos ya no tenían rastro de lágrimas. Estaban secos, duros. Eran los ojos de alguien

que ha visto el fondo del pozo y ha decidido que la única forma de salir es trepando sobre los cadáveres de quienes la empujaron.

Bajé al salón principal.

El olor a café fuerte y leña quemada llenaba el aire. Alejandro estaba allí, de pie frente a la chimenea de piedra gigante, mirando las llamas.

Llevaba vaqueros oscuros, botas militares y un jersey negro de cuello alto que marcaba la amplitud de sus hombros. Parecía más grande aquí, en la montaña. Más primitivo. El tiburón de las finanzas había desaparecido; quedaba el lobo.

Se giró al oírme.

Sus ojos recorrieron mi nueva indumentaria. Asintió, aprobando la transformación.

—Hay café en la cocina —dijo. Su voz era grave, rasposa por el tabaco y el silencio—. Y tostadas. Come. Necesitas calorías. Hace cinco grados bajo cero ahí fuera.

—¿Vamos a salir? —pregunté, caminando hacia la cocina americana.

—Vamos a entrenar.

Me serví una taza de café negro. El calor de la cerámica fue un bálsamo para mis manos frías.

—¿Entrenar para qué? ¿Para correr?

—Para matar.

La palabra cayó entre nosotros con un peso muerto. Dejé la taza sobre la encimera con cuidado para que no tintineara.

—Soy periodista, Alejandro. Mi arma es un teclado, no una pistola.

Alejandro se apartó de la chimenea y caminó hacia mí. Sus pasos resonaban pesados en el suelo de pizarra. Se detuvo al otro lado de la isla de cocina, invadiendo mi campo visual.

—Tu teclado no detendrá a Gonzalo Valdés si te encuentra en un callejón. Tu teclado no salvará a tu hermano. —Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en la encimera—. Ayer te dije que íbamos a matar a Elías juntos. ¿Creías que era una metáfora? ¿Creías que íbamos a arruinarlo en la bolsa y ya está?

—Tienen que pagar. Legalmente o...

—La ley es para los pobres, Natalia. Tú y yo estamos en un limbo. Ellos mataron a nuestros padres. ¿Crees que un juez va a condenar a Elías Valdés por un crimen de hace veinte años con pruebas circunstanciales? —Negó con la cabeza—. Si quieres justicia, tienes que estar dispuesta a mancharte las manos.

—Estoy dispuesta.

—Decirlo es fácil. Hacerlo... —Me miró con una intensidad que me hizo estremecer—. Termínate el café. Te espero fuera.

Campo de tiro improvisado, Bosque Norte de la Finca. 08:15 h.

El frío era brutal. Se colaba a través de las capas de ropa térmica y mordía la piel expuesta de mi cara. El vaho de mi respiración formaba nubes blancas que se disipaban rápidamente en el aire cortante.

Alejandro había colocado unas dianas de papel sobre unos fardos de paja a veinte metros de distancia.

Sobre una mesa de madera rústica, había desplegado un arsenal.

Dos pistolas *Glock 19*. Cargadores. Cajas de munición.

—Coge una —ordenó.

Me acerqué a la mesa. Mis manos temblaban ligeramente, y no era solo por el frío. Nunca había tocado un arma real.

Alargué la mano y cogí la pistola negra.

Pesaba. Mucho más de lo que parece en las películas. El metal estaba helado, absorbiendo el calor de mi palma al instante. Era un objeto diseñado con un solo propósito: destruir la vida.

—Pesa —dije.

—Un kilo con el cargador lleno. —Alejandro se colocó detrás de mí. No me tocó, pero sentí su calor irradiando contra mi espalda, un muro de protección contra el viento helado—. Separa las piernas. A la altura de los hombros. Flexiona un poco las rodillas.

Obedecí. Adopté la postura.

—Levanta los brazos. No bloquees los codos. Agarra el arma con las dos manos. La mano derecha empuña, la izquierda envuelve. Así.

Sus manos cubrieron las mías.

El contacto fue eléctrico.

Sus dedos, grandes y callosos, corrigieron mi agarre sobre la culata rugosa. Sus palmas calientes presionaron contra el dorso de mis manos frías. Estaba tan cerca que su pecho rozaba mi espalda con cada respiración.

—Relaja los hombros, Natalia. Estás tensa. Si disparas así, el retroceso te hará daño.

—Estoy... nerviosa.

—Bien. El miedo te mantiene alerta. —Su boca estaba cerca de mi oreja. Su voz bajó una octava, convirtiéndose en un ronroneo instructivo y peligroso—. Mira la mira delantera. Alinéala con la trasera. Enfoca el punto de mira, no el blanco.

Cerré un ojo. El punto blanco de la mira bailaba sobre la silueta de papel.

—Quita el seguro.

Deslicé la pequeña palanca con el pulgar. *Clic*.

Ahora el arma estaba viva.

—No dispares todavía. Respira. Inhala... exhala... y en la pausa, aprieta el gatillo. No tires de él. Exprímelo suavemente, como si...

Se detuvo.

—¿Como si qué? —pregunté, con el corazón latiendo desbocado.

—Como si estuvieras acariciando algo que se puede romper.

La analogía era perversa. Estábamos hablando de matar, y él hablaba de caricias.

—Imagina que la diana es Gonzalo —susurró. Y en ese momento, su tono cambió. Se volvió letal—. Imagina que es la cara de Gonzalo riéndose de tu padre. Imagina que es Elías firmando ese cheque para comprar tu desgracia.

La imagen de Gonzalo en la ópera, burlándose de mi madre, inundó mi mente. La rabia, caliente y roja, desplazó al frío.

Dejé de temblar.

Inhalé. Exhalé.

Apreté el gatillo.

¡BAM!

El estruendo rompió el silencio del bosque. El retroceso golpeó mis brazos, subiendo hasta los hombros. El casquillo caliente salió volando hacia la derecha, brillando en el aire gris.

Miré la diana.

Había un agujero en el borde exterior del papel.

—Has fallado —dijo Alejandro, sin separarse de mí.

—Le he dado al papel.

—Le has dado en la oreja. Eso solo le cabreará. Tienes que darle aquí. —Soltó una mano y tocó mi pecho, justo sobre el esternón, sobre mi corazón. Su dedo presionó con firmeza—. Centro de masa. Corazón o pulmones. Ahí es donde se acaba la pelea.

Me giré en sus brazos, quedando atrapada entre su cuerpo y la mesa llena de armas. Tenía la pistola en la mano, apuntando al suelo, pero la tensión entre nosotros era más explosiva que la pólvora.

Me miró. Sus pupilas estaban dilatadas. La adrenalina del disparo nos había afectado a los dos.

—No soy una asesina, Alejandro.

—Todavía no. Pero lo llevas en la sangre. —Me quitó el arma de la mano con suavidad y la dejó en la mesa. Luego, me agarró la cara con ambas manos. Sus dedos estaban calientes, oliendo a aceite de armas y a pólvora—. Tu padre no tuvo opción. Tú sí. Tú puedes elegir ser el martillo.

—¿Y tú? —Le miré a los ojos, buscando al niño roto del cementerio —. ¿Qué eres tú?

—Yo soy la mano que empuña el martillo.

Se inclinó y me besó.

No fue un beso suave. Fue un beso duro, frío, con sabor a metal y a invierno. Sus labios se movieron sobre los míos con una urgencia desesperada, como si quisiera transferirme su violencia, su fuerza, su oscuridad. Abrí la boca y dejé que me invadiera. Sus manos bajaron por mi espalda, apretándome contra él, contra la dureza de su cuerpo y la *Glock* que llevaba en la cintura.

Gemí en su boca. El sonido se perdió en el viento.

Se apartó bruscamente, dejándome jadeando, con los labios hinchados y el cuerpo ardiendo.

—Otra vez —ordenó, señalando la pistola en la mesa—. Hasta que vacíes el cargador. Hasta que le des en el corazón diez veces seguidas.

—¿Y si no puedo?

—Entonces moriremos los dos. Porque ellos no van a fallar.

Volví a coger el arma. Mis manos ya no temblaban.

Disparé. *BAM*. *BAM*. *BAM*.

El olor a pólvora quemada llenó mis pulmones, sustituyendo al aire puro de la sierra. Y con cada disparo, sentía que algo dentro de mí se rompía y se endurecía a la vez. La inocencia muriendo para dejar paso a la supervivencia.

Despacho de la Finca. 14:00 h.

Después de cuatro horas de tiro y defensa personal —donde aprendí a romper una nariz y a dislocar un pulgar—, volvimos a entrar.

Alejandro se dirigió directamente a su portátil seguro en el despacho. Yo me senté frente a él, frotándome el hombro dolorido por el retroceso.

—Tenemos que hablar de Javi —dije.

Alejandro dejó de teclear. Su rostro se ensombreció.

—He estado revisando la estructura del centro de rehabilitación en Galicia. *Clínica Nuevo Horizonte*.

—Me dijiste que era el mejor de Europa.

—Lo es. Terapeutas suizos, seguridad de máxima categoría... y propiedad de un fondo de inversión llamado *BlueRock Capital*.

—¿Y?

—*BlueRock Capital* es una subsidiaria al cien por cien de *Desarrollos Valdés*.

El aire se salió de la habitación.

—¿Qué? —Me levanté de la silla, apoyando las manos en la mesa—. ¿Enviaste a mi hermano a una clínica propiedad de los Valdés?

Alejandro cerró los ojos un segundo, un gesto de frustración dolorosa.

—No lo sabía, Natalia. Tienen una red de empresas pantalla tan compleja como la mía. *BlueRock* compró la clínica hace tres meses. No apareció en mi primera auditoría.

—¡Dios mío! —Empecé a caminar en círculos por la habitación—. Javi está en sus manos. Si saben que es mi hermano... si saben que estoy contigo...

—Lo saben —confirmó Alejandro, su voz gélida—. Gonzalo me vio en el teatro. Sabe que no te he matado ni te he repudiado. Sabe que seguimos juntos. Y si sabe eso, sabe que su única palanca real contra ti es tu familia.

—Tengo que llamarlo. Tengo que sacar a Javi de ahí.

—No puedes llamar. Si llamas, confirmas que sabemos dónde está y que nos importa. Acelerarán el proceso.

—¿Qué proceso? —pregunté, sintiendo náuseas—. ¿Lo van a matar?

—No. Los muertos no sirven para negociar. Lo usarán. Quizás le den drogas. Quizás le "faciliten" una sobredosis accidental para mantenerte a raya. O quizás simplemente le rompan las piernas como advertencia.

—Tenemos que ir a buscarlo. —Me detuve frente a él—. Ahora. Coge el coche. Vamos a Galicia.

—Es una fortaleza, Natalia. Tienen seguridad privada. Muros de tres metros. No podemos entrar por la puerta principal y pedir que nos lo den. Legalmente, Javi firmó un ingreso voluntario. Si intentamos sacarlo, llamarán a la Guardia Civil y dirán que estamos intentando secuestrar a un paciente.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Dejar que lo torturen?

Alejandro se puso de pie. Caminó hacia un mapa de España colgado en la pared. Clavó la mirada en la costa gallega.

—No vamos a ir a pedir permiso. Vamos a hacer una extracción.

—¿Una extracción?

—Entrar, coger al objetivo y salir antes de que se den cuenta. Estilo militar. —Se giró hacia mí. Sus ojos brillaban con esa locura controlada que me aterraba y me fascinaba—. Necesitamos un equipo. Salgado y dos hombres más. Y necesitamos un plan.

—Yo voy —dije.

—No. Tú te quedas aquí. Es demasiado peligroso.

—¡Es mi hermano! —Grité, golpeando la mesa—. ¡Tú lo metiste ahí! ¡Es tu culpa! ¡No me voy a quedar aquí tejiendo calcetines mientras tú juegas a los soldados! Además... Javi no confiará en ti. Te tiene miedo. Si entras tú solo, pensará que vas a matarlo. Necesita verme a mí.

Alejandro me estudió. Miró mis manos, todavía manchadas de pólvora. Miró mi mandíbula tensa.

—Si vienes, tendrás que obedecer cada orden. Sin dudar. Sin preguntas éticas. Si te digo "corre", corres. Si te digo "dispara", disparas.

—Lo haré.

—Bien. —Volvió al ordenador—. Salimos en una hora. El viaje es largo. Llegaremos de noche. Perfecto para entrar.

—¿Y Lucas? —pregunté, recordando a mi amigo huido.

—Mis hombres están peinando Madrid. Si está escondido, lo encontrarán. Pero ahora mismo, la prioridad es Javi. Sin tu hermano a salvo, Elías Valdés nos tiene agarrados por el cuello.

Asentí.

Alejandro sacó un maletín de debajo del escritorio. Lo abrió. Dentro había dinero, pasaportes falsos y más armas.

Sacó una funda de hombro y la *Glock* que yo había usado.

—Toma. Póntela.

Me puse la pistolera sobre el jersey. El peso bajo mi axila era extraño, incómodo, pero me daba una sensación de poder que nunca había tenido.

Alejandro me miró. Se acercó y ajustó las correas sobre mis hombros.

—Pareces una guerrera —murmuró, con una mezcla de orgullo y tristeza.

—Me has convertido en una.

—No, Natalia. —Me miró a los ojos, profundos y oscuros—. Solo he quitado las capas de civilización que te sobraban. Esto siempre estuvo dentro de ti. La hija de Mateo Vidal no era débil. Solo estaba dormida.

Se apartó y cerró el maletín.

—Vámonos. Tenemos un infierno que asaltar.

Salimos de la casa. El viento seguía aullando, pero ya no sentía el frío. Solo sentía el fuego de la venganza. Íbamos a Galicia. Y si los Valdés tocaban un solo pelo de Javi, descubrirían que Alejandro Cortés no era el único monstruo que venía a por ellos.

Subí al coche, con la pistola presionando contra mis costillas, y por primera vez en mi vida, no recé.

Cargué el arma.

CAPÍTULO 21

LOBOS EN LA LLUVIA

POV: ALEJANDRO CORTÉS Bosques de "O Pazo", Rías Baixas, Galicia. 02:15 h.

Galicia no llueve. Galicia llora.

El agua caía en cortinas densas y verticales, convirtiendo el bosque de eucaliptos en un laberinto de sombras líquidas y barro negro. No era la lluvia civilizada de Madrid, que limpia el asfalto. Era una lluvia antigua, atlántica, diseñada para ahogar la esperanza y borrar los rastros.

Me ajusté las gafas de visión nocturna. El mundo se tiñó de un verde fosforescente y granulado.

A mi lado, Natalia era una silueta térmica temblorosa. Estaba empapada. Su respiración formaba pequeñas nubes blancas que el viento deshacía al instante. No se quejaba. No preguntaba. Simplemente me seguía, pisando donde yo pisaba, agarrando la *Glock* con ambas manos como si fuera un crucifijo en un exorcismo.

—A cien metros —susurré, mi voz apenas audible sobre el rugido del temporal.

Delante de nosotros, la *Clínica Nuevo Horizonte* se alzaba como una gárgola de piedra en medio de la nada. No era un hospital moderno. Era un pazo gallego del siglo XVIII, reconvertido y fortificado. Muros de granito cubiertos de musgo, ventanas estrechas con rejas de hierro forjado y una valla perimetral electrificada que zumbaba bajo la lluvia.

—Parece una prisión —murmuró Natalia.

—Es una prisión. Solo que los reclusos pagan cinco mil euros al mes por estar aquí.

Hice una señal con la mano. Salgado y sus dos hombres, sombras profesionales que había traído desde Madrid, se desplegaron hacia el flanco este para cortar la luz y las comunicaciones.

Nosotros íbamos por el oeste. El punto ciego.

Llegamos a la valla. Saqué los alicates aislados del chaleco táctico.

Clic.

El alambre cayó al barro. Abrí un hueco lo suficientemente grande para pasar agachados.

—Pasa. Rápido.

Natalia se deslizó por el barro. Yo la seguí.

Estábamos dentro.

El jardín estaba cuidado, pero bajo la tormenta parecía un cementerio. Setos recortados que parecían bestias agazapadas. Estatuas de piedra cubiertas de líquenes.

Un guardia hacía la ronda con un impermeable amarillo y una linterna. Iba armado. Un subfusil MP5 colgado al hombro. No eran guardias de seguridad de centro comercial. Eran mercenarios. *BlueRock Capital* no escatimaba en gastos.

—Al suelo —ordené, empujando a Natalia detrás de un roble centenario.

El guardia se acercó. El haz de su linterna barrió los árboles, pasando a centímetros de nuestras cabezas. Se detuvo para encender un cigarrillo, protegiendo la llama con la mano.

Grave error. La llama arruinó su visión nocturna por unos segundos.

Me moví.

No corrí. Floté sobre el barro. Años de entrenamiento, de caza, de violencia contenida, se concentraron en tres segundos de movimiento fluido.

Llegué a su espalda antes de que soltara la primera bocanada de humo.

Le tapé la boca con la mano izquierda y con la derecha le apliqué una llave de estrangulamiento sanguíneo. No forcejeó mucho. Sus carótidas se cerraron. Sus piernas patalearon débilmente en el barro y luego se quedó inerte.

Lo arrastré hacia la oscuridad de los arbustos. Le quité el arma, la radio y la tarjeta de acceso magnética que llevaba en el cinturón.

Natalia salió de detrás del árbol. Tenía los ojos desorbitados, fijos en el cuerpo inmóvil.

—¿Está...? —preguntó, con la voz estrangulada.

—Dormido. Despertará con dolor de cabeza en dos horas. —Le tendí la tarjeta—. Vamos. Tenemos una ventana de cinco minutos antes de que tenga que reportarse por radio.

Corrimos hacia la puerta lateral de servicio. La lluvia nos golpeaba la cara, fría y salada. Deslicé la tarjeta. El lector parpadeó en verde.

Bip.

Entramos.

El cambio de atmósfera fue brutal. El ruido de la lluvia desapareció, sustituido por un silencio aséptico y el zumbido de los fluorescentes. Olía a lejía, a comida de hospital y a lavanda sintética.

Estábamos en la zona de lavandería.

—Salgado me envió los planos —susurré, orientándome—. Las habitaciones de los pacientes de "alta seguridad" están en el ala norte, segunda planta. Javi debe estar allí.

Subimos por la escalera de incendios. Mis botas tácticas no hacían ruido sobre el linóleo. Las zapatillas de Natalia chirriaban ligeramente por la humedad. La miré. Estaba pálida, pero su mandíbula estaba tensa. El miedo estaba ahí, pero la rabia era más fuerte.

Bien, mi reina. Usa la rabia.

Llegamos a la segunda planta.

El pasillo era largo, con puertas de roble numeradas. Había cámaras en el techo, pero las luces rojas estaban apagadas. Salgado había cumplido. Estábamos a oscuras electrónicamente.

—Habitación 204 —dijo Natalia, recordando el dato que habíamos sacado del servidor de la clínica antes de salir de Madrid.

Avanzamos.

201... 202... 203...

La puerta tenía una ventanilla de cristal reforzado. Miré dentro.

Había una cama con correas. Y un bulto bajo las sábanas.

Intenté abrir. Cerrado.

—Apártate —le dije a Natalia.

Saqué una ganzúa electrónica. La metí en la cerradura. *Zzzzt. Clic.*

Entramos.

La habitación estaba en penumbra. Solo la luz de la tormenta entraba por la ventana enrejada.

Natalia corrió hacia la cama.

—¡Javi!

Retiró las sábanas.

Javi estaba allí. Pero no era el chico desafiante que había visto en la fiesta. Estaba delgado, demacrado. Tenía ojeras profundas y la piel cerúlea. Estaba atado a la cama por las muñecas y los tobillos con correas de cuero acolchado.

Tenía una vía intravenosa en el brazo. Un goteo lento de líquido transparente.

Abrió los ojos al oír la voz de su hermana. Sus pupilas eran dos alfileres. Miosis extrema. Opiáceos. Lo tenían drogado hasta las cejas.

—¿Nati? —balbuceó. Su lengua parecía pesarle—. ¿Eres tú? ¿O es otro sueño?

—Soy yo, Javi. Soy yo. —Natalia empezó a luchar con las correas, sus manos temblando de pánico y furia—. Te voy a sacar de aquí.

—Sácale la vía —ordené, vigilando la puerta con la pistola en alto—. Cuidado no sangre.

Natalia arrancó el esparadrapo y sacó la aguja. Javi gimió. Una gota de sangre brotó en su brazo. Ella presionó con la sábana.

—No... no puedo moverme —dijo Javi, intentando levantar la cabeza —. Me dan... la medicina azul. Me hace flotar.

—Te han convertido en un vegetal —gruñí, acercándome para cortar las correas de cuero con mi navaja táctica. No tenía tiempo para

desabrocharlas.

El cuero se rasgó. Javi quedó libre.

—Arriba —le dije, agarrándolo del brazo y tirando de él.

Javi se desplomó. Sus piernas eran de gelatina.

—No puede andar, Alejandro —dijo Natalia, desesperada—. Lo tenemos que llevar.

Maldije en silencio. Esto complicaba la extracción un mil por ciento. Un hombre consciente puede correr. Un peso muerto es un ancla.

—Coge mi arma —le dije a Natalia, dándole mi *Glock* principal. Yo saqué la de repuesto de la tobillera—. Apunta a todo lo que no sea yo. Quita el seguro. Si ves un uniforme gris, disparas.

Me agaché y cargué a Javi sobre mi hombro izquierdo, estilo bombero. Pesaba menos de lo que debería. Estaba en los huesos.

—Vamos. Salida de emergencia.

Salimos al pasillo. Javi gemía suavemente en mi oído, murmurando incoherencias sobre números y ruletas.

Avanzamos hacia la escalera.

De repente, las luces del techo parpadearon y se encendieron con una intensidad cegadora.

Y entonces, el sonido que más odio en el mundo.

WAAAAA-WAAAAA-WAAAAA.

La alarma general.

—¡Han reiniciado el sistema! —gritó Natalia, tapándose los oídos.

—¡Corre!

Empezamos a correr. El peso de Javi golpeaba mi costado herido con cada zancada, reavivando el dolor de la costilla rota como si me estuvieran apuñalando con un picahielos al rojo vivo. Apreté los dientes y seguí. El dolor era información. Nada más.

Llegamos a la escalera.

La puerta de abajo se abrió de golpe.

Dos guardias. Chalecos antibalas. Armas largas.

—¡ALTO! ¡AL SUELO!

No me detuve. No había negociación posible.

—¡Dispara! —le grité a Natalia.

Ella no dudó.

Levantó la *Glock* con las dos manos, tal y como le había enseñado esa mañana, y apretó el gatillo.

¡BAM! ¡BAM!

No le dio a ninguno, pero las balas impactaron en la pared de yeso junto a sus cabezas, soltando una nube de polvo blanco y obligándoles a agacharse por instinto. Fuego de supresión. Perfecto.

Aproveché su vacilación.

Me dejé caer de rodillas, deslizándome por el linóleo encerado con Javi todavía al hombro, y disparé mi arma secundaria con la mano derecha.

Dos tiros. Secos. Precisos.

Uno de los guardias cayó hacia atrás, agarrándose el muslo. El otro se refugió detrás de la puerta blindada.

—¡Abajo! —grité, levantándome y empujando a Natalia escaleras abajo, pasando por encima del guardia herido que gritaba.

Llegamos a la planta baja. La salida estaba a diez metros.

Pero el pasillo estaba bloqueado.

Una reja metálica había bajado automáticamente, sellando la salida al jardín.

—¡Estamos atrapados! —gritó Natalia, golpeando la reja.

Miré a mi alrededor. Estábamos en el hall principal. Recepción. Grandes ventanales góticos que daban a la tormenta... también cerrados por persianas de seguridad metálicas.

Éramos ratas en una caja.

Y por el pasillo contrario, oía el sonido de muchas botas acercándose. Refuerzos.

—La cocina —dije, señalando una puerta batiente a nuestra derecha —. Las cocinas industriales siempre tienen salida de proveedores. Y las rejas de carga suelen ser más lentas.

Corrimos hacia la cocina. Entramos derrapando.

Era un espacio enorme de acero inoxidable y azulejos blancos. Ollas gigantes, cuchillos magnéticos en la pared. Estaba vacía a esta hora.

Al fondo, el muelle de carga. La persiana metálica estaba bajando lentamente. Quedaba un metro de hueco.

—¡Por ahí! —Señalé.

Corrimos. La persiana bajaba inexorablemente. Ochenta centímetros. Sesenta.

—¡Tira a Javi! —le ordené a Natalia.

Llegamos al hueco. Me agaché y lancé a su hermano por debajo de la persiana, deslizándolo sobre el suelo mojado del muelle exterior. Javi rodó por el hormigón bajo la lluvia.

—¡Pasa tú!

Natalia se tiró al suelo y rodó por el hueco. Cuarenta centímetros.

Yo iba detrás.

Pero entonces, la puerta de la cocina se abrió a mis espaldas.

—¡Ahí está! ¡Fuego!

El sonido de un subfusil automático en un espacio cerrado es ensordecedor. Las balas repiquetearon contra las encimeras de acero, haciendo saltar chispas y esquirlas de metal.

Me tiré al suelo.

Sentí un golpe.

No fue dolor al principio. Fue un impacto, como si alguien me hubiera dado un martillazo en el hombro derecho. La fuerza del golpe me hizo girar sobre mí mismo en el suelo resbaladizo.

—¡Alejandro! —El grito de Natalia vino desde fuera, desde el otro lado de la persiana que ya casi tocaba el suelo.

Miré mi hombro. La chaqueta de cuero estaba rasgada. Sangre oscura y caliente brotaba a borbotones, mezclándose con el agua del suelo.

Me habían dado.

La persiana estaba a veinte centímetros del suelo.

No cabía.

—¡Vete! —grité, arrastrándome hacia la salida, dejando un rastro de sangre—. ¡Corre al bosque!

—¡No!

Vi las manos de Natalia aparecer bajo la persiana. Sus dedos blancos agarraron el borde de metal sucio y tiraron hacia arriba.

—¡Ayúdame! —gritó ella, no a mí, sino a la nada. O a Dios.

La persiana no se movió. Pesaba toneladas. El motor hidráulico empujaba hacia abajo.

Los pasos de los guardias se acercaban por la cocina. Iban a rodear la isla central y tendrían línea de tiro limpia en tres segundos.

Tenía que tomar una decisión. Morir allí o usar mi última carta.

Saqué una granada de aturdimiento (*flashbang*) que llevaba en el cinturón. Le quité la anilla con los dientes.

—¡CIERRA LOS OJOS! —rugí.

Lancé la granada hacia atrás, hacia el centro de la cocina.

Me pegué al suelo, cubriéndome la cabeza con el brazo sano.

¡BOOM!

La explosión de luz y sonido fue brutal. Los cristales de los hornos estallaron. Los guardias gritaron, cegados y sordos.

Aproveché la confusión.

Me giré sobre mi espalda y pateé la persiana con ambas piernas, usando toda la fuerza que me quedaba, sumando mi adrenalina a la de Natalia que tiraba desde fuera.

El metal gimió. El motor se atascó un segundo. Ganamos diez centímetros.

Me arrastré. El hombro me ardía como si tuviera lava en las venas. Mi chaleco se enganchó. Tiré. Se rasgó.

Salí.

Rodé por el muelle de carga bajo la lluvia torrencial. El agua fría golpeó mi herida abierta, y el dolor fue tan agudo que vi las estrellas.

Natalia estaba allí, empapada, con las manos negras de grasa y sangre.

—¡Levántate! —Me agarró del brazo bueno y tiró de mí con una fuerza que no sabía que tenía—. ¡Vamos, Alejandro! ¡No te mueras ahora, maldito seas!

Me puse de pie, tambaleándome. Javi estaba hecho un ovillo en el suelo, gimiendo.

—Coge a mi hermano —dijo ella—. Yo te cubro.

Era una locura. Yo estaba herido. Ella pesaba cincuenta kilos mojada. Pero no había opción.

Cargué a Javi de nuevo, apretando los dientes para no gritar. Mi brazo derecho colgaba inútil.

Corrimos hacia el bosque.

Detrás de nosotros, la persiana empezó a subir de nuevo. Los guardias saldrían en segundos.

Nos internamos en los eucaliptos. El barro nos chupaba las botas. La oscuridad nos tragó.

Oí disparos a nuestras espaldas. Balas cortando las ramas de los árboles. Zumbidos de muerte pasando cerca.

—¡Al coche! —jadeé—. ¡Salgado!

Llegamos al punto de extracción. El coche de Salgado estaba allí, con el motor en marcha y las luces apagadas.

Salgado salió, vio mi estado y palideció.

—¡Señor!

—¡Mete al chico! ¡Vámonos!

Metimos a Javi en el asiento trasero. Natalia entró con él. Yo me desplomé en el asiento del copiloto.

Salgado arrancó. Las ruedas patinaron en el barro antes de agarrar tracción. Salimos disparados por el camino forestal, rebotando en los baches.

Me miré el hombro. La sangre empapaba mi camiseta, mis vaqueros, el asiento de cuero beige. Empezaba a sentir frío. Mucho frío.

—Alejandro... —Natalia se asomó desde el asiento de atrás. Puso su mano sobre mi herida, presionando. Sus manos estaban heladas—. Estás sangrando mucho.

—Es un rasguño —mentí, cerrando los ojos. El mundo empezaba a volverse gris en los bordes—. Solo... sácanos de aquí, Salgado.

—¿A dónde vamos, señor? ¿Al hospital?

—No. —Abrí los ojos. No podía ir a un hospital. Reportarían herida de bala. La policía vendría. Los Valdés nos encontrarían—. A la casa segura de Portugal. Cruza la frontera por caminos secundarios.

—Señor, necesita un médico.

—Natalia... —La miré. Su cara flotaba en la oscuridad, manchada de barro y pólvora. Parecía un ángel de la venganza—. Natalia me curará. Ella... ella sabe coser.

Fue lo último que dije antes de que la oscuridad, esa vieja amiga, me reclamara por completo. No la oscuridad de la muerte, esperaba. Solo la pausa necesaria para recargar el arma.

Porque la guerra acababa de empezar, y yo ya había sangrado el primero.

CAPÍTULO 22

HILO ROJO, AGUJA DE ACERO

POV: NATALIA VIDAL Casa Segura, Valle del Duero, Portugal. 04:30 h.

La sangre no es líquida. La sangre es pegajosa. Es una sustancia viva, caliente y pesada que se adhiere a la piel como una segunda capa de culpa, negándose a ser lavada.

Miré mis manos bajo la luz amarillenta de la bombilla desnuda de la cocina. Estaban cubiertas de rojo oscuro hasta las muñecas. La sangre de Alejandro se había secado en mis cutículas, formando costras marrones que parecían óxido.

—Señora —dijo Salgado, entrando en la cocina con un cuenco de agua hirviendo y toallas limpias. Su cara, habitualmente inescrutable, estaba grisácea—. El chico está asegurado en la habitación de abajo. Sigue inconsciente. Pero el señor Cortés...

—Ponlo en la mesa —ordené. Mi voz no sonó como la mía. Sonó como la de una extraña. Una mujer que había dejado de sentir miedo para sentir únicamente urgencia.

La casa segura era una antigua granja de piedra en la ribera del Duero, rodeada de viñedos esqueléticos y niebla. No había calefacción central, solo una estufa de leña que Salgado había encendido apresuradamente. El aire estaba helado.

Alejandro yacía sobre la mesa de madera maciza del comedor, que habíamos despejado de polvo y manteles viejos. Estaba pálido. Mortalmente pálido. Su piel, habitualmente bronceada, tenía el color de la cera vieja. Sudaba a pesar del frío, un brillo febril que cubría su frente y su pecho desnudo.

Habíamos cortado su camiseta y su chaqueta en el coche. El vendaje improvisado que le hice con mi bufanda estaba empapado.

Me acerqué a él.

Sus ojos estaban cerrados. Respiraba con dificultad, inspiraciones cortas y superficiales, intentando no mover el tórax.

—Alejandro —le llamé, poniendo mi mano limpia en su mejilla. Estaba ardiendo.

Abrió los ojos. Eran dos pozos de oscuridad vidriosa. Tardó un segundo en enfocarme.

—Natalia... —Su voz fue un susurro roto—. ¿Estamos... a salvo?

—Estamos en Portugal. Nadie nos ha seguido. —Retiré la bufanda empapada con cuidado. La tela se pegó a la herida y él siseó entre dientes, arqueando la espalda—. Lo siento.

Miré el destrozo.

No era un rasguño. La bala había entrado por la parte posterior del hombro derecho, destrozando el deltoides, y había salido por delante, justo debajo de la clavícula. Un túnel de carne viva. Por suerte, no había tocado hueso ni arteria principal, o ya estaría muerto en el coche. Pero la pérdida de sangre era masiva y el tejido estaba desgarrado.

—Necesita un hospital —dijo Salgado, mirando la herida con aprensión—. Necesita transfusión. Antibióticos intravenosos. Cirugía reconstructiva.

—No podemos ir a un hospital —replicó Alejandro, apretando los dientes. Su mano izquierda agarró el borde de la mesa con tanta fuerza que la madera crujió—. Si entramos en el sistema... Elías nos encuentra. Nos matarán antes de que me pongan la anestesia.

—Se va a desangrar, señor. O morirá de sepsis en dos días.

—No si ella lo arregla. —Alejandro giró la cabeza hacia mí. Sus ojos me taladraron, exigiéndome un imposible—. Cósame, Natalia.

—No soy médico, Alejandro. Soy periodista. Sé escribir crónicas, no suturar músculos.

—Sabes coser. Te vi coser el botón de tu chaqueta el primer día en el ático. Tienes manos firmes.

—¡Eso era un botón! ¡Esto es un agujero de bala!

—Es lo mismo. —Intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca de dolor—. Une los bordes. Cierra el agujero. Para la sangre.

Me quedé paralizada. Miré la herida. Miré sus ojos confiados. Miré a Salgado, que esperaba una orden.

Si no hacía nada, moriría. Si lo hacía mal, podría dejarlo lisiado o provocarle una infección letal.

Pero no había opción.

—Salgado —dije, tomando el mando—. Trae el botiquín táctico del coche. Necesito alcohol, betadine, hilo de sutura, agujas curvas y pinzas. Y trae una botella de alcohol fuerte. Whisky, vodka, lo que haya en esta maldita casa.

—Sí, señora.

Salgado corrió.

Me incliné sobre Alejandro.

—Vas a sufrir —le advertí—. No tengo anestesia. Solo lidocaína tópica si hay suerte en el botiquín, pero eso no llegará al músculo profundo.

—El dolor es información —recitó su mantra absurdo, cerrando los ojos—. Hazlo.

Salgado volvió con el kit de primeros auxilios militar y una botella de aguardiente casero que había encontrado en la despensa.

Me lavé las manos con jabón y luego me las froté con aguardiente hasta que la piel me escoció. Me puse unos guantes de látex azul del kit.

Preparé la mesa. Pinzas. Tijeras. Aguja. Hilo de nailon negro.

—Bebe —le dije a Alejandro, acercándole la botella a los labios.

Bebió. Un trago largo, tosiendo cuando el líquido abrasador le bajó por la garganta.

—Más.

Bebió otra vez. Sus ojos empezaron a perder el foco. Bien.

—Salgado, sujétale las piernas. Si se mueve, puedo perforarle un nervio.

El jefe de seguridad se colocó a los pies de la mesa, inmovilizando los tobillos de su jefe con su peso.

—Alejandro, mírame. —Puse mi mano enguantada en su cara—. Voy a limpiar la herida primero. Va a arder.

—Hazlo.

Vertí el aguardiente directamente sobre el agujero de entrada y de salida.

Alejandro gritó.

No fue un gemido. Fue un grito gutural, animal, que llenó la cocina de piedra. Su cuerpo se arqueó sobre la mesa, sus músculos se tensaron como cables de acero bajo la piel sudorosa. Su mano izquierda buscó algo a lo que aferrarse y encontró mi cadera. Apretó. Sus dedos se clavaron en mi carne a través del pantalón cargo, haciéndome daño.

No me aparté.

—Ya está, ya está limpio —susurré, limpiando la sangre y el alcohol con gasas estériles. La herida sangraba menos ahora.

Cogí la pinza. Tenía que revisar si había restos de ropa o metal dentro.

Metí la pinza en la herida.

Alejandro dejó de gritar y empezó a jadear, un sonido húmedo y rítmico. *Jaj... jaj... jaj.* Su cara estaba bañada en sudor.

—Limpio. Ha salido limpia —dije, retirando la pinza.

—Cose... —jadeó él—. Cose, joder.

Ennebré la aguja curva.

Mis manos, que habían temblado cuando disparaba la pistola horas antes, ahora estaban quietas. Absolutamente quietas. Una calma fría descendió sobre mí. No era Alejandro. No era el hombre que amaba o odiaba. Era un problema que tenía que solucionar. Carne que tenía que unir.

Clavé la primera aguja en la piel del borde de la herida. La piel era dura, resistente. Tuve que hacer fuerza.

Alejandro gimió, echando la cabeza hacia atrás, golpeando la madera.

—Sigue... no pares.

Pasé el hilo. Hice el primer nudo. La carne se cerró un poco.

Puntada tras puntada.

El tiempo se dilató. El mundo se redujo a ese cuadrado de piel destrozada, al brillo de la sangre fresca bajo la luz, al sonido de la respiración agónica de Alejandro.

Él no se desmayó. Se mantuvo consciente por pura fuerza de voluntad, mirándome. Sus ojos negros estaban fijos en mi cara, siguiendo cada movimiento, anclándose a mí para no caer en el abismo del shock.

—Eres... hermosa —murmuró en un momento dado, delirando por el dolor—. Un ángel carnicero.

—Cállate y respira.

—Natalia...

—¿Qué?

—Si muero... la cuenta en Suiza... el código es la fecha de...

—No vas a morir —le corté con brusquedad, apretando un nudo con más fuerza de la necesaria—. No te he sacado de ese bosque para que te mueras en una mesa de cocina en Portugal. No te doy permiso.

—Autoritaria... me gusta.

Terminé la parte delantera. Diez puntos. Quedaba la espalda. El orificio de entrada.

—Tenemos que girarte.

Entre Salgado y yo, lo pusimos de costado. Alejandro soltó un aullido ahogado cuando el movimiento estiró los músculos heridos.

Repetí el proceso. Limpiar. Pinzas. Coser.

Esta vez, Alejandro no habló. Solo respiraba. Su mano seguía aferrada a mi ropa, como si yo fuera lo único sólido en un universo que se disolvía.

Cuando di el último punto y corté el hilo, sentí que mis propias rodillas cedían.

—Hecho —susurré, dejando caer las tijeras sobre la bandeja de metal con un *clanc*—. Está hecho.

Cubrí las heridas con apósitos estériles y vendé su hombro y pecho con firmeza, creando un cabestrillo improvisado para inmovilizar el brazo.

Alejandro estaba empapado en sudor frío. Temblaba. Shock hipovolémico leve.

—Mantas —pedí a Salgado—. Y enciende esa estufa al máximo. Necesitamos subir su temperatura.

Salgado trajo mantas de lana áspera. Cubrimos a Alejandro allí mismo, sobre la mesa. No podíamos moverlo todavía.

—Gracias, Salgado. Ve a vigilar el perímetro. Y echa un ojo a Javi. Yo me quedo con él.

Salgado asintió, me miró con un respeto nuevo —el respeto que se le da a un soldado que ha sobrevivido al fuego— y salió al exterior lluvioso.

Me quedé sola con Alejandro.

Acerqué una silla y me senté junto a su cabeza.

Ya no parecía el Amo de Madrid. Parecía un hombre roto. Tenía el pelo pegado a la frente, los labios secos y agrietados, ojeras profundas.

Pero estaba vivo.

Le aparté el pelo de la frente con suavidad. Su piel seguía ardiendo, pero su respiración se había estabilizado.

Abrió los ojos. Me miró.

—Lo has hecho —susurró.

—Lo he hecho.

—Me has salvado la vida. Dos veces en una noche. —Intentó levantar la mano sana para tocarme, pero estaba demasiado débil. Su mano cayó sobre la mesa—. Eso rompe el contrato, Natalia. El contrato dice que yo soy el protector.

—El contrato es papel mojado, Alejandro. Lo quemamos en el momento en que entramos en esa clínica.

—¿Por qué? —preguntó, luchando contra el sueño que lo arrastraba —. Podrías haberme dejado desangrar. Podrías haber cogido a tu hermano y el dinero y huir. Eres libre.

Me miré las manos. Me quité los guantes manchados de sangre. Debajo, mi piel estaba limpia, pero sentía que el rojo había calado hondo.

—No soy libre —dije suavemente—. Estoy atada a ti. No por un contrato, ni por una deuda. Estoy atada por la sangre. La de nuestros padres. Y ahora... la tuya.

Alejandro cerró los ojos. Una lágrima solitaria, traicionera, se escapó de la esquina de su ojo y rodó hasta desaparecer en su pelo.

—No soy bueno, Natalia. No te confundas. Sigo siendo el hombre que te compró.

—Lo sé. Pero también eres el hombre que se puso delante de una bala para que mi hermano y yo pudiéramos salir.

—Instinto...

—Cállate y duerme.

Se durmió. O se desmayó.

Me quedé allí, vigilando su sueño, escuchando el crepitar de la leña y la lluvia golpeando el tejado de pizarra.

Me sentía agotada, vacía, como si me hubieran sacado todo el relleno y lo hubieran sustituido por alambre de espino.

Pensé en Javi, drogándose abajo. Pensé en mi padre, muriendo solo hace veinte años. Pensé en Alejandro, creyendo una mentira toda su vida.

La rabia volvió a mí. Una rabia fría, tranquila.

Elías Valdés había creado este monstruo. Había creado a Alejandro. Y al hacerlo, me había creado a mí.

Me levanté y fui al fregadero para lavarme la cara. El agua estaba helada.

Miré mi reflejo en la ventana oscura.

La chica de Vallecas había desaparecido definitivamente. La mujer que me devolvía la mirada tenía sangre en la camisa y una *Glock* sobre la mesa.

—Recupérate rápido, lobo —le susurré a la figura inmóvil en la mesa —. Porque cuando despiertes, vamos a cazar.

Me senté de nuevo a su lado y puse mi mano sobre la suya. Su piel estaba caliente. Su pulso era un tambor lento y constante bajo mis dedos.

Bum-bum. Bum-bum.

Era el sonido más tranquilizador del mundo.

Cerré los ojos, apoyando la cabeza en el borde de la mesa, y dejé que la oscuridad me llevara, con mi mano entrelazada con la del monstruo.

Sótano de la Casa Segura. 09:00 h. (Horas después)

Un grito me despertó.

No era Alejandro.

Era un grito agudo, desgarrador, lleno de terror irracional.

Javi.

Me levanté de un salto. Mi cuello crujió. Alejandro seguía dormido, aunque se movió inquieto al oír el ruido. Le toqué la frente. La fiebre había bajado un poco.

—Salgado, quédate con él —grité hacia la puerta, asumiendo que el guardia estaba cerca.

Corrí hacia el sótano.

Bajé las escaleras de piedra. Olía a humedad y a... vómito.

Entré en la habitación donde habíamos dejado a Javi en un sofá viejo.

La escena era dantesca.

Javi estaba en el suelo, retorciéndose como si estuviera poseído. Se había arrancado la camiseta. Se rascaba la piel con tanta violencia que se había hecho sangre en el pecho y los brazos.

—¡QUÍTAMELOS! ¡QUÍTAMELOS DE ENCIMA! —gritaba, mirando al aire vacío con los ojos desorbitados.

—¡Javi! —Me lancé hacia él y le sujeté las manos para que dejara de hacerse daño—. ¡Javi, mírame! ¡Soy Nati!

—¡NO! ¡LAS ARAÑAS! ¡ESTÁN DEBAJO DE LA PIEL! —Me empujó con una fuerza sobrenatural, fruto del delirio—. ¡DÁMELO! ¡DAME LA MEDICINA AZUL!

La abstinencia.

Los opiáceos de la clínica. Su cuerpo estaba reclamando la droga con una violencia química brutal.

—No tengo medicina, Javi. Tienes que aguantar.

—¡ME ARDE! ¡ME ARDE LA SANGRE! —Empezó a golpearse la cabeza contra el suelo de piedra.

Tuve que ponerme encima de él, usando todo mi peso para inmovilizarlo.

—¡Salgado! —grité—. ¡Ayuda!

Salgado apareció segundos después. Entre los dos, logramos sujetarlo. Salgado usó unas bridas de plástico para atarle las manos a la espalda, por su propia seguridad.

Javi lloraba ahora, un llanto roto, infantil.

—Por favor... Nati... duele... haz que pare... diles que les daré lo que quieran... diles que firmaré...

Me helé.

—¿Firmar qué, Javi? —le pregunté, agarrándole la cara sudada—. ¿Qué tenías que firmar?

Javi me miró, pero no me veía a mí. Veía a sus torturadores.

—La cesión... la cesión de los derechos... de la patente de papá.

El mundo se detuvo de nuevo.

—¿Qué patente? Papá era arquitecto, no inventor.

—El sistema... el sistema de cimentación... el que se cayó... no falló... ellos lo sabotearon... querían la patente... Elías la quería...

Javi cerró los ojos y empezó a convulsionar, la espuma saliendo de su boca.

—¡Está teniendo una convulsión! —gritó Salgado—. ¡Hay que ponerlo de lado!

Lo giramos.

Mientras sujetaba a mi hermano, viendo cómo su cuerpo luchaba contra los demonios químicos, las palabras resonaban en mi mente.

Patente. Sabotaje.

No fue solo un edificio que se cayó por negligencia. No fue solo un soborno.

Había una tecnología. Algo que mi padre había creado y que los Valdés querían robar. Por eso hundieron el edificio. Para demostrar que la tecnología de *Cortés* fallaba, comprar la patente por centavos a un arquitecto arruinado y luego... ¿qué?

¿Usarla ellos?

Miré hacia arriba, hacia el techo del sótano, pensando en Alejandro herido en la planta de arriba.

La conspiración era mucho más profunda de lo que imaginábamos. No era solo odio personal. Era robo industrial a gran escala cubierto con sangre.

Y Javi, en su delirio, acababa de darnos la llave para destruir el imperio Valdés.

Si lográbamos sobrevivir a la noche.

CAPÍTULO 23

LA ARQUITECTURA DEL ODIO

POV: ALEJANDRO CORTÉS Casa Segura, Valle del Duero, Portugal. 11:00 h.

Despertar no fue volver a la vida; fue volver al dolor.

La consciencia llegó en oleadas de calor febril y punzadas agudas que irradiaban desde mi hombro derecho hasta la base del cráneo. Intenté moverme, un reflejo instintivo para evaluar el entorno, y el mundo estalló en blanco. Un gemido involuntario se escapó de mis labios secos.

—Quieto.

La orden fue suave, pero firme. Sentí una mano fresca sobre mi frente ardiendo.

Abrí los ojos. El techo de vigas de madera vieja desenfocada se aclaró lentamente hasta que vi su cara.

Natalia.

Estaba sentada a mi lado, en una silla de madera incómoda que había arrastrado hasta el borde de la cama improvisada. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos y llevaba la misma ropa sucia de ayer, pero me miraba con una intensidad clínica y feroz que me recordó a las estatuas de los ángeles vengadores.

—No te muevas —repitió—. Los puntos son recientes. Si te mueves, te abrirás la piel y no tengo más hilo de sutura.

Miré hacia abajo. Mi pecho y hombro estaban envueltos en vendas blancas, manchadas ligeramente de rojo en el centro. Mi brazo derecho estaba inmovilizado contra mi torso. Me sentía débil. Patéticamente débil. Como un edificio sin cimientos.

—¿Cuánto tiempo...? —Mi voz sonó como si hubiera tragado vidrio molido.

—Casi diez horas. Tuviste fiebre alta de madrugada. Delirabas.

—¿Qué dije? —El pánico atravesó la neblina de los analgésicos. ¿Había revelado debilidades? ¿Códigos? ¿Miedos infantiles?

Natalia cogió un vaso de agua y me ayudó a beber, sosteniéndome la nuca. El agua fría fue una bendición.

—Nada coherente. Hablabas de planos. De cimientos flexibles. Llamabas a tu padre. —Dejó el vaso y me miró a los ojos—. Y decías mi nombre. Muchas veces.

Cerré los ojos, avergonzado y aliviado a la vez.

—¿Y Javi?

—Está abajo. Salgado lo vigila. La crisis de abstinencia ha pasado a la fase de agotamiento. Duerme.

—Bien. —Intenté incorporarme de nuevo, haciendo una mueca—. Tenemos que irnos. No estamos seguros aquí.

—No vas a ir a ninguna parte, Alejandro. No puedes ni levantar la cabeza. Si intentas caminar, te desmayarás y yo no pienso cargarte otra vez. —Se cruzó de brazos, esa nueva autoridad brillando en su postura—. Estamos seguros. Salgado ha peinado el perímetro. Nadie sabe que estamos en Portugal.

Me dejé caer en la almohada, derrotado por la lógica y la biología. Odiaba esto. Odiaba depender de alguien. Odiaba que ella me viera así, roto y sangrando.

—Natalia... lo que dijo Javi anoche. Sobre la patente.

La expresión de Natalia cambió. Se endureció.

—Lo recuerdo.

—Necesito detalles. Mi padre... mi padre trabajaba en algo antes de morir. Lo llamaba "Proyecto Titán Original". Siempre pensé que eran delirios de grandeza, la obsesión de un hombre que veía cómo su empresa se hundía.

Natalia se acercó más, bajando la voz.

—Javi dijo que los Valdés querían la patente. Un sistema de cimentación flexible. Dijo que el derrumbe del 2006 no fue un error de cálculo ni materiales baratos. Fue sabotaje. Provocaron el fallo estructural para desacreditar la tecnología de tu padre, hundir las acciones y comprar la patente por centavos a través de un testaferro.

Mi mente, afilada por el odio, empezó a conectar los puntos que habían estado dispersos durante veinte años.

El "Proyecto Titán". Un sistema antisísmico revolucionario. Mi padre decía que cambiaría la construcción en zonas inestables. Valía miles de millones.

Cuando *Cortés Holdings* quebró tras el "suicidio" de mi padre y el escándalo del derrumbe, los activos se liquidaron. Las patentes menores se vendieron. Pero la joya de la corona... el Proyecto Titán... desapareció.

Y tres años después, *Desarrollos Valdés* ganó el concurso para construir el nuevo aeropuerto de Ciudad de México, en zona sísmica, utilizando una "tecnología propietaria innovadora".

—Hijos de puta —susurré. La ira era un combustible más potente que cualquier droga—. No solo lo mataron. Le robaron su legado. Le robaron el futuro. Construyeron su imperio sobre el cadáver de mi padre y la reputación del tuyo.

—Y usaron a mi padre como chivo expiatorio —añadió Natalia, con los ojos brillantes de rabia contenida—. Lo obligaron a firmar esa carta para validar que el sistema fallaba. Y luego lo eliminaron y falsificaron el cobro del cheque para sellar la historia con la mancha de la corrupción.

Era perfecto. Era maquiavélico. Elías Valdés no era un simple constructor corrupto. Era un arquitecto del mal.

—Tenemos que destruirlos —dije. Y esta vez no era una amenaza vacía. Era una promesa sagrada.

—Lo haremos. Pero primero tienes que comer. Y lavarte. Hueles a sangre y a muerte.

Natalia se levantó y fue a la cocina. Volvió con un cuenco de caldo caliente y una palangana con agua tibia y jabón.

—Puedo hacerlo yo solo —protesté cuando ella mojó una toalla.

—No, no puedes. Tienes un brazo inútil y el otro está ocupado intentando no parecer que te mueres de dolor. Déjate cuidar, Alejandro. Es una orden.

Me quedé quieto. No tenía fuerzas para discutir.

Natalia empezó a limpiarme la cara con la toalla húmeda. Sus movimientos eran suaves, precisos. Me limpió el sudor de la frente,

la suciedad del cuello. Luego bajó a mi pecho, rodeando con cuidado los vendajes.

Su cercanía era abrumadora. Olía a humo de leña y a su propio aroma corporal, dulce y almizclado.

—Necesito afeitarme —murmuré, tocándome la barba de dos días que me picaba. Me hacía sentir sucio, descuidado.

—Tengo una navaja en el botiquín. Salgado la trajo.

—¿Sabes usarla?

—Aprendo rápido. Anoche aprendí a coser carne humana. Afeitarte no puede ser más difícil.

Trajo la navaja, espuma y un espejo pequeño.

Me aplicó la espuma con los dedos. El contacto de sus yemas en mi mandíbula envió una descarga eléctrica a mi ingle que nada tenía que ver con el dolor. Me miraba los labios, el cuello.

Cogió la navaja. El acero brilló bajo la luz gris de la ventana.

—No tiembles —le advertí, medio en broma, medio en serio.

—Confía en mí.

Acercó la hoja a mi garganta.

Hubo un momento de silencio absoluto. La hoja estaba sobre mi arteria carótida. Un movimiento en falso, un espasmo de odio, y yo estaría muerto. Ella tenía el poder absoluto. Tenía la vida del hombre que la había secuestrado bajo su mano.

Me miró a los ojos. Y yo sostuve su mirada, entregándole el control.

Fue el acto de intimidad más profundo que había experimentado en mi vida. Más que el sexo. Más que compartir secretos financieros. Era poner mi vida en sus manos y saber, con certeza absoluta, que no me haría daño.

Deslizó la navaja.

Ras.

El sonido del acero cortando el pelo duro fue hipnótico. Natalia trabajó con concentración, limpiando la hoja en la toalla, volviendo a mi piel. Afeitó mi cuello, mi barbilla, mis mejillas.

Cuando terminó, me limpió los restos de espuma con la toalla húmeda.

Mi piel estaba suave, expuesta.

—Ya está —susurró. Estaba tan cerca que sentía su aliento en mi boca.

—Gracias.

Ella no se apartó. Sus ojos bajaron a mis labios y luego volvieron a los míos.

—Alejandro...

—Dime.

—Cuando todo esto acabe... cuando matemos a los monstruos... ¿qué pasará con nosotros? ¿Volveré a ser tu empleada? ¿Tu prisionera?

Levanté mi mano izquierda, la sana, y le acaricié la nuca, hundiendo mis dedos en su pelo sucio.

—No eres una empleada, Natalia. Y nunca fuiste realmente una prisionera. Eras... necesaria.

—¿Y ahora?

—Ahora eres vital. —La atraje hacia mí hasta que su frente tocó la mía—. Eres mi vida. No hay un "después" sin ti. Si salimos de esta, quemaré el contrato. Quemaré las deudas. Te daré el mundo si lo quieres. O te daré el olvido. Lo que tú pidas.

—Quiero venganza —dijo ella contra mis labios—. Y te quiero a ti. Vivo.

La besé. Fue un beso suave, sin la urgencia de la violencia, pero con una profundidad que me asustó. Era un beso de alianza. De pacto de sangre.

Nos separamos cuando oímos pasos fuera. Salgado.

—Señor —dijo el jefe de seguridad desde la puerta, carraspeando incómodo—. Tenemos noticias de Madrid.

Me compuse como pude, recuperando la máscara de frialdad.

—Habla.

—Elías Valdés celebra su ochenta cumpleaños este sábado. En su finca privada de La Moraleja. "La Finca". Va a ser el evento del año.

—¿Seguridad?

—Máxima. Muros de cuatro metros, perros, guardias armados y un sistema de identificación biométrica para los invitados.

Miré a Natalia. Ella me devolvió la mirada. Los dos estábamos pensando lo mismo.

—La patente —dije—. Los documentos originales. Elías es un hombre de la vieja escuela. No confía en la nube. Guarda sus trofeos donde puede verlos.

—En su caja fuerte personal —dedujo Natalia—. En su despacho de La Finca.

—Si conseguimos esos papeles, tenemos la prueba del robo, del sabotaje y del móvil para el asesinato. Podemos enviarlo a la cárcel el resto de su miserable vida y destruir su legado.

—Pero no podemos entrar —dijo Salgado—. Señor, con el debido respeto, usted apenas puede sentarse. Y estamos en busca y captura extraoficial por parte de los hombres de Valdés. Si nos acercamos a La Moraleja, nos detectarán.

—No necesitamos entrar por la fuerza —dije, mi mente de estratega empezando a funcionar a pesar de la fiebre—. Necesitamos entrar por la puerta principal.

—¿Cómo? No estamos invitados.

—No. Pero sé quién gestiona el catering. Y sé quién gestiona la seguridad externa. —Sonreí, y sentí cómo la piel de mi cara recién afeitada se estiraba—. Vamos a robar esa fiesta.

—Tú no puedes ir, Alejandro —intervino Natalia—. Mírate. Estás pálido, sudas y tienes un brazo inútil. Si te pones un esmoquin, se notará el abultamiento del vendaje. Si alguien te empuja, te caerás.

—Tengo que ir. No puedo enviarte sola a la boca del lobo.

—Tienes que hacerlo. —Natalia se levantó, adoptando esa postura de guerrera que había nacido en el bosque—. Tú serás el cerebro. Yo seré el cuerpo. Yo entraré. Yo buscaré la caja fuerte. Tú me guiarás por el auricular desde la furgoneta de mando fuera del perímetro.

—Es demasiado peligroso. Elías te conoce. Gonzalo te conoce.

—Llevaré máscara. Es una fiesta de etiqueta, pero puedo improvisar. O mejor... entraré como servicio. Nadie mira a los camareros, Alejandro. Tú me lo enseñaste. Para gente como Elías, el servicio es invisible.

Me quedé callado, evaluando el riesgo. Odiaba la idea de ponerla en peligro. Pero tenía razón. Yo era un lastre físico ahora mismo. Ella era ágil, inteligente y tenía una motivación de acero.

—Necesitamos planos. Necesitamos códigos. Y necesitamos a Lucas.

—Lucas está desaparecido —dijo Salgado.

—No —le corregí—. Lucas está escondido. Pero sé cómo hacerlo salir. Natalia, ¿te acuerdas de la cuenta de correo que usaste?

—Sí.

—Envíale un mensaje. Dile: *"Proyecto Lázaro. Fase 2. La Finca. Sábado. Necesitamos ojos."* Si es tan bueno como dices, sabrá lo que significa.

Natalia asintió.

—Lo haré.

—Salgado —me giré hacia mi hombre—. Prepara el equipo. Necesitamos microcámaras, auriculares de grado militar, inhibidores y explosivos plásticos C4.

—¿C4, señor? —Salgado arqueó una ceja.

—Por si acaso la diplomacia falla. Quiero tener la opción de volar la mansión de Elías con él dentro si tocan a Natalia.

Salgado sonrió levemente.

—Entendido.

—Y una cosa más. —Miré a Natalia, que estaba de pie bajo la luz de la ventana, hermosa y letal—. Consigue un vestido. Negro. Algo que permita movimiento y oculte una *Glock* en el muslo. Si vas a entrar en el baile de los vampiros, Natalia, tienes que ser la más peligrosa de la sala.

Natalia sonrió. No era una sonrisa dulce. Era la sonrisa de la hija de Mateo Vidal, lista para cobrar su deuda.

—No te preocupes, Alejandro. No voy a ir a bailar. Voy a quemar el salón de baile.

El plan estaba trazado. Tres días para prepararnos. Tres días para sanar lo suficiente como para mantenerme en pie. Y luego, el sábado, iríamos a Madrid para dar el golpe final.

La fiesta de cumpleaños de Elías Valdés iba a ser inolvidable. Íbamos a regalarle su propia ruina envuelta en papel de regalo.

Y si moríamos en el intento... al menos moriríamos juntos, con las manos manchadas de la sangre correcta.

CAPÍTULO 24

LA REINA NEGRA

POV: NATALIA VIDAL Casa Segura, Valle del Duero, Portugal. 10:00 h.

La guerra moderna no huele a pólvora. Huele a silicio quemado y a café rancio.

Estaba sentada frente al portátil blindado de Alejandro, en la mesa de la cocina donde horas antes le había cosido la piel. La pantalla mostraba una ventana de chat encriptado con fondo negro y letras verdes que parpadeaban con una cadencia hipnótica.

LUCAS_GHOST: Estoy dentro del perímetro digital, pero el cortafuegos de La Finca es militar. Israelí. No puedo saltármelo desde un cibercafé en Cádiz.

YO: ¿Qué necesitas?

Hubo una pausa. Los tres puntos suspensivos bailaron en la pantalla, burlándose de mi ansiedad.

LUCAS_GHOST: Necesito un puente físico. Alguien tiene que conectar un "Rubber Ducky" (el USB que te di) directamente al servidor principal de la casa. O a cualquier puerto de red cableado dentro del despacho de Elías. Si haces eso, puedo abrir la caja fuerte remotamente en 30 segundos.

Miré a Alejandro. Estaba apoyado en la encimera, pálido pero erguido, con el brazo derecho en cabestrillo bajo una camisa negra holgada. Leí la conversación en voz alta.

—Treinta segundos —repitió Alejandro, calculando—. Es mucho tiempo cuando tienes guardias armados en la puerta.

—Es lo que tenemos —dije, tecleando una respuesta rápida a Lucas: *«Hecho. Prepárate para el sábado a las 23:00.»*

Cerré el portátil. El sonido de la tapa al bajar fue como el martillo de un juez dictando sentencia.

—Ya no hay vuelta atrás —murmuré.

—Nunca la hubo, Natalia. —Alejandro se acercó a mí. Su mano izquierda, la sana, se posó en mi hombro. El calor de su palma atravesó mi jersey—. Desde el momento en que tu padre firmó ese papel y el mío apretó el gatillo, este momento era inevitable. Solo estábamos esperando a encontrarnos.

Me giré para mirarlo. Sus ojos negros estaban limpios de la fiebre de ayer, pero llenos de algo más oscuro: una determinación suicida.

—¿Cómo está el hombro?

—Duele. —No me mintió. Eso era nuevo—. Pero el dolor me recuerda por qué estamos haciendo esto.

—Señor —interrumpió Salgado, entrando desde el pasillo—. El coche está listo. Y el "paquete" para el chico también.

El "paquete" era dinero. Mucho dinero. Y pasaportes falsos. Y un billete de autobús hacia una vida anónima si las cosas salían mal.

—Voy a despedirme —dije, poniéndome de pie.

Bajé al sótano por última vez. Javi estaba despierto, sentado en el sofá viejo, envuelto en una manta. Ya no temblaba, pero parecía un espectro. Sus ojos estaban hundidos, rodeados de sombras

moradas, y su piel tenía ese tono grisáceo de quien ha sobrevivido a una batalla química interna.

Me vio entrar y trató de sonreír. Fue una mueca triste.

—Te vas —dijo. Su voz era un susurro rasposo.

—Nos vamos. A Madrid.

—A matar al dragón.

Me senté a su lado y le cogí las manos. Estaban frías.

—Javi, escúchame bien. Salgado ha dejado a uno de sus hombres, Torres, para cuidarte. En cuanto nos vayamos, te llevarán a una casa segura en el Algarve. Tienes dinero. Tienes una identidad nueva.

—No quiero irme, Nati. Quiero ayudar. Es mi culpa... yo sabía lo de la clínica. Yo...

—Shhh. —Le puse un dedo en los labios—. Lo sé. Sé que te presionaron. Sé que usaron tu debilidad. Pero ahora tu trabajo es sobrevivir. Necesito saber que estás a salvo para poder hacer lo que tengo que hacer. Si te cogen... si Gonzalo te pone una mano encima otra vez... yo me rendiré. ¿Entiendes? Serás mi debilidad.

Javi asintió, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Prométeme que no volverás a jugar —le pedí, apretando sus manos—. Prométeme que la vida que te estoy comprando con esto no la vas a apostar en una ruleta.

—Te lo juro, Nati. Por papá.

—No jures por papá —dije con dureza—. Jura por mí. Que soy la que está viva y la que va a meterse en la boca del lobo por ti.

—Lo juro por ti.

Le abracé. Olía a sudor rancio y a miedo, pero era mi hermano. Era la única sangre que me quedaba.

—Vuelve —me susurró al oído—. Por favor, vuelve.

—Volveré.

Me separé de él antes de romperme. No podía permitirme el lujo de llorar. Las lágrimas empañan la vista, y yo necesitaba ver cada sombra, cada movimiento, cada trampa.

Salí del sótano sin mirar atrás.

Alejandro me esperaba en la puerta principal. Me tendió una chaqueta de cuero negra.

—¿Lista?

Me puse la chaqueta. El cuero crujió.

—Lista.

Furgoneta de Vigilancia Táctica. Autovía A-6, entrada a Madrid. Sábado, 20:30 h.

Madrid nos recibió con su contaminación lumínica habitual, una cúpula naranja que borraba las estrellas.

Estábamos en una furgoneta negra, anónima, de esas que usan los fontaneros o los electricistas. Por fuera, decía *Mantenimiento Integral*. Por dentro, era un centro de mando móvil.

Monitores, equipos de escucha, armas.

Alejandro estaba sentado frente a las pantallas, revisando los planos de "La Finca" por enésima vez. Llevaba un auricular en la oreja

izquierda.

Yo estaba al fondo, en la zona de carga, terminando de vestirme.

El vestido negro.

No era de *Valentino*. Era una pieza que Salgado había conseguido a través de un contacto en el mundo del fetichismo de lujo. Látex líquido y seda negra. Cuello alto, manga larga, pero con una abertura en la pierna izquierda que subía hasta la cadera. Era elegante, sí, pero sobre todo era funcional.

Me ajusté la liga táctica en el muslo derecho. La *Glock 26* subcompacta encajó en la funda con un clic sordo. El vestido caía sobre ella, ocultándola perfectamente, a menos que corriera o alguien metiera la mano donde no debía.

Me miré en el pequeño espejo del baño químico de la furgoneta.

Me había pintado los labios de un rojo tan oscuro que parecía sangre coagulada. Mis ojos estaban delineados con kohl negro, afilados, felinos.

No parecía Natalia Vidal. Parecía la viuda negra de alguien.

Salí a la zona principal.

Alejandro se giró en su silla giratoria.

Se quedó callado.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, desde los tacones de aguja (necesarios para la altura y la actitud, aunque mortales para correr) hasta la abertura del vestido, mi cintura ceñida y finalmente mis ojos.

Hubo un silencio denso en la furgoneta. Salgado y el conductor, discretamente, miraron hacia otro lado.

Alejandro se levantó. Se acercó a mí cojeando levemente, protegiendo su brazo en cabestrillo bajo una chaqueta de traje que colgaba vacía de una manga.

—Estás... —buscó la palabra, pero pareció no encontrar ninguna que encajara—. Letal.

—Esa es la idea.

—Si Elías Valdés tuviera corazón, se le pararía solo con verte entrar.

Levantó su mano sana y me tocó la mejilla. Su pulgar rozó mi labio inferior, emborronando microscópicamente el carmín.

—El auricular —dijo, sacando un pequeño dispositivo del tamaño de una lenteja—. Date la vuelta.

Me giré. Él me apartó el pelo y me introdujo el dispositivo en el oído derecho.

—¿Me oyes? —susurró cerca de mi cuello, aunque no estaba usando el micrófono.

—Te oigo.

—Bien. Estaremos conectados todo el tiempo. Seré tu voz en la cabeza. Te diré dónde están las cámaras, dónde están los guardias. Si digo "fuera", sales. No preguntas, no dudas. Sales. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y Natalia... —Me giró de nuevo hacia él—. Si te descubren... si te acorralan... no te hagas la heroína. Tira el arma, levanta las manos y grita mi nombre. Yo volaré la puerta principal con el C4 y entraré a por ti aunque tenga que matar a medio Madrid.

Asentí. Sabía que lo haría. Y eso me daba más miedo que los guardias de Valdés.

—¿Cómo voy a entrar? —pregunté, cambiando el tema para bajar la tensión sexual y emocional que amenazaba con asfixiarnos.

—Salgado ha interceptado al equipo de catering de *Lhardy*. Tienes un uniforme de camarera en la mochila, por si acaso, pero el plan A es entrar como invitada "sorpresa".

—¿Invitada de quién?

—De Álvaro Mendoza. Un viejo socio de mi padre que odia a los Valdés en secreto pero asiste a sus fiestas por miedo. Le he "convencido" de que te lleve como su acompañante. Te espera en la gasolinera del kilómetro 12.

—¿Convencido?

—Le he recordado ciertas fotos de sus vacaciones en Tailandia que tengo en mi archivo. Será un caballero perfecto.

La furgoneta frenó.

—Estamos en el punto de encuentro —dijo el conductor.

Miré por la ventanilla tintada. Un *Bentley* plateado esperaba bajo las luces de neón de la gasolinera. Un hombre mayor, calvo y nervioso, estaba al volante.

—Es la hora —dijo Alejandro.

Me cogió la mano. Apretó fuerte.

—Tráeme la cabeza del rey, Natalia.

—Te traeré su corona.

Abrí la puerta de la furgoneta y salté al asfalto. El aire de la noche era frío, pero mi sangre ardía. Caminé hacia el *Bentley*, sintiendo el peso de la pistola en mi muslo y la voz de Alejandro en mi oído.

—*Te veo,* —dijo su voz a través del auricular. Sonaba como si estuviera dentro de mi cerebro—. *Camina despacio. Que esperen.*

Entré en el coche de Mendoza. El hombre me miró aterrorizado.

—Señorita Vidal... yo... no quiero problemas.

—Conduzca, Álvaro —le dije con una sonrisa gélida—. Y si actúa con naturalidad, esas fotos de Tailandia desaparecerán mañana. Si no... bueno, su esposa las recibirá con el desayuno.

El coche arrancó.

Urbanización "La Finca", Pozuelo de Alarcón. 21:45 h.

La entrada a la mansión de Elías Valdés era un despliegue de obscenidad.

Coches de lujo —Ferraris, Lamborghinis, Rolls Royces— hacían cola en la entrada de grava, brillando bajo los focos de seguridad. Había guardias con perros pastores alemanes patrullando el perímetro de los muros de cuatro metros.

—*Cámaras en la puerta. Reconocimiento facial,* —dijo la voz de Alejandro en mi oído—. *Baja la cabeza. Usa el abanico.*

Desplegué un abanico negro que llevaba en el bolso de mano y me cubrí la mitad inferior de la cara, fingiendo aburrimiento o calor.

El *Bentley* se detuvo ante el control. Un guardia de seguridad con pinganillo se acercó a la ventanilla.

—Invitación, por favor.

Álvaro le entregó una tarjeta dorada con chip. El guardia la escaneó.

—Señor Mendoza. Adelante. —El guardia se inclinó para mirarme—. ¿La acompañante?

—Es... mi sobrina. Victoria.

El guardia me miró. Yo le sostuve la mirada por encima del abanico, entornando los ojos con altivez.

—Buenas noches, señorita.

Nos dejó pasar.

El coche avanzó por el camino de entrada, flanqueado por cipreses iluminados. Al fondo, la mansión brillaba como un palacio de Versalles moderno. Música clásica salía de las ventanas abiertas.

—*Estamos dentro,* —susurró Alejandro. Oí el alivio en su voz—. *Ahora empieza el baile.*

El coche se detuvo frente a la escalinata. Un aparcacoches abrió mi puerta.

Bajé.

El sonido de mis tacones sobre la piedra fue absorbido por la alfombra roja. El aire olía a jazmín y a dinero viejo.

Entré en el vestíbulo.

Era inmenso. Techos de seis metros, lámparas de araña que costaban más que mi vida entera, y cientos de personas vestidas de etiqueta bebiendo champán y riendo.

Busqué con la mirada.

—*El despacho de Elías está en la segunda planta, ala este,* —me guio Alejandro—. *Pero la escalera principal está vigilada. Tienes que*

buscar el acceso de servicio o esperar a que Elías suba para su "descanso" habitual de las diez y media.

—¿Dónde está el objetivo? —susurré al aire, fingiendo ajustarme el pendiente.

—Elías está en el centro del salón. Rodeado de aduladores. Gonzalo está en la barra, bebiendo como si no hubiera un mañana. Cuidado con él.

Vi a Gonzalo. Estaba de espaldas, con un vendaje discreto en la nuca y cojeando visiblemente. Estaba discutiendo con un camarero.

Me mezclé con la multitud. Cogí una copa de champán para tener algo en las manos. Me moví por el perímetro del salón, observando, analizando.

—Natalia, cuidado a tu derecha. Viene la mujer del Ministro.

Me giré justo a tiempo para evitar chocar con una señora enjoyada que gesticulaba salvajemente.

—Gracias —murmuré. Era útil tener un ojo de Dios.

Llegué al pie de la escalera principal. Dos guardias de seguridad privada, tipos grandes con trajes mal ajustados, bloqueaban el paso.

—Zona privada, señorita —dijo uno cuando me acerqué.

—Busco el tocador —mentí, poniendo mi mejor cara de inocencia.

—Los aseos están en la planta baja, al fondo a la izquierda.

Mierda.

—No insistas, —advirtió Alejandro—. *Da la vuelta. Ve hacia la cocina. Hay un montacargas de comida que sube directamente a la planta superior.*

Me retiré con una sonrisa de disculpa.

Crucé el salón de nuevo. Sentía las miradas de los hombres resbalar por mi vestido negro. Me sentía poderosa y sucia a la vez.

Llegué a la zona de servicio. Una puerta batiente se abría y cerraba constantemente con el tráfico de camareros.

Esperé el momento.

Un camarero salió con una bandeja vacía enorme, bloqueando la visión. Me deslicé detrás de él y entré en el pasillo de servicio.

Aquí el ruido de la fiesta se apagó, sustituido por el tintineo de platos y órdenes a gritos.

Nadie me miró. Iban demasiado rápido.

Encontré el montacargas. Era pequeño, para subir bandejas. No cabía una persona.

—Alejandro, el montacargas es enano. No quepo.

—Mierda. Los planos eran antiguos. Vale, plan B. Busca la escalera de incendios exterior. Está al final de ese pasillo, salida de emergencia.

Caminé hacia el fondo. La puerta de emergencia tenía una barra antipánico.

—Si la abro, sonará la alarma.

—No si Lucas hace su magia. Lucas, ¿estás ahí?

Hubo un momento de silencio. Luego, una voz distorsionada y metálica entró en mi oído.

—Aquí Ghost. Estoy en el sistema perimetral. Dame diez segundos para puentear el sensor de esa puerta.

Esperé. Conté los latidos de mi corazón.

—Uno... dos... tres... ya. Abre ahora.

Empujé la barra.

La puerta se abrió. No hubo sirena. Solo el aire frío de la noche.

Salí a una terraza lateral oscura. Había una escalera de caracol de hierro que subía hacia los balcones de la segunda planta.

—Sube, —ordenó Alejandro—. *Y saca el arma. Estás fuera de la zona de confort.*

Me subí el vestido, saqué la *Glock* de la muslera y quité el seguro.

Empecé a subir. El viento movía mi vestido. Mis tacones eran un peligro en los escalones de rejilla, así que me los quité. Los dejé allí. Subí descalza, con el metal frío mordiéndome las plantas de los pies.

Llegué al balcón del segundo piso.

La puerta ventana estaba cerrada. Miré a través del cristal.

Era un dormitorio de invitados. Vacío.

—Lucas, necesito entrar, —susurré.

—Esa cerradura es mecánica, Nati. No puedo abrirla. Tienes que romper el cristal o forzarla.

Miré el cierre. Era simple.

Me quité una horquilla del pelo.

—Voy a intentarlo.

—Rápido. Hay un guardia haciendo la ronda en el pasillo de arriba. Pasará por esa puerta en dos minutos.

Manipulé la cerradura. Mis manos no temblaban. La práctica con Alejandro había servido.

Clic.

La puerta se abrió.

Entré. Cerré tras de mí.

Estaba dentro de la zona privada.

—El despacho de Elías está al final del pasillo a la derecha. Doble puerta de caoba.

Salí al pasillo. La alfombra era tan gruesa que mis pies descalzos se hundían en ella.

Escuché pasos.

El guardia.

Me pegué a la pared, detrás de una columna decorativa.

El guardia pasó. Iba mirando el móvil.

Esperé a que doblara la esquina.

Corrí hacia el despacho.

Llegué a la puerta doble.

—Está cerrada electrónicamente, —dijo Lucas—. *Dame un segundo... 3, 2, 1... Dentro.*

Se oyó un zumbido y el pestillo se liberó.

Entré en el despacho de Elías Valdés.

Olía a puros caros y a cuero viejo. Era una habitación imponente, llena de trofeos de caza y estanterías de libros que nadie leía.

Y allí, detrás del escritorio, estaba el cuadro. Un retrato de Elías joven.

—*La caja fuerte está detrás del cuadro,* —dijo Alejandro—. *Mueve el marco.*

Me acerqué. Moví el cuadro. Pesaba.

Detrás había una caja fuerte de acero digital.

—*Conecta el USB,* —dijo Lucas con urgencia—. *Hay un puerto de servicio debajo del panel numérico.*

Busqué el puerto. Allí estaba. Saqué el "Rubber Ducky" de mi escote y lo enchufé.

Una luz roja se encendió en el USB. Luego cambió a verde parpadeante.

—*Estoy dentro,* —dijo Lucas—. *Descifrando código... esto va a tardar un poco. Es encriptación de grado militar.*

—¿Cuánto? —pregunté, mirando la puerta.

—*Dos minutos.*

Dos minutos eternos.

Me quedé allí, de pie en la oscuridad, con la pistola en la mano y los pies descalzos sobre la alfombra persa, esperando a que la tecnología hiciera su trabajo.

De repente, la puerta del despacho se abrió.

No fue el guardia.

La luz del pasillo recortó una silueta que conocía demasiado bien. Una silueta coja, encorvada, pero peligrosa.

Gonzalo Valdés.

Entró y cerró la puerta. Encendió la luz.

Me quedé paralizada junto a la caja fuerte abierta, con el USB parpadeando.

Gonzalo me vio.

Sonrió. Su labio partido se estiró en una mueca grotesca.

—Sabía que vendrías —dijo, sacando una pistola plateada de su chaqueta—. Las ratas siempre vuelven a por el queso.

—*¡Natalia!* —gritó Alejandro en mi oído—. *¡Sal de ahí!*

Pero no podía salir. Gonzalo estaba entre la puerta y yo.

Levanté mi arma y le apunté al pecho.

—Suelta el arma, Gonzalo.

Él se rió.

—¿Vas a dispararme, muñeca? ¿Tú? ¿Con esas manos de pianista?

—Pruébame.

—No tienes agallas. Tu padre tampoco las tenía. Lloró como un bebé antes de que lo tiráramos por la ventana.

La confesión.

Ahí estaba. Clara. Brutal.

Mi dedo se tensó en el gatillo.

—Lo matasteis.

—Era un estorbo. Igual que tú. —Gonzalo amartilló su arma—. Despídete, Natalia. Esta vez no hay príncipe azul para salvarte.

—*¡VOY A ENTRAR!* —La voz de Alejandro rugió en mi oído—. *¡AGUANTA!*

—No necesito un príncipe —dije, mirando a los ojos del asesino de mi padre—. Necesito un testigo.

Y disparé.

CAPÍTULO 25

SINFONÍA DE CRISTAL Y HUESO

POV: ALEJANDRO CORTÉS Pasillo de la Primera Planta, Mansión "La Finca". 22:15 h.

El sonido de un disparo de 9 milímetros no se parece a nada. En las películas es un *bang* limpio. En la vida real, en un pasillo cerrado con techos altos y acústica de mármol, es un latigazo seco, un *CRACK* que rompe el aire y te deja un pitido sordo en el oído interno.

Lo escuché a través de mi auricular y a través de las paredes simultáneamente.

—*No necesito un príncipe. Necesito un testigo.*

Y luego, el disparo.

El mundo se detuvo durante un microsegundo. La música de cámara que flotaba desde el salón principal, un vals de Strauss insultantemente alegre, pareció desafinar.

Me arranqué el pinganillo de la oreja izquierda. Ya no necesitaba escuchar. Necesitaba matar.

Estaba apoyado en una columna cerca de la escalera de servicio, vestido con el uniforme negro de la seguridad perimetral que Salgado había conseguido "prestado" de un guardia inconsciente en el jardín trasero diez minutos antes. La chaqueta me apretaba en el hombro herido, y el cabestrillo oculto bajo la tela era una tortura constante, pero la adrenalina que inundó mi torrente sanguíneo borró el dolor.

—Natalia —gruñí, activando el micrófono de garganta—. Natalia, reporta.

Silencio. Solo estática.

—¡NATALIA!

Nada.

El pánico es frío. La furia es caliente. Lo que sentí fue una mezcla de ambas, un napalm emocional que me impulsó hacia adelante.

Me olvidé del sigilo. Me olvidé de la infiltración.

Salí de las sombras y encaré el pasillo principal de la primera planta. Un guardia de los Valdés estaba allí, hablando por su radio, con la mano en la funda de su arma. Me vio venir. Vio mi cara. Y supo, un segundo demasiado tarde, que no era uno de los suyos.

—¡Alto! Identifiq...

No le dejé terminar.

Le golpeé en la garganta con el antebrazo izquierdo, el sano. El cartílago de su laringe crujió bajo el impacto. El hombre se dobló, boqueando por aire. Le agarré la cabeza y la estampé contra la pared revestida de seda damasquina. Cayó como un saco de patatas.

No me detuve.

Subí la escalera hacia la segunda planta de dos en dos zancadas. Mi hombro derecho palpitaba con cada paso, como si alguien estuviera clavándome un cuchillo caliente en la herida recién cosida. Apreté los dientes hasta que me dolieron las encías. *El dolor es información. El dolor significa que estás vivo.*

Llegué al rellano de la segunda planta.

Dos guardias más corrían hacia la puerta del despacho de Elías. Habían oído el disparo.

Saqué mi *Glock* con la mano izquierda. No era mi mano dominante, pero había entrenado lo suficiente para no fallar a esa distancia.

—¡Al suelo! —rugí.

Se giraron. Uno de ellos levantó su subfusil.

Disparé.

BAM. BAM.

Dos tiros a las piernas. No quería matarlos. No todavía. Quería quitarlos de en medio.

Los guardias cayeron gritando, resbalando en la alfombra persa.

Pasé por encima de ellos, ignorando sus alaridos. Pateé el arma de uno de ellos lejos de su alcance.

Llegué a la puerta doble de caoba del despacho. Estaba cerrada.

—¡Natalia! —grité, golpeando la madera con el hombro sano.

—¡Está abierta! —La voz de ella. Viva. Firme.

Empujé la puerta y entré, barriendo la habitación con el cañón de mi pistola.

La escena se grabó en mi retina como una fotografía forense.

El despacho olía a pólvora quemada, a ozono de servidores calientes y a sangre fresca. El cuadro de Elías Valdés estaba movido, revelando la caja fuerte abierta. Una luz verde parpadeaba en un dispositivo USB conectado al panel.

Y en el centro de la habitación, el caos.

Gonzalo Valdés estaba en el suelo, de espaldas, retorciéndose como un gusano. Se agarraba el estómago con ambas manos. La sangre negra brotaba entre sus dedos, manchando su camisa blanca de etiqueta y empapando la alfombra beige. Gemía, un sonido burbujeante y húmedo.

Natalia estaba de pie a dos metros de él.

Sostenía la pistola con ambas manos, apuntando todavía al cuerpo caído. Su pecho subía y bajaba con violencia. Su vestido negro de látex y seda brillaba bajo la luz de la lámpara de araña. Tenía los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas, pero no temblaba.

Parecía una diosa de la destrucción.

Me acerqué a ella rápidamente, bajando mi arma pero manteniéndome alerta.

—¿Estás herida? —La agarré del brazo, escaneándola en busca de sangre que no fuera de Gonzalo.

Ella parpadeó, saliendo del trance. Me miró.

—No. Estoy bien. —Su voz era extrañamente calmada—. Me iba a disparar. Él sacó el arma primero.

—Lo sé. —Miré a Gonzalo. El disparo había sido en el abdomen. Doloroso. Lento. Mortal si no se trataba rápido. Natalia no había apuntado a la pierna como yo. Había tirado a matar—. Lo has hecho bien.

—Dijo que tiraron a mi padre por la ventana —susurró ella, sin dejar de mirar al hombre que se desangraba—. Dijo que lloró como un bebé.

Sentí una punzada de oscuridad en el pecho. Me acerqué a Gonzalo. Me agaché a su lado, clavando la rodilla en el suelo. Él me miró con ojos vidriosos, llenos de terror y odio.

—Cortés... —escupió sangre—. Estás muerto. Mi padre...

—Tu padre va a pasar el resto de su vida en la cárcel, Gonzalo. —Le agarré la barbilla con mi mano izquierda, obligándole a mirarme—. Y tú... tú vas a morir aquí, oliendo tu propia mierda, sabiendo que fuiste derrotado por la hija del hombre que asesinasteis.

—Vete al infierno.

—Guárdame un sitio.

Me levanté.

—Lucas —dije al aire—. ¿Tienes los archivos?

—*Al 98%,* —respondió la voz de Lucas en mi oído, tensa y rápida—. *El tiroteo ha activado una alerta en el servidor, pero el "Rubber Ducky" está chupando los datos a velocidad luz. Necesito diez segundos más.*

—No tenemos diez segundos —dije, oyendo las sirenas de la seguridad perimetral acercándose. El tiroteo en el pasillo había alertado a toda la finca.

Me giré hacia Natalia.

—Coge el USB. Ahora.

Ella corrió hacia la caja fuerte.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

No eran guardias.

Era Elías Valdés.

El viejo patriarca entró apoyado en su bastón, con la cara roja de ira, seguido por cuatro hombres de seguridad armados con fusiles de asalto.

Vio a su hijo en el suelo. Vio la sangre.

—¡Gonzalo! —gritó. Luego levantó la vista hacia nosotros. Su expresión cambió del dolor a la pura maldad—. ¡Matadlos! ¡Matadlos a los dos!

Me lancé hacia Natalia, cubriéndola con mi cuerpo, y nos tiramos detrás del escritorio macizo de roble justo cuando los disparos empezaron.

RATATATA-TA.

La madera del escritorio estalló en astillas sobre nuestras cabezas. Libros, lámparas y trofeos de caza volaron por los aires.

Estábamos atrapados. Cuatro fusiles contra dos pistolas y un hombre herido.

—¡El USB! —le grité a Natalia sobre el estruendo.

—¡Lo tengo! —Me enseñó el pequeño dispositivo en su mano. La luz verde estaba fija. Lucas lo había conseguido.

—Bien. Ahora tenemos que salir de aquí.

—¿Cómo? —Natalia recargó su arma con manos expertas—. Están bloqueando la puerta.

Miré hacia atrás. La ventana. Un ventanal enorme de estilo francés que daba a los jardines traseros. Estábamos en una segunda planta. Abajo había una terraza de piedra.

—La ventana —dije.

—Es cristal blindado, Alejandro. No podemos romperlo.

Sonreí. Saqué el detonador remoto de mi bolsillo.

—No voy a romper el cristal. Voy a romper la fiesta.

—*Salgado,* —hablé por el micro—. *Fuegos artificiales. Ahora.*

—*Entendido, señor.*

Apreté el botón.

¡BOOOOOOM!

La explosión no fue en la casa. Fue en el garaje exterior, a cincuenta metros de la fachada principal. Habíamos colocado cargas C4 en dos de los coches de lujo aparcados cerca de los generadores eléctricos.

La onda expansiva sacudió la mansión.

Las luces se apagaron. Todo el sistema eléctrico de La Finca colapsó. Oscuridad total.

Los disparos cesaron un instante por la sorpresa.

—¡Gafas! —le ordené a Natalia.

Ella sacó unas gafas de visión nocturna compactas de su muslera (parte del equipo que le había dado Salgado) y se las puso. Yo me puse las mías.

El mundo se volvió verde.

Los hombres de Elías estaban ciegos, gritando órdenes confusas en la oscuridad.

—¡A la ventana!

Nos levantamos y disparamos hacia la puerta, creando una cortina de fuego para mantenerlos agachados. Corrimos hacia el ventanal.

—¡Apártate! —grité.

Disparé a las bisagras de la ventana. Cuatro tiros precisos. El blindaje aguantaba las balas en el cristal, pero el marco de madera no aguantaba el fuego concentrado en los puntos de anclaje.

Le di una patada a la hoja de la ventana. Cayó hacia afuera con un estruendo de cristales rotos.

El aire frío de la noche entró en el despacho, arrastrando el humo de la explosión.

—¡Salta! —le dije a Natalia.

—¡Es muy alto!

—¡Hay una pérgola abajo! ¡Salta a la enredadera!

Los guardias habían encendido linternas. Los haces de luz barrían la habitación.

—¡Ahí están!

Las balas empezaron a silbar a nuestro alrededor de nuevo. Una impactó en el marco de la ventana, a centímetros de mi cabeza.

Agarré a Natalia por la cintura y nos lanzamos al vacío.

Caímos tres metros. Aterrizamos sobre el techo de madera y vegetación de una pérgola del jardín. La madera crujió y se rompió bajo nuestro peso.

Caímos otros dos metros hasta el suelo de césped.

El impacto me sacó el aire de los pulmones. Mi hombro derecho aulló de dolor. Sentí que algo se rasgaba por dentro. Los puntos. Se habían soltado.

Rodé por la hierba, jadeando.

—¡Alejandro!

Natalia estaba a mi lado, tirando de mí.

—Estoy bien... corre...

Nos levantamos. El jardín era un caos. Gente corriendo, alarmas sonando con baterías de emergencia, el resplandor naranja del incendio en el garaje iluminando la noche.

Corrimos hacia el muro perimetral oeste, donde Salgado debía estar esperando.

—¡Por allí! —grité, señalando una zona de setos oscuros.

De repente, un perro. Un pastor alemán enorme salió de la oscuridad, ladrando con furia, directo a la garganta de Natalia.

—¡Cuidado!

No pude disparar. Estaba demasiado cerca de ella.

Me interpuse.

El perro saltó. Me golpeó en el pecho, derribándome. Sus mandíbulas se cerraron en mi antebrazo izquierdo, el sano. Los dientes perforaron la tela y la carne.

Grité de dolor.

El perro sacudió la cabeza, intentando desgarrar.

—¡Alejandro!

Oí un disparo.

El perro se quedó flácido encima de mí. Natalia le había disparado en la cabeza a quemarropa.

Me quitó el peso muerto del animal de encima.

—¡Levántate! ¡Vienen más!

Me ayudó a incorporarme. Mi brazo izquierdo sangraba. Mi hombro derecho sangraba. Estaba hecho un mapa de heridas.

—Eres una maldita valquiria —jadeé, mirándola con una mezcla de dolor y adoración absoluta.

—Cállate y corre.

Llegamos al muro. Salgado había lanzado una escala de cuerda desde el otro lado.

—Sube tú primero —dije, empujándola.

Natalia trepó con agilidad, a pesar del vestido y los tacones que ya había perdido en algún momento de la carrera. Llegó arriba y se dejó caer al otro lado.

Yo intenté subir. Mi cuerpo no respondía. Mis brazos no tenían fuerza.

—¡Alejandro! ¡Dame la mano!

Natalia estaba asomada desde la cima del muro. Salgado también apareció.

Me agarré a la cuerda con la mano izquierda, la mordida. Dolía como el infierno.

Tiraron de mí. Me arrastraron muro arriba como un saco de carne.

Caí al otro lado, sobre la tierra húmeda del bosque exterior.

Salgado y el conductor me cogieron y me metieron en la furgoneta. Natalia saltó detrás.

—¡Vámonos! —gritó Salgado—. ¡Ya!

La furgoneta arrancó derrapando, alejándose de la columna de humo y sirenas que era ahora la mansión de los Valdés.

Me dejé caer en el suelo de la furgoneta. No tenía fuerzas para subir al asiento.

Natalia se tiró a mi lado. Tenía la cara manchada de sangre —mía, de Gonzalo, del perro— y el vestido rasgado.

Me buscó la cara con las manos.

—Alejandro... mírame. No te duermas.

—Lo tenemos —susurré, intentando sonreír—. Tenemos la patente. Tenemos la prueba.

—Lo tenemos.

Ella sacó el USB de su escote y lo apretó en mi mano ensangrentada.

—Has matado a Gonzalo —dije. Mi voz se desvanecía.

—No sé si está muerto. Pero no se va a levantar pronto.

—Bien.

El dolor empezó a remitir, sustituido por un frío entumecedor. Pérdida de sangre. Otra vez.

—Natalia...

—Estoy aquí.

—Si muero... —Le apreté la mano con la poca fuerza que me quedaba—. Quédatelo todo. Destrúyelos. Y no dejes que nadie te vuelva a poner un collar.

—No vas a morir, idiota. —Ella lloraba ahora. Lágrimas calientes que caían sobre mi cara fría—. Eres demasiado malo para morir. Y yo te necesito.

—¿Me necesitas?

—Te necesito para que veas cómo arden.

Me besó. Un beso desesperado, salado por las lágrimas y metálico por la sangre.

Y en ese caos, en el suelo de una furgoneta a 140 kilómetros por hora, huyendo de un asesinato y un robo, me di cuenta de que Elías Valdés tenía razón en una cosa.

La niña se parecía a su padre. Pero era mucho, mucho más peligrosa.

Porque Mateo Vidal había muerto por miedo.

Natalia Vidal estaba dispuesta a matar por amor.

Cerré los ojos, dejándome llevar por el movimiento del vehículo, sabiendo que, pasara lo que pasara, había ganado. No la guerra contra los Valdés, eso estaba por ver. Pero había ganado algo más importante.

Había encontrado a alguien capaz de correr conmigo en la oscuridad sin pedir una linterna.

CAPÍTULO 26

LA ANATOMÍA DEL MIEDO

POV: NATALIA VIDAL Furgoneta en movimiento. Carretera de Toledo (A-42), Madrid. 23:45 h.

El mundo se reducía al olor a cobre.

Era un olor denso, ferroso, que se te pegaba al paladar y cubría la lengua como una moneda vieja. Llenaba la parte trasera de la furgoneta, sofocando el aroma a gasolina y caucho quemado.

Miré mis manos. Bajo la luz intermitente de las farolas de la autopista que se filtraba por las ventanillas tintadas, parecían negras. Pero yo sabía que eran rojas.

Estaba arrodillada en el suelo metálico, acunando la cabeza de Alejandro en mi regazo. Mi vestido de látex y seda, esa pieza de alta costura diseñada para seducir y matar, estaba destrozado. Rasgado en el muslo, manchado de barro y fluidos corporales.

Alejandro temblaba.

No era el temblor de la fiebre. Era el temblor del shock. Su cuerpo, esa máquina perfecta de músculo y arrogancia, estaba fallando. La mordedura del perro en su brazo izquierdo era un amasijo de carne desgarrada que sangraba a través del torniquete improvisado que Salgado le había hecho con su corbata. Pero lo que me aterraba era el hombro derecho. La herida de bala que yo había cosido en Portugal se había abierto al caer de la ventana. Los puntos habían saltado.

Se estaba desangrando sobre mí.

—Aguanta —le susurré, acariciando su pelo empapado de sudor frío —. No te atrevas a cerrarlos. Mírame, Alejandro. Mírame.

Él parpadeó lentamente. Sus pestañas oscuras aletearon contra sus pómulos pálidos. Sus ojos, habitualmente pozos de petróleo sin fondo, estaban vidriosos, desenfocados.

—Nat... —Su voz fue una burbuja de sangre—. El USB...

—Lo tengo. Lo tengo aquí, guardado. No hables.

—Salgado —llamé, gritando hacia la cabina del conductor a través de la mampara abierta—. ¡Se está enfriando! ¡Está entrando en hipotermia! ¡Pon la calefacción al máximo!

—Está al máximo, señora —respondió Salgado. Su voz sonaba tensa, profesional, pero podía oír el miedo debajo—. Estamos a diez minutos.

—¿A diez minutos de dónde? —exigí saber—. No podemos ir a un hospital. La policía estará peinando todas las urgencias de Madrid.

—Vamos a Usera. Conozco a un veterinario.

—¿Un veterinario? —Lo miré incrédula—. ¡Es una persona, Salgado! ¡No un perro!

—Es un cirujano veterinario que perdió la licencia por operar a gente que no debía ser operada. Es discreto. Debe favores a la familia Cortés. Es nuestra única opción. Portugal está demasiado lejos. No llegaría vivo.

Miré a Alejandro. Sus labios estaban azules. Su piel tenía el color del mármol sucio.

—Vale —dije, tragándome la bilis—. Usera. Rápido.

El coche dio un bandazo al tomar una salida brusca. Me golpeé el hombro contra la pared de la furgoneta, pero no solté a Alejandro. Me aferré a él como si mi calor pudiera mantenerlo en este mundo por pura ósmosis.

Cerré los ojos y, en la oscuridad de mis párpados, vi el destello.

El fogonazo de mi pistola.

Vi la cara de Gonzalo Valdés. La sorpresa. El miedo. Y luego, el dolor.

Le había disparado.

No a la pierna. No al hombro. Al estómago.

Había sentido el retroceso del arma subir por mis brazos hasta el cuello. Había visto cómo la bala impactaba, cómo la tela blanca de su camisa se hundía y luego florecía en rojo.

He matado a un hombre.

La idea rebotó en mi cráneo, absurda y terrorífica. Yo, Natalia Vidal, la chica que lloraba con las películas de Disney, la periodista que creía en la ética y la verdad, había apretado el gatillo con la intención de matar.

Y lo peor no era el acto.

Lo peor era que no sentía arrepentimiento.

Sentía una satisfacción oscura, fría y viscosa, anidada en el fondo de mi estómago. Gonzalo se lo merecía. Había confesado el asesinato de mi padre con una sonrisa en los labios. Había disfrutado de mi dolor.

«No tienes agallas», me había dicho.

Se equivocaba. Tenía agallas. Tenía las agallas de Alejandro Cortés corriendo por mis venas ahora mismo.

Alejandro se movió en mi regazo, gimiendo.

—Fuego... —murmuró.

—No hay fuego, amor. Solo frío.

—Quema...

Le toqué la frente. Estaba helado, pero él sentía que ardía. Mala señal. Muy mala señal.

La furgoneta frenó en seco. Las ruedas chirriaron.

—Hemos llegado —anunció Salgado.

La puerta trasera se abrió.

El aire de la calle entró de golpe, oliendo a basura fermentada y humo de diésel. Estábamos en un callejón trasero, rodeados de edificios de ladrillo rojo y contenedores desbordados. Un cartel de neón parpadeaba en la esquina: *CLÍNICA VETERINARIA EL SUR - URGENCIAS 24H*.

Salgado y el conductor bajaron a Alejandro. Él gritó cuando lo movieron. Fue un sonido desgarrador que hizo que un gato callejero saliera disparado de debajo de un coche.

—Andando —dijo Salgado.

Lo cargaron entre los dos. Yo salí detrás, tropezando con mis pies descalzos y sucios sobre el asfalto lleno de cristales y colillas.

Salgado golpeó la persiana metálica de la clínica con un ritmo específico. *Pom-pom... pom.*

La persiana se levantó medio metro.

—¡Dentro!

Nos arrastramos bajo el metal.

El interior olía a desinfectante industrial y a pelo de animal mojado. Era una sala de espera pequeña, con sillas de plástico naranja y pósteres de perros sonrientes que parecían burlarse de nuestra situación.

Un hombre bajo, calvo y con una bata blanca manchada de amarillo, nos esperaba. Tenía cara de no haber dormido en una semana y de desayunar whisky.

—Salgado —dijo el hombre, mirando el bulto ensangrentado que traían—. Me dijiste que era un problema de "peso". No me dijiste que me traías al puto Príncipe de las Tinieblas.

—Cállate y trabaja, Doc. Te pagaremos el triple.

—Llevadlo al quirófano 2. El grande.

Corrimos por un pasillo estrecho. Ladridos de perros hospitalizados nos acompañaron, una banda sonora de ansiedad canina.

Entramos en el quirófano.

Era una sala alicatada de blanco hasta el techo, con una mesa de acero inoxidable en el centro. Había correas en la mesa. Correas para sujetar a un Gran Danés o a un caballo.

Colocaron a Alejandro sobre el metal frío.

—Luz —ordenó el Doc.

Encendió la lámpara cialítica. La luz blanca y potente iluminó el desastre.

Alejandro parecía un cadáver. Su pecho apenas se movía. La sangre goteaba rítmicamente al suelo. *Ploc. Ploc. Ploc.*

El veterinario cortó la ropa de Alejandro con unas tijeras grandes. El tejido empapado cayó al suelo.

—Joder —silbó el Doc al ver las heridas—. Mordedura profunda en antebrazo izquierdo con desgarro muscular. Herida de bala en hombro derecho reabierta y posiblemente infectada. Múltiples contusiones. Pérdida de sangre estimada: un litro y medio.

Me miró a mí.

—Tú. Niña. ¿Qué grupo sanguíneo es?

—A negativo —respondí automáticamente. Lo sabía porque lo había leído en su ficha médica robada.

—Tengo dos bolsas de O negativo en la nevera. Sangre universal. Debería valer. Pero es sangre vieja. De contrabando.

—Pónsela —dije—. Ahora.

—Necesito manos. Salgado, sujeta las piernas. Tú, niña, ven aquí. Vas a ser mi enfermera.

—No sé si podré... —Me miré las manos temblorosas.

—No me importa si puedes o no. Si quieres que viva, agarras este separador y mantienes la herida abierta mientras yo busco la arteria que sangra. Si te desmayas, se muere. Así de simple.

La brutalidad de sus palabras funcionó mejor que cualquier consuelo. Me espabiló.

Me acerqué a la mesa. El olor a sangre fresca era abrumador.

El Doc canalizó una vía en el brazo sano de Alejandro y conectó la bolsa de sangre. El líquido rojo oscuro empezó a fluir hacia sus venas colapsadas.

—Vamos a empezar con el hombro. Es lo que lo está matando.

Me pasó un instrumento metálico frío.

—Mete esto ahí y tira hacia atrás. Fuerte.

Obedecí. Metí el metal en la carne abierta de Alejandro. Estaba caliente. Resbaladiza.

Tiré.

El Doc empezó a trabajar. Sus manos eran rápidas, eficientes, acostumbradas a tratar con pacientes que muerden y patalean. Cauterizó vasos sanguíneos con un bisturí eléctrico. El olor a carne quemada llenó la habitación, mezclándose con el olor metálico de la sangre. Tuve arcadas, pero me las tragué.

Alejandro se movió.

A pesar de la sedación ligera que le habían puesto, el dolor atravesó la química.

Abrió los ojos. Pupilas puntiformes.

—¡Sujetadlo! —gritó el Doc—. ¡Si se mueve le corto un nervio!

Me incliné sobre su cara, sin soltar el separador con una mano, usando la otra para acariciar su frente sudada.

—Alejandro, mírame. Estoy aquí. No te muevas.

Me miró. No me reconoció al principio. Había pánico en sus ojos. Pánico primario. El pánico de la presa.

—Shhh... —le susurré, pegando mi cara a la suya, manchándome la mejilla con su sangre—. Soy yo. Soy Natalia. Soy tu reina negra. ¿Recuerdas? Vamos a quemarlos. Pero tienes que quedarte quieto.

Su respiración se calmó un poco. Su mirada se ancló en la mía.

—Duele... —gimió.

—Lo sé. El dolor es información. Estás vivo.

—No... duele... que tú... veas esto.

Se refería a su debilidad. A su cuerpo roto sobre una mesa de veterinario. Incluso al borde de la muerte, su orgullo era lo más grande de la habitación.

—Cállate, idiota arrogante. —Le besé en la sien—. Aguanta.

La cirugía duró una hora eterna.

El Doc limpió la mordedura del perro, desbridando el tejido muerto y cosiendo con hilo grueso negro. *"Costura de batalla"*, lo llamó. Dejaría una cicatriz fea. Una marca de guerra.

Cuando terminó, Alejandro estaba inconsciente de nuevo, estable pero débil.

—Está hecho —dijo el Doc, quitándose los guantes ensangrentados —. Si pasa la noche sin fiebre, vivirá. Si tiene fiebre... bueno, yo soy veterinario, no hago milagros.

Me separé de la mesa. Mis piernas eran de gelatina.

—¿Hay un baño? —pregunté.

—Al fondo. Hay ducha. Y ropa limpia en la taquilla. Ropa de matorral, pero limpia.

Caminé hacia el baño como una sonámbula.

Entré y cerré la puerta. El espejo estaba sucio, moteado de óxido.

Me miré.

La mujer del espejo me devolvió la mirada con ojos de loca.

Tenía el maquillaje corrido, rímel negro bajando por mis mejillas como lágrimas negras. Tenía sangre seca en el cuello, en los brazos, en el escote. El vestido de látex estaba roto. Parecía una superviviente de un apocalipsis.

Y en mi muslo, la funda de la pistola vacía.

Me quité el vestido. Cayó al suelo con un sonido húmedo.

Entré en la ducha. El agua salió fría al principio, luego hirviendo.

Froté. Froté mi piel hasta que se puso roja. Quería quitarme la sangre de Alejandro. Quería quitarme la sangre invisible de Gonzalo. Quería quitarme la sensación de las manos de Elías Valdés, metafóricamente rodeando mi cuello durante veinte años.

Me senté en el suelo de la ducha, abrazando mis rodillas, y dejé que el agua me golpeara.

No lloré.

Ya no me quedaban lágrimas.

Solo me quedaba una resolución fría, dura como un diamante.

Salí, me sequé y me puse la ropa que encontré: unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca con el logo de una marca de pienso para perros. Me quedaba enorme.

Volví a la sala de recuperación.

Alejandro estaba en una jaula.

Literalmente. El Doc lo había puesto en una de las jaulas grandes de recuperación post-operatoria para perros grandes, en el suelo, sobre colchonetas limpias y mantas térmicas. La puerta de rejas estaba abierta, pero la imagen era brutal. El león enjaulado.

Salgado estaba sentado en una silla, limpiando su arma.

—Descansa, Salgado —le dije—. Yo me quedo con él.

—Señora, usted necesita dormir.

—No puedo dormir. Si cierro los ojos, veo el disparo.

Salgado asintió, comprendiendo. Se retiró al pasillo para hacer guardia.

Me metí en la jaula con Alejandro. Me senté en las colchonetas, a su lado.

Estaba dormido. Su pecho subía y bajaba con un ritmo tranquilizador.

Saqué el USB de mi bolsillo. El *Rubber Ducky*.

Era pequeño. Negro. Inocente.

Pero dentro de ese trozo de plástico estaba el fin de los Valdés. Y nuestra libertad. O nuestra condena.

Lo apreté en mi puño hasta que las aristas se me clavaron en la palma.

Alejandro se movió. Su mano sana buscó algo en el vacío.

Le cogí la mano. Él suspiró y se relajó al instante.

—Estamos en el infierno, Alejandro —le susurré en la oscuridad de la clínica veterinaria, rodeados de olor a perro y medicina—. Pero al menos, esta vez, yo tengo el tridente.

Miré hacia la puerta de rejas.

Mañana, el mundo sabría lo que había pasado en La Finca. Mañana seríamos los criminales más buscados de España.

Pero esta noche... esta noche éramos solo dos animales lamiéndose las heridas en la oscuridad.

Me recosté junto a él, con la cabeza en su hombro sano, y escuché el latido de su corazón.

Bum-bum. Bum-bum.

Sonaba fuerte. Sonaba a venganza.

Y por primera vez desde que todo esto empezó, sentí que estaba exactamente donde tenía que estar. No en un ático de lujo, no en una redacción de periódico.

Sino aquí. En el fango. Con él.

CAPÍTULO 27

EL OJO DEL HURACÁN

POV: ALEJANDRO CORTÉS Clínica Veterinaria "El Sur", Usera, Madrid. 08:00 h.

Despertar en una jaula debería haber sido el punto más bajo de mi vida.

Yo, Alejandro Cortés, dueño de medio horizonte de Madrid, el hombre que movía los mercados con un chasquido de dedos, estaba tirado sobre una colchoneta llena de pelos de perro, encerrado tras unos barrotes de acero galvanizado que olían a lejía barata y miedo animal.

Pero al abrir los ojos, no sentí humillación.

Sentí un peso en mi pecho. Un peso cálido, rítmico, vital.

Natalia dormía sobre mí.

Su cabeza descansaba en mi hombro sano, su mano aferrada a mi camiseta manchada de sangre seca. Respiraba contra mi cuello, y cada exhalación suya era una confirmación de que seguíamos vivos. De que la noche de fuego y cristales rotos no nos había consumido.

Intenté moverme. El dolor en mi hombro derecho rugió, un recordatorio brutal de la bala y la cirugía improvisada. Apreté los dientes para no despertarla con un gemido. Mi brazo izquierdo, el mordido por el perro, palpitaba al compás de mi corazón. Estaba roto, cosido y sucio.

Pero estaba entero.

Miré a Natalia. En la luz cruda de la mañana que se filtraba por las persianas del almacén, parecía un ángel caído en desgracia. Tenía rímel seco bajo los ojos, la piel pálida y el pelo enmarañado. Llevaba una camiseta de publicidad de pienso para perros que le quedaba enorme.

Nunca la había visto tan hermosa.

En los salones de baile, con diamantes y seda, era un trofeo. Aquí, en la mugre, era una compañera.

—Señor.

La voz de Salgado rompió el momento.

Estaba de pie al otro lado de la reja, con ojeras profundas y un café de máquina en la mano. Sostenía una tablet.

—Abre la jaula, Salgado —grazné. Mi garganta estaba seca como el desierto.

Salgado abrió el pestillo. El chirrido metálico despertó a Natalia.

Ella se tensó al instante. Su mano buscó la pistola imaginaria en su muslo antes de recordar dónde estaba. Levantó la cabeza, desorientada, y me miró. Sus ojos avellana tardaron un segundo en enfocarme.

—¿Estás vivo? —preguntó, con la voz ronca de sueño.

—Eso parece. Aunque me siento como si me hubiera atropellado un camión lleno de cemento.

Ella se incorporó, frotándose la cara. Me tocó la frente con el dorso de la mano. Un gesto automático, posesivo.

—No tienes fiebre alta. Tienes suerte, mala hierba.

—Ayúdame a levantarme.

Entre ella y Salgado, lograron sacarme de la jaula. Mis piernas temblaban. El mundo daba vueltas. Me apoyé pesadamente en Natalia. Ella aguantó mi peso sin quejarse, su cuerpo pequeño y firme actuando como mi muleta.

—Tenemos problemas, señor —dijo Salgado, mostrándome la pantalla de la tablet.

Titular de *El Mundo*: **ATENTADO TERRORISTA EN LA MORALEJA: EXPLOSIONES Y TIROTEO EN LA MANSIÓN VALDÉS.**

Bajé la vista al subtítulo.

«Gonzalo Valdés, heredero del imperio constructor, se encuentra en coma inducido tras recibir un disparo en el abdomen. Fuentes policiales buscan a dos sospechosos vinculados con el crimen organizado.»

—En coma —murmuré—. No está muerto.

—Es cuestión de horas, o de un milagro —dijo Salgado—. Pero lo importante es esto.

Deslizó el dedo por la pantalla.

Un comunicado oficial de Elías Valdés.

«Mi familia ha sido víctima de un ataque cobarde perpetrado por extremistas contratados por competidores desleales. No descansaremos hasta que los responsables, que ya han sido identificados por nuestras cámaras de seguridad, sean llevados ante la justicia.»

No mencionaba mi nombre. Todavía. Pero la amenaza estaba ahí. "Competidores desleales".

—Saben que fuimos nosotros —dijo Natalia, leyendo por encima de mi hombro—. Pero no lo dicen abiertamente porque tienen miedo de lo que robamos.

—Exacto. —Mi mente empezó a despejarse, la estrategia desplazando al dolor—. Elías está jugando al póker. Si dice mi nombre, la prensa empezará a escarbar en nuestra relación, en el pasado de nuestros padres. Prefiere mantenerlo como un "atentado anónimo" mientras envía a sus perros de presa a cazarnos en silencio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Salgado—. La policía tiene controles en todas las salidas de Madrid. No podemos volver a Portugal. Y no podemos quedarnos aquí. El Doc dice que tiene inspección de Sanidad mañana.

—El USB —dije—. Necesitamos ver qué hay en ese maldito pincho.

—El Doc tiene un ordenador en el despacho —dijo Natalia—. Es viejo, pero tiene conexión.

—Vamos.

Caminamos hacia el despacho del veterinario. Olía a tabaco rancio y a papeles viejos. El ordenador era una torre gris amarillenta que zumbaba como una turbina.

Natalia se sentó en la silla giratoria. Yo me quedé de pie detrás de ella, apoyando mi mano sana en el respaldo. Salgado vigilaba la puerta.

Natalia sacó el *Rubber Ducky* de su bolsillo y lo conectó.

La pantalla parpadeó. Una ventana de comandos negra se abrió. Lucas había dejado un programa de auto-ejecución para desencriptar los archivos.

ACCEDIENDO... CONTRASEÑA MAESTRA: OMEGA_1980

Las carpetas aparecieron.

Eran cientos. Gigas de información. Elías Valdés era meticuloso. Guardaba registro de cada pecado, probablemente como seguro contra sus propios socios.

—Busca "Patente" —ordené.

Natalia tecleó.

Apareció una carpeta: **PROYECTO TITÁN - ADQUISICIÓN**.

La abrió.

Ahí estaba. Los planos originales firmados por mi padre, Héctor Cortés. Y un contrato de cesión de derechos fechado el 16 de octubre de 2006.

El contrato estaba firmado por un notario que conocía. Un hombre que había muerto en un accidente de esquí sospechoso hace diez años.

Y la firma del cedente... no era la de mi padre. Era una falsificación burda sobre un poder notarial que supuestamente Mateo Vidal había entregado.

—Lo robaron todo —susurré, sintiendo la bilis en la garganta—. Planos, fórmulas de hormigón, estudios de carga. *Desarrollos Valdés* no inventó nada. Solo saquearon un cadáver.

—Hay más —dijo Natalia. Su voz tembló—. Mira esta carpeta. **VIDAL**.

Abrió la carpeta.

Contenía vídeos. Archivos .AVI con fechas de hace veinte años.

—Abre el primero.

El reproductor de vídeo cargó lentamente. La imagen era granulada, en blanco y negro. Una cámara de seguridad.

Reconocí el lugar. Era el despacho de mi padre en la antigua sede. Pero mi padre no estaba.

Estaba Mateo Vidal. Parecía joven, aterrorizado. Estaba sentado en una silla, rodeado por tres hombres. Uno de ellos era Elías Valdés.

El audio era malo, pero se entendía.

—Firma, Mateo. Y la niña vivirá. —La voz de Elías.

Mateo lloraba.

—No puedo hacerle esto a Héctor. Es mi amigo.

—Héctor ya está muerto, idiota. Solo que él aún no lo sabe. Firma la carta. Di que los materiales eran defectuosos. Si lo haces, pagaremos tus deudas. Si no... bueno, el colegio de Natalia tiene unas escaleras muy altas.

Mateo firmó. Temblando. Roto.

El vídeo se cortó.

Sentí la mano de Natalia sobre la mía. Estaba helada.

—Lo obligaron —dijo ella, con lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas—. No fue por dinero. Fue por mí.

—Sigue mirando —dije, aunque una parte de mí quería apartar la vista. Quería quemar ese ordenador y el mundo entero.

El siguiente vídeo. Fecha: 15 de octubre de 2006.

Una obra en construcción. De noche.

Mateo Vidal está en el borde de un andamio, en una planta alta. Está discutiendo con alguien.

Es Gonzalo. Un Gonzalo joven, de apenas veinte años.

Gonzalo empuja a Mateo.

No hay lucha. No hay defensa. Mateo cae hacia atrás, desapareciendo en la oscuridad.

Natalia soltó un sollozo ahogado y se tapó la boca con las manos.

—Lo mató... Gonzalo lo mató.

Me incliné sobre ella y la abracé torpemente con mi brazo sano, pegando su cabeza a mi pecho.

—Ya está. Ya lo has visto. No mires más.

—Tengo que ver —dijo ella, apartándose con violencia—. Tengo que verlo todo.

Siguió buscando. Abrió una subcarpeta llamada **PAGOS**.

Extractos bancarios. Sobornos a concejales. Pagos a inspectores de urbanismo.

Y una transferencia recurrente. Mensual. De cinco mil euros.

Beneficiario: CLÍNICA MONT-SINAÏ, ZURICH. Concepto: TRATAMIENTO CARMEN VIDAL.

El aire se congeló en la habitación.

Natalia se quedó inmóvil. El cursor del ratón temblaba en la pantalla.

—¿Qué? —preguntó, con un hilo de voz.

—Tu madre —dije, leyendo la pantalla con horror creciente—. *Inversiones Fénix*... la empresa que yo compré... solo gestionaba la deuda de Javi. Pero los pagos de la clínica de tu madre...

Miré las fechas. Los pagos empezaron en 2007. Un año después de la muerte de Mateo. Y seguían activos hasta hoy.

—Elías Valdés ha estado pagando la clínica de mi madre durante diecinueve años —susurró Natalia—. Antes de que tú aparecieras. Antes de que tú compraras mi deuda.

—Yo asumí que los pagos salían del patrimonio restante de tu familia o de seguros. Nunca lo audité a fondo porque me centré en Javi.

—No... —Natalia se levantó, tirando la silla al suelo—. Mi madre no está enferma. O al menos, no solo enferma.

—Es una rehén —concluí, la verdad golpeándome como un mazo—. Elías la mantiene allí. La mantiene sedada, cuidada, lejos de España. Es su seguro de vida final. Si Mateo dejaba algún rastro, si tú o Javi alguna vez hacíais preguntas... él tenía a vuestra madre.

—La tiene —corrigió Natalia. Se giró hacia mí, y sus ojos eran dos abismos de terror puro—. Alejandro, la tiene ahora. Y si sabe que tenemos el USB... si sabe que Gonzalo está en coma...

—La usará.

—La matará.

Natalia empezó a hiperventilar. Se agarró al borde de la mesa, boqueando.

—Tengo que ir a Zúrich. Tengo que sacarla de allí.

—No llegaremos a tiempo. —La agarré por los hombros y la sacudí suavemente para que me mirara—. Escúchame. Si Elías da la orden, un enfermero entrará en su habitación y le inyectará aire en una vena. Parecerá un fallo cardíaco. No podemos ir allí físicamente.

—¿Entonces qué hacemos? —gritó ella—. ¿Dejar que la mate?

—No. Vamos a hacer que no pueda dar esa orden. Vamos a cortarle las manos.

—¿Cómo?

—Haciendo esto público. Ahora. Ya.

Me giré hacia Salgado, que estaba pálido en la puerta.

—Salgado, ¿cuánto tiempo tardaríamos en subir ese vídeo a internet desde aquí?

—Con esta conexión... horas. Y los algoritmos de las redes sociales lo bloquearían por contenido violento antes de que se hiciera viral. Los Valdés tienen bots controlando la narrativa.

—Necesitamos una señal en vivo. Satélite. Sin censura. Sin intermediarios.

—¿La televisión? —preguntó Natalia—. ¿Ir a una cadena?

—No nos dejarán entrar. Llamarán a la policía. Somos terroristas, ¿recuerdas?

Pensé. Mi mente volaba sobre el mapa de Madrid.

Necesitaba una fortaleza. Un lugar con tecnología punta, conexión directa a satélites de comunicaciones globales y seguridad propia que solo me obedeciera a mí.

Sonreí. Una sonrisa de lobo herido.

—La Torre Cortés.

Salgado y Natalia me miraron.

—Señor, la Torre está rodeada. La policía estará registrando su despacho. Habrá precintos judiciales.

—Mi despacho de la planta 40, sí. —Me toqué el hombro vendado—. Pero nadie conoce la planta 42.

—¿La planta 42? —preguntó Natalia—. El edificio solo tiene 40 plantas en los planos oficiales.

—Tiene dos plantas técnicas arriba. Servidores de alta frecuencia para mis operaciones de bolsa. Y una antena parabólica de grado militar para reducir la latencia en las transacciones con Nueva York y Tokio. Si conectamos el USB a esa antena... podemos transmitir esos vídeos a todas las pantallas de Times Square, Picadilly Circus y la Puerta del Sol simultáneamente. Podemos secuestrar la señal de las noticias de mediodía.

—Es una locura —dijo Salgado—. Tendríamos que entrar en el edificio más vigilado de Madrid siendo los fugitivos más buscados.

—Es la única opción. Si lo hacemos público, si el mundo ve a Gonzalo empujando a Mateo... Elías no podrá tocar a tu madre. Todo el planeta estará mirando. La policía suiza intervendrá la clínica en minutos.

Miré a Natalia.

—Es un viaje solo de ida, Natalia. Entraremos. Emitiremos. Y luego... la policía entrará. Iremos a la cárcel. Probablemente pasemos años en preventiva hasta que se aclare todo. Pero tu madre vivirá. Y los Valdés caerán.

Natalia se secó las lágrimas con el dorso de la mano sucia. Se alisó la camiseta enorme.

—Me da igual la cárcel. Me da igual todo. Vamos a esa torre.

—Salgado —ordené—. Consigue un coche limpio. Y armas. Muchas armas. Si la policía nos detiene antes de subir, estamos muertos. Si los hombres de Valdés nos encuentran antes de subir, estamos muertos. Solo tenemos que llegar a la antena.

—El Doc tiene una furgoneta de reparto de pienso —dijo Salgado—. Vieja, pero discreta.

—Sirve.

—Señor... —Salgado dudó—. Usted apenas puede andar. Si hay que subir escaleras...

—Subiré. Aunque tenga que arrastrarme con los dientes.

Me acerqué a Natalia. Le puse la mano en la nuca y pegué mi frente a la suya.

—¿Estás lista para el último acto, mi reina?

—Estoy lista para quemarlos a todos, mi rey.

Salimos de la clínica veterinaria hacia la luz gris de Madrid. Éramos dos monstruos rotos, manchados de sangre y culpa, caminando hacia nuestra propia destrucción para salvar lo poco que quedaba de nuestra humanidad.

La Torre Cortés nos esperaba. Nuestro castillo. Nuestra pira funeraria.

CAPÍTULO 28

CIMIENTOS DE CARNE Y HUESO

POV: NATALIA VIDAL Túneles de Mantenimiento de Metro de Madrid - Zona Chamartín. 10:15 h.

El infierno no está abajo. El infierno es el camino para llegar al cielo.

La furgoneta de pienso para perros nos había dejado en una entrada de servicio olvidada cerca de la estación de Chamartín, una puerta metálica oxidada cubierta de grafitis y carteles de conciertos de hace tres años. Nadie miraba allí. La policía rodeaba la base de la Torre Cortés, a dos kilómetros de distancia, con luces azules y cintas amarillas, buscando a dos terroristas en la superficie.

Pero nosotros no éramos terroristas. Éramos ratas. Y las ratas conocen el subsuelo.

Salgado forzó la cerradura con una palanca. El metal gimió, un sonido agónico que resonó en mis dientes.

—Adentro —susurró.

El aire que salió del túnel era frío, húmedo y olía a electricidad estática, moho y agua estancada.

Ayudé a Alejandro a bajar de la furgoneta. Su peso sobre mis hombros era cada vez mayor. Su piel, grisácea y cubierta de una fina capa de sudor frío, quemaba al tacto. La camiseta blanca que le había dado el veterinario ya estaba manchada de rojo en el hombro derecho. Los puntos habían aguantado el viaje en coche, pero no aguantarían mucho más.

—¿Puedes caminar? —le pregunté, ajustando mi agarre en su cintura.

Alejandro asintió, apretando la mandíbula. Sus ojos negros brillaban con esa fiebre de determinación que era lo único que lo mantenía en pie.

—Puedo subir al Everest si tú estás en la cima, Natalia. Vamos.

Entramos en la oscuridad. Salgado cerró la puerta tras nosotros y encendió una linterna táctica. El haz de luz cortó las tinieblas, revelando un pasillo de hormigón estrecho, cables gruesos como serpientes negras recorriendo las paredes y tuberías que goteaban un líquido oscuro.

—Según los planos de la patente —dijo Salgado, consultando su reloj inteligente—, el acceso a la cámara de cimentación de la Torre Cortés conecta con la línea 10 del metro, a través de este túnel de ventilación auxiliar. Son quinientos metros. Luego... escaleras.

—¿Cuántas escaleras? —pregunté, sintiendo cómo Alejandro tropezaba en una irregularidad del suelo.

—Diez plantas hacia abajo. Hasta la base de los amortiguadores sísmicos. Allí hay un montacargas de mantenimiento que sube directo al núcleo del edificio.

Diez plantas. Hacia abajo. Con un hombre que se estaba desangrando.

—Andando —dijo Alejandro. Su voz era un gruñido.

Caminamos.

El túnel era opresivo. El techo estaba bajo, obligándonos a encorvarnos. El sonido de nuestros pasos chapoteando en los

charcos de agua sucia resonaba amplificado, como si estuviéramos caminando dentro de la garganta de una bestia gigante.

A lo lejos, sentíamos la vibración rítmica de los trenes del metro pasando por las vías principales. *Vum-vum... Vum-vum.* Era como el latido de la ciudad, indiferente a nuestra agonía.

Alejandro respiraba con dificultad. Cada inspiración era un silbido húmedo.

—Para —dije, cuando llevábamos diez minutos—. Necesitas descansar.

—No... —intentó protestar, pero sus piernas fallaron. Se deslizó por la pared húmeda hasta quedar sentado en el suelo sucio.

Me arrodillé a su lado. Saqué la botella de agua que llevábamos y se la di. Bebió con avidez, derramando parte del líquido por su barbilla.

—Estás ardiendo —murmuré, limpiándole el sudor con la manga de mi sudadera gigante.

—Es la infección —dijo él, cerrando los ojos—. El cuerpo luchando contra la invasión. Es... fascinante, si lo piensas. Mi propio sistema intentando matarme para salvarme.

—Deja de filosofar y ahorra energía.

Salgado vigilaba el pasillo con su arma en alto, una sombra negra contra la oscuridad.

—Señora —susurró—. Tenemos movimiento. Sensores térmicos en el túnel norte.

Me helé.

—¿Policía?

—No se mueven como policías. Se mueven rápido. Sin hacer ruido.

—Mercenarios —dijo Alejandro, abriendo los ojos. La mención del enemigo actuó como una inyección de adrenalina—. Elías ha adivinado mi jugada. Sabía que intentaría llegar a la Torre. Ha mandado a los limpiadores a las alcantarillas.

Intentó levantarse, pero resbaló.

Lo agarré del brazo sano y tiré.

—¡Arriba, Alejandro! ¡Ahora no!

Logró ponerse en pie, apoyándose pesadamente en mí.

—Corred —dijo Salgado—. Yo los retendré aquí. El pasillo es estrecho. No pueden pasar de uno en uno.

—No —dijo Alejandro—. Vienes con nosotros.

—Señor, usted no puede correr. Y la señora tiene que cargar con usted. Si nos alcanzan, estamos muertos. Necesitáis tiempo para llegar al montacargas.

Salgado sacó dos cargadores extra y los dejó en el suelo, junto a sus pies. Se quitó la chaqueta, quedándose en chaleco antibalas. Parecía tranquilo. Profesional. Un hombre aceptando su destino.

—Ha sido un honor, señor Cortés.

Alejandro miró a su jefe de seguridad. Hubo un momento de silencio, de comunicación masculina que yo no podía descifrar del todo. Respeto. Despedida.

—Cuida de ella —le dijo Alejandro a Salgado, aunque la orden era imposible.

—No, señor. Ella cuidará de usted. Váyanse.

Se escucharon pasos chapoteando en el agua a lo lejos. Voces bajas.

—¡VAMOS! —nos gritó Salgado.

Agarré a Alejandro y tiré de él hacia la oscuridad.

Corrimos. O lo intentamos. Fue una marcha forzada, agónica. Alejandro cojeaba, arrastrando los pies. Yo usaba toda mi fuerza para mantenerlo vertical.

Detrás de nosotros, el primer disparo.

BANG.

El sonido retumbó en el túnel como un cañonazo. Luego, una ráfaga de subfusil. Y la respuesta seca y controlada de la pistola de Salgado.

No miré atrás. Las lágrimas me nublaron la vista, pero no las dejé caer. No podía permitirme el lujo de la tristeza. Salgado estaba comprando nuestra vida con la suya, segundo a segundo. Cada disparo era un latido más de corazón para Alejandro.

Llegamos al final del túnel.

Una puerta blindada con una rueda de apertura manual, como la de un submarino.

—La patente... —jadeó Alejandro—. La clave... es mi fecha de nacimiento... al revés.

Había un teclado numérico junto a la rueda.

Tecleé. *19850512*.

La luz roja cambió a verde.

Giramos la rueda. Pesaba toneladas. Mis brazos ardían. Alejandro puso su mano izquierda sobre la mía y empujó.

La puerta se abrió con un gemido de aire comprimido.

Entramos.

La imagen me dejó sin aliento.

No era una habitación. Era una catedral subterránea.

Estábamos en la base de la Torre Cortés. Un espacio inmenso, de techos altísimos que se perdían en la oscuridad, iluminado por luces de emergencia naranjas.

Y en el centro, sosteniendo el peso de cuarenta y dos plantas de acero y cristal, estaban los amortiguadores.

Pistones hidráulicos gigantescos, del tamaño de secuoyas, de acero cromado y brillante. Eran la patente robada. El "Proyecto Titán". Un sistema de ingeniería capaz de absorber un terremoto, capaz de hacer que un edificio baile en lugar de romperse.

Era hermoso y aterrador.

Mi padre había muerto por esto. El padre de Alejandro se había suicidado por esto.

—Ahí... —señaló Alejandro hacia una estructura de rejilla metálica en el centro—. El montacargas de servicio. Sube por el núcleo central.

Caminamos por la pasarela de metal suspendida sobre el vacío de los cimientos. Abajo, en la oscuridad, se oía el rugir de aguas subterráneas.

Llegamos al montacargas. Era una jaula industrial, similar a la de la obra, pero más sofisticada.

Alejandro se apoyó en los controles. Pulsó el botón de llamada.

El ascensor estaba arriba. Tardaría en bajar.

Los disparos en el túnel cesaron.

El silencio que siguió fue peor que el ruido. Significaba una cosa: Salgado había caído.

—Ya vienen —dijo Alejandro, sacando su pistola con la mano izquierda. Le temblaba el pulso—. Natalia, ponte detrás de mí.

—Ni hablar. Tú no puedes disparar.

Saqué mi *Glock* de la cintura del pantalón de chándal. Me puse delante de él, apuntando a la puerta blindada por la que habíamos entrado.

—Si entran, disparo a los pistones hidráulicos —dije, con una calma que me asustó—. Si reviento una manguera de presión, el aceite hirviendo nos matará a todos, pero el edificio se desestabilizará.

Alejandro me miró con asombro.

—Estás dispuesta a tirar la torre.

—Estoy dispuesta a todo.

El montacargas llegó con un *clanc* suave. Las puertas de rejilla se abrieron.

Entramos.

Pulsé el botón: *PLANTA 42*.

Las puertas empezaron a cerrarse.

Justo en ese momento, la puerta blindada del túnel se abrió. Tres hombres vestidos de negro, con visión nocturna y fusiles tácticos, entraron en la cámara de cimentación.

Nos vieron.

—¡AHÍ ESTÁN!

Las balas repiquetearon contra la rejilla del ascensor, sacando chispas.

Me tiré al suelo, arrastrando a Alejandro conmigo.

El ascensor empezó a subir.

Vimos a los hombres correr hacia la pasarela, disparando hacia arriba. Pero ya estábamos fuera de su alcance, ascendiendo por el tubo oscuro del núcleo del edificio.

El ascenso fue lento. Agónico.

Estábamos tirados en el suelo de metal frío del ascensor. Alejandro respiraba con un silbido preocupante. La mancha de sangre en su hombro se había expandido hasta la cintura.

—Salgado ha muerto —dijo, mirando al techo del hueco del ascensor que pasaba a toda velocidad.

—Lo sé.

—Era un buen hombre. Tenía dos hijas.

—Haremos que valga la pena —le prometí, cogiéndole la mano—. Haremos que su muerte sea el precio de la caída de los Valdés.

Alejandro giró la cabeza para mirarme. Sus ojos estaban vidriosos, la fiebre ganando terreno.

—Natalia... si no llego arriba...

—Vas a llegar.

—Escúchame. —Apretó mi mano con una fuerza sorprendente—. El código de la antena. Es biométrico. Retina. Pero hay un código de anulación manual. Si yo... si yo me desmayo... tienes que usar mi ojo. O teclear el código.

—Dime el código.

—Es el nombre de mi madre. *Isabella*.

Asentí, tragándome las lágrimas.

—Isabella. Lo recordaré.

El ascensor seguía subiendo. Planta 10... Planta 20...

Alejandro empezó a temblar.

—Tengo frío... mucho frío...

Me quité la sudadera y se la puse encima, quedándome en la camiseta de tirantes sucia. Me abracé a él, dándole mi calor corporal.

—Ya llegamos, mi amor. Ya llegamos. Estamos en el cielo.

—El cielo... —murmuró, delirando—. Nunca creí que llegaría al cielo. Siempre pensé que acabaría en el sótano.

—Estamos subiendo. Estamos saliendo del sótano.

Planta 30... Planta 35...

De repente, el ascensor se sacudió violentamente y se detuvo.

Las luces de emergencia parpadearon.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirando el panel.

Se había parado entre la planta 39 y la 40.

—Han cortado la corriente... —susurró Alejandro—. Elías... ha cortado la corriente del edificio.

Estábamos atrapados. Colgados en el vacío, a ciento veinte metros del suelo, en una caja de metal, con un hombre moribundo y un USB que valía más que nuestras vidas.

Miré hacia arriba. Había una trampilla en el techo del ascensor.

—Tenemos que trepar —dije.

Alejandro negó con la cabeza.

—Yo no puedo. Mi brazo... no puedo.

—Sí puedes. Tienes un brazo bueno y dos piernas. Y me tienes a mí.

Me puse de pie y abrí la trampilla. El hueco del ascensor se extendía hacia arriba, oscuro y lleno de cables grasientos. La planta 40 estaba a tres metros por encima de nosotros. Las puertas del piso estaban cerradas.

—Voy a subir —le dije—. Abriré las puertas desde fuera y te sacaré.

—Natalia, no... es peligroso... los cables...

No le escuché. Salté, agarrándome al borde de la trampilla, y me impulsé hacia el techo de la cabina.

El viento soplaba fuerte en el hueco.

Miré hacia arriba. La puerta de la planta 40 estaba ahí.

Me puse de pie sobre el techo del ascensor, que se balanceaba precariamente.

—¡Alejandro! —grité hacia abajo—. ¡Voy a abrir! ¡Prepárate!

Trepé por los cables de acero, manchándome las manos de grasa negra. Llegué a la puerta del piso. Metí los dedos en la rendija de goma entre las dos hojas.

Tiré.

Mis músculos gritaron. La puerta estaba bloqueada mecánicamente.

—¡Vamos! —gruñí, usando toda mi fuerza, toda mi rabia, todo el odio acumulado durante veinte años.

La puerta cedió. Se abrió un palmo.

Luz.

Luz de oficinas. Moqueta gris.

Abrí más el hueco.

Y entonces lo vi.

Al otro lado de la puerta, en el pasillo de la planta 40, no había policías.

Había un hombre.

Llevaba un traje impecable, un abrigo de cachemir y se apoyaba en un bastón con empuñadura de plata.

Elías Valdés.

Me estaba esperando.

Sonrió al verme asomar la cabeza por el hueco del ascensor, con la cara manchada de grasa y sangre.

—Hola, pequeña —dijo suavemente—. Bienvenida a tu funeral.

Detrás de él, dos hombres armados apuntaron sus armas hacia mi cara.

Me solté de la puerta y me dejé caer de nuevo al techo del ascensor, justo cuando las balas empezaron a volar.

BANG. BANG. BANG.

Las balas rebotaron en el techo metálico de la cabina.

—¡Están arriba! —le grité a Alejandro, bajando por la trampilla de un salto—. ¡Elías está aquí!

Alejandro me miró desde el suelo. Sus ojos, que un segundo antes estaban apagados por la fiebre, se encendieron con una luz demoníaca.

—Elías... —susurró el nombre como una maldición.

Se agarró a los barrotes de la jaula y se puso de pie, tambaleándose, sangrando, pero erguido.

—Si está aquí... —dijo Alejandro, sacando su arma con la mano izquierda—... entonces no necesitamos la antena.

Me miró.

—Abre el techo, Natalia. Voy a subir.

—Te matarán.

—No. Porque no esperan que un muerto suba a buscarles.

Alejandro Cortés, el monstruo, había vuelto. Y esta vez, no tenía nada que perder.

CAPÍTULO 29

EL DIOS DE CRISTAL

POV: ALEJANDRO CORTÉS Planta 40, Torre Cortés, Madrid. 23:00 h.

Subir desde el infierno cuesta más que bajar.

Me arrastré fuera del hueco del ascensor como una criatura primigenia saliendo del barro, solo que mi barro era grasa industrial y mi propia sangre coagulándose. Mis rodillas golpearon la moqueta gris de la planta ejecutiva. El dolor en mi hombro derecho era un grito blanco y constante que amenazaba con desconectarme el cerebro, pero la visión de Elías Valdés de pie frente a mí actuó como una inyección de estricnina pura.

Me puse de pie. Tambaleándome. Manchando el suelo inmaculado de mis propias oficinas.

Elías me miraba con una mezcla de repugnancia y diversión. A su lado, dos mercenarios con subfusiles compactos *HK* apuntaban a mi pecho.

—Mírate —dijo Elías, alisándose la solapa de su abrigo de cachemir —. El Gran Alejandro Cortés. Pareces un perro atropellado.

—Y tú pareces un cadáver que se ha olvidado de morirse, Elías.

Natalia salió del hueco detrás de mí. Jadeaba, cubierta de suciedad, pero con la *Glock* en la mano. Se colocó a mi lado, hombro con hombro. No retrocedió ante las armas automáticas.

—Valiente —comentó Elías, mirándola—. Estúpida, como su padre, pero valiente.

—No hables de mi padre —escupió Natalia.

—¿Por qué no? Él me hizo rico. Y tú... tú me vas a dar la excusa perfecta para limpiar mi nombre. "Terroristas abatidos por la seguridad privada tras tomar rehenes en la Torre Cortés". Un final trágico.

—No hay rehenes —dije, calculando la distancia entre nosotros. Diez metros. Demasiado lejos para un ataque físico en mi estado.

—Los habrá. Mis hombres pondrán armas en vuestras manos muertas. La narrativa la escriben los vencedores, Alejandro. Deberías saberlo.

Miré a mi alrededor. Estábamos en el pasillo principal. A mi derecha, las oficinas diáfanas de mis analistas. A mi izquierda, la pared de cristal que daba al vacío de Madrid. Al fondo, las puertas dobles de mi despacho personal. El santuario.

Elías hizo un gesto sutil con la mano.

—Acabad con esto. Tengo una cena de cumpleaños que retomar.

Los mercenarios tensaron los dedos en los gatillos.

El tiempo se dilató. Vi el movimiento de los tendones en sus manos.

—¡ABAJO! —grité, empujando a Natalia hacia el suelo.

No esperé a que dispararan. Disparé yo.

Pero no a ellos.

Disparé al techo.

Tres tiros rápidos. *PAM. PAM. PAM.*

A los rociadores contra incendios.

El sistema de la Torre Cortés era de última generación. Detectores de calor y humo, sí, pero también sensores de presión en las tuberías que reaccionaban ante una rotura.

El agua estalló.

No fue una lluvia suave. Fue una catarata a presión, agua sucia y estancada en las tuberías durante meses, que cayó con fuerza torrencial sobre el pasillo.

El impacto visual fue inmediato. El agua fría golpeó a los mercenarios, haciéndoles parpadear por instinto. El suelo de mármol pulido del pasillo se convirtió en una pista de patinaje instantánea.

—¡CORRE! —le rugí a Natalia.

Nos levantamos y corrimos hacia mi despacho, resbalando en el agua, bajo la lluvia artificial.

Los mercenarios abrieron fuego.

RATATATA.

Las balas rompieron el aire, silbando a nuestro alrededor. Una impactó en la pared de cristal a mi izquierda. El vidrio templado estalló en millones de fragmentos que cayeron sobre nosotros como granizo letal.

El viento de la altura entró en el edificio, creando un vórtice con el agua de los rociadores.

—¡Al despacho!

Llegamos a las puertas dobles. Me lancé contra ellas, abriéndolas de un golpe.

Entramos.

Natalia se giró y disparó hacia el pasillo, obligando a los guardias a cubrirse. Yo cerré las puertas y eché el cerrojo electrónico. Luego, empujé una estantería pesada de libros de derecho frente a la entrada.

—¡Están blindadas! —jadeé, apoyándome en la estantería, tosiendo agua y sangre—. Aguantarán... unos minutos.

El despacho estaba en penumbra, iluminado solo por las luces de la ciudad a través del ventanal panorámico de ciento ochenta grados. Era mi trono. Mi lugar seguro.

Ahora era mi tumba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Natalia, recargando su arma con manos temblorosas. Estaba empapada. El agua mezclada con sangre le pegaba la ropa al cuerpo—. No podemos salir. No tenemos la antena. Estamos atrapados.

Me dejé caer en mi silla de cuero, detrás del escritorio de roble negro. Mi hombro era un incendio forestal. La fiebre me hacía ver halos alrededor de las luces de Madrid.

—No necesitamos salir —dije, mirando la consola de mi ordenador principal—. Necesitamos que ellos entren.

—¿Qué?

—Elías quiere que esto sea un asesinato limpio. Silencioso. Quiere plantar pruebas y salir por la puerta principal. Si la policía entra... si los bomberos entran... su plan se va a la mierda. Tendrá que huir.

—Ya hay alarmas sonando, Alejandro. Los rociadores...

—Es una alarma local. Seguridad privada la cancelará antes de que llegue a la central de bomberos. Dirán que es una falsa alarma. Elías controla el edificio ahora mismo.

—Entonces, ¿cómo hacemos que entren?

Me giré hacia la pared este del despacho. Allí, detrás de un panel de vidrio ahumado, parpadeaban las luces azules de un servidor.

No era un servidor cualquiera.

Era el nodo de *High-Frequency Trading* (HFT). Una bestia de procesamiento capaz de realizar millones de operaciones bursátiles por microsegundo. Generaba tanto calor que tenía su propio sistema de refrigeración por nitrógeno líquido.

—¿Ves eso? —señalé—. Es el corazón financiero de Cortés Holdings. Vale más que el edificio entero.

—¿Y?

—Y si le quito la refrigeración y le obligo a procesar un bucle infinito de algoritmos mineros... se convertirá en una bomba térmica.

—¿Vas a provocar un incendio?

—Voy a provocar un infierno. —Me acerqué al teclado. Mis dedos resbalaban por la sangre y el agua—. Voy a sobrecargar los condensadores. En cinco minutos, esa sala alcanzará los mil grados. El litio de las baterías de respaldo explotará. Y la onda expansiva reventará los cristales de la fachada.

—Alejandro... estamos en la planta 40. Si explota...

—Si explota, caerá una lluvia de fuego y cristal sobre la Castellana. Madrid entero lo verá. La policía no podrá ignorarlo. Los bomberos vendrán con helicópteros. Elías no podrá ocultar eso.

Natalia me miró. Vi el miedo en sus ojos, pero también la comprensión. Era una jugada suicida. Era quemar el barco para no tener retirada.

—Hazlo —dijo ella.

Empecé a teclear.

ACCESO ROOT. SISTEMA DE REFRIGERACIÓN: OFF. OVERCLOCKING: 300%. PROTOCOLO: ÍCARO.

El servidor cambió de sonido. El zumbido suave se convirtió en un gemido agudo, como una turbina acelerando. Las luces azules cambiaron a rojo.

—*ALERTA DE TEMPERATURA CRÍTICA,* —anunció una voz sintética en el despacho—. *NÚCLEO AL 120%. EVACUACIÓN RECOMENDADA.*

—Ya oíste a la señora —le dije a Natalia—. Prepárate.

BUM. BUM. BUM.

Golpes en la puerta. Los mercenarios estaban usando un ariete. La madera crujía. La estantería se movía.

—¡Abrid! —gritó la voz de Elías—. ¡No tenéis salida!

—¡Tenemos salida! —grité de vuelta, con una risa maníaca—. ¡Por la chimenea!

El calor en el despacho empezó a subir. Podía sentirlo irradiar desde la sala de servidores. El aire se volvió seco, cargado de estática.

—Alejandro... —Natalia se acercó a mí. Me agarró la cara—. Si morimos aquí...

—No vamos a morir. —La miré. Estaba preciosa bajo la luz roja de la alarma—. Tengo un plan para salir. Pero es... arriesgado.

—Más arriesgado que explotar tu propia empresa?

—Un poco más.

Señaló el ventanal.

—¿Paracaídas? —preguntó, esperanzada.

—No. Limpiacristales.

Me miró sin entender.

—La plataforma de limpieza. Está aparcada en esta planta, en la esquina sureste. Si rompemos ese cristal... podemos saltar a la cesta.

—¿Y si no está ahí?

—Entonces será una caída muy larga y muy romántica.

La puerta del despacho cedió. La estantería cayó hacia adelante con un estruendo.

Dos mercenarios entraron por el hueco, disparando.

Me tiré al suelo detrás del escritorio, arrastrando a Natalia. Las balas destrozaron mis monitores, mis premios, mi vida anterior.

—¡Fuego a discreción! —ordenó Elías desde el pasillo.

El servidor detrás de nosotros empezó a emitir un pitido continuo.

TEMPERATURA CRÍTICA. FALLO INMINENTE EN 10... 9...

—¡Ahora! —grité.

Me levanté y disparé al ventanal panorámico. Tres tiros en la esquina inferior.

El cristal templado, diseñado para aguantar vientos huracanados, se debilitó.

Me lancé contra él con el hombro sano.

CRAAAACK.

El panel entero cedió. El vacío de la noche nos aspiró. El viento entró rugiendo, llevándose los papeles del escritorio en un torbellino blanco.

—¡Vamos!

Agarré a Natalia y corrimos hacia el borde.

Detrás de nosotros, el servidor explotó.

¡BOOOOM!

No fue una explosión de película. Fue una onda de choque de calor puro y fuerza concusiva. Me empujó hacia adelante.

Saltamos.

No hacia abajo. Hacia el lado. Hacia la estructura metálica de la plataforma de limpieza que colgaba a tres metros a la derecha.

Volamos sobre el abismo de Madrid. Cuarenta pisos de caída libre bajo nuestros pies.

Me agarré a la barandilla de la cesta con la mano izquierda. El impacto me dislocó el hombro sano. Grité.

Natalia se agarró a mi cintura, colgando en el vacío.

—¡Sube! —jadeé, sintiendo que mis dedos resbalaban en el metal húmedo.

Ella trepó por mi cuerpo, usando mis piernas como escalera, y se lanzó dentro de la cesta metálica.

Cayó dentro con un golpe seco.

Se giró inmediatamente y me agarró del brazo.

—¡Te tengo!

Tiró de mí. Yo pataleé, buscando apoyo. Logré meter medio cuerpo en la cesta.

Arriba, en la planta 40, el infierno se desató.

Una lengua de fuego azul y naranja salió disparada por la ventana rota, lamiendo la fachada del edificio. Cristales ardiendo empezaron a caer sobre nosotros.

—¡Cúbrete! —Grité, protegiendo a Natalia con mi cuerpo dentro de la pequeña cesta de metal.

Llovía fuego. Llovía cristal.

Miré hacia arriba.

En el borde de la ventana rota, iluminado por las llamas, vi a Elías Valdés.

Me miraba.

No tenía miedo. Tenía odio.

Levantó su bastón y señaló hacia nosotros.

—¡Corten los cables! —le gritó a alguien que no podía ver.

—Mierda —susurré—. Va a cortar los cables de la plataforma.

—¿Tiene controles manuales? —preguntó Natalia, buscando en el panel de la cesta.

—Sí. Pero no funcionan si cortan la alimentación desde arriba.

La cesta se sacudió. Un chasquido metálico resonó arriba. Uno de los cables secundarios se había soltado. La plataforma se inclinó peligrosamente.

—¡Estamos cayendo! —gritó Natalia, agarrándose a los barrotes.

—No... estamos bajando. —Miré el panel. Tenía batería de emergencia—. ¡Dale al botón de descenso! ¡Rápido!

Natalia golpeó el botón verde.

El motor eléctrico de la plataforma gimió y empezamos a bajar. Lento. Demasiado lento.

Arriba, vi a un mercenario asomarse con un cuchillo táctico, serrando el cable principal de acero.

—¡Dispara! —le dije a Natalia.

—¡No tengo ángulo! ¡El fuego me ciega!

Saqué mi arma. Me quedaban dos balas.

Apunté hacia arriba, a través de la lluvia de fuego y cristal. Mi mano temblaba por el dolor y la debilidad.

—Isabella —susurré el nombre de mi madre—. Guía mi mano.

Disparé.

La bala impactó en la fachada de hormigón, cerca de la cabeza del mercenario. Él se apartó un segundo.

Disparé la última bala.

Le di en el hombro. Soltó el cuchillo. El cuchillo cayó al vacío, pasando a centímetros de nosotros.

—¡Baja más rápido! —grité al panel de control, como si pudiera oírme.

La plataforma seguía bajando. Planta 38... 37...

El fuego en la planta 40 crecía. Las alarmas de la ciudad empezaron a sonar. Sirenas. Muchas sirenas. Abajo, en la Castellana, las luces azules empezaron a converger.

Lo habíamos conseguido. Habíamos llamado la atención.

Pero Elías seguía arriba. Y seguía vivo.

La plataforma se detuvo con una sacudida brusca en la planta 30.

—Se ha acabado la batería —dijo Natalia, golpeando el panel.

Estábamos colgados a cien metros del suelo. Sin salida. Con un incendio encima y la policía debajo.

Me dejé caer en el suelo de rejilla de la cesta. No podía más. Mi cuerpo había llegado al límite.

—Alejandro... —Natalia se arrodilló a mi lado. Me quitó el pelo de la frente—. Estás helado.

—Al menos... tenemos buenas vistas —murmuré, mirando las luces de Madrid—. ¿Ves el cartel de Schweppes? Siempre me gustó.

—No te despidas.

—No me despido. Solo descanso.

Cerré los ojos. Oía las sirenas acercarse. Oía el crepitar del fuego arriba.

Y entonces, un sonido nuevo.

Un zumbido.

Zzzzzzzzt.

Miré a Natalia. Ella estaba mirando su teléfono. El móvil de Rosa que había sobrevivido a todo.

—Es Lucas —dijo, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Lucas. Ha hackeado las pantallas.

—¿Qué pantallas?

—Todas.

Miré hacia abajo, hacia la Plaza de Callao, visible a lo lejos entre los edificios.

La pantalla gigante de los cines, que habitualmente mostraba anuncios de perfumes y coches, se puso en negro.

Y luego, una imagen apareció. Granulada. En blanco y negro.

Mateo Vidal llorando.

Elías Valdés amenazando.

—Lo está emitiendo —dijo Natalia, levantándose y agarrándose a la barandilla—. ¡Lo está emitiendo en Callao! ¡Y en Times Square! ¡Me acaba de mandar la confirmación!

Me arrastré hasta el borde y miré.

Era verdad. La cara de Elías Valdés, joven y cruel, se proyectaba sobre Madrid en tamaño gigante. Su voz, subtitulada en letras rojas enormes, se leía claramente:

«FIRMA, MATEO. Y LA NIÑA VIVIRÁ.»

La ciudad se detuvo. Los coches pararon. La gente en las aceras miraba hacia arriba.

Arriba, en la planta 40 en llamas, imaginé a Elías viendo su propia maldad reflejada en la ciudad que creía poseer.

Sonreí.

—Jaque mate —susurré antes de que la oscuridad finalmente me tragara.

CAPÍTULO 30

EL COLOR DEL SILENCIO

POV: NATALIA VIDAL Centro Penitenciario Madrid V, Soto del Real. Módulo de Ingresos. Tres días después.

El tiempo en la cárcel no se mide en horas. Se mide en portazos.

Clanc. La puerta de la furgoneta policial. *Clanc.* La puerta de los calabozos de Plaza de Castilla. *Clanc.* La puerta de la celda de aislamiento en la que llevo setenta y dos horas.

Estoy sentada en el borde de un catre atornillado a la pared. Llevo un uniforme gris de tejido áspero que huele a detergente industrial y desesperanza. Mis manos, que hace tres noches sostenían una pistola y la vida de Alejandro Cortés, ahora descansan vacías sobre mi regazo.

No tengo el collar de zafiros. No tengo el vestido de látex y seda. Me han quitado todo. Me han obligado a desnudarme, a agacharme, a toser. Me han revisado cada orificio de mi cuerpo buscando drogas o armas, sin saber que el arma más peligrosa que tengo es la memoria.

Cierro los ojos y vuelvo a esa noche.

Recuerdo el viento. El viento helado de la altura golpeándome la cara mientras colgábamos en la cesta de limpieza. Recuerdo las luces de los bomberos, cegadoras, blancas, cortando la oscuridad como espadas divinas.

Recuerdo el momento en que nos separaron.

Un bombero con casco amarillo bajó rapelando desde la azotea vecina. Aseguró la cesta. Me agarró.

—¡A él primero! —grité, golpeando el pecho del bombero—. ¡Sácalo a él! ¡Se está muriendo!

—Señorita, calma. Otro equipo va a por él. Usted venga conmigo.

Me sacaron a la fuerza. Me izaron hacia la seguridad de una escalera mecánica. Y mientras subía, vi cómo sacaban a Alejandro. Parecía un muñeco roto. Su brazo colgaba en un ángulo antinatural. Su camisa blanca era roja. Sus ojos estaban cerrados.

No se movía.

—¡Alejandro! —Mi grito se perdió en el estruendo de las sirenas y el crepitar del fuego que consumía la planta 40.

Cuando mis pies tocaron el asfalto de la Castellana, no hubo médicos para mí. Hubo policías.

Me tiraron al suelo. Me pusieron las rodillas en la espalda. Me esposaron con unas bridas de plástico tan apretadas que me cortaron la circulación.

—Natalia Vidal —recitó un agente con voz metálica—. Queda detenida por terrorismo, tenencia ilícita de armas, daños a la propiedad y homicidio en grado de tentativa.

Yo no escuchaba mis derechos. Solo miraba hacia la ambulancia donde estaban metiendo a Alejandro. Vi cómo le ponían una mascarilla de oxígeno. Vi cómo le rasgaban la camisa para ponerle los electrodos del desfibrilador.

Y luego, las puertas de la ambulancia se cerraron. *Clanc.*

Esa fue la última vez que lo vi.

Desde entonces, silencio.

Nadie me dice nada. Mi abogado de oficio, un hombre joven y sudoroso que parece aterrorizado de estar defendiendo a la "Terrorista de la Torre", solo me dice que el caso está bajo secreto de sumario.

—¿Está vivo? —es lo único que le pregunto.

—No tengo información sobre el otro detenido —responde siempre, esquivando mi mirada.

El otro detenido.

No le llaman Alejandro Cortés. No le llaman el Amo de Madrid. Ahora es solo un número de expediente, igual que yo.

La puerta de mi celda se abre con un zumbido eléctrico.

Un funcionario de prisiones, una mujer robusta con cara de pocos amigos, se asoma.

—Vidal. Tienes visita.

—¿Mi abogado?

—No. Un juez de la Audiencia Nacional. Y viene acompañado. Muévete.

Me levanto. Mis piernas están rígidas. Camino por el pasillo de linóleo pulido, con las manos a la espalda, escoltada por dos guardias.

Me llevan a una sala de interrogatorios, no a los locutorios normales. Es una habitación pequeña, con un espejo que sé que es un cristal espía, una mesa de metal y tres sillas.

Hay dos hombres esperándome.

Uno es mayor, con toga negra y una expresión de severidad bíblica. El juez. El otro lleva traje gris, maletín de cuero y tiene aspecto de burócrata internacional.

Me siento. No bajo la cabeza. Mantengo la barbilla alta. Alejandro me enseñó eso. *Si te van a comer, asegúrate de que se atraganten.*

—Natalia Vidal —dice el juez, abriendo una carpeta gruesa—. Soy el Juez Instructor Garzón. Este es el agente especial Miller, de la Interpol.

Interpol.

Mi corazón da un vuelco. Interpol significa fronteras. Significa Suiza.

—¿Mi madre? —pregunto. Mi voz suena extraña, ronca por el desuso.

El agente Miller asiente.

—Su madre está a salvo, señorita Vidal. La policía cantonal de Zúrich intervino la Clínica Mont-Sinaï hace cuarenta y ocho horas, basándose en la información digital que fue... diseminada... desde la Torre Cortés.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Mis hombros caen.

—¿Está bien?

—Está confundida. Le habían administrado sedantes potentes durante años. Pero está físicamente sana. Está bajo protección del consulado español en Berna. Será repatriada en cuanto los médicos lo autoricen.

Cierro los ojos. Una lágrima caliente se escapa. Solo una.

Ha valido la pena. El fuego, la sangre, la cárcel. Todo. Mamá está viva. Mamá es libre.

—Gracias —susurro.

—No nos dé las gracias todavía —dice el juez Garzón, con tono duro —. Usted se enfrenta a una petición de pena de treinta años de cárcel. El espectáculo que montaron en el centro de Madrid ha sido... histórico.

—No fue un espectáculo. Fue una revelación.

—Fue un acto criminal. Hackearon pantallas públicas. Provocaron un incendio en un rascacielos. Dispararon armas de fuego en una zona residencial.

—Nos defendíamos.

—Eso lo decidirá un tribunal. —El juez se inclina hacia adelante—. Pero la situación es compleja. El vídeo que se emitió... el vídeo de su padre... ha causado un terremoto político y social. Las acciones de *Desarrollos Valdés* han caído un noventa por ciento en tres días. El gobierno ha intervenido la empresa.

Sonrío. No puedo evitarlo. Es una sonrisa pequeña, cruel.

—¿Y Elías?

El juez duda un segundo.

—Elías Valdés fue rescatado del incendio por los bomberos. Tenía quemaduras leves. Fue detenido en el hospital. La Fiscalía ha presentado cargos por asesinato, corrupción, blanqueo de capitales y secuestro. Gracias a los archivos que ustedes... filtraron.

Jaque mate.

El rey ha caído.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí encerrada como un animal? —pregunto—. Si he destapado la mayor trama de corrupción de la década, deberían darme una medalla, no un uniforme gris.

—Porque usted disparó a Gonzalo Valdés —dice el juez.

La imagen de Gonzalo cayendo en la alfombra vuelve a mí.

—Fue en defensa propia. Él iba a dispararme.

—Eso dice usted. Gonzalo Valdés no puede corroborarlo.

Me tenso.

—¿Está muerto?

—Sigue en coma. Crítico. Si muere, la acusación pasará de tentativa a homicidio. Y sin testigos... será su palabra contra la evidencia balística.

—Había un testigo —digo, mirando fijamente al juez—. Alejandro Cortés. Él lo vio. Él entró justo después.

El juez y el agente de la Interpol intercambian una mirada. Un silencio pesado cae sobre la mesa.

—¿Dónde está él? —pregunto. El pánico empieza a arañarme la garganta—. Díganme dónde está.

—El señor Cortés... —empieza el juez, eligiendo sus palabras con cuidado—. El señor Cortés fue ingresado en el Hospital La Paz en estado crítico. Shock hipovolémico severo. Sepsis por herida de bala infectada. Múltiples traumatismos.

—¿Está vivo? —Grito, poniéndome de pie. Los guardias dan un paso hacia mí, pero el juez les hace un gesto para que se detengan.

—Sobrevivió a la cirugía de emergencia —dice el juez—. Está en la UCI del hospital penitenciario. Estable, pero grave. No ha recuperado la conciencia.

Me dejo caer en la silla.

Vivo.

Está vivo.

El alivio es tan intenso que me mareo. Siento que podría reírme o vomitar.

—Bien —digo, recuperando el aliento—. Bien.

—Señorita Vidal —interviene el agente Miller—. Estamos aquí para ofrecerle un trato.

—¿Un trato?

—La información del USB es... extensa. Implica a mucha gente poderosa. Jueces, políticos, banqueros. Elías Valdés tenía una red inmensa. Necesitamos descifrar algunos archivos que tienen capas de seguridad adicionales. Creemos que usted o el señor Cortés tienen las claves.

—Yo no tengo claves. Fue un hacker.

—Lo sabemos. Estamos buscando a "Lucas". Pero mientras tanto... la Fiscalía está dispuesta a considerar atenuantes si colabora. Si testifica contra Alejandro Cortés.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Alejandro Cortés no es un santo, Natalia —dice el juez—. Compró su deuda. La secuestró, técnicamente. La obligó a firmar un contrato

abusivo. Si usted declara que fue coaccionada por él para participar en el asalto a La Finca... si dice que él la obligó a disparar... podemos reducir su pena. Quizás incluso conseguir la absolución por miedo insuperable. Él cargaría con toda la culpa. Es el cerebro, después de todo.

Me quedo mirando al juez. Me está ofreciendo una salida. Una puerta abierta hacia la libertad, hacia mi madre, hacia una vida normal.

Solo tengo que vender a Alejandro.

Solo tengo que hacer lo que hizo mi padre con el suyo.

Traicionarlo para salvarme.

La historia se repite. El ciclo se cierra.

Pienso en Alejandro. Pienso en cómo se puso delante de la bala en el bosque. Pienso en cómo me miró mientras le cosía la carne en Portugal. Pienso en su mano apretando la mía en la jaula de la clínica veterinaria.

«Eres mi vida. No hay un "después" sin ti.»

Me levanto despacio. Aliso mi uniforme gris con dignidad.

—Señoría —digo, con voz clara y firme—. Pueden meterse su trato por donde les quepa.

El juez frunce el ceño.

—¿Se da cuenta de lo que está rechazando? Son treinta años.

—No me importa si son cien. Yo no fui coaccionada. Yo entré en esa casa por mi propia voluntad. Yo disparé a Gonzalo Valdés porque se lo merecía. Y Alejandro Cortés... —Hago una pausa, saboreando el nombre—. Alejandro Cortés no es mi secuestrador. Es mi socio.

—Está cavando su propia tumba, niña.

—No. Estoy eligiendo en qué lado de la historia quiero estar. Y prefiero estar en la cárcel con la cabeza alta que libre siendo una rata traidora.

Me giro hacia la puerta.

—He terminado. Llévenme a mi celda.

El juez suspira, cerrando la carpeta.

—Como quiera.

Los guardias me escoltan de vuelta.

Mientras camino por los pasillos de hormigón y rejas, no me siento prisionera. Me siento extrañamente libre. He roto la maldición de mi apellido. No me he vendido.

Llego a mi celda. La puerta se cierra. *Clanc.*

Me tumbo en el catre y miro al techo manchado de humedad.

Está vivo. Alejandro está vivo.

Y si está vivo, vendrá a por mí. O yo iré a por él. No importan los muros, ni los jueces, ni las sentencias.

Hemos quemado una torre juntos. Podemos quemar una cárcel.

Cierro los ojos y, por primera vez en tres días, duermo. Sin pesadillas.

Porque sé que, en algún lugar de Madrid, conectado a máquinas que pitan rítmicamente, el corazón de mi monstruo sigue latiendo al compás del mío.

Hospital Penitenciario, Unidad de Cuidados Intensivos. Misma hora.

(Breve cambio de POV - Alejandro - Epílogo del capítulo)

La oscuridad no era negra. Era blanca.

Un blanco aséptico, brillante, doloroso.

Oía pitidos. *Bip... bip... bip.*

Intenté abrir los ojos. Mis párpados pesaban toneladas.

—Señor Cortés... ¿me oye?

Una voz desconocida. Médica.

Sentí dolor. Mucho dolor. Pero era un dolor distante, amortiguado por la química.

Abrí los ojos una rendija.

Luces fluorescentes. Tubos. Un policía uniformado sentado en una silla junto a la puerta.

Estaba vivo.

Maldita sea.

Mi cerebro, lento y perezoso, empezó a arrancar. Recuerdos fragmentados. Fuego. Caída. Natalia.

Natalia.

—¿Dó... de...? —Intenté hablar, pero tenía un tubo en la garganta. Me atraganté.

—Tranquilo, no hable. Está entubado.

El médico se acercó a mi campo de visión.

—Ha estado inconsciente tres días. Ha tenido suerte. Mucha suerte.

Intenté mover la mano. La sentí atada. Esposada a la barandilla de la cama.

Miré al policía. Me miraba con desprecio.

Cerré los ojos de nuevo.

Estaba preso. Estaba roto.

Pero recordaba el beso en la furgoneta. Recordaba su promesa.

«Te necesito para que veas cómo arden.»

Sonreí internamente, aunque mi cara no se movió.

Que disfruten de su victoria temporal, pensé. Que crean que nos tienen.

No saben con quién se han metido. Han encerrado al lobo y a la loba en jaulas separadas.

Grave error.

El aullido se iba a oír hasta en el infierno.

CAPÍTULO 31

EL INVIERNO DE LOS LOBOS

POV: NATALIA VIDAL Centro Penitenciario Madrid V, Soto del Real. Módulo de Mujeres. Seis meses después.

El hormigón tiene un sabor. Sabe a polvo de tiza, a humedad reciclada y a tiempo muerto.

Estaba colgada de la barra superior de la litera, haciendo dominadas. Mis brazos, antes delgados y suaves, ahora eran cuerdas de músculo fibroso y tenso.

Veintiocho... veintinueve... treinta.

Me dejé caer al suelo. Mis pies descalzos golpearon el linóleo frío con un sonido seco. No jadeé. Había aprendido a controlar mi respiración, a racionar el oxígeno como si fuera una moneda de oro en un país en quiebra.

Miré mi reflejo en el pequeño espejo de metal pulido atornillado a la pared, encima del lavabo.

Mi pelo había crecido. Ya no llevaba el corte elegante de la prometida de Alejandro Cortés. Ahora lo llevaba largo, recogido en una trenza apretada que me llegaba a la mitad de la espalda. Mis ojos habían cambiado. El brillo de miedo había desaparecido, sustituido por una opacidad mate, dura como el pedernal.

—Vidal —la voz de la funcionaria sonó a través de la puerta—. Recuento.

Me acerqué a la puerta y puse las manos en la espalda, mirando a través de la ventanilla.

La funcionaria, una mujer llamada Marta que al principio me miraba con desprecio y ahora me miraba con una cautelosa deferencia, asintió.

—Todo en orden. Tienes abogada a las diez.

—Gracias.

Volví a mi catre.

En el patio, me llamaban "La Matagigantes". O "La Reina". Al principio, intentaron probarme. Una reclusa llamada "La Chata", condenada por apuñalar a su marido, intentó quitarme la bandeja de la comida en mi segunda semana.

No peleé como una chica asustada. Peleé como Alejandro me había enseñado en el bosque. Le rompí la nariz con el canto de la bandeja y le disloqué el dedo meñique antes de que los funcionarios pudieran intervenir. Pasé dos semanas en aislamiento. Cuando volví al módulo, nadie volvió a tocar mi comida. Nadie volvió a tocarme.

Me senté en la cama y saqué el libro que tenía bajo la almohada. *El Conde de Montecristo*. Un cliché carcelario, pero apropiado.

Pasé las páginas hasta llegar a la página 112.

Allí, subrayadas con una uña (porque no nos dejaban tener bolígrafos en la celda), había letras minúsculas marcadas en el texto impreso.

Alejandro no podía escribirme. Nuestras comunicaciones estaban intervenidas por el juez Garzón bajo la ley antiterrorista. Pero su abogado, un tiburón llamado Garrido que había sustituido a mi abogado de oficio, había encontrado la forma. Me traía libros "aprobados" por la censura.

Leí el mensaje oculto en la página 112, descifrando las letras marcadas.

L-A-F-E-C-H-A-E-S-H-O-Y.

La fecha es hoy.

El juicio.

Seis meses de instrucción. Seis meses de silencio mediático impuesto por el secreto de sumario. Seis meses sin verle la cara, sin oír su voz, alimentándome solo de los recuerdos de aquella noche en la furgoneta.

Hoy nos trasladaban a la Audiencia Nacional.

Hoy volvería a verlo.

Sentí una sacudida eléctrica en el estómago, una mezcla de náusea y deseo que casi me dobló las rodillas.

Me vestí. No con el uniforme gris. Para el juicio, nos permitían ropa civil. Garrido me había traído un traje.

Un traje negro. Pantalón de sastre, camisa blanca impecable, chaqueta entallada. Nada de vestidos. Nada de vulnerabilidad. Era una armadura corporativa.

Me peiné la trenza. Me lavé la cara con agua helada.

—Estoy lista —dije a la celda vacía.

POV: ALEJANDRO CORTÉS Hospital Penitenciario, Ala de Seguridad. 09:30 h.

El dolor es paciencia.

Estaba haciendo flexiones con un solo brazo en el suelo de mi celda individual. El brazo izquierdo, el sano. El derecho, el que Natalia había cosido y los médicos de la prisión habían reconstruido con placas de titanio y tornillos, todavía estaba rígido. Dolía con los cambios de presión, dolía con el frío, dolía con el movimiento.

Pero funcionaba.

Me levanté, sacudiéndome el sudor.

Mi cuerpo había cambiado. Había perdido peso. La masa muscular de gimnasio de lujo se había convertido en algo más compacto, más correoso. Tenía cicatrices nuevas. La mordedura del perro en el antebrazo izquierdo era un mapa de piel fruncida y violácea. La cicatriz de bala en el hombro derecho era un cráter.

Pero la cicatriz más profunda no estaba en mi piel. Estaba en mi memoria.

Seis meses sin ella.

Seis meses imaginándola en una celda, rodeada de escoria, durmiendo en un colchón de espuma ignífuga. Seis meses preguntándome si mantenía la cabeza alta o si se había roto.

Garrido me había dicho que estaba bien. Que era fuerte. Pero yo necesitaba verlo. Necesitaba ver sus ojos para saber si todavía me miraba como a su monstruo o si el tiempo había convertido su lealtad en resentimiento.

La puerta se abrió.

Dos guardias civiles entraron con grilletes de traslado.

—Cortés. A la pared. Manos atrás.

Obedecí. Sentí el frío del acero en mis muñecas. Luego, me pusieron los grilletes en los tobillos, obligándome a caminar con pasos cortos.

—Tienes una pinta de mierda —comentó uno de los guardias, empujándome hacia el pasillo.

No respondí. Mi mente ya no estaba allí. Estaba en la estrategia.

El juicio de hoy no era solo un procedimiento legal. Era un escenario. Elías Valdés había movido hilos desde su arresto domiciliario (conseguido por "razones de salud" y una fianza millonaria). La prensa estaría allí. El mundo estaría mirando.

Tenía que destruir la narrativa de Elías. Y tenía que sacar a Natalia de allí, aunque tuviera que hundirme yo para siempre.

Caminamos por los pasillos interminables. Olor a lejía y sopa rancia.

Salimos al patio de traslados.

El furgón de la Guardia Civil esperaba. Un vehículo blindado, sin ventanas.

Me subieron a empujones.

Dentro, había una jaula de separación.

Y al otro lado de la rejilla, estaba ella.

Natalia.

Se me cortó la respiración. El aire se quedó atrapado en mi garganta.

Estaba sentada en el banco de metal, esposada, mirando al suelo. Llevaba un traje negro que le daba un aire de ejecutiva letal. Estaba más delgada. Sus pómulos eran más afilados. Pero su postura... su espalda estaba recta como una vara de acero.

Levantó la vista al oír la puerta cerrarse.

Nuestros ojos se encontraron.

El mundo exterior desapareció. Los guardias, el furgón, los grilletes... todo se disolvió.

Solo quedaba ella.

—Hola, lobo —susurró. Su voz era un poco más grave de lo que recordaba. Más madura.

—Hola, reina.

Me senté frente a ella, separado por la malla metálica. Estábamos a medio metro. Podía olerla. Olía a jabón neutro de prisión, pero debajo, seguía oliendo a ella. A vida.

Acerqué mi mano esposada a la rejilla. Ella hizo lo mismo. Nuestros dedos se tocaron a través de los agujeros del metal. Un contacto frío, imperfecto, pero devastador.

—¿Estás bien? —preguntó, recorriendo mi cara con la mirada, deteniéndose en las nuevas líneas de expresión, en la barba corta que me había dejado.

—Estoy vivo. —Miré sus manos. Sus nudillos estaban rojos, con callos. —¿Has estado peleando?

Ella sonrió. Una sonrisa ladeada, peligrosa.

—He estado sobreviviendo. Aprendí del mejor.

El furgón arrancó. El movimiento nos sacudió.

—Hoy va a ser un circo —dije, bajando la voz para que los guardias de la cabina no oyeran—. El fiscal va a pedir treinta años. Van a intentar separarnos. Van a ofrecerte tratos en el último minuto.

—Ya me ofrecieron tratos. Los rechacé todos.

—Lo sé. Eres una idiota maravillosa. —Apreté los dedos contra la rejilla, deseando poder romperla—. Deberías haberme vendido, Natalia. Deberías estar en Suiza con tu madre, gastando mi dinero.

—El dinero es aburrido sin ti. Y mi madre... —Su expresión se suavizó un momento—. Mi madre está bien. Ha recuperado parte de la memoria. Sabe quién soy. Sabe quién eras tú.

—¿Y me odia?

—Dice que eres hijo de tu padre. Y que los Cortés siempre traen problemas, pero también traen soluciones drásticas. Creo que le caes bien.

Solté una risa corta, oxidada.

—Escúchame bien, Natalia. —Mi tono se volvió serio—. En la sala, no me mires. Mira al juez. Mira a la cámara. Cuando declaren, di la verdad sobre Gonzalo. Di que te iba a disparar. Pero sobre la entrada en la torre... sobre el incendio...

—Fue idea mía —me cortó ella.

—No. Fue idea mía. Yo te coaccioné. Yo te obligué.

—No te atrevas, Alejandro. —Sus ojos echaron chispas—. No te atrevas a convertirme en una víctima otra vez. Soy tu cómplice. Soy tu igual. Si tú caes, yo caigo. Si tú ardes, yo ardo. Lo prometimos.

La miré con una admiración que me dolía en el pecho. Había creado un monstruo. Y era el monstruo más hermoso que había visto jamás.

—Está bien —cedí—. Arderemos juntos. Pero tengo una carta guardada.

—¿Qué carta?

—Lucas.

Natalia abrió los ojos.

—¿Lo han encontrado?

—No. Y ese es el punto. Lucas sigue fuera. Y tiene una copia de seguridad de todo lo que sacamos de La Finca. Una copia que la policía no tiene. —Me acerqué más a la rejilla—. Si el juicio se tuerce... si vemos que Elías ha comprado al juez... daré la señal.

—¿Qué señal?

—Lucas liberará el "Archivo Hades".

—¿Qué es el Archivo Hades?

—La lista completa de los jueces, políticos y policías en la nómina de Elías Valdés. Incluyendo sus cuentas en las Islas Caimán y vídeos de sus... vicios privados. Si eso sale a la luz, el sistema judicial español colapsará. No podrán juzgarnos porque no quedará ningún juez limpio para firmar la sentencia.

Natalia sonrió. Fue una sonrisa depredadora.

—Chantaje al Estado.

—Supervivencia extrema.

El furgón frenó. Oímos el ruido de la multitud fuera. Gritos. Flashes que se intuían a través de las paredes metálicas.

—Hemos llegado —dijo Natalia. Retiró la mano de la rejilla y se alisó la chaqueta. Su máscara de frialdad volvió a caer sobre su rostro—. ¿Listo para el espectáculo?

—Siempre.

La puerta trasera se abrió.

El ruido fue ensordecedor.

—¡ASESINOS! —gritaba alguien. —¡HÉROES! —gritaba otro. —¡JUSTICIA PARA MATEO VIDAL!

La opinión pública estaba dividida. Éramos los Bonnie y Clyde de la Castellana. Los terroristas románticos.

Bajamos del furgón. Los guardias nos rodearon. Las cámaras de televisión formaban un muro de lentes negras.

Vi a Elías Valdés.

Estaba en la entrada de la Audiencia Nacional, rodeado de abogados caros. No llevaba bastón hoy. Quería parecer fuerte. Pero cuando me vio bajar del furgón, cuando vio que no estaba roto, que caminaba con la cabeza alta a pesar de los grilletes... vi el miedo en sus ojos.

Elías sabía que no habíamos terminado.

Caminamos hacia la entrada. Natalia iba delante de mí.

Justo antes de entrar en el edificio, ella se detuvo un microsegundo. Se giró ligeramente, lo justo para que las cámaras captaran su perfil y su mirada conectada con la mía.

No hubo miedo. Hubo un desafío silencioso al mundo entero.

Entramos en la sala de vistas.

El techo era alto, de madera oscura. El estrado del juez parecía un altar. En el banco de la acusación particular, los abogados de Valdés nos miraban como hienas.

Nos sentaron en el banquillo de los acusados, detrás de un cristal blindado. Nos quitaron las esposas de las manos, pero no las de los pies.

Natalia se sentó a mi lado.

Por primera vez en seis meses, no había una rejilla entre nosotros.

Extendí mi mano bajo la mesa y busqué su rodilla. Apreté.

Ella puso su mano sobre la mía.

El juez entró.

—Se abre la sesión —anunció el secretario judicial—. Causa penal 402/2026 contra Alejandro Cortés y Natalia Vidal por los delitos de terrorismo, homicidio y estragos.

El fiscal se levantó. Era un hombre con cara de bulldog que olía a ambición política.

—Señoría —empezó, señalándonos con un dedo acusador—. Lo que tenemos aquí no son dos víctimas de una tragedia familiar. Son dos psicópatas que decidieron tomarse la justicia por su mano y poner en riesgo la seguridad nacional. Pido la pena máxima. Pido que no vuelvan a ver la luz del sol.

Miré a Natalia. Ella miraba al frente, imperturbable.

Pero entonces, la puerta trasera de la sala se abrió.

Un murmullo recorrió el público.

Entró una mujer en silla de ruedas, empujada por una enfermera.

Era mayor. Tenía el pelo blanco y la mirada perdida, pero cuando vio a Natalia, sus ojos se enfocaron.

Carmen Vidal. La madre.

Natalia se levantó de un salto, ignorando el protocolo, ignorando al juez.

—¡Mamá!

El juez golpeó con el mazo.

—¡Siéntese, acusada! ¡Orden!

El abogado de la defensa, Garrido, se levantó con una sonrisa triunfal.

—Señoría, la defensa llama a declarar a su primer testigo sorpresa. La señora Carmen Vidal. Víctima de secuestro durante diecinueve años por parte de la acusación particular, el señor Elías Valdés.

Elías Valdés, sentado en la primera fila, se puso lívido. Se llevó la mano al pecho.

La sala estalló en caos.

Apreté la mano de Natalia.

—Empieza el juego —le susurré.

Ella me miró, con los ojos brillantes de lágrimas y victoria.

—Quémalos, Alejandro. Quémalos a todos.

Y mientras el juez intentaba restaurar el orden, supe que habíamos ganado. No importaba la sentencia. Habíamos traído la verdad a la luz.

Y la verdad, como el fuego, era imparable.

CAPÍTULO 32

LA VOZ DE LOS FANTASMAS

POV: NATALIA VIDAL Audiencia Nacional, Sala de lo Penal. Madrid. 11:15 h.

El silencio en una sala de justicia es distinto al de una cárcel o un cementerio. Es un silencio expectante, cargado de electricidad estática y juicios morales suspendidos en el aire acondicionado.

Mi madre avanzó por el pasillo central en su silla de ruedas.

El zumbido del motor eléctrico de la silla era el único sonido en la sala. Cientos de ojos —jueces, abogados, periodistas, curiosos— estaban clavados en ella.

Carmen Vidal. La mujer que había desaparecido de mi vida hacía casi dos décadas, convertida en una sombra, en una carga financiera, en un fantasma.

Estaba delgada. Su piel tenía esa transparencia de papel de arroz propia de quien no ha visto el sol en años. Llevaba un traje de chaqueta azul marino que le quedaba un poco grande, probablemente comprado por el equipo legal de Alejandro esa misma mañana. Pero su pelo blanco estaba peinado hacia atrás con dignidad, y sus ojos...

Sus ojos me buscaron.

Me encontraron detrás del cristal blindado del banquillo de los acusados.

Y sonrió.

No fue una sonrisa de madre abnegada. Fue una sonrisa de reconocimiento. De complicidad.

—Señora Vidal —dijo el juez, rompiendo el hechizo—. Por favor, acérquese al estrado.

La enfermera colocó la silla frente al micrófono. Mi madre asintió, agradeciendo el gesto con una inclinación de cabeza aristocrática que no recordaba que tuviera.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Lo juro —respondió. Su voz era débil, cascada, pero clara. No tembló.

El abogado Garrido se levantó. Se ajustó la toga con un movimiento teatral. Sabía que este era el momento de su carrera.

—Señora Vidal, gracias por venir. Sabemos que su salud es delicada. Seré breve. —Garrido caminó hacia el centro de la sala, mirando de reojo al fiscal y a los abogados de Valdés, que cuchicheaban frenéticamente—. ¿Podría decirle a la sala dónde ha residido usted durante los últimos diecinueve años?

—En la Clínica Mont-Sinaï. En Zúrich, Suiza.

—¿Y por qué estaba allí?

—Porque me dijeron que estaba loca. —Mi madre hizo una pausa. Sus manos, nudosas y finas, alisaron la tela de su falda—. Me dijeron que el dolor por la muerte de mi marido, Mateo, me había roto la mente. Me dijeron que necesitaba descanso.

—¿Quién se lo dijo?

—El hombre que pagaba las facturas.

—¿Y quién era ese hombre? ¿Era su familia? ¿Era la Seguridad Social?

Mi madre giró la cabeza lentamente. Muy lentamente. Hasta que su mirada se clavó en la primera fila de la acusación particular.

Elías Valdés estaba pálido. Tenía una mano aferrada al pecho, sobre la solapa de su traje italiano. Parecía un hombre que se estaba ahogando en tierra firme.

—Fue él —dijo mi madre, señalándolo con un dedo huesudo que no temblaba—. Elías Valdés.

Un murmullo recorrió la sala como una ola. El juez golpeó con el mazo.

—¡Silencio! Continúe.

—Elías venía a visitarme —prosiguió mi madre, sin apartar la vista del hombre que le había robado la vida—. Una vez al año. En Navidad. Entraba en mi habitación, se sentaba a los pies de mi cama y me contaba cómo crecían mis hijos. Me contaba que Natalia sacaba buenas notas. Me contaba que Javier tenía problemas.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Él lo sabía todo. Nos había estado vigilando. Había disfrutado de nuestro dolor como un dios cruel.

Sentí la mano de Alejandro apretar la mía bajo la mesa. Su agarre era doloroso, férreo. Él también estaba temblando de rabia.

—¿Por qué la mantenía allí, señora Vidal? —preguntó Garrido—. ¿Por caridad?

—No. —Mi madre soltó una risa seca y triste—. Por miedo. Él sabía que yo sabía.

—¿Qué sabía usted?

—Sabía que Mateo no se suicidó. —La voz de mi madre se endureció —. La noche antes de morir, Mateo vino a casa. Estaba borracho, sí, pero también estaba aterrorizado. Me dijo que había firmado algo terrible. Me dijo que había traicionado a Héctor Cortés para salvarnos. Me dijo: *"Carmen, si me pasa algo, busca los papeles azules en la caja de zapatos del altillo".*

—¿Y qué pasó?

—Al día siguiente, Mateo murió. La policía dijo que se tiró. Yo intenté hablar. Fui a la comisaría. Pero antes de que pudiera poner la denuncia... él apareció en mi casa. Elías.

La sala contenía la respiración.

—¿Qué le dijo el señor Valdés?

—Me dijo que Mateo era un criminal. Que si yo hablaba, mis hijos perderían la casa, el apellido y el futuro. Me dijo que tenía deudas impagables. Y me ofreció un trato: él cuidaría de mí. Me daría el mejor tratamiento. Y mis hijos estarían protegidos... siempre y cuando yo desapareciera.

—¿Y usted aceptó?

—Me inyectaron algo. Desperté en Suiza tres días después. Y he estado allí desde entonces. Drogada. Confundida. Pero nunca loca.

El abogado de la defensa se giró hacia el jurado popular.

—Diecinueve años de secuestro farmacológico, señores. Diecinueve años de silencio comprado con miedo.

—¡Protesto! —gritó el abogado de Valdés, poniéndose de pie—. ¡Esto son fantasías de una mujer mentalmente inestable! ¡No hay

pruebas!

—La prueba —interrumpió Garrido, sacando un documento de su carpeta— es el registro de transferencias bancarias de una cuenta opaca en las Islas Caimán, titularidad de *Desarrollos Valdés*, que ha abonado puntualmente la mensualidad de la clínica durante dos décadas. Documentos obtenidos gracias a la investigación de los acusados.

El juez examinó el papel que le entregó el alguacil. Asintió gravemente.

Garrido se giró hacia mi madre.

—Una última pregunta, señora Vidal. ¿Reconoce usted a los acusados?

Mi madre nos miró. Sus ojos se suaviceron.

—Reconozco a mi hija. Natalia. La niña que se parecía a su padre pero tenía mi carácter.

—¿Y al hombre que está a su lado? ¿Alejandro Cortés?

Mi madre miró a Alejandro. Lo miró largo y tendido. Vio las cicatrices, el brazo en cabestrillo (le habían permitido usar uno médico para el juicio), la mirada de lobo acorralado.

—Reconozco al hijo de Héctor —dijo—. Se parece a él. Tiene la misma mirada de quien carga con el peso del mundo.

—La fiscalía alega que el señor Cortés secuestró a su hija. Que la coaccionó para cometer actos terroristas.

—Tonterías —dijo mi madre con firmeza—. Mírelos.

Todos nos miraron.

—No se miran como captor y víctima. Se miran como soldados que han vuelto de la misma guerra. —Mi madre sonrió tristemente—. Mi hija no es una terrorista. Es una superviviente. Y si quemó esa torre... fue para alumbrar el camino de vuelta a casa.

Garrido sonrió.

—No hay más preguntas, señoría.

El turno del fiscal fue un desastre. Intentó desacreditar a mi madre, aludiendo a su historial psiquiátrico, pero cada ataque rebotaba contra la dignidad de piedra de una mujer que ya no tenía nada que perder.

Cuando la sacaron de la sala, mi madre pasó cerca de nuestro banquillo de cristal.

Puso la mano en el vidrio, a la altura de mi cara.

Yo puse la mía.

—*Te quiero,* —le leí en los labios.

—*Te quiero,* —respondí.

Y se fue.

El receso para comer fue tenso. Nos llevaron a los calabozos de la Audiencia. Celdas separadas, pero contiguas. Podíamos hablarnos a través de los barrotes.

Alejandro estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared que nos separaba.

—Tu madre es increíble —dijo. Su voz sonaba cansada. El esfuerzo físico y emocional de estar en el juicio le estaba pasando factura.

—Lo es. —Yo también me senté en el suelo, pegando mi espalda a la suya, separados por el hormigón—. ¿Crees que ha servido de algo?

—Hemos ganado la opinión pública. Twitter está ardiendo. "Justicia para los Vidal-Cortés" es trending topic mundial. Elías está acabado socialmente.

—¿Y legalmente?

—Legalmente es más complicado. El fiscal sigue pidiendo cárcel. Hemos cometido delitos, Natalia. Eso no cambia. Entramos en una propiedad privada, disparamos, volamos un edificio. La "necesidad" es un eximente difícil de probar.

—No me importa ir a la cárcel —dije, y era verdad—. Si Elías cae, me da igual.

—A mí no me da igual. —Hubo un silencio—. No voy a dejar que te pudras en una celda, Natalia. No tú.

—Estamos juntos en esto.

—Escucha... —Su tono cambió. Se volvió urgente, bajo—. He visto a Elías durante el testimonio de tu madre. No estaba solo asustado. Estaba haciendo llamadas. Mensajes.

—¿Y?

—Y un animal herido es cuando más muerde. Elías sabe que va a perder el juicio. Sabe que va a ir a prisión. Y un hombre como él no acepta la derrota. Va a intentar una última jugada.

—¿Qué puede hacer? Está bajo arresto domiciliario. Sus cuentas están bloqueadas.

—Tiene favores. Tiene deudas de sangre que cobrar. Tiene sicarios que cobran en efectivo. —Alejandro golpeó la pared con la cabeza—.

Tengo un mal presentimiento. Esta noche... esta noche en la cárcel... mantente alerta. No duermas. No comas nada que no venga cerrado.

—Alejandro, me estás asustando.

—Bien. El miedo te mantiene viva.

La tarde en el juicio fue un borrón de peritos balísticos y expertos en incendios. La defensa de Alejandro argumentó legítima defensa y estado de necesidad. El fiscal nos llamó anarquistas.

Pero Elías no volvió a la sala. Su abogado presentó un certificado médico alegando una "crisis hipertensiva".

El cobarde se escondía.

A las seis de la tarde, la sesión terminó.

El juez golpeó el mazo.

—Visto para sentencia. Los acusados serán trasladados a sus respectivos centros penitenciarios a la espera del fallo.

Nos levantaron.

Los guardias me pusieron las esposas. A Alejandro también.

Nos miramos una última vez antes de que nos separaran para llevarnos a los furgones.

—Te veo pronto —dijo él.

—Te veo pronto.

Pero sus ojos decían otra cosa. Sus ojos decían "adiós".

Centro Penitenciario Madrid V, Soto del Real. Módulo de Enfermería. POV: ALEJANDRO CORTÉS 22:00 h.

La enfermería de la prisión es el lugar más peligroso de la cárcel. Es donde la seguridad es más laxa y donde las drogas están más cerca.

Me habían asignado una habitación individual por mi condición de "preso de alto riesgo" y por mis heridas. Había un guardia en la puerta, un tipo joven que masticaba chicle con la boca abierta.

Estaba tumbado en la cama, mirando el techo. Mi hombro dolía. El día en el tribunal me había dejado exhausto.

Pensaba en Natalia. En su traje negro. En su fuerza.

Había valido la pena. Todo. El dolor, la ruina, la sangre. Verla enfrentarse al mundo con la cabeza alta era el mayor retorno de inversión de mi vida.

Pero mi instinto, esa alarma interna que me había mantenido vivo en la selva financiera y física, no dejaba de sonar.

Elías no se había presentado por la tarde.

Elías estaba planeando algo.

Y si quería hacerme daño de verdad... si quería destruirme antes de caer... no iría a por mí. Iría a por ella.

O... vendría a por mí para dejarla a ella sola y desprotegida.

Se fue la luz.

De golpe.

No solo en mi habitación. En todo el pasillo.

Oscuridad total.

Oí gritos lejanos. *«¡Fallo de generador! ¡Apertura manual!»*

Me incorporé en la cama, ignorando el dolor.

El guardia de mi puerta maldijo. Oí el sonido de su radio. Estática.

—¿Control? Aquí enfermería. Se ha ido la luz. Control, ¿me recibís?

Nadie respondió.

Oí pasos.

No eran pasos de botas reglamentarias. Eran pasos de suela de goma. Rápidos. Silenciosos.

Tres personas. Tal vez cuatro.

Me arranqué la vía del suero del brazo. La sangre goteó al suelo.

Me levanté. Estaba en pijama de hospital. Descalzo. Con un brazo inútil.

Miré a mi alrededor buscando un arma.

Nada. Solo la bandeja de comida de metal y los cubiertos de plástico.

Agarré la bandeja.

La puerta de mi habitación se abrió.

El guardia estaba allí, iluminado por una linterna.

—Señor Cortés, quédese en la...

Se oyó un sonido sordo. *Thump.*

El guardia cayó hacia adelante. Tenía un cuchillo clavado en la base del cuello.

Detrás de él, tres sombras entraron en la habitación. Llevaban pasamontañas y ropa oscura de presidiario, pero se movían como profesionales.

Uno de ellos cerró la puerta y encendió una luz química roja.

La habitación se tiñó de sangre.

El del medio, el más grande, dio un paso adelante. Tenía un pincho carcelario en la mano: un cepillo de dientes afilado y endurecido con fuego.

—Saludos de Elías Valdés —dijo con voz ronca.

Estaba atrapado. Solo. Herido. Sin armas.

Sonreí.

No era una sonrisa de felicidad. Era la sonrisa del diablo cuando vuelve a casa.

—Habéis cometido un error —dije, sopesando la bandeja de metal en mi mano izquierda—. Deberíais haber traído a más gente.

Me lancé hacia ellos.

Si iba a morir esta noche, me llevaría a todos los que pudiera conmigo. Por mi padre. Por Javi. Por Carmen.

Y, sobre todo, por Natalia.

El primer golpe sonó como un trueno en la oscuridad roja.

CAPÍTULO 33

EL PROTOCOLO HADES

POV: ALEJANDRO CORTÉS Centro Penitenciario Madrid V, Módulo de Enfermería. 22:05 h.

El sonido de una bandeja de acero inoxidable impactando contra un cráneo humano es sordo, húmedo y definitivo.

CLANG.

El líder del grupo, el gigante con el pincho carcelario, se tambaleó hacia atrás. La sangre le brotó de la ceja, cegándolo momentáneamente. No cayó. Era un animal de cien kilos de músculo y mala vida. Rugió, sacudiendo la cabeza como un toro bravo, y lanzó una estocada ciega con el cepillo de dientes afilado.

La punta endurecida con fuego me rozó el costado, rasgando el pijama del hospital y abriendo una línea de fuego en mi piel ya castigada.

No sentí dolor. Sentí urgencia.

Estaba atrapado en una habitación de tres por tres, iluminada por una luz roja química que convertía la sangre en manchas negras, luchando contra tres asesinos con un brazo inútil y el otro sosteniendo una bandeja de comida.

—¡Sujetadlo! —gritó el líder, escupiendo sangre.

Los otros dos se abalanzaron sobre mí.

Pateé la cama hospitalaria con todas mis fuerzas. Las ruedas chirriaron y la cama se desplazó violentamente, golpeando las

piernas del segundo atacante y haciéndolo caer.

El tercero, más ágil, saltó sobre el colchón.

Me tiré al suelo, rodando bajo la cama justo cuando él aterrizaba encima.

—¡Está abajo!

Vi sus pies. Botas de seguridad robadas a algún funcionario.

Agarré el soporte metálico del suero que había tirado antes. Era una barra de acero cromado con una base pesada.

Lo usé como una lanza.

Desde el suelo, clavé el extremo del soporte en la entrepierna del hombre que estaba de pie junto a la cama.

El grito fue agudo, inhumano. El hombre se dobló sobre sí mismo, soltando el cuchillo casero que llevaba.

Me arrastré fuera, saliendo por el otro lado de la cama.

Me puse de pie, jadeando. Mi hombro derecho, el de la bala, era un nudo de agonía pulsante. Sentía que los puntos internos se desgarraban con cada movimiento brusco. La sangre caliente empezó a empapar el vendaje de nuevo.

Quedaban dos.

El líder se había recuperado del golpe de la bandeja. Me miraba con odio puro, limpiándose la sangre de los ojos. El segundo, el que había tropezado, se levantaba sacando una cuchilla de afeitar pegada a un mango de plástico.

—Vas a morir, Cortés —dijo el líder—. Elías paga doble si sufres.

—Elías no va a tener dinero ni para pagar vuestro entierro —repliqué, levantando la bandeja como un escudo espartano.

Se lanzaron a la vez.

El de la cuchilla atacó bajo. El líder atacó alto.

Bloqueé el pincho del líder con la bandeja. El metal chirrió contra el plástico endurecido. Pero el de la cuchilla me alcanzó.

Sentí un corte frío y profundo en el muslo izquierdo.

Caí de rodillas.

El líder sonrió. Levantó el pincho para rematarme, apuntando a mi cuello.

—Saluda a tu padre.

El tiempo se ralentizó.

Vi el pincho bajar.

No pensé en mi padre. Pensé en Natalia. Pensé en su mano tocando la mía a través del cristal del juzgado. Pensé en la promesa. *«Te necesito para que veas cómo arden.»*

No podía morir. No tenía permiso.

Solté la bandeja.

Con mi mano izquierda, la sana, intercepté la muñeca del líder en el aire.

El impacto de su peso casi me dislocó el codo, pero aguanté.

Tiré de él hacia abajo, usando su propia inercia y mi posición baja.

El líder cayó sobre mí.

Giré mi cuerpo en el último segundo.

El pincho no me dio a mí.

Se clavó en el pecho del segundo atacante, el de la cuchilla, que se había acercado demasiado para intentar cortarme otra vez.

El sonido de la carne perforada fue un *chof* nauseabundo.

El segundo atacante abrió los ojos con sorpresa, mirando el cepillo de dientes clavado en su esternón. Cayó hacia atrás, muerto o muriéndose, arrastrando al líder con él.

Aproveché la confusión. El caos.

Me levanté, resbalando en el charco de sangre que se expandía por el linóleo.

Agarré la cuchilla de afeitar que se le había caído al muerto.

El líder intentaba sacar su arma del pecho de su compañero. Estaba atascada en el hueso.

Me abalancé sobre él por la espalda.

Pasé mi brazo sano alrededor de su cuello.

No fue una llave de judo limpia. Fue una ejecución callejera.

Le clavé la cuchilla en la carótida.

Un chorro de sangre negra me roció la cara, caliente y metálica. El hombre gorgoteó, llevándose las manos al cuello, intentando contener lo incontenible.

Lo empujé lejos de mí. Cayó convulsionando.

Me quedé solo en la habitación roja.

Tres cuerpos en el suelo. Uno muerto, uno desangrándose, uno gimiendo con los testículos reventados.

Me apoyé en la pared, deslizándome hasta sentarme. Mi respiración era un fuelle roto. Estaba cubierto de sangre ajena y propia.

Miré hacia la puerta abierta. El guardia muerto seguía allí, con el cuchillo en la garganta.

Su radio.

Me arrastré hacia el cadáver del guardia. Me costó una eternidad. Cada centímetro era una tortura.

Llegué. Le arranqué la radio del cinturón con dedos temblorosos y resbaladizos.

El canal de la prisión estaba en silencio. Caos controlado.

Cambié la frecuencia.

Canal 16. La frecuencia de emergencia que Lucas me había hecho memorizar antes de entrar en la torre. Una frecuencia digital encriptada que él monitorizaba 24/7.

Apreté el botón de transmisión.

—Fantasma —dije. Mi voz era un susurro gutural—. Aquí Lobo.

Estática.

—Fantasma... responde, joder.

—*Aquí Fantasma,* —la voz de Lucas sonó clara, sin la distorsión del miedo—. *Te recibo, Alejandro. Los sensores biométricos de tu reloj se dispararon. Tu ritmo cardíaco es de 160. ¿Estás corriendo?*

—Me han atacado. En la celda. Sicarios de Elías.

—¿Estado?

—Vivo. De momento.

Miré el pasillo oscuro. Oía pasos corriendo a lo lejos. Más guardias. O más sicarios. No importaba. El sistema estaba podrido. Elías había comprado la cárcel.

—Lucas... —Respiré hondo, sintiendo el olor a hierro llenar mis pulmones—. Ejecuta Hades.

Hubo un segundo de silencio al otro lado.

—¿Hades completo? Eso es tierra quemada, Alejandro. Si suelto eso... no habrá vuelta atrás. Caerán jueces, caerán ministros. El país se va a paralizar.

—Ese es el plan. Quema el cielo, Lucas. Quémalo todo.

—Entendido. Iniciando subida a servidores globales. Wikileaks, The Guardian, New York Times y torrents públicos. En 3... 2... 1...

—Hecho.

Solté la radio.

Me dejé caer de espaldas sobre el suelo frío, al lado del guardia muerto.

Miré el techo.

Ya estaba. La bomba había estallado.

Cerré los ojos y esperé a que el mundo se derrumbara.

POV: NATALIA VIDAL Celda 402, Módulo de Mujeres. 22:30 h.

El apagón había durado veinte minutos.

Veinte minutos de gritos en el módulo. Las presas golpeaban los barrotes con tazas de metal, una cacofonía de protesta y miedo.

Yo estaba de pie junto a la ventana enrejada, mirando hacia el patio oscuro.

Sabía que algo estaba pasando. Lo sentía en la piel, como una vibración de baja frecuencia. Alejandro.

De repente, las luces del patio se encendieron. Pero no eran las luces normales. Eran los focos de emergencia. Y las sirenas empezaron a aullar.

Y entonces, pasó algo extraño.

Los móviles de las presas.

Estaban prohibidos, por supuesto. Pero en la cárcel todo tiene un precio y la mitad del módulo tenía teléfonos escondidos en los colchones o en huecos de la pared.

Empezaron a sonar.

No uno. Todos.

Era una sinfonía de notificaciones. *Ding. Ding. Ding.* Vibraciones contra el metal de las literas.

—¿Qué coño pasa? —gritó La Chata desde la celda de al lado.

Oí a alguien gritar:

—¡Tías! ¡Mirad esto! ¡Ha llegado un mensaje masivo!

Me acerqué a los barrotes.

—¿Qué dice? —pregunté.

—¡Es un vídeo! —gritó una chica joven desde el final del pasillo—. ¡Sale el juez Garzón! ¡Sale el Ministro de Interior! ¡Están... joder, están contando dinero!

El corazón me dio un vuelco.

Hades.

Alejandro lo había hecho. Había pulsado el botón nuclear.

En cuestión de minutos, el módulo era un hervidero. Las funcionarias corrían de un lado a otro, intentando confiscar teléfonos, pero era imposible. La información fluía como el agua.

—¡Dicen que Elías Valdés pagó la reforma de la casa del fiscal! —¡Dicen que el jefe de la prisión tiene cuentas en Andorra!

El sistema se estaba desmoronando en tiempo real. La autoridad de los guardias se evaporaba porque sus secretos estaban brillando en las pantallas de los teléfonos de las criminales que custodiaban.

La puerta de mi celda se abrió de golpe.

No era Marta, la funcionaria habitual.

Era el Director de la prisión.

Estaba pálido, sudando, con la corbata deshecha. Llevaba una tablet en la mano.

—Vidal —dijo. Su voz temblaba.

—Buenas noches, señor Director. Parece que tiene una noche complicada.

—Salga.

—¿A dónde?

—Fuera. De mi prisión.

Lo miré, confundida.

—¿Me está soltando?

—No puedo retenerla. —Me enseñó la tablet.

Era un titular de última hora de la BBC: **"LEAK MASIVO EN ESPAÑA EXPONE CORRUPCIÓN SISTÉMICA. EL GOBIERNO EN CRISIS. MILES DE MANIFESTANTES RODEAN LA PRISIÓN EXIGIENDO LA LIBERACIÓN DE LOS 'AMANTES DE LA TORRE'".**

—El Ministerio de Justicia está colapsado —dijo el Director, pasándose un pañuelo por la frente—. El juez que firmó su prisión preventiva acaba de dimitir en directo tras publicarse un vídeo suyo aceptando sobornos de Valdés. No hay orden válida de prisión. Técnicamente, su detención es ilegal ahora mismo.

—¿Y Alejandro? —pregunté, dando un paso hacia él—. ¿Dónde está él?

El Director tragó saliva.

—Hubo... un incidente en la enfermería.

Me lancé hacia él y lo agarré de las solapas de la chaqueta, olvidando que era una presa y él la autoridad.

—¿Qué incidente?

—Un ataque. Pero él... él está vivo. Ha matado a tres hombres, Vidal. Tres sicarios. Está en la UCI de nuevo, pero consciente.

Lo solté.

—Lléveme con él. Ahora.

—No puedo... el protocolo...

—¡Al diablo el protocolo! —Grité, y mi voz resonó por todo el módulo, silenciando a las demás presas—. ¡Su protocolo se ha acabado! ¡Mire ahí fuera! ¡El mundo sabe lo que sois! Si no me lleva con él ahora mismo, le juro que cuando salga de aquí, mi próxima exclusiva será sobre usted. Y sé que usted también está en esa lista, Director.

El hombre palideció aún más. Sabía que era verdad. Lucas no dejaba títere con cabeza.

—Vamos —dijo, derrotado.

Caminamos por los pasillos.

La prisión estaba en estado de sitio. Los funcionarios se miraban entre ellos con desconfianza. Los presos golpeaban las puertas. Era el caos. Era la anarquía.

Y era hermoso.

Llegamos al módulo de enfermería.

Estaba acordonado por la Guardia Civil, pero no por los de siempre. Eran los GAR (Grupo de Acción Rápida). Élite. El gobierno había enviado a los profesionales para asegurar la zona y evitar que Alejandro escapara o fuera asesinado de nuevo.

El Director habló con el capitán al mando. Le enseñó algo en su móvil. El capitán me miró, asintió y nos dejó pasar.

Entré en la habitación.

El olor a sangre y muerte seguía allí, a pesar de que se habían llevado los cuerpos.

Alejandro estaba en la cama.

Le habían puesto vendas nuevas. Tenía otra vía en el brazo. Estaba esposado a la cama con dos juegos de esposas.

Tenía la cara magullada, un corte en la mejilla y los ojos cerrados.

Me acerqué despacio.

—Alejandro.

Abrió los ojos.

Me vio.

Y sonrió. Tenía los dientes manchados de sangre, pero era la sonrisa más arrogante y maravillosa que había visto en mi vida.

—Te dije que quemaría el cielo —susurró.

Me incliné sobre la barandilla de la cama y le besé. Le besé con desesperación, con alivio, con hambre.

—Lo has quemado —dije contra su boca—. Todo está ardiendo. Estamos en todas las noticias. El gobierno ha caído. Elías está en busca y captura internacional.

—Bien.

Intentó levantar la mano para tocarme, pero las esposas tintinearon.

—Todavía estamos encadenados —dijo, frustrado.

En ese momento, entró un hombre con traje oscuro. No era policía. No era funcionario.

—Señor Cortés. Señorita Vidal. —Habló con acento extranjero—. Soy el abogado principal de *Cortés Holdings* en Nueva York. Acabo de aterrizar.

Traía un papel.

—Tengo un auto de *Habeas Corpus* emitido por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Dada la evidencia de corrupción en el tribunal sentenciador y el riesgo inminente para sus vidas bajo custodia del estado español... se ordena su liberación inmediata y su traslado a territorio neutral bajo protección diplomática.

—¿Territorio neutral? —pregunté.

—Suiza —dijo Alejandro, mirándome—. Vamos a ver a tu madre.

El capitán de la Guardia Civil entró, leyó el papel, miró el caos en las noticias de su móvil y sacó las llaves.

—Están libres —dijo, quitándole las esposas a Alejandro—. Lárguense de aquí antes de que cambien de opinión.

Ayudé a Alejandro a levantarse. Se apoyó en mí. Pesaba, dolía, sangraba. Pero estaba de pie.

Salimos de la prisión.

Era de noche, pero parecía de día. Cientos de periodistas, manifestantes con pancartas de "YO SOY MATEO VIDAL" y focos de televisión rodeaban la salida.

Cuando cruzamos la puerta, el rugido de la multitud nos golpeó.

Alejandro se detuvo. Me miró.

—No bajes la cabeza —me dijo—. Nunca más.

—Nunca más.

Entrelazamos nuestras manos, manchadas, heridas, pero libres.

Y caminamos hacia los flashes, hacia el coche blindado que nos esperaba, dejando atrás las cenizas del mundo que habíamos destruido para construir el nuestro.

CAPÍTULO 34

EL EXILIO DORADO

POV: NATALIA VIDAL Villa "L'Ombra", Lago de Como, Italia. Tres meses después.

La paz tiene un sonido extraño. Durante años pensé que sonaría a silencio, pero aquí, en el norte de Italia, la paz suena al chapoteo suave del agua contra el muelle privado y al crujido de la leña en la chimenea de mármol.

Estaba sentada en la terraza, envuelta en una manta de cachemir gris, mirando cómo la bruma de la mañana se levantaba sobre el lago. El aire era frío, alpino, limpio. Nada que ver con el aire viciado de la prisión o el humo de Madrid.

Mis manos descansaban sobre mi regazo. Me miré las palmas. Las cicatrices de los cables del ascensor ya no eran heridas abiertas, sino líneas blancas y duras que cruzaban mis huellas dactilares. Marcas de guerra.

Escuché un ruido dentro de la casa. Un golpe seco. Vidrio rompiéndose.

Y luego, una maldición en español.

Me levanté y entré en el salón.

Alejandro estaba de pie junto al mueble bar. Llevaba unos pantalones de pijama de seda negra y el torso desnudo. A sus pies, una botella de agua rota.

Estaba mirando su mano derecha. La mano que yo había cosido. La mano que los médicos de la prisión habían reconstruido con placas

de metal.

Temblaba. Un temblor espasmódico, incontrolable.

—Déjalo —dije suavemente, acercándome.

—Puedo hacerlo —gruñó, sin mirarme. Su voz estaba cargada de frustración. Se agachó para recoger los cristales con la mano izquierda, pero el movimiento brusco hizo que su hombro derecho se tensara. Hizo una mueca de dolor puro, cerrando los ojos.

—Alejandro, para.

Me arrodillé junto a él. Aparté su mano sana.

—Te vas a cortar —le dije.

—Soy un inútil —murmuró, dejándose caer sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el mueble de caoba. Miró su brazo derecho, lleno de cicatrices rojas y queloides, el bíceps atrofiado por meses de inactividad—. Mira esto. El Amo de Madrid no puede ni servirse un vaso de agua.

—El Amo de Madrid quemó su reino para salvar a su reina —le corregí, recogiendo los cristales grandes con cuidado—. Eso no es ser inútil. Eso es ser una leyenda.

Alejandro soltó una risa amarga.

—Una leyenda fugitiva.

Terminé de limpiar y me senté a su lado en el suelo. La casa era inmensa, una villa del siglo XIX que Alejandro había comprado a través de una sociedad pantalla años atrás ("por si acaso", dijo), pero nosotros vivíamos en estos pequeños espacios de intimidad.

Le pasé la mano por el pecho, trazando la línea de sus abdominales hasta llegar a la cicatriz de la bala en el hombro. La piel estaba

tirante.

—¿Te duele? —pregunté.

—Siempre duele. Es un recordatorio. —Me miró. Sus ojos negros ya no tenían la fiebre de la infección, pero conservaban esa intensidad depredadora—. ¿Has visto las noticias?

—No. He dejado de mirar.

—El gobierno español ha dimitido en bloque. Hay elecciones anticipadas. Y la orden de extradición contra nosotros ha sido denegada por Suiza e Italia por "dudas razonables sobre la integridad del proceso judicial original".

—Lucas hizo un buen trabajo.

—Lucas protegió mis cuentas en las Caimán antes de soltar el virus Hades. —Alejandro suspiró, apoyando la cabeza en la madera—. Somos ricos, Natalia. Asquerosamente ricos. Y libres.

—¿Entonces por qué no eres feliz?

Se giró hacia mí. Me agarró la nuca con su mano izquierda, la fuerte. Sus dedos se enredaron en mi pelo, que volvía a estar suelto y salvaje.

—Porque no sé vivir sin un enemigo. Llevo veinte años odiando. Llevo veinte años construyendo muros. Y ahora... ahora solo hay agua y silencio. Y tú.

—¿Yo no soy suficiente?

—Tú eres demasiado. —Me atrajo hacia él—. Eres lo único que me hace sentir que no estoy muerto. Pero me da miedo... me da miedo que te aburras de cuidar a un tullido.

—No eres un tullido. —Me monté sobre él, a horcajadas, mis muslos aprisionando sus caderas. El pijama de seda era suave bajo mi piel —. Eres el hombre más peligroso que he conocido. Y sigues siéndolo. Solo que ahora...

Me incliné y le besé la cicatriz del hombro. Él se estremeció.

—...ahora eres mío.

Alejandro gimió. No de dolor.

Su mano izquierda subió por mi espalda, agarrando mi camiseta y tirando de ella hasta sacármela. Me quedé desnuda de cintura para arriba bajo la luz de la mañana italiana.

—Natalia... —Su mirada recorrió mis pechos, mi cuello, mis labios. Era una mirada de hambre—. No tengas piedad con mi brazo. No me trates como a cristal.

—Nunca.

Lo besé. Fue un beso lento, profundo, que sabía a café y a redención. Sentí cómo su erección crecía bajo la seda, dura y urgente.

Hicimos el amor en el suelo del salón, rodeados de lujo antiguo y silencio.

Fue diferente a la primera vez. No hubo rabia. No hubo manipulación.

Hubo una desesperación distinta. La de dos supervivientes que necesitan confirmar su existencia a través del tacto.

Yo llevaba el control. Me movía sobre él, marcando el ritmo, mientras su mano sana me sujetaba la cadera con una fuerza

posesiva y su mano herida, temblorosa, descansaba sobre mi pecho, sintiendo los latidos de mi corazón.

—Mírame —le ordené cuando estábamos cerca del final.

Él me miró. Sus pupilas dilatadas, su boca entreabierta, el sudor brillando en su frente.

—Te quiero, Alejandro. Con tus cicatrices. Con tu pasado. Con todo.

—Eres mi condena y mi salvación, Natalia —jadeó él, arqueándose hacia mí—. Eres mi maldita vida.

Cuando terminamos, nos quedamos allí, enredados en el suelo, recuperando el aliento.

El sol entraba por los ventanales, iluminando las partículas de polvo que bailaban en el aire.

Alejandro apoyó la frente en mi hombro.

—Tengo algo para ti —dijo, cuando su respiración se calmó.

—¿Más joyas? No necesito collares, Alejandro. Ya no soy tu mascota.

—No es una joya. —Se incorporó con dificultad y metió la mano en el bolsillo de su pantalón de pijama que había quedado tirado.

Sacó un papel doblado.

Me lo dio.

Lo desdoblé.

Era un correo impreso. De una agencia de detectives privados en Brasil.

Había una foto adjunta. Una foto borrosa, tomada desde lejos con un teleobjetivo.

Se veía un edificio de apartamentos decrepito en una favela de São Paulo. Y en un balcón, sentado en una silla de plástico, un hombre mayor.

Estaba muy delgado. Llevaba una camiseta de tirantes sucia. Tenía una botella de aguardiente barato en la mano. Parecía enfermo. Derrotado.

Pero reconocí el perfil. La nariz aguileña. La postura arrogante incluso en la miseria.

—Elías —susurré.

—Se escapó antes de que la policía llegara a su arresto domiciliario. Usó sus últimos fondos en efectivo para comprar un pasaje en un carguero. —Alejandro señaló la foto—. Vive en un agujero. Tiene cáncer de páncreas, según nuestros informes. Le quedan meses. Semanas, tal vez. No tiene dinero para morfina.

Miré la foto. El Gran Elías Valdés. El hombre que había matado a mi padre, secuestrado a mi madre y casi destruido a Alejandro. Reducido a un viejo borracho muriendo de dolor en el fin del mundo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Alejandro. Su voz era neutra—. Puedo hacer una llamada. Conozco gente en São Paulo. Por diez mil euros, alguien entrará en ese apartamento y le cortará la garganta mientras duerme. O podemos enviarle a la policía y que muera en una cárcel brasileña.

Miré a Alejandro.

Vi la oscuridad en sus ojos. La tentación de cerrar el círculo con sangre.

Pero también vi su mano herida. Vi la paz que habíamos empezado a construir en esta casa.

Si matábamos a Elías, seguiríamos siendo sus verdugos. Seguiríamos jugando su juego.

—No —dije.

Alejandro arqueó una ceja.

—¿No?

—No lo mates. Eso sería piadoso. —Rompí el papel por la mitad—. Y no llames a la policía. Eso le daría notoriedad. Titulares.

—Entonces, ¿qué?

—Cómpralo.

—¿Cómo?

—Compra el edificio donde vive. Compra la tienda de licores donde compra su alcohol. Compra la farmacia donde intenta conseguir calmantes. —Sonreí, y supe que mi sonrisa era tan fría como la de Alejandro—. Haz que cada trago que beba, cada techo bajo el que duerma, sea propiedad de *Cortés Holdings*. Mándale una carta. Una sola. Que diga: *"La casa invita"*.

Alejandro me miró fijamente durante un segundo. Luego, una sonrisa lenta y perversa se extendió por su cara.

—Que sepa que vive gracias a mi caridad. Que sepa que su supervivencia depende del hijo del hombre que asesinó.

—Exacto. Que muera sabiendo que ha perdido. No solo su dinero. Su orgullo.

Alejandro me besó. Un beso casto en la frente.

—Eres terrorífica, Natalia. Me encanta.

Se levantó, con menos esfuerzo esta vez. Parecía más ligero. Como si el peso de veinte años de venganza se hubiera evaporado con mi decisión.

—Voy a hacer esa llamada —dijo, caminando hacia el despacho—. Compraremos la favela entera si hace falta.

Me quedé sola en el salón, mirando el lago.

El agua estaba tranquila.

Habíamos ganado. No con fuego, sino con hielo.

Me toqué el vientre, plano y suave bajo la camiseta que me había puesto.

Todavía no se lo había dicho. No quería añadir más presión a su recuperación. Pero mi periodo llevaba dos semanas de retraso. Y esta mañana, el olor del café me había revuelto el estómago.

Si era lo que yo creía... entonces el futuro ya no era solo nuestro.

Era el comienzo de una nueva dinastía. Una que no se basaría en deudas de sangre, sino en la memoria de los que sobrevivieron.

Sonreí al sol de Italia.

La vida, al final, siempre se abre camino entre las ruinas.

CAPÍTULO 35

EL ÚLTIMO FANTASMA

POV: ALEJANDRO CORTÉS Villa "L'Ombra", Lago de Como, Italia. Dos semanas después.

El diablo está en los detalles, dicen. Pero la redención también.

Estaba sentado en el despacho de la villa, una habitación con paneles de nogal oscuro y olor a cera de abejas y libros antiguos. Fuera, una tormenta de verano azotaba el lago, lanzando lluvia contra los cristales altos como si quisiera entrar. Dentro, el único sonido era el rasgueo de mi pluma estilográfica sobre el papel grueso de algodón.

Firmar me costaba.

Mi mano derecha, reconstruida con titanio y paciencia, ya no tenía la fluidez arrogante de antes. Cada curva de la "A", cada trazo de la "C", requería un esfuerzo consciente, una orden cerebral específica a músculos que todavía protestaban. Mi caligrafía había cambiado. Era más dura, más angulosa. La letra de un hombre que ha tenido que aprender a escribir su nombre de nuevo.

—¿Está hecho? —preguntó Natalia desde la puerta.

Levanté la vista.

Llevaba un vestido de punto color crema, largo y cómodo, y estaba descalza. Se apoyaba en el marco de la puerta con esa elegancia natural que ninguna escuela de protocolo podía enseñar. Tenía las manos cruzadas sobre el vientre, un gesto que había empezado a repetir inconscientemente en los últimos días.

—Está hecho —dije, dejando la pluma sobre el secante de cuero—. He comprado la deuda soberana del bloque 4 de la Favela de Heliópolis en São Paulo. Y he adquirido la hipoteca del local comercial en el bajo.

—La licorería.

—Sí. La licorería donde el señor Valdés compra su veneno diario.

Natalia caminó hacia el escritorio. Se movía con el sigilo de un gato, una costumbre que le había quedado de la prisión y de la huida. Se detuvo a mi lado y miró los documentos.

—¿Y la carta?

—Aquí.

Le tendí el sobre lacrado con el emblema de *Cortés Holdings*. No el nuevo, sino el antiguo. El que usaba mi padre.

Natalia cogió el sobre. Lo sopesó en su mano.

—"La casa invita" —murmuró, recordando nuestra conversación.

—Es más que eso. —Me levanté, ignorando el pinchazo habitual en el hombro. Caminé hacia la ventana para mirar la lluvia—. He dado instrucciones a mis abogados en Brasil. Elías no pagará alquiler. No pagará luz. No pagará el alcohol. Pero cada mes, recibirá un extracto de cuenta. Un recibo con saldo cero, firmado por mí.

—Para recordarle que su vida te pertenece.

—Para recordarle que es irrelevante. Que no merece ni el coste de una bala. —Me giré hacia ella—. Gonzalo murió ayer en el hospital de Madrid, Natalia.

Natalia se tensó. Sus dedos se cerraron sobre el sobre.

—¿Murió?

—Fallo multiorgánico. Nunca despertó del coma.

Hubo un silencio denso en la habitación. Esperé a ver si se rompía. Si la culpa volvía a atacarla. Pero Natalia simplemente asintió, con la mirada perdida en la lluvia.

—Entonces se acabó —dijo. Su voz no tembló—. La línea de sangre de los Valdés se ha roto.

—Queda Elías. Pero Elías ya es un fantasma. Un fantasma que bebe aguardiente barato en un balcón sucio, esperando la muerte, sabiendo que su hijo está muerto y su imperio es ceniza.

Me acerqué a ella. Le quité el sobre de las manos y lo dejé sobre la mesa. Luego, le cogí las manos. Sus cicatrices rozaron las mías.

—Somos los últimos, Natalia. Tú y yo. Los supervivientes del naufragio.

Ella levantó la vista. Sus ojos avellana brillaban con una emoción que no supe descifrar al principio. Miedo. Esperanza.

—Alejandro... tenemos que hablar.

El tono de su voz activó mis alarmas internas. Mi cuerpo se puso rígido por instinto.

—¿Qué pasa? ¿Es tu madre? ¿Ha pasado algo en la clínica?

—No. Mamá está bien. Está aprendiendo a pintar acuarelas. — Natalia soltó una risa nerviosa, breve—. No es ella. Somos nosotros.

Se soltó de mis manos y caminó hacia la chimenea apagada. Se abrazó a sí misma.

—Dime —ordené suavemente, acercándome a ella—. Sabes que odio los secretos.

—No es un secreto. Es... una complicación.

—¿Legal? ¿Interpol ha reactivado la alerta?

—No, Alejandro. —Se giró bruscamente—. No todo son leyes y guerras. A veces... a veces la vida simplemente ocurre.

Me quedé quieto, observándola. La vi tocarse el vientre de nuevo. Ese gesto protector.

Mi cerebro, esa máquina analítica que procesaba riesgos y beneficios, se detuvo en seco.

Calculé fechas. La noche en la furgoneta. La mañana en el suelo del salón hace dos semanas. Los mareos que ella atribuía al cambio de altitud.

El aire salió de mis pulmones.

—Natalia —susurré.

Ella me miró, mordiéndose el labio inferior. Tenía miedo. Miedo de mi reacción. Miedo de traer algo puro a un mundo que nosotros habíamos ensuciado tanto.

—Estoy embarazada —dijo. La palabra quedó suspendida en el aire, frágil y absoluta—. Me hice la prueba esta mañana.

Me quedé paralizado.

Un hijo.

La idea era ajena a mí. Yo no estaba diseñado para crear. Estaba diseñado para destruir, para adquirir, para vengar. Mi padre me había dejado deudas y odio. Yo no tenía nada que legar salvo dinero

manchado de sangre y un apellido que era sinónimo de terror en los mercados financieros.

—Di algo —pidió ella, con la voz rota—. Por favor, di algo.

Miré su vientre plano bajo el vestido de punto. Allí dentro había células dividiéndose. Células que tenían mi ADN. El ADN de los Cortés. Y el de los Vidal.

La fusión definitiva. El final de la guerra.

Me acerqué a ella. Mis pasos resonaron en la madera.

Me arrodillé.

No como un súbdito ante una reina, sino como un devoto ante un milagro.

Ignoré el dolor de mis rodillas, el dolor de mi hombro, el dolor de mi alma.

Puse mis manos —la sana y la rota— sobre su cintura. Apoyé la frente en su vientre.

Sentí su calor a través de la lana.

—Un heredero —murmuré contra la tela.

—No —corrigió Natalia, poniendo sus manos sobre mi cabeza, acariciando mi pelo—. Un hijo, Alejandro. No va a heredar tu guerra. No va a heredar tus deudas.

Levanté la cabeza para mirarla. Tenía lágrimas en los ojos, pero sonreía.

—Tienes razón —dije, con la garganta cerrada—. No heredará la deuda. Porque la deuda está pagada.

Me levanté y la abracé. La levanté del suelo, con cuidado, sintiendo su peso, su realidad. La enterré en mi pecho, aspirando su olor a lluvia y a vida.

—Tengo miedo —confesó ella contra mi cuello—. No sé ser madre. Mi madre... me la robaron. No tengo instinto.

—Aprenderemos —le prometí, besando su sien—. Aprenderemos igual que aprendimos a disparar. Igual que aprendimos a sobrevivir. Lo haremos juntos.

La llevé hacia el sofá de cuero frente al ventanal. Nos sentamos, con ella en mi regazo, mirando la tormenta fuera.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella después de un rato—. Con la empresa. Con la Patente.

—La Torre Cortés no se va a reconstruir —decidí en ese momento. La torre era un falo de ego, un monumento a mi soledad—. Venderemos el solar.

—¿Y la patente?

—Crearemos una fundación. "Fundación Mateo Vidal". —Sentí cómo Natalia se tensaba de emoción—. Usaremos la tecnología de cimentación flexible para construir viviendas seguras en zonas de catástrofe. A precio de coste. Sin beneficio.

—¿Sin beneficio? —Me miró, incrédula—. Eso no suena a Alejandro Cortés.

—Alejandro Cortés murió en la planta 40, Natalia. El hombre que está aquí... —Le cogí la mano y la puse sobre mi corazón, que latía fuerte y constante—. Este hombre ya tiene todo el beneficio que necesita.

Natalia sonrió. Una sonrisa luminosa que borró las sombras de la habitación.

—Fundación Mateo Vidal —repitió, saboreando las palabras—. A mi padre le habría gustado.

—Y a mi padre... bueno, a mi padre le habría horrorizado perder dinero. Pero supongo que es hora de decepcionarle por última vez para poder ser libre.

El teléfono de mi escritorio sonó. Una línea segura.

Lo ignoré.

Sonó otra vez.

—¿No vas a cogerlo? —preguntó Natalia.

—No.

—Podría ser importante.

—Lo más importante está aquí, en mis brazos.

El teléfono dejó de sonar. El silencio volvió a la habitación, solo roto por la lluvia.

Miré por la ventana. Los rayos iluminaban las montañas lejanas. El mundo seguía siendo un lugar oscuro, peligroso y cruel. Elías seguía respirando en algún lugar de Brasil. Había enemigos que querrían lo que teníamos. Había fiscales que no olvidarían.

Pero por primera vez en mi vida, no sentí la necesidad de afilar los cuchillos.

Tenía a Natalia. Tenía un futuro creciendo dentro de ella. Y tenía la certeza absoluta de que, si el mundo intentaba quemarnos de nuevo, nosotros seríamos el fuego.

—Natalia —susurré.

—¿Sí?

—Cásate conmigo.

Ella se separó un poco para mirarme a los ojos.

—Ya estamos casados, Alejandro. Por contrato. ¿Recuerdas? Esa farsa legal que firmamos para proteger mis activos.

—Quema el contrato. —Le agarré la barbilla—. Cásate conmigo de verdad. Sin cláusulas. Sin separación de bienes. Sin fecha de caducidad. Aquí. En el lago. Mañana.

—¿Mañana?

—O hoy. No quiero esperar. Quiero que lleves mi anillo, no porque me debas dinero, sino porque me amas.

Natalia me miró profundamente. Vi pasar por sus ojos toda nuestra historia. El cementerio, la subasta, la ópera, el bosque, la sangre, el fuego.

—Sí —dijo. Simple. Absoluto.

La besé. Y en ese beso, sellamos el verdadero final de nuestra guerra.

La deuda de sangre se había cancelado.

Ahora empezaba la deuda de amor. Y esa, afortunadamente, tardaríamos toda una vida en pagarla.

EPÍLOGO

HEREDEROS DEL CAOS

POV: ALEJANDRO CORTÉS Nueva Sede de la Fundación Mateo Vidal, Paseo de la Castellana, Madrid. Cinco años después.

Madrid seguía oliendo a asfalto caliente y ambición, pero para mí, el aire había cambiado. Ya no olía a sangre.

Estaba de pie en el balcón privado de la planta ático del nuevo edificio. No era un rascacielos de cuarenta plantas que arañaba el cielo con arrogancia. Era un edificio de siete alturas, de cristal sostenible y jardines verticales, diseñado para respirar, no para intimidar.

Me ajusté los gemelos de la camisa. Mi mano derecha tenía un ligero temblor, un eco fantasma de aquella noche en los túneles, pero ya no me molestaba. Había aprendido a convivir con mis grietas.

—Papá, mira.

Bajé la vista.

Un niño de cuatro años, con el pelo negro rebelde y unos ojos avellana demasiado inteligentes para su edad, tiraba de mi pantalón. Llevaba un traje en miniatura que Natalia había insistido en ponerle.

—¿Qué pasa, Leo? —pregunté, agachándome para estar a su altura. No me costaba arrodillarme ante él. Era el único ser humano, aparte de su madre, que tenía ese poder.

—El tío Javi dice que si me como todos los canapés voy a explotar. ¿Es verdad?

Sonreí. Javi. Mi cuñado había pasado de ser un yonqui tembloroso a ser el director de programas artísticos de la Fundación. Seguía teniendo esa mirada melancólica, pero estaba limpio. Y era el tío favorito.

—El tío Javi miente. Pero si te los comes todos, tu madre se enfadará porque mancharás el traje. Y sabes que a mamá no le gusta que manchen sus trajes.

Leo asintió solemnemente. Entendía la jerarquía. Mamá era la ley. Papá era la fuerza.

La puerta del balcón se abrió.

Natalia salió.

El mundo se detuvo un instante, como siempre ocurría cuando ella entraba en mi campo de visión.

Llevaba un vestido rojo sangre. El mismo tono que llevó en la ópera aquella noche fatídica. Pero esta vez no lo llevaba como una armadura defensiva. Lo llevaba como un estandarte de victoria. Tenía treinta años ahora, y la maternidad y el poder le habían dado una belleza madura, peligrosa, magnética.

Se acercó a nosotros. Leo corrió a abrazar sus piernas.

—Estáis aquí —dijo ella, acariciando el pelo del niño—. Los inversores preguntan por el presidente.

—Que esperen —dije, levantándome y pasando mi brazo sano alrededor de su cintura—. El presidente está ocupado admirando a su esposa.

Natalia sonrió y me besó. Un beso corto, de propietaria.

—Mamá está abajo —dijo—. Ha traído sus acuarelas para la subasta benéfica. Está hablando con la Ministra de Cultura como si fueran viejas amigas. Es increíble.

—Es una Vidal. La resiliencia viene de serie.

Miré hacia el salón de eventos a través del cristal. Veía a la élite de Madrid. Banqueros, políticos, artistas. Todos bebían nuestro champán y aplaudían nuestra filantropía. Muchos de ellos eran los mismos que me habían dado la espalda cuando estalló el escándalo. Ahora, volvían a besar el anillo.

No me importaba. Su hipocresía pagaba las casas seguras que construíamos en zonas de terremotos.

—¿Te arrepientes? —preguntó Natalia, siguiendo mi mirada hacia la ciudad que una vez intentó destruirnos.

—¿De qué?

—De la Torre. Del poder absoluto. De ser el lobo solitario.

Miré a mi hijo, que ahora intentaba cazar una mariposa que se había posado en la barandilla. Miré a mi mujer, que tenía mi anillo en el dedo y mi corazón en el pecho.

Toqué la cicatriz de mi hombro derecho a través de la tela del traje.

—No me arrepiento de quemar el trono, Natalia. —Le apreté la mano—. Porque el trono estaba frío. Y aquí... aquí nunca hace frío.

—Hemos ganado, Alejandro —susurró ella, apoyando la cabeza en mi hombro—. De verdad hemos ganado.

—Sí. La deuda está pagada.

—¿Y Elías? —preguntó, bajando la voz para que Leo no oyera.

—Elías murió hace dos semanas. En Brasil.

Natalia se tensó ligeramente.

—¿Sufrió?

—Murió solo, en un piso pagado por mí, bebiendo alcohol pagado por mí. Su última visión fue el logo de *Cortés Holdings* en el recibo de la luz. —La miré a los ojos—. Fue una muerte pequeña para un hombre que se creía gigante.

—Paz a sus restos —dijo ella, sin ironía. Ya no había odio en ella. Solo paz.

—Papá, mamá, ¡vamos! —gritó Leo desde la puerta—. ¡El tío Javi va a cortar la tarta!

Natalia y yo nos reímos.

—Vamos, heredero del caos —dije, cogiendo a Leo en brazos.

Caminamos hacia la fiesta. Hacia la luz. Hacia el futuro.

Habíamos caminado por el infierno de la mano, y habíamos salido por el otro lado sin quemarnos el alma.

Madrid brillaba bajo nuestros pies. Pero esta vez, no necesitaba conquistarla.

Ya tenía mi propio mundo.

ESCENA BONUS

EL ÚLTIMO GUARDIA

POV: SALGADO Túneles de Mantenimiento, Metro de Madrid. La noche del asalto.

Sabes que vas a morir cuando el miedo desaparece y solo queda la logística.

Miré el cargador de mi *Sig Sauer*. Siete balas. Tenía otro cargador lleno en el cinturón. Quince balas. Veintidós oportunidades para detener a cinco mercenarios entrenados en Europa del Este que venían corriendo por el túnel norte.

Me ajusté el chaleco antibalas, aunque sabía que no serviría de mucho a esta distancia.

Miré hacia atrás, hacia la oscuridad del túnel sur.

Alejandro Cortés cojeaba, apoyado en la chica. La chica, Natalia, tiraba de él con una fuerza que no parecía física, sino espiritual.

Eran un desastre. Estaban rotos, sangrando, sucios.

Eran magníficos.

Llevaba diez años trabajando para Alejandro. Había visto a muchas mujeres pasar por su cama y por su vida. Modelos, herederas, actrices. Todas querían su dinero o su apellido.

Esta chica era la única que había querido salvarle la vida cuando no tenía nada.

—Corred —susurré, aunque ya no podían oírme.

Oí las botas chapoteando en el agua estancada. Las luces de las linternas tácticas de los mercenarios bailaron en las paredes curvas del túnel.

—¡Contacto visual! —gritó una voz con acento ruso.

Salí de mi cobertura detrás de una caja de transformadores.

—¡Aquí! —grité, disparando dos veces al aire para atraer su atención.

Funcionó. Las luces giraron hacia mí.

—¡Es el perro guardián! —gritó uno—. ¡Acabad con él!

Me parapeté de nuevo. Las balas empezaron a picar el hormigón a mi alrededor, una lluvia de esquirlas y polvo.

Saqué el móvil del bolsillo interior de mi chaqueta.

Fondo de pantalla: Mis dos niñas, Lucía y Marta, vestidas de flamencas en la feria de abril. Cinco y siete años.

Sonreí.

Alejandro había prometido cuidar de ellas. Y Alejandro Cortés era un hijo de puta despiadado, pero nunca, jamás, rompía una promesa hecha a los suyos. Mis hijas irían a la universidad. Mis hijas no tendrían que trabajar de noche en túneles sucios.

Guardé el móvil. Besé la pantalla mentalmente.

—Lo siento, nenas. Papá va a llegar tarde hoy.

Respiré hondo. El aire olía a moho y a pólvora.

Me levanté.

No esperé a que vinieran a por mí. Salí al centro del túnel, con el arma en alto, plantando los pies en el barro.

—¡VENID A POR MÍ, BASTARDOS! —rugí, apretando el gatillo.

Bang. Bang. Bang.

Uno cayó. El agua se tiñó de negro.

Seguí disparando.

Sentí el primer impacto en el hombro. Como un martillazo.

No paré.

El segundo impacto fue en el estómago. Fuego.

Caí de rodillas.

El túnel empezó a oscurecerse. Pero detrás de mí, a lo lejos, oí el sonido metálico de una puerta blindada cerrándose.

Clanc.

Estaban a salvo.

La puerta estaba cerrada.

Sonreí, con la sangre llenándome la boca.

Había cumplido mi misión. El Lobo estaba a salvo.

Y yo... yo ya podía descansar.

Cerré los ojos mientras las luces de las linternas se acercaban, y lo último que vi no fue la oscuridad del túnel, sino el sol brillando en los vestidos de mis hijas.

NOTA FINAL Y AGRADECIMIENTOS

Querida lectora,

Si has llegado hasta aquí, significa que has sobrevivido al incendio. Has caminado por los túneles oscuros del metro de Madrid, has sangrado en una clínica veterinaria y has visto arder una torre de cristal. Gracias por no soltar mi mano —ni la de ellos— en medio de la oscuridad.

Escribir *Deuda de Sangre* ha sido un viaje visceral. Alejandro y Natalia no fueron personajes fáciles; exigieron que me abriera el pecho y dejara que mis propias sombras salieran a jugar. Me enseñaron que el amor no siempre es suave ni luminoso. A veces, el amor es un arma cargada. A veces, es la única trinchera que nos queda cuando el mundo nos declara la guerra.

A ti, que amas a los villanos que harían arder el mundo por su mujer. A ti, que entiendes que la moralidad es gris, pero la lealtad debe ser absoluta. A ti, que lloraste por Salgado en la oscuridad de ese túnel (yo también lloré mientras lo escribía).

Gracias.

Gracias por permitirme ser la arquitecta de este caos. Gracias por ver la belleza en las cicatrices de Alejandro y la fuerza en la mirada de Natalia. Sin tus ojos recorriendo estas páginas, ellos seguirían siendo fantasmas atrapados en mi mente. Ahora, son inmortales.

UNA PEQUEÑA PETICIÓN (PERO GIGANTE PARA MÍ):

En el inmenso océano de Amazon, los libros independientes como este viven y mueren por vuestras palabras. El algoritmo es frío, pero vuestra pasión es fuego.

Si esta historia te ha acelerado el pulso, si te ha hecho odiar, amar o perder el aliento... **te pido, desde el fondo de mi corazón, que le regales unos segundos a dejar una valoración de 5 ESTRELLAS y una breve reseña.**

No importa si es una frase corta o un testamento emocional. Tu opinión es el oxígeno que permite que *Amos de Madrid* siga creciendo. Ayúdame a que otros lectores descubran que, a veces, los monstruos son los que mejor saben amar.

La historia de Alejandro y Natalia ha terminado, pero la saga acaba de empezar. Madrid tiene muchas sombras, y hay otros lobos esperando su turno para aullar.

Nos vemos en la próxima oscuridad.

Con amor y caos,

M.R. Velasco